

La tierra que me habita

Martha Salim Naime





42
LÍNEAS
PADAM

La tierra que me habita

Martha Salim Naime

42 LÍNEAS
PADAM

La tierra que me habita
D. R. © 2025. Martha Salim Naime

Grupo 42 Ediciones, S. A. de C. V. (Editorial 42 Líneas)
Hortelanos 792-11
San Pedro Garza García, Nuevo León 66230
México

Primera edición: diciembre, 2025

ISBN: 978-607-69555-6-7

Grupo 42 Ediciones, S.A. de C.V. apoya la protección del *copyright.*
Queda estrictamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, así como la distribución de ejemplares ya sea por fotocopia, grabación u otros métodos, sin previa autorización por escrito de los titulares del *copyright*.
Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase a CemPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, https://cempro.com.mx).



v1.0

Dedico esta novela a mis nietos:
Valeria,
Olivia,
Abigahel y Luna,
Elena y Carlos,
y en especial a mis hijos.

A mi mamá y a sus hermanos que abrieron su corazón,
la caja de sus recuerdos y su memoria para relatar lo que sabían,
o al menos lo que recordaban.

A mis abuelos que sentaron las bases
de nuestra familia.

Esta historia no es como la vivieron,
es parte de la historia que inspiraron.

Parte Uno

Capítulo 1

La apuesta

Félix se levantó de la mesa de juego. Recogió sus ganancias y las metió en la bolsa de cuero que llevaba atada a la cintura al tiempo que pensaba: «Si mi esposa no me mata hoy, es que sigo con la misma buena suerte, y eso lo tengo que aprovechar». Cuando guardó la última moneda, se dirigió a sus compañeros, sus inseparables y leales amigos, con semblante serio:

—Ya hice mi apuesta y no voy a cambiar de opinión.

—Pero ¿te has vuelto loco? —preguntó Jacobo Maclouf abriendo sus grandes y amielados ojos. Por ser mayor que el aventurero de su amigo, tenía derecho de usar un tono de autoridad—. ¿Qué le vas a decir ahora a Nazira?

Su amigo había puesto el dedo en la llaga. Decirle toda la verdad a su esposa sería el peor de los escenarios para Félix. Tendría que decidirlo en el camino de regreso a casa para llegar con la sonrisa y el gesto adecuados, no querría revelar con su expresión lo que aún no sabía cómo diría con palabras.

—¡En mi casa mando yo! —respondió Félix con disimulada altanería. Si bien le temía a la reacción de Nazira, ante sus amigos era diferente.

—Eso no está en duda —dijo Gibrán Chamuín—, pero lo que acabas de hacer…

—Es demasiado —completó la frase su hermano gemelo Jusef.

—¿Pero estás loco, hombre? ¿Has perdido la cabeza? —insistió Jacobo Maclouf en tono conciliador—. ¿Qué quieres a cambio? ¿El

pueblo entero? ¿Habrá algo en esta montaña del Monte Líbano suficiente para pagar tu apuesta?

Félix lo escuchó y se sentó de nuevo, fingiendo atender la súplica que le hacía; la realidad era que las piernas le temblaban. Con dos dedos de la mano derecha alisó la punta de su bigote hacia arriba, esbozó una sonrisa, entrecerró los ojos y respondió en tono amable:

—No es para tanto, Maclouf, no te pongas así. —Dirigió su mirada a los gemelos y les guiñó el ojo.

—¿Que yo no me ponga así? —dijo exaltado—. ¡Mírate tú, mira lo que has hecho! Aquí no eres el Turco.

A Félix le disgustó el comentario. Cada vez que lo llamaban el Turco era para recordarle que ya había tenido en su vida momentos de locura lúdica.

—Piensa bien la apuesta —dijo Jusef.

—Por nosotros no hay problema, la puedes retirar —completó Gibrán. Enseguida cruzó mirada con su hermano gemelo y ambos asintieron.

Félix miró a sus amigos y compañeros de juego. Empujó la silla hacia atrás. Estiró sus largas piernas y guardó la bolsa de cuero en el bolsillo de su *sherwal*. Hizo un gesto con la cabeza y afirmó:

—¡Lo hecho, hecho está! —Se puso de pie y agregó—: ¡*Allá yberqaq*!

Se despidió de cada uno con el abrazo habitual, dejó propina sobre la mesa de la taberna y salió del lugar. Antes de cerrar la puerta escuchó: "De esta no te escapas, Turco" y "¡Hasta mañana!". Sin volverse, agitó la mano por lo alto de su cabeza. Odiaba que sus amigos lo llamaran así. Se alzó de hombros y se encaminó a la vereda.

Corría el otoño de 1910. La noche estaba por caer y, enseguida, la furia de Nazira.

Se encaminó a su casa. Nazira y sus hijos lo esperaban para cenar, como todas las noches, después de su partida de póker. No tenía apuro por llegar y decidió tomar un camino diferente al habitual. Se fue por el más largo, empinado, agreste y curveado sendero de la montaña del Monte Líbano. Un paso tras otro. Un pie delante del otro. Cabizbajo. Necesitaba tiempo para pensar, para

encontrar las palabras que lo salvaran de la tempestad que se desataría en su casa.

—Esta vez se me pasó la mano —farfulló—, pero no hay marcha atrás. No me voy a retractar.

Él era un hombre serio, del tipo de seriedad y reputación que adquiere un tahúr que tiene palabra de honor. No había en su historial ninguna deuda pendiente, ni por cobrar ni por pagar. Era tan bien recibido en una mesa de póker o de conquián, como frente a un tablero de *taule*. Desde su infancia, el juego había sido parte de su vida. Había aprendido a sostener las barajas al mismo tiempo que a usar el azadón, a formar tercias y cuartas con la misma habilidad con la que labraba la tierra, a observar a sus oponentes igual que observaba a las orugas sobre las moreras. Supo que cuatro cartas del mismo dibujo ganaban igual que le gana un conejo a una tortuga, y que hasta que el juego finaliza el ganador recoge el pozo y se levanta de la mesa, lo mismo que la jornada laboral al ponerse el sol detrás de la montaña. En su historial de promesa cumplida, un jugador gana o pierde el honor, le hacen sitio en una mesa al entrar a una taberna o le muestran la espalda. Félix había invertido muchos años en construir su reputación y no estaba dispuesto a perderla. Solo que, además de la suerte con la que siempre contaba, en esta ocasión necesitaría un milagro. Sí, un milagro de la naturaleza, uno divino. De esos que Dios hace cada vez que quiere premiar o sorprender a alguien, o simplemente cuando se le da la gana, por el simple hecho de ser omnipotente. También la cooperación de Nazira jugaba un papel muy importante.

Sacudió la cabeza para acomodar sus pensamientos. Era mejor no asociar a su esposa con el juego, porque con su mujer eso del honor y la reputación eran harina de otro costal. Sin duda, le echaría en cara aquella promesa que no había cumplido y también lo otro, lo que se había arrepentido de decir apenas se lo dijo. Porque Félix, a sus treinta y dos años, aún no aprendía el valor de quedarse con la boca cerrada. De guardar sus palabras. De pensar antes de lanzar una apuesta o confesar lo inconfesable a la propia esposa. Una vez más, se había encadenado por la boca, por su ímpetu para hablar. Lo malo fue hacerlo frente a sus compañeros de juego. Aquellos que

le conocían de toda la vida, incluso antes de que hiciera surcos en el mar.

Sin embargo, lo malo no era lo peor. Lo peor sería enfrentar a Nazira y confesarle la apuesta que acababa de hacer a sus amigos. Se cerró la chaqueta, sintió frío. Pronto oscurecería y, si no apuraba el paso, perdería también ese sendero.



El apodo de "el Turco" se lo había ganado Félix durante su estancia en México. Al principio se molestó, pero casi enseguida reconoció que eso lo diferenciaba del resto de los inmigrantes, sobre todo, del resto de los vendedores ambulantes que coincidían en las plazas de los pueblos. A pesar de que Líbano formaba parte del Imperio otomano, conservaba su nombre, su lengua, su moneda, sus costumbres y sus tradiciones. Lo importante para el pachá eran los impuestos; para los libaneses, su origen fenicio.

"Nosotros no somos árabes, somos fenicios", solía decirle su padre y este al suyo. Y así ha sido desde el origen de los Anoun en el pequeño caserío de Qsaibeh, en el *villayet* del Monte Líbano, donde, hasta la fecha, la mayoría llevan el mismo apellido. Había distintas versiones del mismo suceso: unos afirmaban que sus ancestros provenían de Jounieh; otros, de Baalbek, y al finalizar no llegaban a ningún acuerdo. Lo mismo se repetía generación tras generación.

Félix había sido bien reconocido en México porque su trato con los clientes era cálido y amistoso. Con su caja de madera pendida del cuello y provista de calcetines, los animaba a comprar y les daba plazos para pagar. De esa manera, el círculo nunca se cerraba. En cada visita, los deudores abonaban a su cuenta y compraban más mercancía. Por esa razón pudo agregar pañuelos; tiempo después incluyó corbatas, camisetas y ropa interior. Más adelante, fue necesario montar el puesto en una mesa de renta para agregar los pantalones de mezclilla, producto de gran demanda entre la población minera y que ya confeccionaba su hermano Salomón en

un pequeño taller. Con frecuencia sucedía que, al bajar del autobús, al buscar cargadores para sus bultos o al entrar en las cantinas, se escuchaba: "¡Ya llegó el Turco!", "Yo le ayudo al Turco", "Pásele, don Turco, ¿qué le servimos?". Félix no podía asegurar si sabían su nombre o no, pero de lo que no tenía dudas era de que lo reconocían a él y que no lo confundían con nadie más. Ya fuera sirio, turco o libanés, al único que llamaban "el Turco" con respeto y distinción era a Félix Anoun Gantus.

La única vez que escuchó su apelativo con una voz cargada de rabia y deseos de venganza había sido de la boca de Emigdio, capataz de la hacienda La Huaracha. Fue la noche aquella, la que cambió para siempre su destino, la que nunca olvidaría. Esa noche en la que había ganado, en una afortunada mano de póker, las dos pepitas de oro que Emigdio había extraído, sin ninguna habilidad minera, de la mina La Gobernadora. Cada una era del tamaño de un haba, por eso les llamaba "mishabasdeoro". Y así las apostó. Creyó que voltearía la suerte del Turco, que lo intimidaría y que minaría su confianza. El capataz estaba seguro de que su contrincante no tenía nada que igualara su valía, ni siquiera su propia vida. Lo que buscaba Emigdio era quitarle esa sonrisa de la boca, la curva de su bigote bien acomodado con ambas puntas hacia arriba. Quería verlo jalarse los cabellos, siempre bien peinados, por la desesperación. Y quería… Lo que más quería era recuperar la atención de la mujer —su mujer— que ya miraba con admiración al mentado turco. ¿Qué interés podría tener ella, una mujer mazahua de piel oscura, en un turco?

Pero el Turco estaba enrachado. No bajaba la guardia. Su semblante era frío, inexpresivo, de claros ojos de mirada pétrea, tal y como lo mandan las reglas no escritas de los juegos de azar. Emigdio no supo si fue la suerte o el destino, la reina que se adelantó o el rey que le cedió el paso a un seis, el miserable seis que terminó por arruinar su espectacular tercia de reyes. Y, como consecuencia, sus "mishabasdeoro" pasaron a ser las "mishabasdeoro" del Turco a partir de esa noche. Las mismas habas de oro que lo animaron a regresar con su familia a Líbano, luego de

seis años de ausencia. Las que presentó a Nazira como el patrimonio que aseguraría su futuro y el de sus hijos.

Así era la vida de Félix, colmada de absurdos que de pronto cobraban sentido. Como aquella noche en la que Emigdio le gritó a voz en cuello: "Me las vas a pagar, Turco". Y, volviéndose en la misma puerta de la cantina, le advirtió: "Esto no se va a quedar así". Se lo había dicho con una mirada fría, impenetrable, la misma que dirigió a la mujer que, ante la amenaza recibida, se ocultó detrás del Turco.

En El Oro Hidalgo, por varios años el corrido "La noche del Turco" mantuvo viva su leyenda, hecho que enfurecía a Emigdio, hasta que los corridos de la Revolución lo suplieron: "Carabina 30-30", "El mayor de los dorados" y —el más popular— el "Corrido de Pancho Villa".

Pero la historia del Turco volvió a la mente y corazón del poblado minero muchos años después. Fue un lunes de plaza, muy temprano por la mañana, en el que, luego de que se desató una gresca y un intercambio de balazos, alguien lo reconoció.

—Le pegaron al Turco. Es el Turco. ¡Vámonos!

Capítulo 2

La sospecha

Con la cuchara de madera, Nazira meneaba el caldo de *labneh*.

—Si tu padre no llega pronto, esto se va a resecar —dijo sin voltear a ver a su hijo Nagyb, que colocaba los cuatro platos y las cucharas sobre la mesa.

Retiró el caldero del fuego, pero lo dejó cerca para mantener el calor. Miró por la ventana. Estaba a punto de oscurecer. Se preocupó. Félix ya debería de haber llegado; no tardaba más de una hora caminando desde la taberna en Hamada hasta su casa. Fijó su atención en un arbusto que movía sus hojas y, de pronto, lo vio. No venía por el sendero acostumbrado. Avanzaba lento, cabizbajo, y traía los brazos cruzados sobre el pecho. Caminaba en círculos, movía los labios como si hablara con alguien, pero no había nadie. Levantaba la mirada al cielo y luego pegaba la barbilla al pecho y se tomaba las manos por la espalda. Dio un paso hacia la casa y luego se volvió.

«Se arrepintió», se dijo Nazira, y su corazón dio un vuelco.

Sintió miedo. Un escalofrío de certeza del mal le recorrió el cuerpo. Recordó la última vez que lo había visto venir así: dudoso, con la mirada esquiva y las palmas sudorosas. Tembló. Aquel día le había dejado una espada ensartada en el centro del corazón antes de hacerse a la mar. Todo su ser evocó la mezcla de sentimientos que la habían paralizado y al mismo tiempo la sostuvieron. Se llevó las manos al pecho, puso una sobre la otra y luego las colocó sobre

su vientre abultado. La criatura se alteró con la agitación de su madre.

—Tranquila, mi niña —susurró—, todo está bien.

De pronto reaccionó: la había llamado "mi niña". ¿Quién podría saber esas cosas? Solo Dios lo sabía, y ni siquiera la madre era la primera en enterarse, sino su tía la partera. Mouna Hawa tenía en su haber decenas de recién nacidos traídos al mundo por sus propias manos. La primicia era suya y luego la presentaba a la madre y, enseguida, al padre.

Félix quería que su tercer hijo fuera una niña. "Ya tenemos dos varones", le decía todos los días, a veces varias veces al día, como si eso fuera a cambiar en algo lo que ya estaba en gestación. En su interior, Nazira no sabía distinguir si ella también deseaba una niña o solo complacer a su marido. Pero no era tonta, sabía que lo que era, ya era, aunque desearan que no fuera o fuera distinto a su anhelo.

Sintió agitación dentro de su vientre. Pasó su mano con suavidad y la criatura se tranquilizó. Pero el corazón de la madre palpitó con más fuerza en cuanto su mirada se topó con la silueta alta y espigada de su marido. No solo era bien parecido, para ella era el hombre más guapo que hubiera visto jamás. Nazira se sintió atraída hacia él desde que lo vio por primera vez durante la vendimia en Baskinta, su pueblo natal. Félix estaba del otro lado del lagar y miraba absorto a tres jóvenes que pisaban el mosto de la uva al ritmo del *derbake*. Con una mano levantaban los holanes de sus faldas y con la otra trazaban figuras en el aire. Félix no era el único que, con ojos hipnóticos, seguía la cadencia de sus caderas, sus sonrisas y miradas invitadoras. Junto con las percusiones del instrumento, formaban una sinfonía sin igual. El corazón de Nazira palpitó al ritmo del golpeteo del tambor en cuanto descubrió la sonrisa que Félix les dirigía a las danzantes. Gesto que ellas correspondían a su vez, y él les guiñaba el ojo a una y luego a otra.

—Cierra la boca, niña, que se te meten las moscas.

Nazira se había sobresaltado cuando su primo Mikhail Naimy la sorprendió. Él le pasó un brazo por los hombros y agregó:

—Es mi primo Félix, de Qsaibeh. Si quieres te lo presento.

Nazira se ruborizó y negó con la cabeza. Quiso huir de ese abrazo, pero su primo se lo impidió. Ella ensayó una sonrisa, luego decidió que lo mejor era estar seria. Y odió a Mikhail por lo que hizo enseguida.

—¡Félix!, ¡primo! ¡*Ahlawsahla*! ¡*Marhabá*! Mi prima Nazira y yo te damos la bienvenida a Baskinta.

—*Qiifiq*, Nazira. ¡*Allá yberqiq*! Dios esté contigo y tu familia —dijo Félix a la recién conocida.

Le plantó un besó en cada mejilla. Ambos sintieron un calor que emanaba desde dentro. Se separaron enseguida. Félix luego se volvió a Mikhail.

—Primo, ¡*Allá yberqaq*! ¡Qué gusto verte!

Se dieron un abrazo que sellaron con fuertes palmadas en la espalda.

Nazira caminó junto a los dos jóvenes vereda abajo. Ella los escuchaba platicar, pero solo resonaba en sus oídos la melodía de la voz del visitante. Estaba soltero, no estaba comprometido y deseaba sentar cabeza. Ya había construido la casa en el terreno que le habían dado sus padres, solo le faltaba encontrar esposa.



Un ruido en la cocina la sobresaltó y Nazira se estremeció de nuevo. Se trataba de Nagyb, que jugaba con los soldados de plomo. Subió los escalones que la separaban de la parte superior, fue a su habitación y sacó una chalina del ropero. La puso sobre sus hombros, se miró en el espejo y se acomodó el *shaal* que cubría su cabello para componer su peinado. Sus ojos se desviaron a la inscripción que ella misma había tallado en el interior del ropero.

Luego de que Félix se marchara a México, grabó cuatro números: uno, nueve, cero, tres; 1903. El año en el que Félix le había roto el corazón por primera vez. El año aquel en el que todas sus seguridades se desmoronaron como castillo de arena. El año en el que desaparecieron sus ilusiones como desaparece la nieve en primavera sin dejar rastro; solo el sonido del agua al caer entre las

piedras y bajar por la montaña quedan como el recuerdo de que una vez estuvo cubierta de blanco.

Pasó su mano por la inscripción y cerró la puerta. Había decidido no volver a grabar fechas dentro del ropero. No habría espacio suficiente para las veces que le había roto el corazón. Se preguntó si la vida la pondría a prueba de nueva cuenta. Bajó y se acercó a la ventana. Félix seguía afuera, inclinado sobre sí mismo, haciendo algo en el huerto que ella no lograba distinguir. Decidió ignorar sus pensamientos para evitar que la traicionaran. Regresó la olla al fuego. Con delicadeza, meneó el caldo de *labneh* para no reventar las calabazas rellenas de carne y arroz.

Se abrió la puerta y, tras una ráfaga de viento otoñal, Félix entró a la casa. Con una sonrisa se acercó a Nazira, se giró para evitar que Nagyb los viera y la besó en los labios. Metió la nariz en el caldero y aspiró hondo el aroma ácido y dulzón perfumado por la yerbabuena fresca. Se retiró de la olla sin apartarse de su esposa y acercó la cabeza hasta su vientre. Lo besó repetidas veces y dijo, seguro de que le escuchaba:

—¿Cómo está mi pequeña?

Se incorporó y besó a su esposa en ambas mejillas. Sacó su mano de atrás de la espalda y le entregó un ramo de flores silvestres recién cortadas.

—Son para ti, *habiibe* —dijo a Nazira. Sin dar tiempo a que ella las tomara con su mano, las puso en un vaso con agua y las colocó sobre la mesa—: ¿Comemos?

Las sospechas de Nazira quedaron confirmadas con el ramo de flores silvestres.

Había aprendido a conocer tanto a Félix que se atrevería a asegurar que algo traía entre manos. Lo observaba mientras dormía, mientras comía o araba la tierra, mientras conversaba con naturalidad con Abdo y miraba furtivamente a Nagyb, mientras fumaba el *arguile* y su mirada seguía las volutas de humo hasta que se perdían en el espacio. En esos momentos, Nazira intuía que su esposo se transportaba a otro tiempo y lugar, en otro ambiente y… ¿con otra mujer?

La fértil imaginación de Nazira sería insuficiente una vez más.

Capítulo 3

Eso no se hace

Nazira y Félix se casaron en poco tiempo. Se instalaron en la casa recién construida por el joven en su pueblo natal, en una parcela legada por sus padres.

Más que un poblado, Qsaibeh era un caserío enclavado en una escarpada montaña del Monte Líbano. Tenía una decena de casas tan separadas entre sí por lo agreste del terreno, que no parecían parte del mismo conjunto. Quedaba a una veintena de kilómetros de Beirut, puerto principal de Líbano. Aunque pequeño, era conocido por la miel de algarrobos y los hermosos pinos mediterráneos, pero, sobre todo, por ser productor de una de las sedas más preciadas en el mercado local e internacional.

En los albores del siglo XX, Líbano gozaba de una autonomía administrativa como parte del Imperio otomano. Estaba gobernado por el *mutasarrif*, con base en el reglamento orgánico elaborado después de las masacres entre cristianos y drusos a finales del siglo XIX.

En las laderas de la montaña, las casas se levantaban amalgamadas a los caprichos de la topografía. La casa que había construido Félix, previo a su boda, se componía de tres niveles. En el más bajo, y como parte de una caverna, quedó el *abu*. Ahí se guardaban las herramientas de trabajo y resguardaban los animales. Sobre este, y en el nivel más extenso del terreno, se encontraba el amplio rellano y el acceso principal a la casa. Su indispensable banca de piedra en poco tiempo quedaría sombreada por una frondosa vid;

esta se extendería sobre un entramado de varas que guiaba a los sarmientos y el crecimiento de la planta. El área se convirtió en el lugar favorito de la familia. De primavera a otoño, el aire fresco y la vista de la montaña brindaban una agradable sensación de plenitud.

Las gruesas paredes fueron construidas de doble muro con relleno de grava —para aislar tanto el frío como el calor— y recubiertas con una mezcla de arcilla y cal. El recubrimiento con el *huwaara* debía repetirse al menos una vez al año para mantener confortable la temperatura.

En el interior, tres arcadas sostenían el techo que soportaba un piso superior. El área estaba dividida en dos partes por un solo escalón. Separada por otra arcada, se encontraba la cocina, con nichos en las paredes y piezas de madera incrustadas en los muros para colocar utensilios. El *namliyyeh*, donde se guardaban los alimentos, colgaba de una de las vigas del techo para alejarlo de hormigas y serpientes.

La cocina estaba compuesta por un fogón y una mesa de trabajo donde también se sentaban a cenar, además de una tarja para lavar la loza y los alimentos. El *tannur* estaba montado sobre una base de arcilla y un hueco debajo donde se colocaba la leña que se utilizaba durante el invierno. Sobre la base iba la plancha de fierro de forma cóncava, el *jubz saj*, donde se cocía el pan delgado.

Por la cocina se salía directo al patio y a la huerta, ahí se cultivaba lo que el clima permitiera o las reservas que la tierra fuera capaz de nutrir. Resultaba imprescindible, en toda casa libanesa, un *tannur* de mayor tamaño en el patio para preparar el pan con el *teqqeyeh*.

El patrimonio familiar estaba compuesto por dos cabras jóvenes, unas cuantas gallinas y la noble tierra, además del machacador de carne y el molino de trigo. Tanto el *jurn* como el *manziliyyi* fueron lo que Nazira llevó desde su casa paterna como regalo de bodas.

Dentro de la vivienda, seis escalones llevaban a una planta intermedia que se componía de dos cuartos y un baño. Todas las ventanas estaban orientadas al mar, aunque, más que verlo, lo adivinaban. En el exterior, una escalera conducía al techo. El primer peldaño estaba a una altura que les impedía el fácil acceso a los

niños y los animales. El piso del techo era aplanado con el *mahhdale* para hacerlo impermeable. Esta valiosa pieza de arquitectura era hecha con una parte de alguna vieja columna de madera.

El techo se utilizaba para poner a secar granos, leguminosas o verduras. El fuerte sol del verano extraía toda la humedad que permitía preparar las conservas para la fría temporada de invierno. Durante las calurosas noches de verano era el espacio ideal para dormir y descansar, arrullados por el inconfundible canto de las cigarras y la suave brisa que corría siempre.

En el resto del espacio se construyeron terrazas para evitar el deslave de la tierra y para asegurar que los cultivos tuvieran la humedad necesaria. La tierra —generosa y fértil— les brindaba frutos en todas las temporadas. Nunca daba de todo, pero sí lo suficiente. Hasta que dejó de hacerlo.



Desde recién casados, Félix y Nazira descubrieron que eran afines en los temas más importantes. Mientras araban la tierra, quitaban hierbas y plantaban las semillas, conversaban entre sí acerca del número de hijos que tendrían y de los nombres que llevaría cada uno. Ambos disfrutaban de su compañía y de su intimidad. Y el amor entre ellos crecía con el pasar de los días.

Nazira se desempeñaba sin dificultad en su nuevo estado de vida; después de todo, había sido preparada para eso. Ser esposa y madre era su sueño desde su tierna infancia. Ya había cumplido el primero y pronto cumpliría el segundo, estaba embarazada. Desde que tuvo la certeza, las molestias que su estado le ocasionaban, lejos de incomodarla, la hacían feliz.

La primera vez que sintió movimientos en su vientre se maravilló. Descansaba bajo la higuera mientras que Félix y Salomón, su hermano menor, preparaban un nuevo talud.

—¡Félix, ven pronto! —gritó Nazira.

Félix dejó la herramienta a un lado y llegó corriendo a donde se encontraba su esposa. Se inclinó, le dio un suave beso en los labios

y se sentó junto a ella. Una ruborizada Nazira tomó con sus dos manos la mano de su esposo y la colocó con suavidad sobre su vientre. Lo miró a los ojos y, con un gesto que él ya adivinaba en ella, guardó silencio.

En cuanto sintió un leve movimiento bajo su palma, una corriente eléctrica recorrió a Félix hasta la última terminación nerviosa de su cuerpo. Se miraron y sonrieron con ternura. La experiencia era nueva para ambos. La complicidad de ser padres primerizos los hacía sentir confiados en el futuro. El bebé siguió dando empujones desde el vientre materno, reclamando la atención de sus padres.

—Va a ser travieso —advirtió Nazira con un gesto de resignación.

Poco antes de su primer aniversario de bodas, nació su hijo. Un regordete varón de piel blanca y escasos cabellos oscuros. Lo llamaron Abdo, como su bisabuelo paterno. Cuando la comadrona lo puso en sus brazos, Félix sonrió complacido. La prolongación del apellido estaba asegurada y su felicidad se tradujo en orgullo. Se sintió poderoso, capaz de todo por aquel pequeño y su familia.

—Pero si es igualito a su abuelo —dijo Mouna Hawa.

—Sobre todo a su padre de recién nacido —dijeron las tías mayores cuando llegaron a conocerle con el tradicional *meghli* ya preparado.

—Gracias, gracias —respondía Félix, hinchando el pecho con un suspiro profundo.

Después de dar a luz, el cuerpo y la mente de Nazira eran un caos. Su madre estuvo con ella los primeros cuarenta días. Se cercioró de que su hija permaneciera en la cama toda la cuarentena. Eso aseguraba la leche para el recién nacido. Al cumplirse el plazo, la suegra de Félix se despidió, dejándole una larga lista de recomendaciones y promesas extraídas por la fuerza. En cuanto quedaron solos, Nazira pidió a su esposo que le llenara la tina con agua tibia y hojas de lechuga. Lo que más deseaba era sumergirse en el aroma y la calidez con la que el agua tocaba cada espacio de su cuerpo. Necesitaba sentirse con energía y vigor para poder recuperar la fuerza en sus piernas.

Unas semanas antes de que Abdo cumpliera un año de vida, nació su hermano. Lo llamaron Nagyb en honor a su abuelo

materno.

—Este niño no se parece a su hermano mayor —aseguró Mouna Hawa cuando lo puso en brazos de Félix—. Es idéntico a su madre.

La diferencia entre los dos hermanos se apreciaba en sus rasgos físicos y en el temperamento. El parecido entre Abdo y su padre se acentuaba a medida que el niño crecía: la tonalidad de su piel, la forma y color de sus ojos —como grandes almendras—, y el cabello ondulado y oscuro. Nagyb tenía los ojos redondos y juntos, y el cabello crespo como su madre. Con el tiempo, la determinación con la que pedía la comida o la atención de su padre lo asemejaría más a Nazira.



Tras su pronto compromiso y lo rápido que crecía su familia, era natural que Félix y Nazira no siempre estuvieran de acuerdo, pero lejos de convertirse en un problema, esto fue el complemento y el balance entre ellos. Al menos así fue hasta el día en el que Félix le dio la peor noticia que podría haberle dado, la que rompió su corazón en mil pedazos que nunca logró volver a juntar.

—Nos vamos Salomón y yo —le había dicho Félix—. Será solo un año. Vamos a México, y antes del próximo invierno estaremos de regreso.

Pero no fue uno, ni dos; fueron seis largos y fríos inviernos los que pasó Nazira sola con sus dos hijos y la débil esperanza del retorno de su esposo. Primaveras, veranos y otoños en las que veló el sueño de sus pequeños. Sola refrescó sus calenturas, los escuchó balbucear y luego hablar. Sin la presencia de su padre, dieron los primeros pasos, treparon a los árboles, cazaron grillos y mariposas. Ella fue quien les enseñó a calzarse los botines, a tomar el azadón y a ordeñar las cabras.

Cuando Félix regresó, fue un encuentro entre desconocidos, de corazones tan distantes como el mar que separaba ambos países. El deseo tan fuerte por estar de nuevo juntos y el hambre de cariño acortaron la brecha que se había formado entre ellos.

Con su padre, Abdo y Nagyb perfeccionaron el uso del azadón y la pala. Él les mostró la presión exacta en la ubre de las cabras para obtener la mayor cantidad de leche. Con el ejemplo paterno grabaron en su memoria el modo viril de trabajar la tierra, su tierra.



En cuanto Nazira se sentó en la mecedora y llevó el vaso de agua a la boca, Félix le contó con el mínimo de palabras en qué consistía la apuesta. Empezó por decirle al oído: "Necesito de tu ayuda". Ella lo escuchó petrificada; tardó unos segundos en reaccionar.

—¡¿Que has hecho queeeé?! —le espetó Nazira a su esposo cuando este le confesó que las había apostado con los gemelos Chamuín y Jacobo Maclouf—. Pero ¡¿cómo se te ha ocurrido hacer eso?!

No lo podía creer. Aún no disfrutaban del preciado oro que formaba su capital y Félix ya lo había puesto en riesgo.

Félix continuaba callado, pero resuelto a no dar marcha atrás.

—No te pongas así, *habiibe*, que le hará daño a la niña —dijo mientras trataba de abrazarla, pero Nazira extendió los brazos para evitar que la tocara.

—¡¿Que no me ponga así?! —gritó ella sin importarle si sus hijos la escuchaban—. ¿Para esto regresaste? ¿Para convertir mi vida en un infierno? —insistió llena de furia—. No solo arriesgas el poco patrimonio que tenemos, además… ¿te atreves a asegurar que es una niña? ¡Eso es blasfemia!

Félix quedó perplejo. Era la primera vez que Nazira le cuestionaba el haber regresado de México. ¿Cómo se atrevía?

«Regresé porque quise, no por obligación», se dijo.

Nazira siguió gritando. Que si era niño o niña, continuó, eso solo Dios lo sabía, y no debían interponerse a su voluntad, sino aceptarla con agradecimiento. Félix la escuchaba mientras, con parsimonia, enroscaba hacia arriba las puntas de su bigote; primero un lado y luego el otro. Esperó a que su esposa se desahogara. Cuando Félix se colocó frente a ella y le tomó las manos entre las suyas, gritó:

—¡Has perdido la razón y la cordura! Y esto nos va a pesar a todos. Estás tentando a Dios y eso no se hace. —Y recalcó mordiendo las palabras—: ¡No se hace!

En la mirada de Félix había compasión, súplica, anhelo de ser comprendido. La misma expresión que había tenido después de confesar su infidelidad y de implorarle perdón por haberlo hecho.

«Este hombre no tiene remedio», pensó Nazira, y dio por terminada la conversación.

Trató de ponerse en pie, pero le costaba por el peso del embarazo. Él la ayudó y quedaron frente a frente. Los alientos de asombro y súplica se confundían.

—Te volviste loco —dijo con voz apenas audible—. Apostar que nacerá antes del último día del año tal vez sea posible. —Las lágrimas corrían por el rostro de Nazira cuando agregó con un nudo en la garganta—: No prometo nada. Haré lo que pueda. Porque has puesto en riesgo el poco patrimonio que tenemos.

Se separó unos pasos de Félix y se volvió a él con una mirada fija y penetrante, irguió la cabeza y afirmó con voz serena:

—Pero asegurar que será una niña… —dijo señalando con el dedo índice—. Eso, ¡hazte a la idea!, ¡eso solo Dios lo sabe!

Félix se sintió agradecido con su esposa por colaborar con él en esta aventura. Se atrevería a apostar que esto le costaría y, por lo pronto, estaba dispuesto a pagar el precio, pero en el fondo esperaba que Nazira no le hiciera eso.

Parte Dos

Capítulo 4

La víspera

Mikhail Naimy subió al pescante de la carreta de Sami Salami, cartero y transportista, tirada por un viejo y cansado purasangre que otrora tuviera un trote flotante.

—Se llama Corcel —dijo Sami al primo de sus amigos—, que todos tenemos derecho a conservar algo de dignidad, digo yo, ¿no? —agregó sin quitar el cigarro, apagado, por cierto, que mantenía a veces entre dientes y a veces entre labios.

Mikhail sonrió y se acomodó al lado de Sami, quien, sin preguntar si era de su interés, contó la historia de su penco:

—Era un purasangre andaluz que, cuando se negó a descender a las minas y reventó la correa, fue azotado sin misericordia. Lo ofrecieron en un par de subastas y nadie se interesó por un animal temeroso y menguado, sin brío ni ganas de trabajar. Como nadie lo quiso, ofrecí un par de monedas, que era lo único que llevaba, y así fue como lo conseguí. Pasaron varias semanas antes de que me pudiera acercar para colocarle la embocadura. Varios cestos de manzanas, palabras amables y horas de cepilladas tuve que invertir para lograrlo. Cuando al fin le coloqué la cabezada, las riendas y las anteojeras, se sintió confiado, y así, un día a la vez, nos hemos hecho inseparables.

Luego le señaló el resto de la carreta: a sus espaldas, un cajón de madera donde podían acomodarse hasta seis adultos estaba montado sobre cuatro grandes ruedas. Las puertas cerraban con un gran cerrojo que protegía la carga, sobre todo en los trayectos

montaña arriba. En ese espacio había colocado Sami Salami el equipaje del vecino de Baskinta, y no pudo evitar comentar acerca del sobrepeso en cuanto lo cargó.

—Es que en unos días voy a viajar a América —señaló Mikhail ante la mirada curiosa de Sami.

Poco después, ante el silencio de su pasajero, Sami Salami señaló unos cencerros que colgaban del trozo de madera que servía de resguardo al conductor y a sus acompañantes y explicó, otra vez sin que se lo preguntaran, que tenía tres formas de tocarlas: daba dos toques si solo pasaba a saludar, seis toques si se iba a trasladar al puerto para el pago de impuestos al palacio del *mutasarrif*, Ohannes Pasha, y las repicaba constantemente para lo más importante.

—Eso lo hago cuando llevo cartas que vienen del extranjero a los familiares que las esperan, porque siempre las esperan —aclaró Sami Salami.

A sus pies, Mikhail descubrió una piel curtida de oveja y, como era su costumbre, Sami se adelantó con la respuesta:

—La puede usar, es para cubrirse del frío, porque… aunque traiga un buen abrigo de lana, la va a necesitar.

Durante el trayecto, que duró poco más de hora y media, Sami obtuvo la información que necesitaba. Ofreció la que no le pidieron, pero que tampoco le pidieron callar.

—Ya decía yo que de Baskinta, Baskinta, lo que se dice del pueblo, usted no es, aunque haya nacido ahí —dijo Sami con su inseparable cigarro en la boca.

Mikhail le contó que, al concluir sus estudios en la Escuela Ortodoxa de Rusia, en su pueblo natal, fue enviado a Nazareth a la Sociedad Imperial Ruso-Palestina, y que debido a su desempeño ganó una beca al Seminario Ortodoxo de Rusia en Poltava, Ucrania.

El cartero trató de esquivar a una ardilla que se cruzó entre las patas de Corcel y le gritó su impertinencia como si esta entendiera. La interrupción de Sami le bastó al joven intelectual para reconocer que la información era compleja de ubicar y recordar para su conductor, así que concluyó su relato con el motivo de su viaje a Qsaibeh.

—Voy a Estados Unidos a unirme con mis hermanos, y quise venir a despedirme de la familia antes de partir.

—¿Entonces no está usted aquí por lo de la apuesta?

—¿La apuesta? —preguntó Mikhail, intrigado. Si bien conocía la debilidad de su primo por el juego, no lograba relacionarla con el acontecimiento familiar. Solo acertó a decir—. No, no sé…

—Pues mire, como vamos montaña arriba y no puedo apurar a mi Corcel —Sami giró hacia él y se quitó el cigarro de entre los labios—, tenemos tiempo y, si quiere… pues, yo le cuento.

Mikhail se limitó a asentir con la cabeza. Así fue como Sami hizo un sumario de los acontecimientos que estaban en boca de todos.

—Los mismos comerciantes de la calle Bliss han hecho sus propias apuestas. Unos a favor de Félix y otros en contra. Si me pregunta usted, yo… yo estoy a favor… Félix es mi amigo… —dijo Sami, y prosiguió luego de una pausa—, pero creo que va a perder.

Mikhail lo animó a continuar. Apenas si entendía, pero estaba intrigado. De pronto pensó que sus primos podían tener algún problema, y entonces quiso saberlo todo.

—Verá usted, cuando el Turco, así llamaban a su primo en México —aclaró Sami—, cuando regresó, trajo dos pepitas de oro, las más grandes que mis ojos hayan visto. —Hizo una pausa antes de continuar—. Bueno, las únicas que yo he visto, pero sí que están grandes.

Antes de llegar a su destino, Sami Salami había puesto al corriente al recién llegado. Le quedaba claro que la apuesta había sido hecha en un arranque de esos que, de vez en vez, tienen los jugadores, y por ser Félix hombre de honor no se iba a echar para atrás. Sami le citó a su acompañante la apuesta, palabra por palabra:

—"Será una niña y nacerá antes de que acabe el último mes del último año de la primera década del siglo veinte, y como sé que voy a ganar, no necesito que crucen su apuesta conmigo. Si pierdo, pierdo todo, y si gano, gano todo".

Mikhail quedó atónito. No esperaba escuchar tan inverosímil historia.

«Digna de una novela», pensó.

—Y mi prima Nazira, ¿cómo reaccionó? —preguntó el aspirante a escritor con cierto resquemor a la respuesta que le daría el cartero.

—¡Ahí está el detalle! Su prima, tan buena ella recién llegada de Baskinta, y lo recia que se hizo cuando Félix se fue y la dejó con dos niños… ¿Qué le digo? Por suerte y gracia de Dios, el marido salió vivo de esta.

—Ya me imagino —respondió Mikhail.

—A todos nos consta que su prima ha hecho todo lo que ha podido. La han aconsejado las tías, ya sabe, esas que opinan en todo diferente, pero están de acuerdo al final. Le han dado purgas, la han hecho caminar por las veredas planas varias veces al día, hasta la mandan quitar la nieve del camino. Eso yo no lo he visto —aclaró Sami en tono bajo—, pero dicen que dijo Mouna Hawa, la partera, que hasta sentadillas y baños con hojas de lechuga le han hecho hacer. —Y ya para finalizar, agregó—: Mire usted, ya casi es Nochevieja y nada de nada.

Continuaron en silencio.

—Ahí está la iglesia —señaló Sami Salami frente a ellos—. El padre Charbel debe de estar adentro.

Se despidieron con la seguridad de volverse a encontrar, luego de que Sami depositara el baúl del viajero frente al pórtico de la casa del sacerdote.



Mouna Hawa midió con una cinta el volumen del vientre de Nazira y, luego de revisar la marca anterior, dijo:

—Sigue creciendo. —Enseguida puso la palma de su mano entre el esternón y el vientre abultado—. Pero está bajando. No está lista, pero no tarda.

—Tranquila, tranquila —dijo Yamila a su amiga mientras sostenía su mano—. Sí vas a poder —la animó con poca convicción.

Mouna Hawa acercó una cuchara con aceite de ricino para que la sorbiera Nazira. Esta apretó los ojos, aguantó la respiración y abrió la boca para recibir la purga una vez más. Reprimió una arcada. Se

limpió la boca con el dorso de la mano. Dio media vuelta y se sentó en la orilla de la cama. Cubrió su cara con sus manos y lloró. No pudo contener los sollozos. Balbuceaba, pero ni Yamila ni la partera le entendían. La dejaron ser. Se sentaron una de cada lado y la abrazaron por la espalda. Así permanecieron hasta que Nazira se calmó y tomó su baño en agua tibia.

Cuando la embarazada terminó, le ayudaron a secarse y a ponerse el camisón y la mandaron a la cama. Yamila y Mouna bajaron a la cocina. Sirvieron un plato de *shish barak* que había preparado alguna de las tías. Agregaron a la charola una taza de té caliente y dos *manuushi* recién hechas. Sin levantar la cabeza para evitar las preguntas de los que ahí estaban, volvieron a la habitación de la pareja.

Félix, el padre Charbel y Mikhail las miraron perplejos. Habían esperado pacientes a que bajaran con la charola y ofrecieran un reporte, pero no hubo nada.

Sentados frente al *mawqade* con un vaso de *aarac* en la mano, los tres hombres se liaron en un tema que los entretuvo por un buen rato: la compra de equipo médico avanzado que había hecho el Colegio Protestante Sirio, al que más tarde se le conocería como Universidad Americana de Beirut.

—Dicen que van a ofrecer carreras de odontología y medicina de alto nivel —señaló Mikhail con orgullo.

—Pero si aquí, en la escuela parroquial, apenas aprenden a leer y escribir lo más indispensable —se lamentó el padre Charbel—. Estamos muy lejos de eso. En esta montaña, los hijos aprenden de sus padres a cuidar cabras, a sacarles la leche y a trabajar la tierra. Hombres y mujeres, es igual. Lo único diferente está en que mientras el hombre carga los bultos que la mujer no aguanta y corta la leña, ella prepara la comida y se entiende de la ropa.

Félix los miraba sin escuchar, con esa media sonrisa muy característica de él, como cuando participaba en una partida de póker. Por eso, apenas le preguntaron su opinión no supo qué responder. Estiró su largo torso para confirmar que habían terminado su bebida y sirvió un poco más de *aarac*.

En eso estaba cuando las dos mujeres bajaron de prisa y dejaron la charola en la cocina, lavaron los platos sucios, tomaron del perchero sus abrigos, se los pusieron y se cubrieron la cabeza con el *shaal.* Antes de que alguien pudiera reaccionar, salieron de la casa con un "¡Buenas noches!" y un "¡Mañana nos vemos!".



La voz de Félix resonó en los oídos de Nazira al escucharle pedir a Abdo más leña. Su voz hacía que se le erizara la piel. Igual que el primer día. Para ella no había hombre más guapo que su esposo: sus ojos, su nariz, su boca… su sonrisa, todo era perfección. Hasta las orejas parecían esculpidas por el cincel de un orfebre ancestral. Y todo él fue para ella hasta que lo vio partir.

Dos hilos de silenciosas lágrimas se deslizaron por las mejillas de Nazira. Odiaba ese recuerdo y se odiaba a sí misma porque no era capaz de olvidarlo.

—Ya no piense en eso —le había dicho el padre Charbel luego de que ella le contara sobre la confesión de su esposo—. A usted le hace daño y a sus hijos también. Tenga calma y perdone a su marido. Si no lo hace, ¿qué va a hacer?

Odió a Félix y creyó que lo odiaría para siempre. Que lo quería ver muerto. Que lo habría matado con sus propias manos porque lo que hizo no se hace, y si se hace, mejor no se dice. Porque eso fue lo peor. Por eso lo odió. Quería aceptar como bueno el consejo del sacerdote: perdonar es mejor. Sin embargo, aunque ella lo deseara, algo se lo impedía. A veces era su cabeza, y otras más, su corazón. ¿Cómo podría haber evitado que él mismo se lo confesara? Si la imaginación era dolorosa, la realidad era un estoque clavado en su corazón.

Mientras Félix estuvo en México, Nazira trató de evitar "los malos pensamientos", como los llamaba Mouna Hawa. Porque de poco le iba a servir pensar si Félix la había dejado de amar, aunque en sus cartas le dijera lo contrario. ¿Y si se encontraba a otra mujer y la abandonaba para siempre?

Sus miedos no desaparecieron cuando Félix regresó y le prometió nunca más volver a separarse. El gran paréntesis que se había abierto en sus vidas con su marcha se comenzaría a cerrar con su regreso. Le gustaba que le contara de su estancia; después de todo, había estado lejos de ella por más de seis años. Sin embargo, Félix se centraba en unas tres o cuatro anécdotas y no contaba más.

Sucedió algo similar con Nazira. Los días eran iguales, salvo el domingo, que era del Señor, de ir a misa y luego, a pesar de que el Señor estaba con ella, regresar a la soledad de ese día. Una primavera igual que la previa, lo mismo el verano y el otoño. Y un invierno cada vez más frío que el anterior, porque sus hijos crecían y ya no necesitaban de su atención constante. Uno era el mejor amigo del otro. Nagyb miraba con admiración a su hermano mayor.

Lo que hizo diferentes los días de Nazira fue el crecimiento de sus hijos. Comprobar el tamaño de los pies, el largo de sus pantalones y las mangas de sus camisas. Ver cómo se sorprendían los niños al descubrir a un caracol salir de su concha o cuando una cabra paría o una gallina ponía un huevo. De no haber sido por ellos, Nazira habría muerto de dolor. Pero el dolor de la separación y el de la ausencia no se compararon al dolor de la confesión. ¿Por qué se lo dijo? ¿Para qué lo hizo? ¿Por qué no se quedó callado?

Desde ese momento supo que viviría con la duda constante y la desconfianza al acecho. Aunque Félix le pidió una y otra y mil veces perdón, Nazira lo odió porque eso no era sinceridad, era crueldad. Por eso había acudido al padre Charbel, porque no podía cargar con ese peso en su pecho y el de otro hijo en su vientre. Aunque le costaba la vida, decidió seguir el consejo de su confesor y perdonar. Perdonarlo un día a la vez; "Solo por hoy", se decía cada amanecer. Y oraba de día y de noche con tal de recibir la fuerza de Dios para hacerlo. Comprobó que ese ejercicio tenía un efecto en ella, que la tormenta de pensamientos ya no era tan oscura ni prolongada. Que el vacío que se le hacía, justo detrás de su criatura, dejaba de doler.

Descubrió que perdonar no cambia el pasado, pero que sí modifica el diario vivir. Que poco a poco el dolor aminora y el espacio va quedando libre. Descubrió que ella ganaba, aunque hubiera

estado a punto de perder a su esposo. Descubrió que perdonar sana, pero la semilla de la desconfianza permanece latente.

El crujido de la puerta volvió a Nazira de sus pensamientos. Félix entró sigiloso y ella fingió dormir y cerró los ojos. Entre el atropello de la apuesta y el dolor de los recuerdos, prefería no hablar con él.

Lo escuchó atizar la chimenea y poner más leña. Enseguida percibió el calor que emanaba de la estufa y relajó los hombros. Sintió los labios húmedos de su esposo sobre su frente y permaneció inmóvil. Félix se arrodilló frente a ella, acercó su cara al vientre y lo besó. Nazira fingió un sueño profundo.

—Hija, hija, ¿me escuchas? —dijo Félix con voz muy queda—. Dicen que sí me puedes oír. Que, aunque estés allá metida en la panza de mamá, puedes escuchar lo que te digo. Me metí en un problema, ¿sabes? ¡Yo y mi gran bocota! Aposté todo lo que tenemos por ti, porque sé que no me vas a fallar. Solo te lo vengo a recordar, chiquita, mi muñeca preciosa, mi princesa. Me muero por verte y abrazarte, pero pronto, muy pronto. ¿Qué tal mañana? O pasado mañana. Si no estás lista, solo te pido que sea antes del último día del año. Hoy deja que tu madre duerma tranquila, pero por favor no tardes más. Porque si tardas, no tendré nada que ofrecerte, me dará hasta vergüenza ser tu padre. Un pobre miserable que no ha sabido darles una mejor vida, aunque me parta el lomo de sol a sol. Ayúdame, bonita, mi muñequita preciosa. Espero con ansias el día de mañana. Se vence el plazo, no me vayas a fallar. ¡Te quiero! —Félix besó de nuevo el vientre de su mujer y se fue a acostar al otro lado de la cama.

Nazira abrió los ojos. En silencio humedeció la almohada.

Capítulo 5

La Nochevieja

El último día del año, Qsaibeh amaneció sombrío. Sus habitantes evitaban mirarse a los ojos para no revelar la compasión que sentían por Nazira y su familia. Félix no se había retractado de la apuesta, a pesar de que su entrañable amigo Jacobo Maclouf le insistiera.

—Piense en su mujer y sus hijos. Ya va a tener otro bebé. Con el tiempo nadie recordará que usted cambió de opinión —dijo Maclouf, afligido—. ¡Qué diera yo por tener a mi mujer y a mis hijos! Ya ve usted, se me murieron entre las manos y sin poder hacer nada.

Félix se mantenía firme en su decisión, y entonces Maclouf claudicaba en su intento, porque el nudo de lágrimas se le atoraba en la garganta y no subían ni a los ojos. Recordaba que, arrebatados por la tifoidea, uno a uno lo dejaron solo. Sin embargo, a pesar de que Jacobo pensaba que la familia era lo más importante y no le importaría pasar vergüenzas con tal de tenerla, ambos sabían que, si Félix deshacía la apuesta, todos lo recordarían por eso, y no lo permitiría.

Viudo y sin herederos, Jacobo dedicaba con pasión su tiempo y esfuerzo a producir la mejor seda de la región. Pasaba los días entre el trabajo, los juegos de póker en la taberna de los gemelos Chamuín y las largas charlas con Sami Salami, pero nadie sabía de sus noches de insomnio y soledad. Admiraba a Nazira como mujer y sintió pena por ella por los años en que su amigo la había dejado sola. Apreciaba en verdad a Félix y apreciaba su amistad, pero le irritaba que no viera los dones y talentos de su esposa. Admiraba la

fidelidad que esta le había guardado en su ausencia, y no pudo evitar que la alegría que le había producido su regreso le causara envidia.



Mouna Hawa y Yamila, como todos los días, fueron a visitar a Nazira. Midieron el volumen de su abdomen y se cercioraron de que la criatura descendía. El espacio para la mano entre el esternón y la protuberancia en su vientre era cada día mayor.

—Vas bien, Nazira. Me mandas avisar con los muchachos si quieres que venga a verte. Ya tenemos todo listo.

Nazira respondió con un "Gracias" apenas audible. Le costaba respirar, y las sombras debajo de sus ojos eran cada día más oscuras. Extrañaba a su madre, necesitaba su consuelo y compañía. Lamentaba no tenerla a su lado.

A diferencia de los días anteriores en que visitaron a su amiga, Mouna Hawa y Yamila evitaron decir "Nos vemos mañana", con la esperanza de que antes de que terminara el día el alumbramiento tuviera lugar. Qué más daba si era una niña o un niño. Lo importante para esa mujer era ver terminado su embarazo con una cría pegada al pecho.

Salían de la casa sin mirar ni a la cocina ni a la sala. Salían sin responder las mudas preguntas en los ojos de quien anduviera por ahí, en especial Félix, porque no tenían respuesta a la pregunta: "¿Nacerá hoy? ¿Por qué ha tardado tanto? ¿Será normal lo que le pasa?". Hicieron una leve inclinación de cabeza al pasar frente al padre Charbel que rezaba el Ángelus, quien interrumpió su oración para recordarles el cambio de horario de la misa de Nochevieja.

—Será después de las vísperas, no a la medianoche —dijo el sacerdote.

Ellas asintieron y salieron sigilosas.

A eso de las seis de la tarde comenzó a llenarse la pequeña iglesia ortodoxa dedicada a saint Georges. El padre Charbel, ataviado con solemnidad, daba la bienvenida a los feligreses en la

puerta. Entraban con rapidez para protegerse de la nieve y del frío y se acomodaban en el interior. La primera banca estaba reservada para la familia Anoun Kado. Así lo habían hecho para la misa de la Presentación de la Virgen y para la Fiesta de san Nicolás, unos días después, por si acaso Nazira tuviera que salir de emergencia. Durante la celebración, la banca permaneció vacía. Ningún miembro de la familia de Félix y Nazira se presentó ni dio aviso. Pero Mouna Hawa, sentada al lado de Georges —su esposo— y sus cuatro hijos, estaba atenta a la puerta. Dado que ella era la única partera en la comarca, era seguro que Nazira no había entrado en trabajo de parto. Un suspiro generalizado llenó el recinto luego de que los ojos de Mouna se volvieron al sacerdote.

Estaba por terminar la celebración cuando se abrió la puerta de par en par. Apareció Nagyb, agitado. Buscó con los ojos a Mouna. La encontró en cuanto ella se puso de pie y la miró con una expresión en la que se podía leer: "Ya va a nacer". Mouna se puso el abrigo, tomó a Yamila por el brazo y, después de hacer una reverencia, ambas salieron apuradas. Aunque el resto se quedó en la celebración, todos querían estar en casa de Félix y ser testigos de lo que estaba a punto de pasar. El padre Charbel terminó la celebración con "*Ya Rab tnajjiina*" y la bendición acostumbrada seguida de:

—¡Feliz Nochevieja! ¡Ahí nos vemos!

Se quitó los ornamentos, se puso su largo abrigo negro de lana burda y salió. Le siguieron Mikhail Naimy, Jacobo Maclouf y los gemelos Gibrán y Jusef Chamuín, presurosos. Detrás, los esposos de las asistentes del parto y los hijos de ellos. Les siguió el resto de la asamblea, quienes comentaban sobre las apuestas que entre ellos mismos habían realizado y que estaban por definirse. Sin mirar al visitante, Maclouf lanzó un suspiro.

«Yo voté a favor de Félix, con la suerte que tiene ese hombre…».

Mikhail asintió sin estar seguro de lo que había querido decir el sericultor. Por su parte, los hermanos Chamuín agregaron:

—En la taberna, casi todos hicieron su apuesta. Hasta hace tres días era cuatro a uno a favor de Félix —aseguró Gibrán.

—Pero han cambiado de opinión. Esta mañana ya eran tres en contra y dos a favor —completó Jusef.

Los hermanos cruzaron miradas y asintieron a la vez.

—El Turco confía más en su suerte que en Dios —añadió el sacerdote y apuró el paso. Algunos lo siguieron hasta la casa de Félix y Nazira.



Los golpes en la puerta sacaron a Félix de su marasmo. Con pasos lentos se acercó, y al abrir se encontró con sus compañeros de juego, el primo Mikhail y el padre Charbel que encabezaban a la multitud. El futuro padre alargó el cuello para alcanzar a ver al resto de la comitiva. Sin preguntar si eran bienvenidos, uno a uno entraron a la casa y se acomodaron hasta en el piso. El esposo de Mona Hawa hizo un gesto a Félix y aclaró: "Las otras mujeres ahora vienen, han ido a sus casas a traer la comida. Creo que mi esposa ya está con la tuya".

El único que permaneció afuera fue Sami Salami, quien encendía uno de sus interminables cigarros. A partir de la Fiesta de san Nicolás, y por designación propia, se había convertido en el vocero oficial de noticias: desde Qsaibeh hasta el muelle de Beirut, en el *souk el Nourieh* y en el *souk* de la calle Weygand. A esas alturas no había una sola persona que ignorara la apuesta de Félix. Todos se preguntaban cómo iba a repartir las pepitas de oro entre sus tres compañeros de juego, en el caso de perder la apuesta. Para Sami Salami era imposible circular por la calle sin que lo detuvieran para preguntarle las novedades diarias.

Tendría que agradecerle de alguna manera a su amigo —el turco mexicano— la popularidad que le había dado su famosa apuesta. Eso había aumentado su clientela, tanto del correo como del transporte de personas y mercancía.

A punto estaba el cartero de entrar a la casa cuando escuchó un murmullo que aumentaba de volumen. Curioso, esperó para averiguar de qué se trataba. Parecían voces, pero no podía entender una sola palabra. Era como un enjambre de abejas acercándose más y más. Agudizó sus sentidos. Sonidos, aromas, voces, y de pronto

las vio cruzar la verja y encaminarse hacia él. En realidad, no iban hacia él, sino hacia el interior de la casa. Las reconoció, era Rose —la esposa de Ahmed— al frente, seguida por Nicole, Saide, Rania, Youmina, Jana, Helen, Amira y Neshme; esta última era la joven esposa de Salomón. Cada una de ellas portaba una vasija; por el balanceo al caminar y el aroma que despedían, dedujo que no estaban vacías.

Les franqueó el paso y abrió la puerta para que entraran. Fueron directo a la cocina. Semejante a una danza, cada una fue a lo suyo. Rania avivó el fuego del *tannur* para cocer el pan y el *manakish*. Amira puso agua al fuego que, sin duda, necesitarían Mouna Hawa y Yamila en cualquier momento. Nicole, por ser la mayor, organizó a un grupo de mujeres para elaborar el *meghli*, platillo tradicional para la ocasión: tenían que vigilar en el fuego la mezcla de harina de arroz, agua y azúcar, y moverla con pala de madera para asegurarse de obtener el punto deseado; rallar el coco; agregar agua de rosas a las almendras y pistachos para luego pelarlos y picarlos en trozos pequeños. Debían de tener todo listo. Rellenaron pequeños platos hondos con el budín y lo decoraron con la mezcla de coco, almendra y pistache. Tan pronto como el nacimiento fuera anunciado, lo repartirían entre los convidados. Mientras llegaba ese momento, dispusieron sobre la mesa el *mezze*: *hummus*, *babaganush*, *tabbule*, berenjenas rellenas, jitomates en conserva y *bemme*. Del *tannur* llegaba a la mesa el pan recién horneado y el *manakish* de *zaatar* y ajonjolí.

Félix se sintió mareado, no esperaba ese asalto. Deseaba intimidad con su familia, sobre todo si no se cumplían sus deseos.

«Es un castigo de Dios —se dijo—. Esto me pasa por bocón, por no pensar antes de hablar. Todo el mundo se va a burlar de mí».

Pasó la mirada por su entorno. Las mujeres en la cocina, el trío de jugadores discutiendo —para no variar— y el cura y el primo en amena plática, con el rosario entre los dedos. Los hombres mayores hablaban de política, de impuestos, del origen del apellido que todos llevaban en la aldea. Y, como era su costumbre, todos tenían la razón, aunque nadie estuviera de acuerdo.

El ansioso padre del futuro bebé decidió hacer uso de sus habilidades de tahúr. Por sus reacciones, sus movimientos o respiración, nadie se daría cuenta de lo que llevaba por dentro. Con su sonrisa impasible y movimientos lentos, acomodó su bigote, primero de un lado y luego del otro. Por su postura, de apariencia diáfana, quedaría en la duda de todos si él habría confiado o no de su certeza. El tic tac del reloj colgado en la pared aceleraba los latidos del corazón de Félix. Mantenía a sus hijos ocupados para evitar que lo acosaran con preguntas. Pidió que buscaran leña para el *mawqade*. Apenas terminaron, los envió a servir *aarac* y a llevar loza a la cocina. Los mandó a descender el *namliyyeh* para buscar el aceite, el *zaatar* o un poco más de harina, con tal de evitar que le preguntaran "¿Cuánto falta? ¿Ya va a nacer? ¿Será niña o niño?". Esos eran los mismos cuestionamientos que él se hacía.

—Que te acompañe tu primo Nicolás —ordenó a Abdo. Luego se dirigió a Nagyb—: Que te ayude Karim, él siempre está dispuesto a ayudar.

Tic tac, tic tac, tic tac. Una y otra vez tic tac, tic tac. El tiempo pasaba con lentitud para todos, excepto para Félix. Se escucharon ruidos y pasos provenientes de la parte de arriba de la casa. Era Yamila, quien entró corriendo a la cocina.

—Necesitamos más agua caliente y mantas.

Tomó un cazo que pendía sobre el fuego y subió de nuevo las escaleras.

Luego de perderla de vista, se volvieron todos hacia Félix: estaba sentado en la esquina del salón, con sus largas piernas cruzadas, su media sonrisa y sus dedos en el bigote. Al tic tac, tic tac del reloj, enroscaba su fino bigote recién cortado hacia arriba, sin perder el ritmo del tic tac, tic tac del reloj.

De pronto, se escuchó un llanto, pero se detuvo tan pronto empezó. Todos quedaron atentos y en silencio. Se podía oír el zumbido de una mosca, pero nada les confirmó que ese llanto fuera el de un recién nacido. Escucharon de nuevo el mismo sonido seguido de unos rasguños en la puerta. Sami Salami, el más cercano, la abrió. Un gato, empapado y casi congelado, entró y se restregó en el tapete hasta que se quitó el exceso de agua. Dio

varias vueltas en círculo y se tendió frente al calor que emanaba del *mawqade*. Cada uno volvió a sus quehaceres.

Una hora más tarde, se escuchó algo que no lograron identificar. Todos volvieron su vista al felino que descansaba con placidez frente al hogar; no había sido él. Se hizo un silencio. El ronroneo del gato se escuchaba con claridad. Segundos después lo escucharon de nuevo, hasta el gato levantó las orejas. Indecisos de cómo reaccionar, esperaban escucharlo de nuevo, cuando de pronto se abrió la puerta de la casa y una ráfaga de aire helado entró. Todos se volvieron. Era Sami Salami.

—Salí a fumar —se excusó.

Acercó una silla y se sentó al lado del padre Charbel para platicar. Este le hizo una seña y le mostró el rosario que traía en el bolsillo. Mikhail mostró el suyo.

—Ya decía yo que ustedes no estaban de acuerdo con esta locura de la apuesta. —Sami se cruzó de brazos y guardó silencio.

La tercera vez que escucharon el llanto, no dudaron. Había nacido.

Las miradas se dirigieron a un Félix que permanecía sentado en el mismo lugar. Yamila apareció, le pidió que subiera con su esposa y dio la vuelta sin mirar a nadie más. Maclouf, el sacerdote y el primo respiraron aliviados. Solo esperaban que hubiera sido una niña para que salvara su padre de la desgracia.

Félix se puso en pie, miró el reloj en la pared que seguía con su uniforme tic tac, tic tac, tic tac. Recorrió con su mirada a los asistentes —sin perder su media sonrisa—, se alzó de hombros y se dirigió a la escalera. No bien les dio la espalda, las doce campanadas marcaron, una a una, los peldaños que separaban a Félix de conocer su destino.

Capítulo 6

Ganar y perder

Expectantes. Ansiosos. Con todos los sentidos atentos y la respiración contenida. El silencio reinaba en el interior de la casa de los Anoun Kado, mientras afuera la tormenta invernal amainaba, tal vez, en espera de noticias.

Era muy probable que al menos la mitad de la apuesta la ganaría Félix. Pero la duda estaba latente en el cruce de miradas entre Jacobo Maclouf, Gibrán y Jusef Chamuín. Se conocían tan bien, que sin pronunciar palabras se lo decían todo. La apuesta de Félix era total, completa, nunca se contempló la posibilidad de la parcialidad; sin embargo, hubo una persona que sí la consideró, y no podía ser otro que el mismo Sami Salami, quien promovió en las calles, en el puerto y en los *souks* que se hicieran apuestas individuales: una, que nacía una niña, y la otra, que lo haría antes de acabar el año.

La polémica se había desatado en los últimos quince días. Entre el día de san Nicolás y el fin de año, las apuestas se habían triplicado. Por supuesto que nadie tenía pepitas de oro para arriesgar, ni siquiera los armenios en sus orfebrerías situadas en el corazón de Beirut. Lo que ponían en juego eran bienes o servicios de acuerdo a su situación, lo que cada quien creía que compensaba la contraparte de la apuesta. Un jarro de *aarac*, medio costal de piñas con piñón, dos medidas de caracoles silvestres, podar las vides, cortar leña, preparar semilla. En ninguna de las apuestas citadinas se arriesgaron cabras, chivos o gallinas.

—¿Y si no es una niña? —farfulló Sami Salami—. ¿Cómo queda Félix?

Varios pares de miradas furiosas se volvieron a él.

—Eso no importa ahora —respondió Nicole al cartero con la autoridad que le daba la edad—. Lo importante es que ya nació, aquello es solo un pequeño detalle. —Y se giró de frente a la escalera.

Félix estaba parado en la parte alta. Tenía al recién nacido entre los brazos envuelto en mantas; estaba cubierto por la fina colcha tejida a crochet que, con hábiles manos, la madre de Nazira había elaborado para su tercer nieto. La había mandado con su sobrino Mikhail y una breve nota disculpándose por no poder acompañar a su hija. No se encontraba bien de salud.

Descendió despacio y se colocó al centro de la casa. En su expresión no había ni gusto ni disgusto, ni satisfacción ni decepción, ni gozo ni aflicción. "Maldito Félix con su cara de póker, no deja ver su juego", se dijeron con un cruce de miradas Jacobo y los gemelos.

Abdo y Nagyb estaban en primera fila, expectantes y con la pregunta en la punta de la lengua. Para ellos era indistinto tener una hermana o un hermano. Lo que más deseaban era lo que ellos no habían tenido, que pudiera crecer con su padre a su lado. Que no llorara en las noches por su ausencia. Que no adivinara su rostro en cualquier desconocido. Que no sintiera envidia de sus primos y amigos.

—¿Qué hacen ahí parados? —reclamó Félix a sus hijos—. Pongan leña en el *mawqade*, que su hermana se va a enfriar.

Lo dijo con tanta naturalidad que algunos tardaron en reaccionar. Abdo y Nagyb se apuraban a ir por el encargo de su padre cuando, de repente, sus palabras los sacudieron y se giraron hacia él. En ese momento se inclinaba hacia ellos y retiraba cuidadoso la manta del rostro de la pequeña.

Las reacciones que se dieron en ese momento fueron las más variadas, pero por demás, las esperadas. El padre Charbel y Mikhail se miraron alegres y se abrazaron girando en círculo. Sus oraciones habían sido escuchadas, aunque eso alimentara el ego del padre de la pequeña. Jacobo recibía de manos de los gemelos las liras que

cubrían el monto de la apuesta hecha entre ellos. Lo mismo hizo el resto de los asistentes con sus propias apuestas. Las mujeres dejaban rodar las lágrimas por sus rostros sin hacer nada para impedirlo. Se santiguaban y daban gracias a Dios por haber salvado a su amiga de la ruina y la vergüenza. Solo Sami esperaba estar seguro de la noticia para llevar la primicia al puerto a primera hora.

Abdo y Nagyb lloraban al ver a su pequeña hermana. Era blanca como la nieve, su cabello era ralo, pero sus cejas oscuras. Lucía tan apacible entre los brazos de su padre, que parecía una muñeca de porcelana, como las que se exhiben en el aparador de la juguetería ubicada frente al monasterio de los capuchinos.

La pequeña lucía su incipiente belleza. Ligeros movimientos en su rostro confirmaban su fragilidad. Sus hermanos querían cargarla. El impetuoso Nagyb se impuso a su hermano mayor y extendió sus brazos para que su padre la colocara en ellos. Félix lo hizo, pero no la soltó del todo; le daba miedo que de pronto se le fuera a resbalar. Cuando la nena se inquietó por el cambio de postura, Félix se irguió con ella. Se volvió a su hijo mayor y la puso entre sus brazos.

Abdo la tomó con dulce firmeza e infundió en la pequeña una seguridad que nunca la abandonaría, ni en los momentos trágicos de su vida. Le recorrió el rostro con un dedo y ella se encogió. Le entonó una canción de cuna que hizo que la recién nacida se relajara de nuevo. Félix ignoraba que su hijo conociera esa canción. El padre Charbel notó el asombro en Félix y aclaró:

—Es la que les cantaba su madre.

Con los brazos libres, el orgulloso padre recibió la felicitación de cada uno de los presentes en su casa. Además de felicitarlo por la hermosa niña que Dios les había regalado, lo hacían por haber ganado la apuesta, por confiar en Dios, en su sexto sentido y en su buena suerte, a lo que también le advirtieron que no volviera a tentar. Había arriesgado demasiado, le dijo su primo Mikhail, quien, a su vez, pero en otro tiempo y en otro continente, apostaría por la publicación de su texto *El libro de Mirdad*, tan profundamente teológico que resultaría de difícil comprensión para la casa editorial a la que lo presentó.

Los abrazos y las felicitaciones se acompañaron de brindis con *aarac* y vino de la región. Hasta ese momento, Félix fue consciente de la cantidad de personas que había dentro de su morada. No tenía idea de que toda esa gente podía acomodarse en tan reducido espacio.

Karim se acercó a Abdo y contempló junto a su amigo a la recién nacida.

—Es muy linda, Abdo. Me recuerda a mi hermana cuando nació. —Y luego de un suspiro, agregó—: Cuídala bien, o tendré que hacerlo yo.

Las proféticas palabras de Karim no se perdieron en el tiempo.



Terminadas las felicitaciones, Nicole organizó la distribución del *meghli* entre los convidados, que sirvió para quitar el mal sabor de boca con el que quedaron los que habían perdido la apuesta. El momento de servirlo había llegado con el arribo de la recién nacida. Había sido tal el alboroto por el sexo del bebé que ni siquiera entre los padres se comentó el nombre que le pondrían, tanto si fuera niña como si fuera niño.

El tenso ambiente que se respiró en la casa de Félix y Nazira se relajó en cuanto la niña nació, justo antes de que sonaran las doce campanadas del reloj. Ya no eran murmullos los que se escuchaban, sino la locuaz algarabía que caracterizaba las reuniones de la familia. Varias personas hablaban a la vez, se comía de principio a fin y los alimentos nunca parecían ser suficientes.

Félix tomó de nuevo a la niña en brazos.

—La voy a regresar con su madre para que le dé de comer. —Antes de alejarse, se dirigió a su hermano y cuñada—: Será un honor para nosotros que ustedes sean los padrinos de bautizo de la niña.

Neshme se emocionó hasta las lágrimas y se lanzó sobre su cuñado y la niña en un abrazo efusivo. Salomón se sintió agradecido

y a la vez turbado. Él y su esposa se embarcarían a México en la primavera para establecerse allá, y eso no haría nada feliz a Nazira.

—Gracias, hermano, el honor es nuestro, ¿verdad, Neshme?

Ella asintió sin contener la emoción y la dualidad de sentimientos que esa proposición le provocaba.

Era la primera vez que la invitaban como madrina de bautizo, por lo que se sentía feliz y agradecida. Sin embargo, no podría crear vínculos con su futura ahijada, más allá de sostenerla mientras le rociaban agua tibia en la cabeza. Se le estrujó el corazón. Tomó la mano de su esposo y él la apretó con fuerza; con ese gesto supo que él se sentía igual que ella.

—Bueno, y a todo esto, ¿mi futura ahijada se llamará Elena como su abuela? —preguntó Neshme al hermano de su esposo.

Félix se giró con la niña en brazos y no dijo nada por un rato.

Nagyb, como siempre, observaba a su padre. Desde que lo había conocido, tras su regreso de su prolongada estancia en México, se había dedicado a seguirlo con la mirada. Recordó el día que lo había visto por primera vez y cómo el rostro de su madre se había iluminado como nunca antes.

—Es tu padre, anda. —Le había puesto su mano en la espalda para animarlo a avanzar—. Ve, abrázalo.

«No quiero, no lo conozco», había pensado Nagyb, y lo observó desde el sitio donde estaba, pertrechado en la falda materna.

Se esforzó día a día por entretejer los relatos de su madre con la persona que había aparecido de pronto frente a ellos, con aquel que se había metido a su casa, sentado a su mesa, tomado posesión de la pala y el azadón y dormido en la cama con su madre. La realidad no coincidía con el padre que él había construido en su imaginación cada vez que su madre le contaba: "Tu padre es bueno. Es muy alegre. Es muy trabajador y te ama con todo su corazón. Pronto vendrá. Se fue a conseguir dinero. No ha venido porque no lo ha juntado. En esta carta dice que ya pronto vendrá". Nagyb le creyó a Nazira cada uno de los argumentos por los cuales su padre no estaba con ellos. A decir verdad, quien lo extrañaba era Abdo. Nagyb no tenía ningún recuerdo de su progenitor. ¿Cómo podría tenerlo si se había ido antes de que él pudiera reconocerlo? Nunca lo echó de

menos, y no era el único niño del vecindario que estaba en esa situación.

Desde que ese hombre regresara, su madre le ponía menos atención. Dejó de obligarlo a ayudarle a regar las semillas mientras que ella o Abdo jalaban del arado. Ya no le permitió que durmiera con ella en las noches de insomnio o pesadilla. Al llegar al corral, por la mañana, las tinas estaban llenas de leche recién ordeñada. Empezó a sentirse inútil y desplazado por ese hombre a quien debía de llamar "padre". Entonces Nagyb decidió observarlo mientras este araba la tierra, fumaba el *arguile* o perdía su mirada entre las llamas del *mawqade*. Para evitar que lo descubrieran, lo hacía con disimulo mientras jugaba con las conchas de caracoles, trepaba al árbol o comía en silencio en la mesa de la cocina, sentado frente a él. El joven, que aún era un niño, aprendió a conocer cada uno de sus gestos, de sus reacciones y de sus cambios repentinos de expresión cuando un "*ahlawsahla*", "*qiifiq*", o "*habiibe*" le sorprendía con la repentina llegada de Jacobo Maclouf, Nazira o su hermano Salomón. Pudo reconocer muchos de esos gestos idénticos a los de su hermano Abdo y totalmente diferentes a los suyos. La noticia de que su madre les daría un hermano al principio lo enojó. Sin duda, eso tenía que ver con el regreso de su padre, y un sentimiento desconocido se apoderó de él, un sentimiento que lo hacía llorar por las noches, llorar por el día, llorar por hambre, por sueño, por cansancio. Cualquier pretexto era bueno con tal de encontrar refugio entre los brazos de su madre.

Una tarde de otoño, sentada en la mecedora, Nazira abrazaba a su hijo menor. La silla estaba colocada a la sombra de la vid, de la que colgaban frescos racimos de uva. Ella tomó su pequeña mano, la puso sobre su vientre abultado y la cubrió con la suya. Nagyb adivinó lo que su palma de la mano le reveló: alguien dentro se movía. Así permaneció hasta que el movimiento fue imperceptible, y quiso preguntar si de la misma manera él había vivido dentro de ella. Si de la misma manera le había crecido el vientre, si también por su causa se le hinchaban los pies y se sentaba en la mecedora a descansar, pero no supo cómo articular sus preguntas y decidió mejor responderse a sí mismo. Sin duda, debió de ser igual, con la

salvedad de que él no se había enterado de lo que la gente decía de ellos, en concreto de su padre. Nagyb sabía —porque lo había escuchado en varias conversaciones acerca de la apuesta que Félix había hecho— que lo llamaban loco, insensato y muy poco considerado con su esposa embarazada. Que había puesto en riesgo lo poco que tenían y, sobre todo, el prestigio y el nombre que debería de honrar.

Lo peor de todo sucedía en la escuela y los domingos al salir de misa; los niños se burlaban de él y de su familia por la desquiciada apuesta. A pesar de que no lograba identificar aún los sentimientos de Félix hacia él, se sintió con el deber de defenderlo, y a más de uno le sacó sangre de la nariz de un solo puñetazo. Así fue como aprendieron a respetarlo y, lo más importante, a respetar a su padre y a no volver a llamarlo loco en su presencia.

Nagyb aprendió a reconocer los gestos de Félix. A pesar de ser un hábil jugador de póker, a su hijo no le pasaron desapercibidos ninguno de sus pestañeos, muecas, suspiros y medias sonrisas. El muchacho sabía muy bien lo que su padre pensaba, sentía y, sobre todo, disimulaba. Por eso, viéndolo en la escalera con la niña en brazos, no le quedaba duda de que tenía un as bajo la manga. Cuando Félix mostró todas sus cartas, Nagyb, con un hondo suspiro, confirmó sus sospechas.

—El bautizo se celebrará el primer domingo de Cuaresma, Nazira ya habrá completado la cuarentena. —Tras una breve pausa agregó —: La niña se llamará Columba.

—Pero ¿qué nombre es ese? —preguntó sorprendido Jacobo Maclouf—. ¿De dónde lo has sacado?

Félix sabía de dónde provenía el nombre, pero se negaba a responder esa pregunta. Subió las escaleras sin mirar atrás. Sin duda, Nazira ya lo había escuchado. Ahora solo tenía que convencerla. Sabía que lo lograría.

Solo dos personas conocían el origen de ese nombre: Nazira, luego de una desafortunada confesión de Félix, y el padre Charbel, quien, en confesión sacramental seguida de una absolución, lo había escuchado primero de labios de la afectada y, casi enseguida, del propio Félix.

Félix, envalentonado por haber ganado la apuesta, puso a la niña en los brazos de su madre y musitó:

—Aquí te entrego a Columba.

Nazira lo miró a los ojos, sospechosa, e inquirió aunque sabía la respuesta:

—¿Qué clase de nombre es ese?

—Es el que te suplico que lleve nuestra hija. Es el nombre de una persona a quien tengo mucho que agradecerle.

Nazira se arrepintió demasiado tarde de haber aceptado bautizar a su hija con ese nombre. Tan fuerte, tan potente para una niña tan dulce y de facciones tan exquisitas. La tensión de los últimos días no le permitió pensar con claridad y cayó, de nueva cuenta, en las redes de su esposo.

Capítulo 7

Raíces en la tierra

La noticia del triunfo de Félix era tema de conversación entre cada habitante de Qsaibeh, de Hamada y de cada caserío que los separaba del puerto de Beirut. Sami Salami repartía y recogía mensajes y felicitaciones entre casi todos los comerciantes del centro.

Durante la celebración de la Nochebuena —el día 6 de enero, de acuerdo al calendario juliano—, mientras se servían y degustaban los doce platillos tradicionales en alusión a los doce apóstoles, el tema no podía ser otro que el del nacimiento de la hija de Félix y Nazira. Su fama subió como la espuma, y con el deshielo esta también se disolvió. La madre de la pequeña advirtió a su esposo que nunca lo volviera a hacer, que no pusiera en riesgo a su familia y el patrimonio que representaban esas dos habas de oro. Félix lo prometió con solemnidad, con palabra de tahúr. Y cumplió… como pudo y hasta que pudo.

El padre de la recién nacida limitó sus visitas a la taberna de los hermanos Chamuín, en parte, para dejar que el mundo entero pudiera hablar a sus espaldas, pues esa historia no se volvería a repetir; sin embargo, la verdadera razón es que quería pasar la mayor parte del tiempo con su pequeña.

Liberada la presión luego del alumbramiento, el cuerpo y la mente de Nazira se relajaron y, tal como lo previó Félix, aceptó que llamaran a la niña Columba. Fue más complicado de lo que él esperaba, pero el resultado era lo que contaba. El hecho de que la

otra Columba estuviera al otro lado del mundo había sido suficiente para su esposa, pero tarde reaccionó sobre las consecuencias que su decisión tendría en el futuro de su familia. La presencia de la *meqsiqiyi*, como ella llamaba a la mujer mexicana, sería una constante en sus vidas. La tensión con la que había vivido Nazira las últimas semanas antes del nacimiento de Columba le había causado problemas para conciliar el sueño, por lo que durante el día le costaba concentrarse y olvidaba realizar tareas de rutina. Sentía que cargaba sobre sus hombros un peso adicional, y eso le causaba fuertes dolores en el cuello y la mandíbula. La recuperación física de Nazira tuvo que ser acelerada debido a que por las condiciones climáticas le fue imposible recibir ayuda a diario. Ninguna de sus vecinas podía dedicarse a atenderle como lo había hecho su madre en los dos partos previos. Neshme y Salomón procuraban visitarlos todos los días, si la nieve se los permitía. Félix y sus hijos alternaban el trabajo de palear la nieve del camino para facilitar a sus escasos visitantes el camino hasta su puerta.

La hora del baño era la favorita para Neshme y la pequeña Columba. En cada uno vigilaban el cordón umbilical de la pequeña para evitar lastimarla o que se infectara. Cada día se notaba un poco más seco que el día anterior.

—Se cae solo —aclaró Nazira a su cuñada—. En las noches tengo más cuidado al cambiarla, porque por la escasa luz podría no darme cuenta, y ya sabes… hay que enterrar el ombligo de Columba como se debe.

—Columba —repitió Neshme—, un nombre muy grande y fuerte para una criatura tan dulce y exquisita.

Imposible resultaba para Neshme saber que, en el futuro, la personalidad de su ahijada estaría en perfecta armonía con el nombre que su padre había elegido para ella.

Mientras Nazira se ocupaba en amamantar a su hija, Neshme se encargaba de otras tareas: vaciar la bañera, poner las toallas frente al *mawqade* para que el calor las secara y bajar a la cocina para prepararle la cena a su cuñada. Esa noche le sirvió *makhluuta*, *ftayer* y *ahuaymet* que ella misma había preparado para toda la familia.

Nazira disfrutaba de su comida con placidez y de la compañía de su cuñada. Neshme sostenía en su mano izquierda la cabeza de la pequeña para estar una frente a la otra. La niña abría y cerraba los ojos con una lentitud de cámara lenta, y seguía la voz de su madrina que le hablaba suave y quedo. En ese sosiego se quedaba dormida un par de horas, tiempo que la mamá aprovechaba para descansar.

Con las visitas constantes de Neshme a casa de Nazira, se desarrolló un vínculo entre ambas, vínculo que transcendería el tiempo y la distancia. Neshme no estaría cerca de su ahijada para cumplir con el compromiso que conlleva el agua bautismal y el santo crisma, y de vigilar el crecimiento en la fe de su ahijada. Columba, apenas un mes después de su bautismo, dejaría de ver, sentir y escuchar a su madrina. Ningún recuerdo quedaría en la niña del calor de su abrazo, de la melodía de su voz, de sus besos y caricias. Antes de que la niña aprendiera a persignarse y a recitar las oraciones de la noche, su madrina estaría del otro lado del mundo. Se dedicaría a hacer por ella lo mejor que una madrina puede hacer: incluirla en sus oraciones. Sin embargo, la semilla del sacramento —vínculo sagrado de unión entre madrina y ahijada— que siempre germina, tendría un florecimiento tardío.

El disgusto que Nazira había expresado cuando Félix anunció quiénes serían los padrinos quedó atrás. Su creencia de que la madrina debía estar cerca para cumplir su compromiso permanecía inamovible; sin embargo, la convivencia con Neshme y Salomón mutó el enfado de su corazón por nostalgia. El inminente viaje a México, en unas cuantas semanas, la llenaba de añoranza por lo que todavía tenía.

El día del bautizo, Nazira se grabó cada una de las palabras que el padre Charbel había pronunciado. Quería recordarlas para repetirlas a su hija cuando ella tuviera edad suficiente. También guardó en su memoria los gestos, las caricias y arrumacos que hicieron Salomón y Neshme a su ahijada.

El cariño entre ambas mujeres hizo difícil la separación. El día previsto para el viaje se fundieron en un fraternal abrazo. Se hicieron la promesa de nunca olvidarse una de la otra.

—Te escribiré —aseguró Neshme, sin saber de las dificultades que encontraría para hacerlo.

Nazira le sonrió, la abrazó y no le prometió nada que no pudiera cumplir.

—Cuidaré de tu ahijada como madre y madrina.

Sami Salami se encargó de transportar a los viajeros con sus pertenencias al muelle. Allí los esperaban algunos vecinos para despedirlos.

Entre besos, abrazos y recomendaciones para el viaje, Salomón le sugirió a su hermano que no cargara él solo con el trabajo de sus tierras, que buscara a alguien que lo supliera en el trabajo del campo y los animales para que sus hijos tuvieran oportunidad de estudiar y superarse.

Félix asintió, agradecido, a pesar de que ambos sabían las dificultades que eso representaba. En esa zona agreste de la montaña, cada quien atendía lo suyo. Se ayudaban en la construcción y situaciones excepcionales, pero el día a día era cosa de cada familia. Él se consideraba afortunado porque tenía dos hijos varones sanos y fuertes. Los que no contaban con esa suerte eran quienes solo tenían mujeres, pues ellas podían ayudar hasta donde sus fuerzas se lo permitieran.

Mikhail Naimy se despedía también. Viajaría con su primo y esposa hasta Marsella y de ahí cada uno tomaría su destino.

Neshme sostenía en brazos a Columba, que la miraba sonriente y confiada, incapaz de distinguir el canto diario de su madrina del canto de despedida de esa soleada mañana de primavera. Antes de que las lágrimas la traicionaran, apretó a su ahijada con fuerza, extendió los brazos y entregó a la niña a su madre.

—No sé cuándo la volveré a abrazar.

—No será pronto, ¡pero será! —respondió Sami Salami en la calidad de familia moral que le otorgaba la cercanía que mantenía con la familia de Félix y Nazira. Ignorante de lo profético de sus palabras, se giró y encendió un cigarro.

Nazira sabía que el residuo del cordón umbilical del bebé debía secarse y caer por su cuenta. En cada cambio de pañal revisaba con cuidado el estado de ese trozo de carne. Según la tradición, una vez caído debían de colgarlo en la puerta o sembrarlo en la tierra. Félix y Nazira optaron por esta última.

Cuando tocó el turno de depositar el ombligo de Abdo, el mayor, lo habían hecho al pie de la higuera, el árbol más frondoso de la propiedad. Félix había fabricado una pequeña caja con madera de cedro. Dentro había tallado la inscripción: "Abdo, el mayor" y el año de su nacimiento. Cavó un pozo cerca de la raíz y dejó ahí la caja. Ambos padres, arrodillados en la tierra, lo llenaron usando sus propias manos. Con la punta del cuchillo, Félix marcó una seña en el tronco del árbol. Los dos desearon para su hijo que permaneciera siempre ligado a la tierra que lo vio nacer. Tierra a la que quedaría atado para siempre. Bendijeron al niño y desearon que creciera y que no muriera sin antes hacer digno, con su vida y trabajo, el nombre de su familia y su origen fenicio.

Al poco tiempo de nacer su segundo hijo, en cuanto se desprendió su pequeño pedazo de carne seca, repitieron la misma tarea. Lo colocaron dentro de una caja de madera en la que Félix había tallado la inscripción: "Nagyb, el segundo", y el año. Félix marcó, con la punta de su cuchillo recién afilado, una señal en el tronco de la higuera el lugar donde había cavado el segundo pozo y depositó la segunda caja. Al mismo tiempo que entonaba un *zajal*, él y Nazira lo cubrieron con tierra y bendiciones.

Por las venas de sus hijos corría la memoria de sus ancestros fenicios. Tierra de cedros milenarios, de elevadas montañas que tocan el cielo y valles fértiles, fecundos y santos. De cordilleras que limitan, adornan e invitan a ser descubiertas. De heladas vertientes que, al descender, acarician las cavernosas montañas y alteran sus formas en caprichosas figuras antes de llegar a bañar las cálidas aguas del Mediterráneo.

Como signo de unión eterna, el ombligo se plantaba en la tierra. Tierra de costumbres imperdonables como beber el aromático café, surtir la *mezze* de comida y platillos diversos para preguntar después: "¿Qué vas a querer comer?" y saludar de beso en ambas

mejillas. Tierra del país que mana leche y miel. Por las venas de sus antepasados corría sangre de aventura, de traspasar fronteras, de surcar los mares. Así como la sangre lleva oxígeno y nutrientes al cuerpo, los fenicios llevaron a los confines del mundo conocido productos y mercancías, ilusiones y anhelos, promesas y recuerdos. Su sangre llegaba a sus corazones para impulsarlos a ir más allá, a delimitar en cada viaje las fronteras para delinear sus mapas con nuevas rutas. Sangre fenicia que dio origen al pueblo libanés. Esa sangre corría por las venas de Félix y lo había impulsado a lanzarse a la aventura, a probar fortuna, a navegar hasta el otro lado del mundo; era la que bombeaba su corazón con fuerza, con un ritmo acelerado y un nudo en la garganta, cuando tuvo que hacer frente a Nazira y mirarla a los ojos para anunciarle su partida, y era la misma que lo había impulsado a regresar. Esa misma sangre fluía por las venas de Nazira, pero se apretaba en el centro del su estómago y le impedía respirar, y en aquellos años donde debía esforzarse para no morir de tristeza, y sus hijos junto con ella, se agolpaba en su cabeza con tal intensidad que la sentía reventar. Efervescente, la agitaba en las interminables y frías noches en las que se preguntaba, una y otra vez, por qué su esposo la había abandonado. La sangre que compartían los había unido —casi siete años después — en un abrazo que había marcado un nuevo comienzo y los había impulsado a mantener la mirada al frente, sin cargar el peso del pasado, avanzando tomados de la mano. Ese fluido vital les recordaba que perdonar y perdonarse es difícil, pero es posible si existen el amor y una voluntad férrea de continuar.

Cuando llegó el momento de sembrar el ombligo de Columba, Félix eligió entre los altos árboles de morera blanca al más robusto y se dirigió a él. Pronto comenzaría a florecer y a producir sus primeras larvas.

—Es más propio para una niña, ¿no crees?

Sobre un mantel, a la sombra de la morera, la madre colocó a la pequeña. Enseguida, sus hermanos se acercaron a juguetear con ella. Entre empujones, manotazos y un "Yo llegué primero", "A mí me miró" y "A mí me sonrió cuando te empujé", Abdo y Nagyb se entretenían.

A cuatro manos, los padres cavaron el pozo. Sus cabezas muy cerca una de la otra, sus respiraciones mezcladas, el pulso acelerado. Encontraban sus miradas y sonreían con complicidad. Los rayos de sol que se filtraban por entre las ramas de la morera aumentaron la temperatura de Nazira, que sintió la cara caliente y sonrojada.

—¿Qué te parece? Somos un *full house*. —Sin poder evitarlo, Félix comparó a su familia con una mano de póker—. Un par de reinas con una tercia de reyes. —Le guiñó el ojo, dio la espalda a sus hijos y la besó en la boca.

—¡Para, Félix!, que están aquí los niños —lo reconvino Nazira, que, ajena a las reglas del juego, no supo qué decir.

Félix se puso en pie, afiló la punta de su cuchillo en una piedra y regresó para hacer la marca en el rugoso tronco de la morera. Esta vez dibujó un corazón para señalar el lugar donde depositarían la parte del cuerpo de Columba que la uniría a su tierra para siempre.

La caja de madera de cedro había sido tallada por el padre de la pequeña con unas figuras que asemejaban flores de mora. Félix se esmeró en convertir una sencilla pieza de madera en una obra de arte. En el interior se leía la inscripción: "Columba, la princesa. El último día de 1910".

Nazira recordó a Neshme y a Salomón. Ellos, al igual que muchos otros, habían dejado sus raíces enterradas en la tierra. ¿Volverían a ellas? Nazira se preguntó si en verdad era posible dejarlo todo atrás y tener un nuevo comienzo. No se sentía capaz de hacerlo.

El destino de la caja de madera, de su contenido y el de la niña eran tan inciertos como el de la morera, pero nunca perderían su vinculación a la tierra en la que desde ese día cohabitaban.



La pequeña Columba se alimentaba con voracidad, terminaba cansada y permanecía en un estado de somnolencia profunda y prolongada. Durante ese tiempo, Nazira aprovechaba para asearse y asear la habitación, cambiar las sábanas de la cuna, lavarlas y

tenderlas al sol en la terraza a la que accedía desde esa parte de la casa.

Iluminados por cálidos rayos matinales, Nazira abría las ventanas para que la templada brisa inundara los dormitorios y el baño. Acercaba la cuna para que Columba tuviera su disfrutado baño de sol. Libre de ataduras, la pequeña estiraba sus regordetas piernas y brazos. Bostezaba y arrugaba la nariz. Abría los ojos y los cerraba por la intromisión de los rayos en sus pupilas verde olivo.

Luego de ese baño de sol, la pequeña dormía una siesta. Félix aprovechaba la pausa diaria en su trabajo en el campo para ver a Columba. La voz de su padre la despertaba y, aunque lloriqueaba por la molestia, enseguida se espabilaba y ambos se encontraban sonriendo. La niña, sonrojada, abanicaba las pestañas en un gesto de coqueteo que él conocía muy bien.

Félix jugaba un rato con ella, le hacía cosquillas dándole besos en su barriga. Si Columba comenzaba a inquietarse, le cambiaba el pañal y la entretenía haciendo sonidos con la lengua. Imitaba el paso de un caballo, el graznido de un ave o el balar de una cabra para mantenerla entretenida. Cuando Nazira estaba lista, su esposo le daba un largo beso en la frente y la depositaba en el regazo de su madre, quien estaba perpleja con su nuevo estilo de paternidad.

A veces sentía que vivía en una burbuja encantada, como en un sueño, con temor a despertar y comprobar lo contrario. Que Félix seguía en México, que en verdad la había abandonado y estaba con la *meqsiqiyi*. Que nunca había regresado arrepentido y pidiendo perdón por su larga ausencia, por el dolor que había provocado en ella y en sus dos hijos, niños que no lo habían reconocido porque ni siquiera una imagen suya —de esas que hacen a lápiz en el *souk* El Tayeb— les había dejado. La Columba mexicana era una mujer sin rostro, de imagen etérea y de presencia constante, que aparecía en la imaginación de Nazira sin previo aviso cuando veía que Félix perdía la mirada en el horizonte o en las llamas que se desprendían del seco tronco de leña colocado en el *mawqade*, incluso en algunas noches que sentía su cálido abrazo.

Si no fuera por el suave bulto que sostenía entre sus brazos y el dolor que le encogía hasta el estómago por la fuerte succión de su

pequeña, dudaría de su realidad, de la veracidad de lo que sus ojos comprobaban y su corazón confirmaba con un nuevo salto.

El padre de Columba era el que Abdo y Nagyb habían añorado siempre. El que les hubiera gustado tener. En la generosidad del corazón de sus hijos no cabía recelo ni envidia a su hermana, pero los dos niños, que habían tenido que madurar anticipadamente por la ausencia paterna, se recreaban en su hermana como protagonistas de la realidad que su padre y ella vivían a diario, ya fuera atada a su espalda mientras araba la tierra, cuando la sentaba sobre el lomo del anciano caballo de Sami Salami o cuando tirados sobre la tierra le ponía objetos en sus manos para que explorara con todos sus sentidos.

Abdo y Nagyb no comentaban entre sí sus sueños. Eso de soñar no era cosa de hombres.

Capítulo 8

De contrastes

El deshielo marcaba el final del invierno. Félix miraba por la ventana al paisaje desnudarse de la nieve mientras sostenía a su hija Columba contra su pecho.

A sus escasos dos años, la niña se había convertido en el centro del universo para su padre. La tez de la niña competía con la blancura de los copos que, debilitados por el aumento en la temperatura, se deslizaban de las ramas de los pinos.

Contempló a su hija y no pudo evitar recordar a la oscura *meqsiqiyi*. Una era frágil e inocente; la otra, fuerte y misteriosa. Podía atisbar en el fondo de los ojos verde oliva de la pequeña, pero de la otra, no; ella era impenetrable, quizás porque nunca lo había mirado a los ojos debido a que en su tradición indígena esto no era bien visto. Recordó que aquella Columba había sido buena con él y él con ella. Se dieron uno al otro lo que ambos necesitaban en aquel tiempo que había quedado atrás. Besó a su hija en la frente y deseó para ella un futuro muy distinto al de la otra Columba. Eran tan diferentes, pensó Félix, que deseó que no tuvieran vidas similares. Lo que ambas Columbas poseían en común era un trozo del indeciso corazón de Félix.

Un ruido en la cocina lo sacó de sus pensamientos y lo volvió a la realidad. Yamila pasó frente a Félix como si este no existiera, cargando un balde de agua caliente. Estaba a punto de nacer el cuarto hijo de la pareja y, como siempre, la que se hacía cargo era Mouna Hawa.

A diferencia del día en que nació Columba, ahora gozaban de una íntima paz familiar. Más tarde llegarían Nicole, Rania y el resto, todos con sus platones del tradicional *meghli* para convidar.

Los grandes ausentes esa fría tarde de febrero serían Mikhail Naimy y Salomón y Neshme, quienes al poco tiempo de llegar a México se convirtieron en padres de un varón a quien llamaron Jorge, el primer *macsiquen* de la familia.

Se abrió la puerta y, entre empujones, Abdo y Nagyb entraron a la casa. Cada uno con dos pilas de leña y una interrogante en el rostro. Su padre negó con un movimiento leve de la cabeza que respondía a la pregunta que sus hijos no habían hecho: su pequeño hermano aún no nacía.

Félix se percató de que, tanto en sus comentarios como en sus pensamientos, cada vez que se refería a su hijo por nacer lo hacía en tono masculino. Nunca pasó por su mente que pudiera tratarse de otra niña. De pronto se lamentaba por no apostar algo de importancia para este singular acontecimiento.

—Mantener tu fama de tahúr con suerte tiene un precio —le recordaba Sami Salami con frecuencia, y Félix lo sabía. Además, tenía muy fresca la promesa hecha a Nazira de nunca más arriesgar su patrimonio de las habas de oro, porque además de eso, no tenía nada.

En un intento por trabajar las tierras que su hermano Salomón había dejado a su cuidado, descuidó las suyas. Luego, la tasa de impuesto aumentó a un nivel imposible de pagar, por lo que Félix había optado por abandonar esas tierras y dedicarse a las suyas para asegurar el alimento para su familia.

El pago de los impuestos equivalía a la mitad de la producción, cualquiera que esta fuera. El resto se aprovechaba para comercializar, intercambiar o consumir.

Por recomendación de su buen amigo y compañero de juego, Jacobo Maclouf, Félix concentró sus esfuerzos en aumentar la producción de la morera blanca: el alimento predilecto del gusano de seda. La altitud sobre el nivel del mar en la que se encontraba Qsaibeh favorecía la calidad de la seda. La mayor parte de su

producción se la vendía directo a Maclouf para su taller, otra parte la entregaba como pago del impuesto.

—Buena paga te vas a llevar hoy con tu cosecha de hojas de morera. Están sanas y tiernas —masculló Sami Salami a su fiel amigo. Sin esperar a que respondiera, el cartero añadió—: Ya sé que eso se lo atribuyes a Columba. Y puede ser, esa niña te ha traído una suerte que no esperabas.

—Buena para los que la compran para revender, ellos sí se llevan una buena tajada. A los que nos partimos el lomo trabajando nos dan una miseria —se quejó Félix.

Félix tenía razón.

El potente llanto del recién nacido volvió a la realidad a Félix, justo en el instante en el que la pequeña Columba despertaba.

—Tiene buenos pulmones el muchacho. Será tan buen cantante como su bisabuelo Hamid.

Y fue así como este decidió el nombre de su cuarto hijo.

Mouna Hawa se acercó a Félix con el niño en brazos.

—Está sano y fuerte —aseguró al mostrarlo a su padre y hermanos—. Me recuerda a la niña cuando nació, con su cara blanca y la pelusa en su cabeza; creo que va a tener el cabello igual de rizado —la partera agregó con convicción—. Se parecen mucho, aunque la niña tiene más temperamento que pulmones.

Abdo fue el primero en cargar a su hermano menor. Lo miró curioso y admirado mientras sobaba su pegajosa y diminuta cabeza. Sintió un calor en el centro de su estómago que subía por su pecho y se anidaba en la garganta. No pudo decir nada, le daba miedo que la emoción lo delatara. Su padre le recordaría que los hombres no lloran y se aguantan. La pequeña Columba quería cargar a su hermano. Reclamaba su derecho a ser tomada en cuenta antes que a Nagyb. Su padre, que solía complacer sus reclamos, se decía a sí mismo que una princesa no tiene por qué llorar si lo que pide es justo. Así que tomó a la niña por debajo de los brazos y la sentó en el sillón. Luego se volvió a su hijo mayor y extendió los brazos.

Abdo evitó mirar a su padre en el intercambio del recién nacido. La emoción cargada en los ojos y en la garganta no era cosa de exhibirse, ni siquiera entre ellos. “Los hombres no lloran” era el

mandato tradicional, y ellos se debían a él. Aunque en privado dejaran fluir por los ojos aquello que sentían.

Félix abrazó al pequeño y lo apretó en su pecho antes de depositarlo en el hueco que formaba la niña con sus brazos. Sostuvo la cabeza del pequeño en la palma de su mano, pero permitió que Columba abrazara a su hermano menor y lo descansó en su regazo. Con ternura, y como lo hacía su madre con ella, recorrió con el dedo índice la cara del bebé, desde la frente hasta la barbilla. Félix vio por primera vez a su pequeña como una niña grande. Solo entonces, comparándola con el recién nacido, se dio cuenta de cuánto había crecido.

—Nagyb, ven a ver a tu hermano. Se va a llamar Hamid, como mi abuelo —dijo Félix, llamando a su otro hijo para que se acercara; siempre esperaba a que lo llamaran.

Después de retirar al pequeño de los adormecidos brazos de la niña, Félix lo acercó a Nagyb, quien no hizo el intento de cargarlo y solo emitió un sonido que ya era habitual en él, y se encaminó al cuarto a ver a su madre. Abdo lo sostuvo en sus brazos y le animó la idea de convertirse en padre cuando fuera grande.

Con la ayuda de Yamila, Nazira se aseó y cambió sus ropas de parto por otras limpias. Se dispuso a esperar a su recién nacido para amamantarlo.

La familia entera se reunió en el cuarto. Nazira y Félix cruzaban miradas sonrientes. Tenían lo que siempre habían deseado: una familia completa, un techo donde cobijarse del frío invierno y una tierra generosa que les daba lo suficiente, y un poquito más.



La copa de la higuera proyectaba una fresca sombra para tomar un descanso en medio de la jornada laboral. Nazira sirvió limonada para sus hijos mayores y café turco para ella y para Félix. El pequeño Hamid yacía sobre una manta, con la placidez que produce el letargo del bien alimentado.

Columba iba y venía, con torpes pasos, de la manta al jardín, entretenida en coleccionar piedras y hojas de diferentes tamaños. Cuando la niña consideraba que alguna de las piedras destacaba por su volumen o su apariencia, corría a mostrársela a su papá. Sus bucles, suaves como espuma y firmes como resortes, se balanceaban al ritmo de sus diminutos trotes.

—¿Qué me traes, princesa? —sonreía Félix, inclinándose hacia su hija.

—¡Mida, papá, es una pieda mu gande! —respondía Columba mientras la depositaba en la palma de la mano de su padre. Aunque su vocabulario era amplio, aún balbuceaba con algunas palabras.

—Muy grande —la corregía—. Con estas piedras ¡le voy a construir su castillo a mi princesa!

Félix levantó en vilo a su hija, estiró los brazos y giró mientras ambos reían a carcajadas. Nazira sonreía complaciente, Abdo y Nagyb los observaban con una nostalgia por lo que a ellos no les había tocado vivir. Mientras tanto, Hamid, luego de un brusco movimiento, descubrió sus extremidades y el hecho de que las podía hacer aparecer y desaparecer a voluntad. Se llevaba un pie a la boca, luego el otro, e igual lo hacía con las manos. El pequeño se descubría a sí mismo mientras que sus hermanos mayores descubrían en su padre gestos que no habían imaginado que tuviera.

Nazira se percató de la expresión de añoranza en Abdo y Nagyb, y exclamó:

—Pero ¿qué caras son esas? —dijo con mirada interrogante hacia sus hijos—. ¿Acaso ya se les olvidó que yo hacía lo mismo con ustedes cuando eran pequeños como su hermana?

Los jóvenes no pronunciaron palabra y esbozaron una leve sonrisa.

—Ahora ustedes pueden más que yo —finalizó Nazira.

Nagyb se levantó de un salto y se abalanzó sobre su madre. La tiró del brazo y la ayudó a incorporarse.

—Sí, mamá, ahora yo te haré lo mismo.

Y, tomados de las manos, Nagyb y Nazira giraban y giraban ante un Abdo que los miraba a medias y de reojo.

—¡Vamos, Abdo! No estés ahí de cortado —gritó su madre.

Abdo se puso en pie y, con pasos titubeantes, se acercó a la pareja formada por su madre y su hermano. Nazira tomó su desgastado delantal por ambas esquinas e hizo una reverencia frente a su hijo para indicar que aceptaba su invitación. Se tomaron de las manos y dieron vueltas.

Columba pidió a su padre que se detuviera, y cayeron de bruces sobre la hierba tierna. Todo les daba vueltas. La niña cerró los ojos y le vino una arcada que no pudo contener. Cuando al fin logró ponerse en pie, Félix caminó haciendo eses y se tumbó en la manta, al lado de Hamid.

El pequeño, a su modo, participó de la algarabía familiar. Si bien no alcanzó a ver con los ojos lo que ahí sucedía, por su energía, entusiasmo y alaridos daba a entender lo contrario.

Abdo y Nagyb, como era usual, se daban empujones con el brazo, con la mano, con el codo. Se decían cosas ininteligibles con los labios y los dientes apretados. Nazira se dejó caer al lado de su esposo.

—¿Qué pasa con ustedes? —gritó Félix—. ¿Pelean por su madre? ¡Esta mujer es mía!

Nazira se apartó ruborizada en el momento en el que su esposo iba a abrazarla. Se alejó corriendo, subió la pendiente que la separaba del rellano de su casa y entró agitada. Era de esperarse que por la edad y desarrollo de sus hijos mayores el interés por las chicas se hubiera despertado. Con un dejo de inocencia intuyó que era mejor no tener ciertas demostraciones de afecto delante de ellos.

Tiempo después se arrepintió, pero no podía volver el tiempo atrás.

Nazira salió de la casa con la cesta de la *mezze* y una jarra de agua fría, y contempló la escena. Sobre una manta, Félix y sus dos hijos mayores estaban recostados de espaldas y sus cabezas pegadas una con otra, como en un abrazo viril. Columba descansaba sobre el pecho de su padre. Buscaban por entre las ramas algo que señalar: una tarabilla, un mosquitero o cualquier otro tipo de aves pequeñas, un nido, avispas del higo o algún fruto tardío.

Bajo la sombra de la higuera, Nazira extendió un mantel y, sobre este, todo lo que había preparado para su familia: *hummus*, *babaganush*, aceitunas, frutas de la estación recién cortadas y jitomates y pepinos de la cosecha del día. Mientras Félix fumaba del *arguile*, Abdo y Nagyb jugaban competencias trepando a los árboles. Columba aumentaba su colección de piedras que entregaba a su papá para la construcción del castillo de la princesa, mientras que Hamid se mecía solo, con sus propios movimientos, en la caja de madera que Nagyb había suspendido con unas cuerdas de la rama de la higuera. Con la cosecha de ese año apenas habían completado media cesta de frutos, y su sabor era más bien desabrido. Nazira decidió preparar con ellos una mermelada. Antes de entrar a la cocina, recogió la lata de tabaco vacía que Félix había dejado a un lado suyo. Él le preguntó a su mujer:

—¿Para qué la quieres?

Nazira, sorprendida por el tono de la pregunta, respondió:

—Ya sabes que las necesito para poner brotes de las hortalizas.

—Esta vez, no. La voy a necesitar yo para… poner clavos —respondió, indeciso.

Nazira se alzó de hombros y se fue a preparar los higos, a los que añadió azúcar, jugo de naranja y nuez, y apenas rindió para medio frasco de conserva. Esperaban que el siguiente año aumentara.

~

Nazira había notado, desde el nacimiento de su hijo menor, que Félix ya no era el mismo padre atento, solícito y dispuesto para atender las necesidades del recién nacido, como lo había hecho con Columba. No se levantaba por las noches a revisar si respiraba, o si tenía frío o calor. Tampoco lo hacía cuando el niño reclamaba a todo pulmón ser alimentado.

La madre de la niña se convenció de que Columba era punto y aparte para papá, y sintió un cosquilleo en el estómago.

«¿Celos de mi hija? —se preguntó, a lo que en un instante se respondió—: Claro que no, tendría que estar loca».

Nazira avanzó hacia el lugar donde su familia estaba reunida. Llevaba entre las manos un objeto que su esposo reconoció de inmediato: la pequeña caja de madera maciza, sencilla y sin labrar que conservaba el ombligo de Hamid. Se detuvo frente a su marido.

—Creo que ya es tiempo de sembrarlo, ¿no crees?

Félix reconoció el reproche entretejido en las palabras de su esposa. Sin más remedio que reconocer que tenía razón, tomó la caja de la mano que se la tendía, la abrió para asegurarse de que dentro estuvieran la carne muerta y la inscripción con el nombre del propietario y el año de su nacimiento.

Dio el visto bueno con un asentimiento de su cabeza. De reojo buscó a sus hijos mayores, a quienes imaginaba atentos a la escena, tal y como reaccionaban cada vez que su madre hacía algo como darle una orden. Más curiosos que intrigados, los jóvenes esperaban la varonil reacción de su padre.

Encontró con la mirada a Nagyb y, con un gesto —que el hijo conocía muy bien—, le dijo sin palabras "Vete a traer la pala al *abu*". Entendiendo a qué se refería, el muchacho le hizo caso.

Con la ayuda de Nazira, Félix identificó las dos entalladuras que había hecho cuando habían colocado los ombligos de Abdo y Nagyb.

—La que está más arriba es la tuya —indicó a Abdo sin voltear a verlo—. Esta otra es la tuya —mostró a su hijo menor, con la seguridad de que ambos estaban atentos a las palabras y movimientos del jefe de familia.

Félix señaló un lugar en el tronco cenizo con la punta de su cuchillo, y se giró en busca de la aprobación de su esposa, que asintió complacida. Sin mediar palabra, ambos estuvieron de acuerdo en lo que iban a hacer, cómo lo iban a hacer y por qué lo iban a hacer. Clavó la pala a un costado y se arrodilló, y Nazira lo hizo a su lado. Ambos cavaron, con sus manos callosas y curtidas, el pozo con la profundidad necesaria. Abdo entonó un *zajal* mientras su padre tallaba en el tronco la señal con su cuchillo. Al compás de la melodía, Félix agradecía a Dios por la vida, a sus padres por la tierra y sus tradiciones, a su esposa por su amor y su familia, y a sus hijos

por darle un sentido a su vida. Nazira lo acompañó con las palmas y las lágrimas dulces que le bañaban el rostro y regaban la tierra. Sin hacer una pausa en su oración cantada, Félix depositó la caja con la raíz de vida de su hijo en el fondo del pozo. Lo cubrió de tierra y bendiciones. Nazira hizo lo mismo, y fue Nagyb quien acompañó con las palmas el canto de sus padres. Columba levantó los brazos, meneó la cadera y con sus pequeñas manos trazaba círculos con los dedos, tal y como le había enseñado su madre. Abdo, que se mantenía distante, cargó a su hermano menor y se acercó a sus padres. Y, como si el pequeño Hamid comprendiera, le explicó lo que sucedía en esos momentos.

Mientras los rayos de sol se filtraban entre las ramas de la higuera que brindaba calor a la familia de Félix y Nazira, nubes negras se cernían sobre Europa y el Imperio otomano que comenzaba a vivir el fin de su existencia.

Parte Tres

Capítulo 9

Intuición femenina

La utilidad de Félix por las ventas de excedentes de la huerta se redujo por el alza de impuestos. Más de las veces, no había sobrantes suficientes ni para apostar en sus juegos en la taberna. Recurrir a un préstamo fue su única alternativa. No era opción pensar en la venta de una de las pepitas de oro. Nazira las tenía a buen resguardo desde el nacimiento de Columba. "No las vamos a vender mientras que podamos hacer otra cosa. Te van a dar gato por liebre los agiotistas del puerto", le aseguró antes de tomarlas de sus manos y guardarlas con celo virginal. La intención de Félix era consultar cuánto obtendría por ellas en los nuevos negocios de imprenta y periódico que abrieron gracias a las facilidades otorgadas por el *mutasarrif* Ohannes Pasha.

Se levantó de la cama sin hacer ruido. No quería despertar a Nazira y que lo cuestionara. El agobio por el pago de la deuda contraída le quitaba el sueño. Debido a que el cobro de intereses era ilegal, las operaciones se hacían de manera clandestina. La usura se convirtió en una práctica común. Sin ningún tipo de consideración hacia los campesinos que tenían que financiarse de los préstamos, los intereses eran elevados. Los recargos aumentaban con el retraso del pago de la deuda, y no fueron pocos los que tuvieron que recurrir a sus bienes de dos o cuatro patas para abonarla. Se comentaba que entre los franceses que llegaban al puerto a hacer negocios había algunos acaudalados que no solo compraban seda, también gastaban en hospedaje, transporte y alimentación.

Compraban piezas de orfebrería en el barrio armenio y mantenían cuentas de banco en las sucursales francesas, lo que hacía circular una buena suma de dinero, aunque fueran muy pocos —por no decir solo unos cuantos— los libaneses que se beneficiaban.

Para fortuna del padre de Columba, su amigo Jacobo Maclouf —a quien le vendía buena parte de su cosecha de moreras— era uno de los pocos contactados en forma directa por un par de casas de alta costura francesa. La calidad de su seda artesanal era de lo mejor que se podía conseguir en la montaña. Los clientes más importantes de Jacobo lo visitaban personalmente en el taller, conscientes de que el trato personal es el mejor de todos. De vez en cuando, le llevaban al sericultor ejemplares de la revista *Modes et Travaux* para que conociera las tendencias de la moda y diera indicaciones precisas de cómo tejer la seda para cumplir con las demandas de la alta moda parisina. Cuando se acumularon las revistas, Maclouf le envió con Félix unos ejemplares a su esposa. Nazira las recibió encantada y las puso a buen resguardo. Su intuición le decía que tarde o temprano esas revistas serían de gran utilidad, y tuvo razón.



El tono cobrizo de las hojas anunciaba el cambio de estación. Los higos estaban listos para ser colectados y aliviar del peso a sus ramas. Mientras que Félix se encargaba de sacar las cestas y la herramienta dentro del *abu*, Abdo y Nagyb jugaban a la carretilla con su hermano menor. Nagyb, ocupado en desarrollar su musculatura, hacía el rol de carretilla. Colocado de bruces sobre el suelo, Abdo lo tomaba por los pies y lo levantaba a la altura de su cadera. A su vez, Nagyb estiraba los brazos y los utilizaba como si fueran las ruedas. Hamid se trepaba en la espalda de su hermano, quien lo transportaba con movimientos bruscos. Si Nagyb sentía que su hermano no estaba bien sujeto, se removía hasta tirarlo al piso. Las carcajadas de sus hermanos mayores, por la broma que le jugaban, lo enfurecían. Y era peor aún si soltaba el llanto y corría a refugiarse en brazos de su madre.

Nazira observaba de reojo a sus hijos, sentada a la sombra de la higuera. Cuando escuchó el llanto de Hamid, dejó a un lado su labor de punto, se puso en pie y, con ambas manos a la altura de la cintura, se dirigió con firmeza a sus hijos mayores.

—Eso no se le hace a un hermano. Al hermano se le respeta. Ustedes son grandes, él no.

Dio la media vuelta y retomó su labor. El pasatiempo entre los hermanos continuó, pero Hamid aprendió a estar alerta, a anticiparse a los movimientos de Nagyb y a no dejarse sorprender.

Félix, que estaba a punto de salir del *abu*, se detuvo en seco en espera de la reacción de sus hijos a la reprimenda de su mujer. Sonrió para sí cuando comprobó que con una sola frase la madre había tomado el control de la situación.

«Ya pueden quedarse solos —pensó, y se sorprendió ante su reflexión—. Qué cosas se te ocurren, Félix. Primero las papas y luego los higos, y déjate de esas ideas», y salió con las cestas y herramientas en mano.

En cuanto Nagyb se percató de que su padre se acercaba, se puso en pie de un salto y corrió a ayudarle. Hamid, tomado por sorpresa, cayó de bruces al suelo, pero alcanzó a meter las manos antes de enterrar la cara en el lodo.

Los tres varones se dieron a la tarea del cultivo de papas. Félix comenzó por un extremo y Nagyb del otro. Uno con el pico y el hijo con el azadón, removían la tierra para sacar los tubérculos a la superficie. Abdo retiraba los residuos de la planta y la maleza. Luego, con sus grandes manos, tomaba varias papas a la vez y las depositaba en la cesta. La sacudía para que saliera la tierra por sus grandes orificios. Con agilidad de joven fuerte vaciaba el contenido cerca de la silla donde estaba sentada su madre, debajo de la higuera, y regresaba a colectar de nueva cuenta o a intercambiar la tarea con su padre o su hermano.

—Te quiero ayudar.

Nazira miró orgullosa a su hija y con voz suave le indicó cómo hacerlo.

—Está bien. Me ayudas y yo te ayudo a repasar los números que estás aprendiendo en la escuela —tomó la pequeña mano de su hija

—. A ver, dime, ¿cuántos años tienes?

—Así —Columba extendió la mano frente a su madre—, cuatro.

—Muy bien. Y ¿podrías contar cada dedo?

Con la mano izquierda la niña tocó cada uno de sus dedos, al tiempo que contaba y buscaba la aprobación de su madre con la mirada.

—Uno, dos, tres, cuatro, ¡cinco!

—Bien, y ahora dime, ¿cuántos vas a cumplir cuando los árboles queden sin hojas? —preguntó su madre.

—¡Cinco! —saltó gustosa la niña.

—Muy bien, Columba, has aprendido bien los números. Me vas a ayudar mucho. Cada papa es un número. En esta canasta vas a poner los que ya tienes y luego, en la otra, pones uno, que es el que te falta para cumplir —dijo con suavidad. Colocó una pieza en la mano de Columba y le indicó, con un movimiento de la cabeza, que continuara ella.

La niña comenzó a contar e introducir una a una las papas. Una, dos, tres, cuatro depositadas en la canasta grande. De pronto se detuvo y mostró una a su mamá con un gesto de asco:

—Esta está muy fea.

Nazira le indicó que la pusiera en la segunda canasta.

—Papas son papas; no importa.

Nazira dejó a Columba con su tarea y fue a ayudar a meter los tubérculos a las canastas para dar tiempo a que su hija avanzara a su ritmo. Columba contaba en voz alta. Contaba y metía las papas en la cesta: "Uno, dos, tres, cuatro…", y a la cuenta de cinco dejaba caer la quinta en la otra canasta. Así continuó hasta que terminó la labor encomendada.

—¡Ya terminamos, mamá! —anunció Columba feliz, con las manos, la cara, el vestido, los zapatos, la cabeza y hasta la sonrisa cubierta de lodo. Nazira la tomó de la mano y la condujo hacia la llave del pozo donde la aseó lo más que pudo. Enseguida, la llevó dentro de la casa para cambiarle el vestido.

Al salir, llevó una jarra con agua fresca de la montaña, vasos para todos y un plato con higos recién cortados. Nagyb se adelantó para

ayudar a su madre con la pesada carga. Nazira se lo agradeció sonriente y se dirigió a Columba para revisar el trabajo realizado.

—Pero, niña, ¡qué hiciste! —se alarmó Nazira al notar que, en el cesto pequeño, su hija también había puesto las papas más grandes y de mejor textura—. Te dije que aquí solo pusieras las arrugadas, ¿por qué no hiciste caso? —Y llevó las manos a la cintura.

La niña reconoció el enojo de su madre, pero eso no la desanimó. Ignoró el nudo en su garganta y respondió con convicción.

—Papá dijo que el cesto chico era para nosotros, y que las cestas grandes las llevarían al palacio cuando viniera Sami por ellas. ¿Por qué vamos a tener nosotros las más feas? —Y, con los ojos fijos en el rostro de su madre, agregó—: Papas son papas, mamá, ¡tú lo dijiste! —Y sostuvo con firmeza la mirada de su madre.

Testigos de la escena, Félix, Abdo y Nagyb se quedaron perplejos. Esperaban la reacción de Nazira ante la insolencia de la niña de apenas cuatro años. Sin duda, la madre quedó muda, porque no reprendió a Columba por su atrevimiento. El primero en comenzar a reír fue Félix y, enseguida, sus hijos mayores soltaron una carcajada. Cruzaron miradas con ese gesto de admiración con el que se dice todo sin pronunciar palabra, sorprendidos todos por la actitud determinante de Columba. Hamid no entendía qué pasaba, pero asumió que tenía que ver con las dos mujeres. Cuando su padre y hermanos soltaron la carcajada, Hamid se volvió a verlos. De pronto, descubrió algo que no les había visto: tenían la boca llena de dientes, se parecían al caballo del cartero. Y entonces él también se unió a las risas de los varones. Félix contempló la escena entre Nazira y su pequeña hija, su princesa. Columba despertaba en él sentimientos que no podía describir, pero que le hacían querer ser mejor persona, mejor padre, mejor ser humano.

—Sí, hija, papas son papas. Buen trabajo. —Se inclinó para abrazarla.

Columba había seguido su intuición para seleccionar las papas. No lo supo entonces, pero con esa sencilla tarea, aprendió una de las lecciones más importantes y valiosas de su vida.

~

Cuando Sami Salami apareció por la vereda, estaban listos para montar las cestas en la carreta. En total fueron catorce canastas, de las cuales diez serían para el pago de impuestos y ellos conservarían el resto, ya fuera para consumo, conserva o trueque. En cada una de las cestas que Nagyb subía a la carreta, aumentaba su fuerza inyectada de injusticia. A su edad no podía comprender por qué tenían que aceptar las imposiciones del pachá.

—¿Por qué no le mandamos las seis canastas en vez de las diez? —preguntó a su padre antes de que llegara su amigo, el cartero.

—Porque somos honrados —contestó Félix.

Con eso dio por terminada una conversación que evitó, incluso, que comenzara. El mismo Félix no sabía cómo explicarse a sí mismo lo sucedido. Los impuestos aumentaban constantemente. A raíz del combate naval entre los italianos y los turcos frente a las costas de Beirut, en el que quedó eliminada la flota otomana en la zona, la situación empeoró. A partir de entonces, era más complicado conseguir suministros, por eso los impuestos en las cosechas eran cada vez más altos. Aunado a que el saqueo en las rutas marítimas ocasionó escasez de alimentos, incertidumbre y descontento social en Líbano.

Una vez que Nagyb terminó su tarea, fue al *abu* en busca de su padre. Aunque estaba casi cegado por la luz del sol, alcanzó a ver que su padre leía un papel con suma atención. Cuando Félix se dio cuenta de la presencia de su hijo, lo metió en una lata de tabaco y le impidió verlo. Turbado por la actitud de su padre, que parecía pillado en travesura, dijo con cautela:

—Estamos listos, papá.

Félix asintió y con la mano le indicó que saliera de inmediato.

—Ya voy, ya voy. Espera en la carreta.

Nagyb se acomodó en un hueco y decidió que al regresar buscaría ese bote para saber qué era lo que su padre había guardado con tanto misterio. Abdo hizo intención de subir, pero su padre lo detuvo en seco.

—Quédate con tu mamá —ordenó sin mirarlo— y ayúdale con los higos.

Abdo obedeció a disgusto. Nagyb remedó a su padre con una mueca y en son de burla la orden que le había dado a su hermano: "Quédate con tu mamá".

Nagyb se reía, mientras que un Abdo ceñudo se dirigió hacia su madre y le pasó el brazo por los hombros.



Félix alzó a Columba y la acomodó en el pescante. Enseguida trepó él, y la rodeó con un brazo para protegerla durante el camino. Montaña abajo, la niña no paraba de hablar, de cantar, de señalar lo que llamaba su atención; ya fuera el canto de un ruiseñor o de un zorzal, la sagacidad de una ardilla o las figuras de las nubes. La pequeña enmudeció al entrar a la ciudad. Sus sentidos no alcanzaban a captar las imágenes, sonidos y olores y colores a su alrededor. La Iglesia de las Capuchinas y las calles atiborradas de gente. Mesas sobre el arroyo de la calle, donde grupos de hombres fumaban *arguile* y bebían café, mientras que a alguno le lustraban el calzado. Sillas adosadas a una barda donde los peluqueros cubrían con sábana blanca a sus clientes, les cortaban el cabello, afeitaban la barba y perfilaban sus bigotes; como lo usaba su padre, al último grito de la moda francesa. La niña señalaba hacia la derecha y la izquierda hasta lograr que su papá mirara lo mismo que ella, y, cuando no entendía algo, le urgía con una explicación. Los ojos de Columba estuvieron a punto de salirse de las órbitas cuando Sami detuvo la carreta ante el paso del tranvía eléctrico. El asombro la enmudeció y continuó con la boca abierta por lo que acababa de presenciar. Una carreta muy grande que no era tirada por caballos, que circulaba sin salirse entre dos líneas paralelas que formaban el riel. El cartero se dirigió a la plaza enmarcada por sus enormes palmeras, vendedores de sueños y de bebidas frescas. Se detuvo frente al palacio del *mutasarrif*. Con la ayuda de Nagyb, Félix descargó de la carreta las cestas con los tubérculos. Se formaron en

la fila para esperar su turno. Vaciaron las cestas en un contenedor. A cambio les entregaron un recibo que Félix guardó en la bolsa del chaleco. Sintió que una parte de sus sueños, sus anhelos y sus proyectos se quedaban ahí también.

Le dio la espalda a Columba para que ella no viera la rabia contenida en su expresión. En ese movimiento, se topó de frente con su amigo Jacobo Maclouf que, al ver la carreta, se acercó para pedirle a Sami que lo llevara de vuelta montaña arriba. Félix se montó con sus hijos en la parte de atrás para cederle el lugar a su amigo. Padre e hija se acomodaron entre unas mantas que Sami tenía rumbadas en un rincón. Tanta agitación había cansado a la niña. Acomodar su cabeza en el pecho de su padre era el mejor lugar del mundo para ella; el arco que formaban con los brazos era su escudo protector. Dentro de ellos había seguridad, paz, confianza. Nada podía pasar mientras ella estuviera ahí.

Nagyb contempló la escena con nostalgia y un dejo de envidia. Fue fácil apreciar la placidez de la que su hermana disfrutaba. Hasta entonces, a sus doce años, no había vivido la experiencia de dormir entre los brazos de su padre y dudaba que algún día fuera a suceder. Se acomodó del otro lado de su hermana para sentir la respiración de su padre cerca. Se quedaron tan profundamente dormidos que no se dieron cuenta cuando la carreta se detuvo. Fue hasta que Jacobo descendió, que la inclinación sacó a Félix y a sus hijos de su letargo. A Sami ya no le daba miedo que su tartana se volteara; había demostrado ser más fuerte de lo que en realidad aparentaba.

Columba se estremeció de frío. Abrió los ojos para darse cuenta de que el calor que le prodigaba el abrazo paterno se extinguía. Félix se desdobló con pereza y descendió. Nagyb lo siguió y le comentó:

—Me quedo por aquí, los veo más tarde en casa.

Félix asintió sin preguntar el motivo de su decisión. Extendió los brazos y tomó a su hija por el talle, elevándola.

—A su servicio, mi princesa. —Y la depositó con delicadeza en el suelo. La tomó de la mano y juntos entraron al taller de Jacobo Maclouf. Columba, que entraba por primera vez, se detuvo a observar el trabajo de Mirna, la sedera, quien, con una señal de la

cabeza, le indicó a Félix que la niña podía quedarse ahí. Él lo agradeció y cruzó la calle rumbo a la taberna.

Con curiosa precaución, Columba fue de un cuarto a otro. En cada uno había muchos objetos desconocidos para ella. Centró su atención en un sonido que provenía del cuarto del fondo, y se acercó con cautela. Una joven, que sacaba una especie de huevos blancos de entre las canastas del mueble de madera y las colocaba en un canasto, respondió a la mirada interrogante de la niña:

—Se llaman crisálidas. —Le mostró uno de los huevos—. Aquí comen los gusanos —dijo, y se alejó con el canasto.

El mueble de madera se componía de dos cuerpos de ocho entrepaños, con una distancia no mayor a una cuarta entre cada uno. La profundidad debía de ser del largo de un brazo; hasta donde alcanzaran a colocar las hojas. De las canastas emergía un sonido difícil de identificar para ajenos; no se parecía al de las abejas sobre los algarrobos, tampoco al de las chicharras en las tardes de verano.

Columba sintió que algo se movía entre las moreras y también lo sintió en el centro de su estómago. Se cubrió toda la cara con ambas manos. Esperó unos segundos y, despacio, entreabrió los dedos para fisgonear. Apretó los párpados y bajó sus manos hasta el hueco que sentía en el estómago. Al abrir los ojos, descubrió que unas cuantas diminutas figuras la miraban atentas. Columba quedó atónita y siguió con atención la tarea que realizaban. Un gusano abandonaba la canasta para trepar por las delgadas varas de madera. No medía más de ocho centímetros. Escupía una baba de su boca que se atoraba con las ramas, y comenzó a enredarse. No se detuvo hasta que formó algo parecido a un huevo. Otros gusanos salían de las cajas y miraban a Columba antes de comenzar a escupir.

Cuando Félix regresó más tarde en busca de la niña, la encontró sola en el taller. Estaba muda e inmóvil, parada frente a la estantería donde alimentaban a los gusanos.

—¿Columba? —su padre la llamaba—. Vámonos, princesa.

La tomó de la mano y tiró de ella con firmeza. La niña sintió que su papá la jalaba con tanta fuerza que apenas podía poner los pies sobre el piso. Así la levantó en vilo y la colocó en el pescante de la carreta. Él subió y se sentó a su lado.

Dos hombres salieron de la taberna de enfrente justo detrás de Jacobo Maclouf. Se trataba de los gemelos Chamuín, que parecían apurados.

Sami Salami, con las riendas de Corcel en la mano y su fiel cigarrillo entre los labios, seguía la escena con atención. «Algo está pasando aquí», pensó, y alertó sus sentidos.

Félix, con semblante de jugador, ordenó a su amigo que se fueran. Alzó el brazo en señal de despedida y se volvió hacia la niña, dando la espalda a sus compañeros de juego.

—¡Piénsalo, Félix! —advirtió Gibrán.

—Mañana en la partida lo platicamos —completó Jusef.

Félix ignoró con toda intención a sus amigos, sus comentarios y sus gestos de despedida. La actitud de su amigo aumentó la curiosidad del cartero. Se acomodó el sombrero y, sin aflojar los labios, dio la orden azuzando a Corcel, y el avejentado penco respondió sin prisa.

Los grandes ojos del gusano persiguieron a Columba durante el trayecto de regreso a casa. Se aparecieron en el helado, entre las piedras de la montaña, en la sopa de lenteja que cenó en casa, frente a la ventana de su cuarto y entre sus sábanas.



Félix no logró conciliar el sueño. Salió de la cama sin hacer ruido y se sentó en el banco del peinador. Los gemelos lo presionaban día a día y él se debatía entre aceptar su propuesta de fugarse de Líbano o quedarse con su familia. Con solo imaginar la reacción de Nazira, a quien no podría advertir con antelación, el corazón le dolía. La amaba y amaba a su familia, pero acaso, ¿su amor no era suficiente para querer darles lo mejor? Con ese argumento, los hermanos lo dejaban sin palabra. Estaba en una encrucijada. No podía disponer de las "habasdeoro" para venderlas, pero parecía estar dispuesto a robárselas a su propia esposa. Porque eso es lo que tendría que hacer si se decidía por huir. Lo último que acertó a decir esa tarde fue:

—Les apuesto a que encontraré quién se vaya en mi lugar.

Había firmeza en sus palabras y carecían de certeza y convicción. Casi enseguida se arrepintió. Una vez más había abierto su boca sin pensar en las consecuencias. Esperaba que esta vez, al menos, la suerte también estuviera de su lado. Nazira se movió en la cama, extendió su brazo y comprobó que estaba sola. La noche era tan oscura como la habitación. Parpadeó hasta que sus ojos se acostumbraron a la oscuridad y alcanzó a distinguir la silueta de su esposo; sentado, con los codos sobre las rodillas y con las palmas de las manos cubría su cara. Un presentimiento le recorrió por la espina dorsal. Sin hacer ruido, se acomodó y quedó de frente a Félix.

«A este le pasa algo y es muy grave, o ya me lo hubiera dicho», pensó la mujer. Y sus pensamientos se enredaron como en carrete; vuelta y vuelta de una cosa a la otra.

Entonces, escuchó un ruido que la hizo incorporarse de pronto.

—¿Qué te pasa? —preguntó Félix.

"¿Qué te pasa a ti?", quiso preguntarle ella para encararlo, pero decidió no hacerlo.

—Creo… Se me hizo… Parece que escuché un ruido… Algo como… —Se interrumpió. Lo escuchó de nuevo—. Es la niña. —Se levantó de la cama de un salto.

Escucharon de nuevo el grito lloroso de Columba que llamaba a su papá. Nazira le preguntó a Félix que por qué estaba levantado, que si él también la había escuchado, porque cuando ella se levantó, él ya no estaba en la cama. A lo que Félix respondió que le había parecido escuchar a los niños, pero como no estaba seguro mejor esperó.

Ambos mentían y lo sabían. Se mentían sin esquivar la mirada, sin temblor en la voz, sin duda en el cuerpo. Con la respiración contenida, pero agitada. Con el corazón palpitante en el cuello, las sienes y el estómago. Y la pregunta en la punta de la lengua de ella y la respuesta en la punta de la lengua de él. El grito de Columba que llamaba de nuevo a su padre evitó que pusieran en palabras sus pensamientos.

Entraron al cuarto que ocupaban sus hijos pequeños; ambos lloraban desconsolados. Nazira corrió a abrazar a su hijo, y Félix se

sentó al borde de la cama al lado de la niña y la abrazó. La envolvió en sus fuertes brazos y la arrulló. Canturreaba por lo bajo y respiraba profundo para que se estabilizara.

—Ella dice que hay gusanos en la cama —lloriqueó Hamid, y agregó entre sollozos—, y que nos van a comer.

Nazira limpió el rostro de su hijo con el chal que llevaba sobre los hombros. Sacudió las sábanas y las colchas para retirar cualquier animal que anduviera por ahí. No sería la primera vez que alguno se colaba por debajo de la puerta. Lo que le extrañaba era que Columba llorara con tanta intensidad. Cuando hubo retirado y sacudido la ropa de la cama, mostró a sus hijos que no había nada. Ni nada a qué temerle.

Columba ignoró el comentario de su madre y, acurrucada en el pecho paterno, afirmó que eran muchos, muchísimos gusanos. Que de verdad ella los había visto. Que los había sentido. Que le caminaron por los brazos, las piernas, hasta en la cabeza, y luego se le subieron a Hamid y le entraban y salían por sus orejas y su nariz, y se metían entre las sábanas y la ropa, igual que se metían entre las hojas. Levantó el rostro y afirmó:

—No son mentiras, papá, es de verdad.

Con sabiduría materna, Nazira preguntó a qué hojas se refería. En ese momento, Félix recordó que habían entrado al taller de Maclouf, y cuando fue a buscar a Columba, la encontró mientras miraba a los gusanos alimentarse.

—Tuviste un mal sueño, princesa. —Sostuvo el mentón de la niña con un dedo y afirmó—: No hay nada en tu cama.

Nazira arropó a Hamid, bendijo a sus hijos y rezó de nuevo la oración de la noche. El niño, luego de poner la cabeza en la almohada, se quedó dormido. Columba se acomodó mejor y recostó la cabeza al lado del corazón de su padre; su lugar favorito. Él la abrazó con firmeza y se meció con ella. Le acarició los cabellos y enroscaba sus rizos entre su dedo. Uno y luego el otro y luego otro. Trazaba con la yema de su dedo el perfecto arco de sus cejas. Columba suspiraba y, así como estaba, sin abrir los ojos, preguntó:

—Papá, cuando sea grande, ¿te vas a casar conmigo?

Félix sonrió ante tal ocurrencia y meneó la cabeza.

—¿No crees que estás muy pequeña para pensar en esas cosas? —preguntó con voz ronca y ahogada por la emoción—. Apenas vas a cumplir cinco años. Falta mucho tiempo para eso.

—Sí, falta mucho —aseguró Columba resuelta—, hasta que yo sea grande como mi mamá, pero no quiero que se te olvide que me quiero casar contigo.

—Tú eres una princesa y tendrás el mundo a tus pies. Yo estaré contigo y te llevaré del brazo hasta el altar. Nunca lo olvides.

Columba nunca lo olvidó. Al menos no mientras su padre estuvo cerca. Después, muchas veces lo dudó y por eso sufriría bastante. Sin embargo, cuando llegó el momento, el brazo de su padre estuvo ahí para sostenerla, aunque no fueran camino al altar.

Capítulo 10

Salvado por la campana

Apenas habían logrado conciliar el sueño después de sacudir las camas y acurrucar a los niños cuando el incesante tañer de campanas los sacó de su letargo. Cuando el repiqueteo se daba antes del alba significaba una sola cosa: urgencia. Urgencia de anunciar una mala noticia o urgencia de ayudar a alguien en apuros.

La primera vez que el padre Charbel acudió a su campanario para convocar a la comunidad fue para ayudar a localizar las tres cabras que escaparon del corral de Wasif y Youmina Anoun. Dieron con ellas al seguir el rastro de los destrozos que hicieron en las huertas de Ahmad y Rose, y de Elías y Helen. En cuanto Wasif se había percatado de la ausencia de las cabras, recurrió presuroso a la iglesia Saint-Georges en busca de ayuda. El padre Charbel valoró la situación como grave y de suma urgencia. Se dirigió a la torre del campanario, desató la cuerda y estiró de ella con tanta fuerza como era capaz un hombre de su edad y corpulencia.

Félix recordó que la segunda y última vez que había escuchado el repique de las campanas de emergencia sucedió una tarde de finales del mes de septiembre, momentos después de que la tierra se cimbró bajo sus pies. El mismo día en el que Columba gateó por primera vez por toda la casa. A sus escasos nueve meses de edad, la niña se había acercado al *mawqade*, que por fortuna estaba apagado y frío. Abdo, pendiente de los movimientos de la pequeña, logró rescatarla antes de que se llevara a la boca un pedazo de leña

carbonizada. Así fue como entendió Columba que había sitios que no estaban autorizados para su inspección personal.

Aquel fatídico día, la tierra se había estremecido desde sus entrañas. Recorrió desde debajo de los pies hasta los corazones de todos los habitantes desde el puerto hasta la montaña. Félix dejó a Columba en los brazos de su madre y salió de la casa, seguido por Abdo. Subieron al techo por la escalera exterior para atisbar en el horizonte con la esperanza de encontrar el origen de ese rugido. Por instinto, se dirigió su atención hacia el mar. No lo alcanzaba con la vista, pero sí con el corazón. Un destello de rojos multitonal se atisbó en el horizonte. A los pocos segundos, sintieron el mismo estremecimiento. Aún no salían de su asombro, cuando escucharon el tañer de las campanas. Sin dudarlo, acudieron al llamado y entraron de prisa a Saint-Georges. Reunidos todos dentro del templo, el padre Charbel les anunció que Beirut había sido bombardeado. Barcos italianos atacaron la flota otomana y, por desgracia, algunas bombas habían caído en la zona comercial del puerto.

Desde entonces, el repique de las campanas se había limitado a lo ordinario: llamar a misa, anunciar laudes y vísperas y cada día último de diciembre, para anunciar el cambio de año. Sin duda, ahora que sonaba antes del alba, se iba a avisar algo muy grave.

«¿Nos habrán descubierto? —se preguntó Félix angustiado. De pronto, un sudor frío lo recorrió—. ¿Y Nazira?, ¿qué le voy a decir?».

Las campanas tañían sin cesar a pesar de todos estaban entrando. El párroco de Saint-Georges los recibió en la puerta con un ademán que les indicaba que se apuraran a entrar y se acomodaran en las bancas, los pasillos, el alféizar o donde encontraran lugar. Al final, unos terminaron sentados, otros de pie, unos más en el piso o en el borde de las ventanas; incluso en el área del coro, donde no cabía ni un alfiler. Todos querían saber de qué se trataba, y Félix, el primero.

De reojo se miraban Gibrán, Jusef, Jacobo y Félix. Al parecer, ellos eran los únicos que conocían en el poblado el plan de escape. Cada uno puso en práctica sus argucias de juego y se mostraron sorprendidos igual que toda la comunidad. Sin lugar a dudas, las

cartas estaban sobre la mesa. Nadie mostraría su juego hasta que cada naipe, al centro, fuera puesto boca arriba. Contuvieron la respiración y el acelerado pulso de sus corazones. Félix dejó su lugar a Mouna Hawa junto a Nazira y él aprovechó para resguardarse detrás de una columna. El último en entrar al recinto fue Sami Salami, precedido por el padre Charbel.

Sin sus ornamentos de celebración, el sacerdote se paró frente a la asamblea. El iconostasio a sus espaldas lucía sombrío, tanto como el rostro del sacerdote. Los asistentes, de miradas perplejas, se preguntaban el motivo de la urgencia. El silencio del cura pesó como un fardo.

Félix recorrió el templo con la mirado en busca de identificar algo que llamara su atención. De pronto lo vio: en una silla, al lado del presbiterio, estaba sentado un hombre desconocido, alguien a quien nunca había visto. Su aspecto, a todas luces, era sucio y miserable, como quien ha pasado días enteros sin descansar, comer o bañarse. Tenía el cuerpo inclinado hacia adelante, los antebrazos sobre las piernas, las manos con los dedos entrelazados y un rictus amargo en el rostro que se apreciaba con claridad, a pesar de la penumbra del área en la que él se localizaba. Félix ignoró al resto de la concurrencia y se concentró en sí mismo. Se preguntó si el doblar de las campanas se debía a la presencia de esa figura corpulenta, desgarrada y ceniza, con quien el padre Charbel cruzó unas breves palabras antes de dirigirse a los convocados.

Con una expresión más solemne que en las bodas arregladas o los funerales inesperados, el párroco se aclaró la garganta. Era la primera vez que parecía que no sabía qué decir. Entonces, los pocos murmullos que aún se escuchaban se silenciaron. La audiencia enmudeció; se podía oír el zumbido de una mosca. Después de unos segundos, rompió el muro del silencio.

—Hermanos y hermanas en Cristo. Antes que nada, gracias por acudir a este llamado urgente. —Tras una breve pausa continuó—: No será fácil, pero es necesario hacerlo. El motivo por el que nos hemos reunido hoy es para informarles de una situación que nos afecta a nosotros y afecta al resto de Europa —advirtió con voz entrecortada. Desdobló un periódico francés, con apariencia de

haber sido doblado y desdoblado varias veces, y leyó la nota en francés. Luego tradujo y resumió—: El archiduque Franz Ferdinand y su esposa Sophie fueron asesinados en Sarajevo, en junio de 1914.

Unos cuantos se preguntaban en qué les afectaba eso a ellos. Sin responder a las preguntas que algunos le hacían —unos murmurando y otros a voz en cuello—, el clérigo continuó:

—La guerra se desató entre Austria y Serbia, y estos hechos han desencadenado otros que nos afectan ya, se los aseguro. Alemania declaró la guerra a Rusia, y Francia a Austria. Será una gran guerra. Algunos países se han unido para combatir a otros que también se han adherido. El Imperio otomano se ha aliado con Alemania y Austria. Los turcos han invadido el norte de Líbano después de lo que han hecho en Armenia. La cacería ha comenzado.

Félix no se pudo contener, emitió un suspiro de alivio y su gesto consternó a los asistentes.

Enseguida se olvidaron de él y comentaron entre sí. Se preguntaban si tenían que ir a la guerra, cómo se iban a defender, si no tenían armas ni sabían utilizarlas. A Qsaibeh, las noticias llegaban con semanas o meses de retraso, pero estaban al tanto de que la guerra de los Balcanes había dejado muy disminuido al ejército turco, por lo que hacía sentido la invasión a Líbano. Necesitarían brazos para luchar contra los franceses e ingleses. El cura levantó los brazos y los conminó a que guardaran silencio. Enseguida presentó al desconocido. Se trataba del armenio Suhayb Mersobian.

El recién llegado se presentó repitiendo su nombre y sin preámbulo narró las atrocidades que los turcos cometían con el pueblo armenio. Todos palidecieron. Algunos sintieron que les faltaba el aire. A medida que la narración avanzaba, la confusión aumentaba. El olor a muerte comenzó a entrar por sus oídos, por su nariz, por sus ojos.

Después de una pausa en la que todos tomaron aire, el armenio continuó con su narración. Les habló del grupo disidente Comité de Unión y Progreso que también era conocido como los Jóvenes Turcos. Sus líderes se rebelaron contra el sultán Abdul Hamid II, quien fue derrocado y obligado a abandonar el imperio en el año de 1909.

—Logré huir por fortuna mía o por descuido de unos militares que se ahogaban en alcohol —musitó Suhayb Mersobian—. Los viejos dicen que han muerto más armenios en los últimos años que en lo que ellos recuerdan en su larga vida. Cuando los Jóvenes Turcos llegaron al poder, no cumplieron lo que nos habían prometido de liberarnos del imperio y ser independientes. Después del golpe de estado, pensamos que al fin se haría justicia y que vendría la paz. Han detenido a líderes, a hombres inocentes, a jóvenes de al menos quince años. Los han arrestado y a muchos de ellos los han asesinado o desaparecido sin juicio de por medio. A las mujeres y sus niños y a los ancianos los han mandado deportados hacia el exilio, al desierto, abandonados a su suerte, o a ser violados, torturados y morir de hambre. Yo lo he visto y no he podido hacer nada por ellos. Yo fui detenido con una condición especial por mis contactos en el extranjero y mis estudios de política en Francia. Fui considerado un preso especial que podía acaparar la atención pública, eso me ha servido solo para conservar la vida. Pero, como les he dicho, por alguna suerte del destino, vi la oportunidad de escapar y la aproveché.

Agregó que, internado en Líbano, se hizo pasar por sericultor. Que buscaba larvas mediterráneas para la producción de la próxima primavera, y eso lo condujo hasta este lugar.

Dios y la fortuna lo habían guiado hasta al taller de Maclouf que, atento, escuchó su historia. Pero como no sabía qué hacer, lo acompañó con el pastor de la comunidad. Él consideró que era urgente alertar a la población.

—Por eso estamos aquí —aclaró el padre Charbel—, para que ustedes lo escucharan de viva voz.

—No puedo quedarme, tengo que encontrar la forma de salir y llegar a Francia. No podría vivir sin hacer algo, sin al menos intentar hacer algo para detener este crimen —dijo el armenio.

Como no había nadie que pudiera ayudar a ese hombre a escapar, una vez enterados de los acontecimientos, poco a poco, y uno a uno, salieron del recinto, mas no del estupor en el que los había sumergido esa historia de terror tan cerca de ellos. "No puede ser", "No puedo creerlo", "Esto es imposible", "Si no fuera por quien

lo dice, diría que no es cierto", comentaban entre sí. Era imposible pensar que dejaran a la gente morir de hambre lanzándola al desierto.

Félix salió del rincón en el que se había metido. Su suerte estaba a punto de cambiar. Él era el único que sonreía, pero solo por dentro; no por nada sus habilidades de tahúr lo tenían bien aleccionado. La solución a su problema estaba frente a él; en el desconocido recién llegado.

«Debí apostar de verdad», se lamentó, y se encaminó hacia los gemelos. Habló en corto con ellos y se despidió.



El silencio reinó entre Nazira y su familia esa madrugada durante su regreso a casa. Columba dormía en los brazos de su padre y Hamid reposaba sereno junto al pecho de su madre. Solo se escuchaba el crujir de sus pisadas sobre el suelo pedregoso y la agitada respiración de Nagyb, que inusualmente no respondía a las provocaciones de su hermano mayor.

—¿Y tú qué tienes, hijo?

—¿Qué voy a tener, mamá? —respondió Nagyb por lo bajo—. Que siento que algo me burbujea aquí —y señaló su estómago con la punta de sus dedos todos juntos—, algo adentro me calienta la sangre.

—¿Y eso de qué te sirve? —amonestó su madre—. ¿Qué vas a poder hacer tú, si todavía no sabes amarrarte los zapatos? —añadió en son de broma para restarle seriedad a la opresiva declaración de su hijo recién entrado a la adolescencia.

Abdo se burló de Nagyb por el comentario de su madre, pero este no estaba para bromas esa noche. Hizo el intento de darle una palmada en la espalda a su hermano, pero lo esquivó. Abdo insistió hasta que las llamas ardientes que salían por los ojos de Nagyb lo contuvieron. Con ambas manos abiertas se paró frente a él y, sin tocarlo, le indicó que se calmara; no lo reconocía con esa actitud.

—No es para tanto —protestó Abdo.

—¡Félix, diles a tus hijos que no peleen! —gritó Nazira a su esposo, que más parecía estar en otro mundo—. ¡Félix! ¿qué te pasa, hombre, si te estoy hablando, es que no oyes?

Era cierto, Félix no la escuchaba. Su cabeza estaba llena de ideas y su corazón ardía. Podía oler la buena suerte y su intuición no lo iba a traicionar. El destino le daba una salida y se la ponía sobre la mesa con el hombre desconocido de la iglesia. El armenio necesitaba un atajo de escape rápido y seguro. Félix se lo daría, y él, a su vez, sería su vía de salida. Solo esperaba que no fuera demasiado tarde para atar todos los cabos. Frente a la vereda que llevaba a su casa, Félix se detuvo. Puso a Columba en brazos de Abdo, le dio un beso en la frente, se dio la vuelta, hizo un gesto con la mano para despedirse y, mientras se alejaba, informó:

—Al rato vengo, voy con los muchachos.

Nazira supuso lo que significaba eso. Félix iría a la taberna a jugar. ¿Qué sería capaz de apostar esta vez? Llegaría más tarde. Aparecería un chivo en el *abu* o desaparecerían dos gallinas o un atado de leña, o algo por el estilo. Se quitaría la ropa y se metería bajo las sábanas, la abrazaría y se quedaría dormido hasta el alba. Se levantaría de un salto para asearse y salir a trabajar el huerto. Y no hablaría ni permitiría que se hablara de ese hecho, de ahí en adelante.

Solo que en esta ocasión Nazira se equivocó. Pese a su incredulidad, estaba por conocer todos los detalles de lo que había vivido su esposo la noche anterior y de sus largos silencios durante el día.

Llamó a su familia a cenar mientras disponía los platos sobre la mesa. Una vez todos acomodados, Félix, como era la costumbre familiar, dio gracias a Dios, bendijo los alimentos y enseguida comenzaron a comer. Nazira permaneció impasible.

—¿Por qué no comes, mamá? —preguntó Abdo—, se va a enfriar. Tú misma dices que no dejemos ni una migaja, que no es tiempo de desperdiciar nada.

Nazira asintió y, en silencio, siguieron comiendo. Cuando Félix terminó, retiró el plato.

—Nazira, te espero arriba. —Y señaló la azotea.

—¿Llevo el *aarac*? —Ella sí lo iba a necesitar.

—¡Sí! Trae dos vasos, por favor —respondió Félix y cerró la puerta al salir.

La mujer no salía de su asombro; una cosa tras otra. Había dicho "por favor", y en ese tono; ella lo escuchó con claridad. Esto era más serio de lo que hubiera podido imaginar. Se sentó porque se dio cuenta de que las piernas no la sostenían; eso era demasiado para ella. En cuanto se sintió con fuerzas, se levantó y lavó la loza. Llenó la olla con agua hasta que cubrió los higos cosechados esa tarde, agregó dos medidas de azúcar, dos varas de canela y la dejó en el fuego sobre una parrilla de fierro. Sirvió dos vasos con el *aarac* a los que añadió un poco de agua y pulpa de durazno, y se dirigió a su hijo mayor:

—Abdo, dejé los higos en el fogón, cuida de la mermelada para que no se queme. —Antes de salir, se volvió a sus hijos y advirtió en tono tajante mientras los recorría con la mirada—: Voy arriba con tu padre. No suban.

Salió y cerró la puerta tras de sí.

Capítulo 11

Intercambio justo

Mientras Nazira subía por la escalera exterior, el cielo se pintaba en matices de azul, gris, rojo y naranja. Se valió de un suspiro para tomar impulso y avanzó hacia Félix, que la esperaba sentado con la mirada perdida en el horizonte. Al escuchar sus pasos, se giró y le hizo un gesto con la mano para que se sentara a su lado. Las luces del puerto de Beirut se divisaban lejos, pero se sentían cerca.

Félix ya había dispuesto junto a sí un banco para que lo ocupara Nazira. Ella extendió el brazo con el vaso de *aarac* para su esposo, pero él no tenía la palma vacía. Sostenía algo envuelto en un fino pañuelo de seda que extendió hacia su esposa. Alargó su brazo y con los ojos le hizo señal de que lo tomara. Nazira se sentó porque las rodillas se le doblaban. Él colocó el pañuelo en su regazo. Le quitó de las manos ambos vasos y los puso en el suelo.

Nazira, entre temerosa y sorprendida, permaneció inmóvil. Temía tomar el pañuelo y comprobar que llevara envueltas las "habasdeoro" como señal de despedida.

«Siempre pienso en eso», se afligió.

Su mente era un remolino de pensamientos que iban y venían en el tiempo. Se veía sola, desamparada, abandonada por su esposo que, frente al mismo Cristo crucificado, le juró más de una vez que no volvería a dejarla. Su rostro palideció tan pronto imaginó a Félix de nuevo junto a la *meqsiqiyi*; la mujer sin rostro, la otra Columba, a la que, sin duda, Félix no había olvidado. "Si me dices que te vas,

mejor te mato", quiso decirle, pero prefirió no hacerlo y darle tiempo al tiempo.

Sus pensamientos se interrumpieron en el momento en el que Félix tomó su mano y colocó entre ellas el pañuelo. Por el simple contacto, Nazira supo que no eran las "habasdeoro". «Porque esas yo las tengo bien guardadas», pero, una vez más, decidió que era tiempo de escuchar. Lo que su esposo había colocado en su mano tenía otro peso, otra forma, otra rigidez. Entonces, decidió que era mejor no pensar y dejarse llevar por el momento. Dejarse inundar por la mirada tierna, diáfana y transparente de Félix. Sintió la suavidad de la seda del pañuelo y apreció la exquisitez del bordado con hilo del mismo tono crudo. Tomó una de las esquinas y comenzó a desenvolver.

Parpadeó porque temió que, como un espejismo, desapareciera de pronto. Parpadeó hasta que confirmó que lo que tenía entre sus manos era real. Entonces, frunció el ceño, de un salto se puso en pie y miró a un Félix sorprendido por su reacción.

—¿De dónde sacaste esto, si no tenías nada para apostar? ¿Empeñaste tu alma al diablo? —exigió enfurecida.

Antes de responder, Félix la tomó de la mano que aún llevaba el pañuelo y le dio un leve estirón para que volviera a sentarse a su lado. Se inclinó a tomar ambos vasos con *aarac*, le dio a Nazira uno en la mano que tenía libre e hizo una señal para chocarlos y decir: "¡Salud!" hábito que adquirió durante su estancia en México. Félix tomó un sorbo, mientras que Nazira se bebió todo de un solo trago. Lo puso en el piso cerca de sus pies, carraspeó fuerte y continuó:

—Has de tener una buena historia, Félix, ¡muy buena! ¡Mejor empieza a contarla antes de que yo comience a pensar!

Félix dibujó una sonrisa y las puntas de su bigote se curvaron aún más. Como quien toma un cristal, tomó entre sus manos las de Nazira, que aún sostenían el pañuelo con la razón de su enfado envuelta en él. Se inclinó hacia ella, y Nazira pudo ver de nuevo el fondo de sus ojos y supo con certeza —como quien sabe que va a llover cuando el cielo está encapotado y hay truenos y relámpagos —, que Félix le hablaría con la verdad; cualquiera que esta fuera.

Félix tomó el pañuelo de las manos de su esposa y lo abrió sobre el regazo de ella. Dejó al descubierto una pieza de oro del más fino trabajo que hubieran visto sus ojos. Una medalla redonda que abarcaba más de la mitad de la palma de la mano de Nazira. Una medalla de la Virgen María con el Niño Jesús en brazos. La Virgen llevaba la cabeza cubierta con un manto y, sobre este, una corona con siete estrellas diminutas, pero labradas con un grado de perfección tan singular que resaltaban de la aureola dibujada al fondo. El Niño descansaba su cabeza sobre el hombro de su madre. Su corona era mucho más pequeña, y lo perfecto de su confección resaltaba, también, sobre la aureola detrás de su cabeza. En cuanto Nazira reconoció la imagen, se llevó la mano a la boca y sus ojos se llenaron de agua.

—¡Es la Virgen del Perpetuo Socorro! —balbuceó y dejó rodar las lágrimas con libertad.

Con voz suave y entrecortada —porque tenía urgencia de abrazar y besar a su mujer—, y sin entrar en los pormenores que de antemano sabía la iban a enfadar, resumió. lo más que pudo, sobre el origen de la medalla.

—¿Recuerdas al hombre de la iglesia? Pues… él me la regaló —titubeó Félix—. Me dijo que era un intercambio justo.

Nazira asintió con la cabeza en un gesto que Félix conocía de sobra: "No te entiendo, pero sigue adelante".

—Él buscaba una forma segura de salir del país y yo lo ayudé —respondió Félix.

—Y eso, ¿a ti qué te va? —interpeló Nazira.

—¡Mujer! —exclamó Félix con la voz y con el cuerpo, en señal de que era obvia la respuesta—. En el puerto, en el *souk*, en la taberna… uno oye cosas que luego Dios le da la forma de conectarlas—. Y a su obviedad agregó—: ¿Ves qué sencillo?

Nazira sacudió la cabeza en negación y con los ojos cerrados. No entendía y exigía una aclaración. Félix se acercó a su esposa y bajó la voz para hablar en secreto.

—Pues yo sabía, por cosas de Dios y mi destino, que esta madrugada salía del país un pequeño grupo a escondidas. Y sobraba

un lugar. —Se alzó de hombros y añadió—: Lo único que hice fue ponerlo en contacto con las personas.

Félix omitió decir que ese lugar que quedaba era para él. Que los Chamuín habían hecho hasta lo imposible por convencerlo. Que sobraba gente que quería salir, pero que no tenía para cubrir los gastos. Que él estuvo a punto de decir que sí y que ese hombre le había salvado la vida, porque, sin duda, ella lo habría matado antes de permitírselo.

«Qué casualidad que tú sabías», pensó en decir ella, pero prefirió callar para llegar al final de la historia de la medalla.

—No puedo ni debo decir quiénes se fueron, porque sería una traición —continuó Félix.

«Así debiste de haber pensado antes de confesarme tu traición», pensó reprochar la mujer que decidió, una vez más, guardar silencio.

—La medalla fue un regalo, mujer —añadió Félix en tono lastimero—. De haber tenido un chivo, me lo habría dado.

Nazira perpleja, asintió. El chivo no habría despertado en ella ninguna duda; era la costumbre. El tamaño del chivo, como ofrenda, dependía del favor recibido.

—Me la puso en las manos y me las apretó con fuerza. Apenas podía hablar porque traía un nudo aquí. —Señaló la manzana de Adán—. Y me suplicó: "Guárdala para cuando se case tu hija, la mía ya no la podrá usar", y se puso a llorar.

Félix se adelantó a responder todas las preguntas que Nazira le hacía con la mirada anegada por el llanto. Le contó que se la había dado porque era una pieza muy importante para él, pero solo valía la pena conservarla si conservaba la vida, y gracias a Félix, tenía oportunidad de llevar a cabo su misión de ayudar al pueblo armenio. Se la dio por cederle su lugar. Entonces, llenó de aire sus pulmones, y en otro de sus arranques de sinceridad, de esos de los que luego se arrepentía, le contó todo. Que se podía ir con los Chamuín, pero que no quería. Que no había quedado de irse con ellos, porque no lo iba a hacer. Que no le había dicho nada, porque ni siquiera se iba a ir, entonces para qué se lo decía. Que los gemelos no lo dejaban en paz y que no sabía cómo zafarse. Que ya le tenían cliente para las pepitas de oro, porque tenía que pagar su parte. Pero que como no

iba a ir, para qué las vendía; ni modo que te fuera a dejar sola; con tanto hijo y sin dinero. Que todo había sido por su gran bocota.

Félix continuaba su retórica, y Nazira dejó de prestarle atención. Lo último que escuchó fue que nunca la volvería a dejar, y eso fue suficiente para ella. Soltó una mano de entre las de su marido y puso el dedo pulgar sobre sus labios. No necesitaba escuchar más. Acarició su mejilla, rasposa porque no se había afeitado.

—Mañana me rasuro —prometió Félix y besó la palma de la mano que lo acariciaba con ternura.

Acercaron sus rostros, frotaron sus mejillas y sus labios se encontraron. Félix pasó un brazo por los hombros de su mujer y ella recostó su cabeza en el hombro de su esposo. Fijaron su mirada en la claridad azul oscura del cielo. Tan idénticas a la distancia y tan diferentes entre sí; como los pensamientos de la pareja que las admiraba. Para Nazira, esa noche significaba el triunfo de la familia, de la unión y de la solidaridad. El miedo que sentía hasta antes de subir por la escalera exterior hacia el techo, se desvanecía con el anochecer, iluminado por cientos de estrellas. El dolor anticipado provocado por la ansiedad que le producía ese encuentro, nunca se desarrolló. De nuevo, volvía la estabilidad y la paz a su familia. Suspiró y tomó la mano de Félix entre las suyas. El cuerpo de Félix se comenzaba a acomodar. La frecuencia cardiaca descendía, su corazón decrecía el ritmo acelerado y su respiración era más profunda. Era la primera vez que saciaba su sed de aventura en el seno de su familia. Estaba sorprendido. No había sido necesario huir, ni escabullirse, ni navegar al otro lado del mundo para colmar a su espíritu aventurero. Ambos y por distintas razones sintieron su relación fortalecida.

«Después de todo, la campana no solo anuncia tragedias», pensó y sonrió para sí.

Abajo, en la cocina, Abdo se hacía cargo de la mermelada de higos mientras sus hermanos ya dormían. Al tiempo que meneaba la cuchara de madera, se preguntaba sobre la extraña actitud de sus padres. Deseaba ser un ave nocturna para volar sobre sus cabezas. Para ver y escuchar sin que advirtieran su presencia. Y luego de descubrir su secreto, «Si acaso lo hay», añadió, ir más arriba y mirar

la montaña, el puerto, el mar, y luego más y más arriba y mirar el mundo.

Capítulo 12

Con la esperanza viva

El sonido inconfundible de la carreta de Sami Salami se escuchaba a la distancia. El cartero no tardó en dibujarse en el horizonte con su peculiar postura encorvada hacia adelante, el *tarbuush* ladeado y su inseparable cigarro entre los labios.

—¡Félix, esta vez solo vas tú! —aseguró Sami Salami mientras descendía del pescante.

Nagyb cargó un cesto y lo puso en la parte de atrás de la carreta con tanta facilidad que su padre no fue el único sorprendido. Sami Salami reconoció el esfuerzo y comentó:

—Tienes buen brazo, muchacho. Vas a ser fuerte.

En el trayecto hacia Beirut, el cartero usó sus habilidades de persuasión con Félix. Quería saber sobre el paradero de los gemelos Chamuín; no se les había visto desde hacía varios días. Exactamente desde la noche aquella en que las campanas de la iglesia sonaban sin parar.

—Por ahí se dice que se fueron con el armenio —dijo el cartero.

—Ya sabes cómo son ellos, Sami, los conoces bien. Desaparecen y vuelven a aparecer con mercancías nuevas.

Sami Salami notó un tono raro en las palabras de Félix, por lo que no quiso insistir con el tema y lo abordó por otro lado.

—Estuvo buena la cosecha de higos, ¡eh!

—No fue muy buena, por eso solo traigo cinco canastos y dejé uno en casa.

—¿Cinco canastos y dejaste uno? ¿Todo eso es de impuestos?

—Me avisó Jacobo hace unos días. Del palacio del *mutasarrif* Ohannes Pasha le mandaron la notificación. La clavaron frente a la puerta del taller de seda. Así es como nos enteramos.

Para Sami Salami eso no era una novedad y Félix lo sabía. Sin embargo, el tema era bueno para llenar el tiempo en vez de hablar de los gemelos y su misteriosa desaparición.

—¿Será esa la razón por la que no aparecen los Chamuín? —insistió Sami Salami y miró de reojo a su compañero de asiento.

Como respuesta, Félix se encogió de hombros y miró hacia el otro lado.

La intuición de Sami era correcta. La desaparición de los gemelos era inusual y Félix conocía hasta el último detalle de lo que había pasado con ellos. Siguieron el plan previamente acordado con el estibador del puerto, el mismo que les consiguió los permisos de tránsito y los condujo por la montaña hasta la bahía de Jounieh para embarcarse. Fingieron ser pescadores, mostraron los permisos y papeles de identidad en el retén de seguridad. El armenio se identificó con los que hubiera usado Félix. Todos llevaban nombres falsos para evitar incriminar a sus familiares en caso de ser descubiertos. Subieron con las redes a la barcaza. Tomaron rumbo a Port Said, a donde llegaron horas más tarde. Ahí los despidió el contacto y no supo más de ellos.

Félix sabía que si le contara a Sami lo que había sucedido, en menos de lo que canta un gallo lo sabrían en toda la región. Mejor se quedó callado y repasó en su mente los hechos de aquella noche al salir de la iglesia de Saint-Georges.



El manto de la muerte ensombreció los valles de Líbano, los puertos, las ciudades, y al final, también la montaña. Los turcos invadieron Líbano. Tendieron un cerco en el país y limitaron la movilidad de las personas, obligándolas a pagar por conseguir permisos de tránsito. Los alimentos y los avíos médicos eran cada día más escasos. Se impidió el desembarco de las flotillas comerciales francesas. Como

resultado, el intercambio de seda, aceite de oliva y de vinos producidos en Líbano por productos franceses quedó anulado. La necesidad de Estambul de mantener su autoridad en el territorio libanés los llevó a la ocupación militar. Con un ejército debilitado después de las guerras balcánicas, comenzaron a echar mano de cuanto hombre pudiera fortalecer su frente de batalla. Dejó de ser importante para el sultán la pureza del origen turco como requisito para pertenecer a sus líneas. Corría el año quizás más sombrío en la historia anterior a la guerra civil de Líbano, de la cual no serían testigos ni Félix, ni Nazira, ni ninguno de sus hijos. Las Potencias del Este peleaban contra los Aliados por la defensa de sus causas. Tarde comprendieron que lo que creían justo para cada uno de ellos, en realidad era una injusticia para el resto. Una guerra nunca tiene una causa justa; sin embargo, para declarar una guerra, justamente la causa es lo de menos.

Líbano contaba con un modesto ejército que fue absorbido por el turco. Se nombró a Djemal Pasha como comandante en jefe de las fuerzas turcas, y en poco tiempo fue reconocido por su brutalidad. Estableció una especie de virreinato en Beirut. Era despiadado y no tenía un mínimo de compasión para arrestar sin justificación o para sentenciar a muerte a cualquiera que él considerase traidor. El miedo y la sangre corrieron por las calles del puerto. No había musulmán, cristiano, druso o judío que pudiera sentirse a salvo con ese hombre en el poder.

El nuevo estilo de gobierno terminó con la relativa autonomía de Líbano. El 6 de mayo de 1916, se ejecutaron, sin derecho a ser juzgados y en la plaza pública, a los integrantes de un grupo de civiles por haber realizado, a criterio de la autoridad turca, actividades contra el imperio. Entre los libaneses se comentaba que el castigo había sido exagerado e injusto. Desde entonces se conoce el lugar de la ejecución como la Plaza de los Mártires. Beirut pasó de ser una península que manaba vida, a la aridez de un desierto. Del bullicio en los muelles, al abandono de las bodegas. Del intercambio de excedentes de cosechas, a la confiscación de ellas.

Para alimentar los estómagos de un debilitado ejército otomano, se ordenó embargar parte de las ovejas y del ganado del Monte

Líbano. Las cosechas tampoco fueron la excepción. Uno de los últimos sitios alcanzados por el ejército fue Qsaibeh, lo que les dio una pequeña ventaja a sus habitantes. Por mínimos que fueran, pusieron a resguardo sus excedentes. Enterraron bajo tierra todo lo que pudiera servir para alimentarse en el siguiente invierno y recomenzar en la primavera; ya fueran semillas, camotes o conservas. Las reservas serían insuficientes para resistir un invierno, mucho menos dos.

Félix y Nazira, con la ayuda de sus hijos, se dedicaron con ahínco a preparar el *mouneh* antes del invierno. Aún no eran lo que esperaban colectar al fin de la temporada, pero si decidían esperar era muy probable que las cosechas les fueran confiscadas. Fermentaron en salmuera nabos, pimientos, pepinos y coliflor. Unas cuantas berenjenas rellenas con nueces y pimiento fueron colocadas en un frasco y cubiertas con aceite de oliva. Aprovecharon el espacio en el mismo recipiente para poner bolas de *labneh* seco y salado. En un frasco más pequeño, pusieron el *shanklish* con *zaatar* y lo cubrieron con el resto del aceite de oliva. Despojaron la higuera de todos sus frutos. Cavaron un pozo profundo dentro del *abu*, lo recubrieron con grandes hojas de plátano para evitar el contacto directo con la tierra. Por un lado, dejaron las frutas maduras; y por otro, las verdes y menos desarrolladas. Taparon ambos contenedores naturales con la tabla de madera que les servía de mesa en el exterior. Encima colocaron varias capas de hojas y sobre ellas el lodo para que no se notara la tierra recién removida. De poco les sirvió su reserva, porque echó a perder antes de lo esperado, pero a ellos los mantuvo con las esperanzas vivas.



El último día del año celebraron el cumpleaños de Columba sin pastel, sin regalo y con apenas lo indispensable sobre la mesa. Félix le prometió, de nueva cuenta, que pondría el mundo a sus pies. Nazira le pidió que dejara de fantasear; en realidad estaba celosa y al mismo tiempo le incomodaba ese sentimiento. En el fondo, su

reclamo era porque quería que Félix le hablara a ella con la misma ternura con la que se dirigía a su hija.

De no ser porque Nazira resguardaba las "habasdeoro" de Félix y la medalla que les regaló el armenio, este ya las habría vendido, empeñado o apostado. El agua le llegaba al cuello y no disponía de recursos. En otro tiempo habría logrado convencer a su esposa de que le cediera al menos una de las "habasdeoro", pero ya no bastaba con que le hablara al oído seductoramente para convencerla. Félix no sabía si la amaba o la odiaba por eso; no sabía si agradecerle o recriminar su tozudez. Nazira podía conservar la medalla que le dio el armenio a cambio de su lugar en la barca, pero las "habasdeoro" eran de él.

«Me las gané a buena ley», se decía Félix una y otra vez.

Luego, volvía a meterse en sí mismo, en su apatía, porque también había olvidado cómo seducir a su esposa. La sonrisa había desaparecido de su cara, su gesto era rígido, sus modales bruscos y sus palabras escasas. Nazira correspondía de igual manera.

Capítulo 13

La sombra del desierto en la montaña

Columba jugaba cerca del pozo con su gato y una bola de estambre que le había regalado su mamá. Por detrás, Abdo se acercó a su hermana, sigiloso para sorprenderla. Agarró la bola de estambre, y cuando el gato se enfadó lo tomó entre sus manazas y simuló aventarlo al pozo. La niña gritó y enseguida lloró por el susto y el enojo que le había causado su hermano. Abdo soltó al gato, que cayó en sus cuatro patas, y trató de consolarla antes de que su padre se percatara de lo sucedido.

—¡Mejor vente a ayudar! —reclamó Félix a su hijo mayor.

«Demasiado tarde», pensó Abdo. Una vez que Columba decidía llorar, era casi imposible hacer que se controlara.

La niña corrió a refugiarse con su padre. Él la tomó en brazos y esperó a que se tranquilizara para animarla a ir con Hamid, que trataba de cazar una mariposa con la red. Nagyb, quien era testigo de la escena entre sus hermanos, no descuidaba su labor y ayudaba a meter los atados con hojas de morera en la carreta de Sami Salami.

«El muchacho es fuerte y puede ganarse unas liras dando uno que otro golpe en la taberna del *souk* —razonó el cartero—. Ya habría tiempo más adelante. Le va a gustar ganarse algo de dinero con los puños».

Columba corrió a jugar con Hamid y le quitó la red para mostrarle cómo se hacía. En su intento por cazar la mariposa, atrapó a un saltamontes. La niña buscó el pequeño frasco de vidrio que Abdo le

había preparado para ese fin. Con sumo cuidado, lo puso dentro y cerró la tapa con agujeros para que pudiera respirar y para evitar que se escapara.

—Ten. Enséñale a papá lo que atrapamos —lo animó y se alejó en busca de su gato y de la bola de estambre.

Félix observaba a sus hijos menores en su intento por cazar mariposas. Parecía que habían atrapado una. Luego vio que Columba se alejaba y Hamid se quedaba ahí, con la red de tul en una mano y el frasco en la otra. Al lado de Félix, Sami Salami mordisqueaba su inseparable cigarrillo y le contaba las últimas novedades.

—Nada bueno qué contar —decía Sami, pensativo—. Aunque las balas no nos han llegado, el puerto está lleno de soldados; unos franceses y otros ingleses. Cuentan por ahí de un tal capitán Lawrence que ha tenido encuentros con el emir Faysal. Y que eso disgusta al sultán. Quién sabe qué tanto haga, pero lo nombran por acá y por allá. Tal vez esta sea la oportunidad para Líbano de lograr su independencia del imperio. Total, los turcos ni nos quieren, solo quieren nuestros impuestos y, al paso que van las cosas, no nos va a alcanzar ni para eso.

—Son historias, Sami. Y a ti te las cuentan para que las platiques entre nosotros, para que nos creamos sus cuentos. El imperio es grande y poderoso.

—Ya no es tan grande, ni tan poderoso —inquirió el cartero—. O ¿qué? ¿Ya se te olvidó la apuesta que le ganaste a Jacobo y a los gemelos antes de que se los tragara la tierra… o el mar? —le recordó con un tono de voz que Félix reconocía bien. Sami no había logrado sacarle esa información sobre la desaparición de sus compañeros de juegos.

—¡Claro que lo recuerdo!, ¡cómo se me iba a olvidar! Aposté que los turcos perderían los Balcanes y les gané —confirmó Félix con orgullo—. Fue otra de mis latidas.

Los que antes habían sido sometidos por los turcos eran ahora sus aliados junto con Alemania. "Tal vez un día seamos aliados de los franceses", dijeron al unísono y rieron a carcajadas por haber hecho el mismo absurdo comentario.

Nagyb salió del *abu* y Sami le llamó en voz alta.

—¡Muchacho! Ven a ayudar con los bultos. Eso es bueno para los brazos y también para la espalda.

El joven se ruborizó con el comentario. Le incomodó que lo hiciera frente a su padre; se sintió descubierto. Abdo, quien presenciaba la escena recargada en el tronco de un árbol, no dejó pasar la oportunidad de molestar a su hermano menor y, en tono burlón, le reconvino:

—Ándale, muchacho, que se te hacen aguados los brazos. —Y luego de una carcajada, añadió—: Ve y carga esos bultos de hojas.

Nagyb lanzó sobre su hermano mayor una helada mirada que por unos segundos lo inquietó, pero no dejó que él lo advirtiera. Aunque Abdo hiciera mofa de Nagyb, este aprovechaba toda oportunidad de desarrollar sus músculos. La ropa le quedaba cada vez más justa en la espalda.

Nazira le hacía saber que lo notaba cada vez que le decía "Esa camisa necesita un remiendo para que te acomode mejor, luego te la arreglo". Lo hacía con tanta frecuencia, que temía que las costuras cedieran a la presión de los músculos de su hijo. Con agilidad, Nagyb cargó los seis bultos de hojas en la carreta de Sami. El cartero le dio una palmada en la espalda y comprobó la dureza de los músculos del segundo hijo de Félix.

—Dentro de poco lo llevaremos a la cantina de Fadi Awde a que se estrene —dijo Sami con un guiño de ojo a Félix—. Esos puños le darán unas cuantas liras.

Félix desaprobó el comentario con un movimiento de cabeza, se alzó de hombros y lo miró como si agregara: "Es un crío". Comentario que Sami supo interpretar a la perfección.

—Ya que termine todo esto, ¡por supuesto! —agregó el cartero, que no se refería a los bultos, sino a la guerra o a la independencia de Líbano, o a lo que fuera.

Félix le hizo señas de que mejor se callara. La cantina de Fadi Awde había ganado fama por organizar peleas entre parroquianos, ahí mismo se arreglaban y se cruzaban las apuestas. Aunque se llevara unos buenos golpes, Sami calculó que Nagyb podía ganar

una gran experiencia en ese tugurio de mala muerte, antes de ir a otros mejor acreditados, como los de Trípoli, Alepo o Damasco.

«Este muchacho podría ser una buena inversión», pensó, y mientras aspiraba el humo de su cigarro, entrecerró los ojos.

—¡Listo! —gritó Félix para sacarlo de sus pensamientos—. Lleva esto a Jacobo antes de que se haga más tarde. Estos días oscurece más temprano. Mañana paso por el taller para hacer cuentas con él.

Sami subió a la carreta para dirigirse al taller y Nagyb le dio una suave palmada a Corcel para animarlo a acelerar el paso. Félix se acercó a su hijo, pasó un brazo por sus hombros, mientras con la otra mano despedía a su amigo, que se alejaba al paso por la vereda. Sin dejar el medio abrazo, caminaron padre e hijo hacia las podas que había sacado Félix de las moreras blancas. Le mostraba los esquejes, cuando se percató de que Hamid había echado a correr hacia ellos con un frasco de vidrio entre las manos.

—No corras así, te puedes lastimar —apenas alcanzó a decir Félix y Hamid ya estaba frente a ellos.

—¡Mida, papá! Codumba mi do degaló. Aquí do guadó —dijo jadeante y le mostró el contenido.

Félix reconoció el contenido del frasco, parpadeó varias veces para estar seguro de lo que sus ojos veían y, apenas tuvo la certeza, se quedó sin aliento. Miró al cielo y supo que casi enseguida escucharía el inconfundible sonido del barrenador.

—Langosta —susurró y sacudió la cabeza para reaccionar—. ¡Nagyb! ¡De prisa! Lleva estas podas al *abu* y guárdalas en el depósito donde ponemos los trozos de hielo en el invierno. Cúbrela con lodo y estiércol.

El tono de voz de su padre lo alarmó. Presuroso, el joven entró al *abu*, pero no pudo cumplir las órdenes de su padre. Era Abdo quien sabía dónde estaba el depósito y no él. Buscó un lugar que consideró seguro. Dejó las podas recargadas sobre sus muñones, puso lodo sobre ellas y salió de nuevo para ayudar a su padre.

Félix se puso en cuclillas para mirar a los ojos a Hamid y con voz suave le advirtió:

—Estos insectos no los podemos conservar, no son buenos; se van a comer a toda tu colección. —Tomó el frasco entre sus manos

—. Ve adentro con tu madre y dile que digo yo que no salgan.

Aunque Hamid no entendía lo que su padre le había dicho, pudo comprender la seriedad de la situación. Félix nunca se había dirigido a él como si fuera grande, como lo hacía con sus hermanos mayores.

—¡Abdo! Lleva a tus hermanos adentro y avisa a tu madre.

—¿Y Columba?

—No sé… andaba por ahí con el gato. —Señaló una pendiente. Y apresurado añadió—: ¡Búscala!

Abdo encaminó a Hamid hacia la casa y esperó a que entrara. De prisa se dirigió hacia el lugar que su padre le había señalado en busca de su hermana, a quien no alcanzó a ver.

—¡Columba! —gritó Abdo, y en el silencio que guardó, en espera de la respuesta, percibió a la distancia el chirrido ahogado de la langosta. Gritó con más potencia y escuchó la voz de su hermana que llamaba al gato. Se acercó al lugar de donde provenía la voz. Debía llegar a ella sin dilación. Se detuvo y, atento a los sonidos de la montaña, escuchó la suave y firme voz de su hermana:

—¡Bájate de ahí gato, te digo! ¡Obedece! —ordenó la niña con los brazos en jarras en un tono categórico que el felino ignoró.

Abdo llegó junto a ella y, tomándola en brazos, intentó correr hacia la casa, pero el llanto de la niña lo obligó a detenerse.

—¿Qué tienes? —preguntó con dulzura para tratar de calmarla—. ¡No llores! Papá te está buscando, te va a dar algo —mintió Abdo a sabiendas de que eso no la calmaría. La niña lloraba y señalaba con el dedo índice hacia la rama de un árbol.

—¡Miii gaaaaatoooooouu! —Los sollozos le cortaban la voz.

Abdo la depositó con apurada calma en el piso y subió —como hábil piñonero— por entre las ramas. Atrapó al asustado felino, perdió el equilibrio y cayó al suelo de espaldas sin soltar a la mascota. El gato se liberó y corrió hacia la casa. Abdo se levantó con dificultad, tomó a su hermana en brazos y entró de prisa detrás del gato. El semblante de su madre le indicó la gravedad de la situación. Ella había avivado el fuego para evitar que entraran por el tiro, y cerraba con rapidez los postigos de las ventanas. Abdo dejó a

Columba con el gato. Se cercioró de que Hamid estuviera ahí, dirigió una mirada de asentimiento a su madre y salió sin decir palabra.

La caída de Abdo no le cobró factura de inmediato, sino hasta algunos años después.



Sami agitaba la fusta con vigor para apurar a su viejo y cansado caballo, mientras sujetaba con fuerza el cigarro entre los dientes. El cielo se oscurecía con la mancha del barrenador. Temía que el penco no resistiera el esfuerzo colina arriba. Debían llegar a la casa de Félix para resguardarse, junto con la carga, antes de que el enjambre los alcanzara. El aroma de las hojas recién cortadas atraería a los bichos hacia su carreta. El cartero sabía que las viejas puertas de madera que protegían la carga no serían un obstáculo para ellos. La intensidad del zumbido y la oscuridad con la que el cielo se teñía anunciaban la cercanía de la mancha devoradora. Sami Salami dio un giro a la izquierda y entró a la vereda de la casa de Félix. Lo reconoció a la distancia; le indicaba que se acercara lo más posible a la entrada del *abu*. Desengancharon al caballo y lo metieron con ellos, donde ya estaban Nagyb, con cara de asustado, y Abdo, que aún no regulaba su respiración. La carreta y su contenido quedaron a merced de la langosta.

Los jóvenes habían preparado, por instrucciones de su padre, una mezcla de agua con jabón en polvo. Con la espuma cubrieron las cabezas de la chiva y de Corcel para proteger sus ojos y orejas. Ellos mismos se frotaron con espuma de jabón en la cara, la cabeza, el cuello y los brazos. Sin cruzar palabra, ambos se preguntaban si su padre sabía para qué les pudiera servir untarse de jabón. Como no tenían nada que aportar, obedecieron sigilosos.

«¡Qué buen espacio tiene esta cueva!», pensó Félix, y recorrió con la mirada el interior del *abu*.

En ese instante, como en secuencia, llegaron a su mente —una a una— los recuerdos de sus convivencias con su hermano menor.

Salomón y él jugaban a esconderse en el *abu* y se contaban historias de terror que por las noches les quitaba el sueño.

Recordó también las cartas que se habían enviado uno al otro. En ellas se contaban sus pocos éxitos y una que otra alegría, como el nacimiento de sus hijos y cómo estos crecían y aprendían del oficio de agricultor acá y de comerciante allá, en México. Del cultivo de las algarrobas y la preparación de la miel, acá, y de las telas, hilos y agujas, allá. Félix evitaba contarle a Salomón las desgracias; pensaba que era mejor no preocuparlo. Se preguntó si quizás su hermano haría lo mismo, y en realidad así era.

Decidió no adelantarse a pensar cómo relataría la llegada de la langosta. Una situación que no conocía, que ni siquiera imaginaba, pero que intuía. Aunque la realidad superaría la imaginación.

—No dejan nada. Acaban con todo —aseguró Sami Salami, como si escuchara los pensamientos de Félix, quien, expectante, lo vio en espera de que continuara.

Su viejo amigo, ajeno a la reacción de Félix, no dijo nada más ni esperó comentario al suyo. Se alzó de hombros, sacó con dos dedos un cigarrillo de la bolsa de la camisa, lo puso entre sus labios y volvió a su postura anterior.

Los cuatro varones, sentados en el piso alrededor de una lámpara que apenas alumbraba la cueva, oraban en silencio. Cada quien, a su manera, esperaba llenarse de la gloria de Dios.

Orar y confiar en Dios corría por las venas de Félix y Sami desde que tenían uso de razón. Lo mismo habían enseñado Félix y Nazira a sus hijos. En esos momentos, la oración de cada uno era personal. Para Sami, era un hecho que su vieja carreta estaba averiada: por lo que alcanzó a darse cuenta, las dos puertas traseras y al menos una de las ruedas habían quedado inservibles, y del susto que se llevó su fiel equino habría que esperar a ver las consecuencias; sin duda rezaría por eso.

Abdo miraba hacia arriba, como era su costumbre, como si viera el mismo cielo en el techo cavernoso del *abu*. Se preguntaba cómo vería Dios, desde el cielo, el paisaje cubierto por la langosta. ¿Alcanzaría a ver a los que estaban debajo del enjambre? ¿Sabría que ellos estaban ahí? ¿Podría oler sus miedos en la transpiración?

¿Podría leer sus pensamientos? Abdo se preguntaba si Dios conocería sus dudas sobre la existencia del mismo Dios. El padre Charbel aseguraba en el catecismo que Dios está "en el cielo, la tierra y en todo lugar".

«De ser así, entonces estaría aquí con nosotros y afuera con la langosta —razonaba—. Entonces, ¿Dios hace que todo eso pase o solo es testigo? ¿Se darán cuenta los grillos de la presencia de Dios, lo mismo que nosotros aquí encerrados? No lo podemos ver, ni sentir, ni oler; es como si no estuviera».

—¿Dios se da cuenta de todo lo que está pasando? —Abdo lanzó al centro la pregunta.

Sami se alzó de hombros y cerró los ojos para evitar la mirada inquisidora de los jóvenes.

—¡Claro que se da cuenta! —respondió Félix con firmeza—. ¿No ves que es Dios y está en el cielo, la tierra y en todo lugar? Y aquí también está, si no, no habría aire en esta caverna ni podríamos tener la lámpara encendida. —Con tono enérgico, dio por terminada la conversación: —¡Claro que aquí está!

Nagyb, sin atreverse a levantar la cabeza, miró de reojo de un lado al otro. Temía encontrase con la mirada de Dios, porque Él sabría lo que pasaba por su cabeza y le reclamaría su ingratitud por anhelar, con todo su corazón, estar lejos de ahí, lejos del campo, de la montaña, de la miseria, del hambre y del miedo. Le reprocharía, sin duda, su deseo de aspirar a una vida mejor. De querer vestir bien, de calzar zapatos recién lustrados, de reír, de pasear, de andar como andan algunos hombres por el puerto mientras llevaban a una hermosa mujer del brazo. «Para ellos, no existe la gente como yo», pensó Nagyb. ¿Qué de malo tendría pensar esas cosas si estaba encerrado sin poder imaginar lo que sucedía afuera? ¿Qué de malo tendría soñar con otra vida? Aunque estaba sentado en el suelo frente a la lámpara encendida, Nagyb se encontraba muy lejos de ahí.

Félix escuchaba con atención los ruidos que provenían del exterior. El golpeteo era constante en la puerta del *abu*. Por gruesa y dura que fuera la madera de cedro, podría hacerse nada en un instante si los insectos encontraban un espacio por dónde pasar.

Algunos decían que era la plaga del desierto, pero ahora le daba lo mismo si venían de Egipto, de Siria o de Yemen.

«Si viven en el desierto, ¿por qué a esos insectos les gusta comer nuestras plantas? —se preguntaba. Recordó a los gemelos Jusef y Gibrán Chamuín—. ¿Qué habríamos apostado?».

Suspiró y recordó a sus amigos y su suerte; aún no tenía noticias de ellos, y nunca las tendría.

—Si estuvieran los gemelos, de seguro que les ganabas la apuesta de nuevo —afirmó Sami Salami sin ver a Félix, quien comenzó a dudar si su amigo tenía el poder de leer sus pensamientos.

«Habría perdido», pensó Félix.

Temeroso de que el cartero revelara de nueva cuenta sus pensamientos, sonrió para sí mismo y respondió a su amigo con una media sonrisa.

—Como no aposté, no perdí, así que gané otra vez —le guiñó un ojo y le dio una palmada en la espalda.

Abdo y su hermano cruzaron miradas en señal de que no habían entendido el comentario de su padre. A Nagyb le sorprendió que Abdo no le hiciera bromas, como era su costumbre. Debía estar asustado. Félix prefirió dejar sus pensamientos a un lado y se dedicó a orar en silencio.

Sami y Félix se miraron cuando ambos creyeron que el zumbido de la langosta se alejaba y un poco de claridad se asomó por una rendija. Era la primera vez que ambos vivían esa experiencia, así que ignoraban cuál sería el momento oportuno para abrir la puerta y salir a inspeccionar. Los animales, que habían estado inquietos, se movían con serenidad dentro del *abu*. Los cuatro aguzaron el oído. Un trino de pájaros atrajo su atención. ¿Sería esa la señal que los animaría a salir? Sin pronunciar palabra, Félix y Sami Salami cruzaron miradas y, en silencio, se pusieron de acuerdo. Siguieron atentos a los sonidos del exterior. No podían ni debían de correr riesgo alguno. Cuando escucharon de nuevo el trinar de las aves, se incorporaron cautelosos. Abdo y Nagyb los imitaron. "¿Cómo estará todo afuera?" era la pregunta que se hacían y nadie se atrevía a pronunciar. Su imaginación sería insuficiente.

Con sumo cuidado, Sami y Félix retiraron el travesaño de la puerta y lo dejaron a un lado. Temerosos de toparse con grillos en el exterior, pegaron la oreja a la puerta para cerciorarse de escuchar el silencio habitual de la montaña. Un ave cantó. Cruzaron nuevamente las miradas y decidieron abrir con cautela la gruesa puerta de cedro que los separaba del exterior. Un sonido como de trueno, seguido de un olor fétido y nauseabundo dentro del *abu*, los obligó a abrirla de golpe y salir corriendo a respirar el aire fresco.

—Perdón —dijo Nagyb sonrojado—, ya no me pude aguantar.

Al encontrarse ya afuera, aún tosían por haber olido el aire viciado dentro del *abu*, cuando un haz de luz los encandiló. Era tan intensa la luminosidad, que tardaron un rato en poder acostumbrarse. Se tallaron los ojos para ayudar a sus pupilas a volver a la normalidad. Ni sus ojos, ni su mente, ni sus corazones estaban preparados para el escenario que la naturaleza presentó ante ellos.

~

Arriba, en la casa, Nazira y sus dos hijos pequeños oraban y esperaban en silencio. Sobre el regazo de su madre, Columba y Hamid se tapaban las orejas y apretaban los ojos con fuerza para evitar escuchar ese sonido aterrador que venía del exterior.

—Es ed peod día de mi vida —se lamentó Hamid con su madre—. Ahoda, ¿cuándo voy a sadid a jugad afueda?

Nazira le sonrió, pasó una mano por su cabello crespo y le besó la frente.

—Pronto, hijo, pronto. Esto no va a durar para siempre. Nada es para siempre —respondió Nazira y apretó a sus dos hijos contra su pecho. Ella también necesitaba la seguridad que ese abrazo le daba. Esperaba que las gruesas puertas y postigos de madera de cedro resistieran al embate de los grillos, tanto en la casa como en el *abu*.

De pronto, una idea comenzó a rondar en su cabeza. Una idea que evitaba cada vez que podía. Una idea que ponía a dormir cada vez que esta despertaba. Una perturbadora idea que la volvería loca

de dolor, de angustia, de rabia, de celos, de impotencia; la terrible idea que flotaba en el aire, tanto en verano como en invierno. Que la ponía a sudar frío cada vez que Félix recibía carta de su hermano Salomón desde México. La loca e irracional idea de que su esposo quisiera irse de nuevo.

«Si me dice que se va, ¿qué le voy a decir?». Su intuición le susurraba al oído que tarde o temprano lo haría.

"Me voy, no porque quiera, si en realidad no quiero irme, pero ¿cómo le hacemos?". "Nada es para siempre". Esas palabras hacían eco en los recuerdos de Nazira y vino a su mente el primer viaje de Félix, su regreso seis años después y su confesión de infidelidad en México. La *meqsiqiyi,* como la llamó Nazira, no dejaba de deambular por su mente.

«Nada es para siempre», se repetía a sí misma. Ni la alegría ni el dolor, ni la paz ni la agonía, ni la memoria ni el recuerdo. Nada. Y en ese nada cabía la posibilidad de que Félix decidiera irse. «Si al menos no le hiciera caso a lo que me late por dentro».

Con ese pensamiento, llevaba un reproche para ella misma. Si ella no escuchara su voz interior, en ese momento solo le preocuparía los daños que hacían los grillos y cómo saldrían adelante.

«¿Será que siempre he pensado que Félix se quiere ir, aunque yo no me dé cuenta?». Los pensamientos de Nazira le recorrieron un estremecimiento de pies a cabeza. Odió a la langosta por las especulaciones que despertaba en ella. El daño a su propiedad sería menor que la erosión que le carcomía por dentro sin percatarse de ello. Le faltaba el aire. Sentía un ahogo en el pecho que le salía como lágrimas por los ojos. Hamid, sentado en su regazo, sintió la humedad y alzó su cabeza para ver de dónde provenía. Con su mano pequeña secó las mejillas de su madre. Guardó silencio porque no quería romper el sentimiento de seguridad que le daba estar abrazado por ella. Nazira besó la cabeza de su pequeño y luego la de su hija, y apretó el abrazo. Los amaba tanto que sus vidas se las debía al perdón que salió de su corazón. De no haber decidido absolver a Félix por su infidelidad, con todo el dolor que eso implicaba, nunca habría caído de nuevo en sus brazos. Aunque

disculpar la ofensa fue difícil, olvidar le resultó imposible. Pero el dolor en el recuerdo disminuyó con el tiempo. "Un día a la vez; solo por hoy", como le aconsejó el padre Charbel.

Nazira era incapaz de recordar cómo había logrado superar y quitar de sus oídos el resonar de la confesión de Félix: "Te juro que no significó nada para mí", le aseguró una y otra vez. Al revivir ese momento sintió una daga en el centro de su abdomen, dura y helada, como las palabras de Félix. Nunca las olvidó y se esforzaba por no recordarlas con frecuencia, pero permanecían ahí, latentes, como espera paciente la primavera a que termine el invierno. Se preguntaba si lograría volver a meter ese recuerdo doloroso en el cuarto oscuro donde permaneció por años. Abstraída, ensimismada e inmersa en ese diálogo interior, Nazira no escuchó a su hija gritar.

—¡Ya se fueron! —Columba sacudió a su madre que parecía estar en otro lugar—. Mamá ¿escuchas? —repitió la niña—. ¡Ya se fueron!

Capítulo 14

Despojados del pudor

Ni la más fecunda imaginación podría haberlos preparado para aquel espectáculo. Costaba reconocer como propias las imágenes que sus ojos captaban. Las coníferas lucían desnudas; desprovistas de todo tipo de ropaje. Las ramas jóvenes desaparecieron junto con las piñas que comenzaban a crecer. Los altos y delgados troncos de los pinos piñoneros, expuestos al sol por primera vez en su vida, lucían ruborizados. Del huerto no quedaba nada; tampoco de la higuera, de las moras, los ciruelos y los duraznos. El viejo tronco del olivo parecía haber envejecido por años, sin su ropaje de hojas jóvenes y brotes de aceituna. Hasta donde se alcanzaba a ver, y era mucho más que de costumbre, el panorama era desolador. En su breve paso por el Monte Líbano, la insaciable langosta del desierto arrasó con el frondoso bosque que encontró en su travesía.

Sami Salami, atónito, observó lo que quedaba de su carreta. En su estupor, aún no caía en cuenta de que un destello de fugaz sabiduría lo invadió cuando decidió regresar a casa de Félix. Había salvado su vida y la de su viejo y noble pura sangre andaluz. La carreta tendría remedio. Al menos, la langosta no había devorado la madera de los árboles en su totalidad por lo que habría suficiente de dónde elegir para restaurar su medio de transporte. Aprovecharía para hacerle unas mejoras.

«Le haré la caja más grande para tener más espacio», pensó y se volteó para comentar con Félix su idea.

Lo encontró en el piso, en cuclillas y con la cara cubierta por ambas manos. Trataba, sin conseguirlo, de contener los sollozos. Abdo y Nagyb, como dos columnas inertes, sin voluntad propia aparente, permanecían de pie a ambos lados de su padre, incapacitados para hacer o decir algo.

Aquel cielo azul, por el que Abdo anhelaba volar para contemplar el mundo desde arriba, se presentaba con todo su esplendor. No existía ya nada que lo impidiera. La montaña había perdido su pudor. Quedó expuesta, despojada de todo aquello que la adornaba, que la hacía diferente al valle, que le permitía ser contemplada desde el Mediterráneo. Sami quiso decir: "Está más desplumada que una gallina antes de entrar al caldo", pero no pudo articular palabra. Félix, consternado ante la realidad que sus ojos contemplaron a su alrededor, sintió que las piernas no lo sostenían y cayó de rodillas. Lo habían perdido todo. Absolutamente todo.

Un chirrido llamó la atención de Sami Salami. Escalones arriba, Nazira abría la puerta con cautela. Ella y los pequeños, al recibir el impacto solar, quedaron cegados por el intenso resplandor. Cuando se acostumbraron a la luz, se tallaron los ojos para volver del espejismo de desolación a la realidad. El otrora bosque del Monte Líbano ahora lucía desértico. Los troncos, erguidos a pesar de su desnudez, habían sido despojados de su candor, de todo vestigio de vestimenta.

Nazira buscó a su esposo con la mirada y lo encontró sin dificultad; no había follaje que bloqueara su vista. Estaba ahí, de rodillas, encogido, empequeñecido, frágil, vulnerable. Detrás de las palmas de sus manos ocultaba su cara y los sollozos que emanaban de su garganta.

«Ni se te ocurra irte, Félix, porque si me dices que te vas, mejor te mato». Nazira se horrorizó de su propio pensamiento y una corriente eléctrica le recorrió la espalda. Porque no podía imaginar su destino sin la presencia de su marido en ese desierto de troncos desnudos, que, sin ellos saberlo, no tardarían en desaparecer para alimentar la máquina de hierro que cruzaba el desierto; el de arena.

~

Columba sintió un pálpito en el estómago y un peso sobre los hombros. Si tan solo ella no le hubiera enseñado a su hermano a coleccionar insectos, se dolió, estos no habrían venido a comerse todas las hojas de los árboles hasta dejarlos pelones. No habrían devorado las hojas del huerto junto con las calabazas, las berenjenas y las vainas que aún no estaban listas para recolectarse. De no haberse ido en busca del gato y Abdo detrás de ambos, su hermano mayor podría haber ayudado a su padre a ahuyentar a los horrorosos bichos que dejaron espantoso su jardín; sin sombras, sin higos, sin moras, lleno de varas y basura. Encontró la silueta de su padre en medio del basurero dejado atrás por la langosta. Columba lo reconocería entre la gente del *souk*, entre todos sus tíos y entre los congregados dentro de la misa. Sin embargo, no podía ser ese hombre su padre, el hombre que le dio la vida, doblado por las rodillas, la cintura y los codos, postrado en el piso con la cara y los sollozos tapados con las manos. No concebía que fuera él quien necesitara consuelo, abrazo y palabras de aliento. ¿Cómo era posible que el hombre que aliviaba sus penas, corría a su lado en las noches de pesadilla y curaba heridas en sus rodillas, estuviera tumbado de dolor? Aun en medio de su incredulidad, lo reconoció porque su corazón se lo hizo saber así, aunque su cabeza dijera lo contrario. Y, entonces, bajó corriendo los peldaños que la separaban del jardín y se abalanzó sobre él. Lo abrazó como pudo y lo cubrió de besos mientras le repetía:

—Ya, papito, ya. No llores, ya verás cómo mañana amanece todo muy bonito.

La pequeña acariciaba la cabeza de su padre y le buscó la cara con sus diminutas manos para besar sus lágrimas, mientras que sus ojos también se llenaban de agua que corría por su rostro. A sus pocos años, Columba fue capaz de consolar a su abatido padre. En su inocencia desconocía el daño que el paso de la langosta había ocasionado en sus tierras y corazones, pero intuyó que sus caricias y palabras de consuelo aliviarían la pena de su padre.

—Esta tierra es buena, es noble y nos dará siempre lo que nos haga falta —Columba repitió a su padre las mismas palabras que ella le escuchó tantas veces, tantas, que llegó a memorizarlas.

Félix se incorporó lo suficiente para quedarse sentado en el piso. Sus piernas aún no podían sostenerlo. Tomó a Columba entre sus brazos y la colocó en el hueco que formaban sus piernas. Se limpió la cara con la manga de la camisa; sintió vergüenza de que su hija lo viera en ese estado.

—Sí, *habiibe*, esta tierra es buena y noble y nos volverá a dar lo necesario —quiso animar a su hija, aunque en realidad ni él mismo estaba seguro de sus palabras.

Nazira, que seguía de pie junto a la puerta con Hamid agazapado entre sus faldas, contempló la escena con una mezcla de sentimientos que ignoró. Le provocaba algo indeseable sentir celos de la escena que tenía frente a sus ojos. Eran su hija y su esposo, ¿cómo era posible que sintiera eso? En vez de detenerse a reflexionar, se dirigió a sus hijos que, como estatuas, contemplaban el escenario que la langosta desdibujó a su paso.

—Abdo, Nagyb, no se queden ahí parados —ordenó y esperó a que voltearan a verla y añadió—: Saquen los pollos y las gallinas para que se coman los grillos, y traigan las herramientas para comenzar a limpiar.

Atónitos, obedecieron las órdenes de su madre. Al abrir el corral, las aves salieron a comer como si nunca lo hubieran hecho. Resultó incluso cómico verlas moverse como máquinas devoradoras, pero nadie se atrevió a reírse, solo Hamid. Columba y su padre se incorporaron de un salto para permitirles el paso. Félix se volvió para dirigir una mirada de agradecimiento a Nazira por su apoyo incondicional, que ya de inmediato comenzó a sentir; nada que fuera una sorpresa para él. Desde que la conoció supo que era una mujer de carácter, ¡y vaya que lo había demostrado! Hizo de su casa un hogar desde los primeros días. Antes del año de casados, le dio su primer hijo varón, con lo que aseguraba su descendencia.

Félix y Nazira se encontraron a medio camino y se fundieron en un abrazo. Él ocultó su rostro en el cuello de ella luego de susurrar un "gracias" al oído de su esposa. Ella no logró detener a tiempo sus

pensamientos que invariablemente viajaban hacia la *meqsiqiyi*, a la mujer sin rostro, sin voz, sin figura, pero con una presencia constante entre ellos. Al final, decidió dejarse abrazar por su esposo y asumir ese agradecimiento como honesto y genuino, sin remover cenizas del pasado.

Columba y Hamid se unieron a ese abrazo y cruzaron una mirada de culpa y complicidad por haber recolectado ese tipo de grillos. A su edad les era imposible comprender que no tenían nada que ver con ese hecho. Pasó mucho tiempo antes de que ellos pudieran subsanar esa carga.

Sami, que contemplaba la escena escondido entre los escombros de su carreta, decidió no interrumpir la dinámica familiar. Dejó ahí los restos desvencijados de madera, entró al *abu* y sacó a Corcel, que parecía haber envejecido un lustro.

—Has de pensar lo mismo que yo —aseguró Sami a su fiel equino. Le palmeó el cuello y lo tiró de las bridas para caminar juntos montaña abajo. Por primera vez vieron el mar sin que nada se los impidiera—. Siempre supimos que ahí estaba, ¿verdad, Corcel? —dijo a su viejo y cansado caballo, mientras sobaba una de sus orejas, y lo animó a seguir—. Vamos a casa.

Esa noche, noche de luna de cuarto menguante, nada se interponía entre sus miradas y la frágil silueta luminosa; sin copas de piñoneros, sin ramas de moreras o higueras mecidas por la suave brisa. La vista era total, y en total confianza depositaron en ella la esperanza de ver florecer de nuevo su huerto, sus árboles y sus ilusiones. Incapaces de cruzar palabra y de conciliar el sueño, contemplaron el contorno decreciente del astro desaparecer al alba con la salida del sol que, entristecido por la realidad que mostraba el Monte Líbano, se ocultó detrás de unas nubes grises que surgieron para resguardarlo; nubes que bañaron de pudor las agrestes laderas, llenaron sus cuevas de agua, barrieron montaña abajo y regalaron un día de descanso a los habitantes de Qsaibeh para tomar fuerzas para comenzar, una vez más, de nuevo.



Como fantasmas, con movimientos mecánicos y carentes de sentimientos, Félix y Nazira trabajaron en la limpieza de su terreno. Sin la ayuda de Abdo y Nagyb habría sido imposible concretar todo el trabajo. Juntos talaron ramas, recogieron semillas, separaron basura y rescataron lo poco que pudieron encontrar comestible; ya fuera para cocinar, poner a secar o preparar para una nueva germinación. Amontonaron las ramas para quemarlas en cuanto el sol las secara, y así lograr exterminar los huevecillos de la langosta por completo.

A diferencia de la solidaridad acostumbrada, en la reconstrucción cada familia tuvo que bastarse con sus miembros. Nadie podía contar con una mano de ayuda. Lo que no evitaron fue la tertulia vespertina que consistía en reunirse por las tardes en grupos de dos o tres familias. Era necesario compartir los alimentos y nutrir sus espíritus.

Aunado a lo anterior, la guerra continuaba. Los soldados recorrían las granjas en busca de lo que fuera para abastecer al ejército. La carencia de alimento aumentaba; las medicinas a veces solo se conseguían en el mercado negro y eran —a todas luces— imposibles de pagar para las humildes familias de la montaña.

La inocencia de Hamid y las ocurrencias de Columba lograban distraer a sus padres del dolor producido por la devastación, y los sacaban de su marasmo por muy breves instantes.

—Caminan como si estuvieran dormidos —les decía Columba, al tiempo que imitaba sus formas de andar. Se movía con movimientos torpes y emitía gemidos.

A veces, apenas les arrancaba una sonrisa o una mueca, y, en muy pocas ocasiones, hasta una carcajada. A pesar de su corta edad percibía en el ambiente de su familia algo que no sabía cómo explicar. Si alguien le preguntara: "¿Por qué lloras?", no sabría qué responder, lo único que ella podía asegurar era que: "Me dan muchas ganas y no me puedo aguantar".

En sus tiempos de descanso, Abdo subía al techo de la casa donde permanecía por horas. Se acostaba en el piso a estudiar el cielo, las nubes y las estrellas. Observaba con el anhelo de poder elevarse y avistar todo desde las alturas. Imaginaba ser como esa

ave que volaba sobre su cabeza; a veces en círculo mientras estudiaba la presa, a veces de largo sin detenerse a mirar. Soñaba despierto, porque la realidad era muy absurda como para aceptarla así nada más porque sí.

Félix pasaba las tardes en el pórtico con la mirada perdida en el horizonte; fijada sin ver, casi sin parpadear, con la respiración cortada y, de tanto en tanto, un suspiro hondo y profundo. Evitaba tomar la pipa del *arguile* enfrente de su familia por el temblor que se le había acentuado en sus manos. Debido a esa situación —incómoda y creciente— su actitud se volvió hosca y cerrada. Se veía a sí mismo como un fracasado; nada le ilusionaba, incluso las partidas de póker. Nadie tenía ni lo mínimo para apostar, ni siquiera la dignidad, porque de perderla, ¿qué podría quedarles sino el orgullo de volverse a levantar? Lo único que requerían era un poco de ánimo para dar un paso a la vez; un día a la vez.

Cuando escuchaba la voz de Nazira que los llamaba a la mesa, se incorporaba con dificultad; le dolían los músculos que se negaban a responder como antes. Además, le perseguía ese zumbido en los oídos que lo sentía encajado muy adentro y no amainaba ni de día ni de noche.

Nagyb observaba a su padre a la distancia, como era habitual en él. Había envejecido en unos días como si fueran lustros, perdió el brillo en su piel y el resplandor en su mirada. Su recién adelgazado cabello se le caía a puños. La rigidez en su quijada le impidió, muchas veces, abrir la boca para comer. Se levantaba de la mesa con brusquedad para refugiarse en la oscuridad de la noche. Nagyb respetaba su dolor porque, además, no tenía palabras de ánimo para su padre.

Nazira cocinaba con lo poco que tenía a su alcance, pero sin tiento ni medida. Le costaba concentrarse en esas tareas diarias y sencillas que solía realizar sin problema. Además de que un portazo, la caída de una cuchara o el llanto de Hamid, por culpa de sus hermanos, la irritaba sobremanera. Y aunque su intención fuera gritarles para que no pelearan, le faltaba energía para hacerlo; por eso mejor les gruñía. Cada sobresalto le agitaba el pulso y hacía latir su corazón con tal fuerza que el pecho le dolía, así que tomaba una

pausa y se sentaba en una silla con la necesidad urgente de recuperar las fuerzas. Era como si acabara de regresar del huerto luego de cosechar repollos, betabeles y berenjenas. Un suspiro hondo le llenaba ese pecho que aún no lograba calmar. En su huerto no había quedado casi nada para cosechar y, por supuesto, casi nada para comer. De no haber sido por las reservas que tenían en el *abu* y el *namliyyeh*, carecerían hasta de lo más indispensable.

El aroma de la harina quemada en su nariz la hizo reaccionar. Se levantó de un salto y se mareó. Con torpeza tomó el pan por la orilla para voltearlo sobre el *teqqeyeh* y ponerlo de nuevo en el *tannur*. Puso la comida en la mesa y los llamó a acercarse. Un vacío en el estómago le hacía evitar ver a Félix a los ojos y descubrir en ellos un mensaje, una sugerencia, un permiso o un perdón.

El único que parecía ajeno a lo que pasaba ahí era Hamid. El menor de la familia no dejaba de quejarse de que sus hermanos lo molestaban, aunque esto no fuera del todo cierto. Lo que en realidad pretendía, de manera inconsciente, era que todo volviera a ser como antes, como cuando los árboles tenían hojas y las mariposas volaban para dejarse atrapar. Al llamar la atención de sus padres con respecto a sus hermanos, lo que intentaba conseguir era una reacción de al menos uno de ellos.

Durante la cena, si la comida estaba desabrida o sobrecondimentada, nadie hacía comentarios. Ingerían sus escasos alimentos con el peso del silencio roto apenas por el choque de cubiertos, el sorbido del caldo o algún suspiro de Nazira. Lo hacían después de bendecir, y, sin levantar la cabeza, ingerían, daban gracias, recogían su plato y cada uno se refugiaba en su espacio. Abdo subía de inmediato al techo. Nagyb, a juntar leña, recoger varas y a hacer atados con ellas. Luego, a sentarse en el suelo y hundir las manos en la tierra hasta terminar con ella enterrada en las uñas y corriendo por las venas. Hamid, con sus soldados de plomo en el piso frente al *mawqade*.

Columba recogía lo que quedaba en la mesa, pero no ayudaba a lavar los platos. “No tienes edad todavía; ya te llegará tu hora”, le decía su madre. Cada vez que la niña insistía en meter las manos con las vasijas al agua, era rechazada. Limpiaba la mesa con un

paño y enseguida buscaba a su padre y el calor de su regazo. Se acercaba a él en silencio. Se quedaba quieta a un costado, en espera de que fuera advertida su presencia. Los callados sollozos de la niña atraían su atención. Félix se giraba despacio, secaba sus lágrimas y abría el arco protector de sus brazos. Columba se acomodaba en su regazo y se dejaba envolver por el lánguido abrazo que reclamaba con dulzura.

—Aguado no, papá —decía—, abrázame fuerte para que no me caiga.

Y Félix hacía un esfuerzo sobrehumano para apretar lo suficiente el abrazo, para que su hija, su princesa, se sintiera confiada. Y en el hueco de seguridad que su padre le prodigaba, Columba cobraba vida. Canturreaba, platicaba con un ser invisible o jugaba con los botones de la camisa de su padre hasta que el sueño la vencía. Su pequeña humanidad pesaba como loza en los brazos de su padre, como si cargara al mundo entero. Entonces, Félix llamaba a Hamid, que jugaba a sus pies con sus soldados de plomo o con piedras de distintos tamaños.

—Hamid, llama a tu madre, dile que Columba se durmió.

Félix esperaba a que una silenciosa Nazira le retirara a la pequeña de su regazo para continuar ahí, sin pensar y sin sentir; cansado de la vida, pero sin deseos de ir a la cama a descansar. Cansado del miedo que le invadía al cerrar los ojos. Cansado de revivir, como cada noche, las terribles imágenes de la langosta devorando las hojas, la huerta, las sábanas, su cara, su cabello y su bigote, mientras el frío sudor le empapaba la frente y la nuca. Temeroso de que hicieran lo mismo con Nazira y con sus hijos. Lo peor de todo es que parecían haber sido devorados por dentro. Despojados de todo anhelo del futuro, de toda aspiración y deseo de ser, al menos, ellos mismos.

Nazira subía los peldaños con Columba entre brazos; cada día pesaba más y crecía "sin pedir permiso", como solía decirle Sami Salami cada vez que los visitaba. Con los brazos doloridos por cargarla, depositaba a la niña en su cama. Con cuidado, le quitaba las pantuflas y le retiraba los negros rizos de la cara. Iluminada por la tenue luz de la luna que entraba por la ventana, la niña

descansaba, apacible, ajena al presente y al futuro, aunque se hubiera confesado con su madre por el pecado del pasado, por haber enseñado a su hermano a cazar grillos, por haber sido ella misma quien puso al grillo malo en el frasco. Ajena a los contradictorios sentimientos de su madre hacia ella, se acurrucó entre sus brazos y la abrazó.

—Gracias, *emmi* —le dijo, y depositó un beso en su brazo.

Nazira se sintió culpable, ¿cómo era posible que la pequeña despertara esos sentimientos en ella? No tenía nada contra Columba, era una niña inocente, era su hija, solo que deseaba que su marido le prodigara a ella, como su esposa, la misma devota atención que tenía con la hija de ambos.

Permaneció un rato al lado de Columba hasta que sintió que Abdo y Nagyb entraban a la casa. Los escuchó animar a su padre a subir a descansar. Incapaz de encontrarse con su esposo de cara a cara, se levantó y se dirigió a la habitación conyugal. Se cambió de ropa y se metió a la cama de prisa. Controló su respiración hasta que logró serenarla para aparentar estar dormida.

Cuando Félix entró, se cambió en silencio y se metió a la cama. Ninguno de los dos durmió esa noche, ni las subsecuentes.

Capítulo 15

La plaga del desierto

Días después, Félix sacaba fuerza de flaqueza para recoger los residuos de las fogatas, cuando escuchó la marcha de un piquete de soldados por la vereda. Creyó que seguirían de largo, pero no fue así. Se encaminaron hacia su casa y se detuvieron frente a él.

—Traemos una orden de cortar los árboles de moreras —dijo el de mayor rango, después de asegurarse de que hablaba con el dueño de la propiedad.

—¿Cuáles árboles? —preguntó un irónico Félix y extendió ambos brazos—. ¿No ve que no hay nada? —Y giró para darle la espalda y evitar que su expresión lo delatara ante el militar.

—Tenemos orden de talar todos los troncos de las moreras, y en esta zona hay muchas que quedaron sin hojas después de la langosta.

Félix reaccionó con incredulidad. Tragó saliva para pasar el nudo que se le había hecho en la garganta. Se talló el sudor de la frente y los ojos con la manga de la camisa para asimilar lo que acababa de escuchar. Se preguntó si estaba despierto, si seguía metido en la misma pesadilla o se trataba de una nueva. "Lárguense de mi casa inmediatamente, lacayos cobardes, no tienen nada que hacer aquí", quiso gritarles a la cara, en cambio, los confrontó.

—Disculpe usted, oficial —se dirigió al de mayor rango. Hizo acopio de toda su prudencia para evitar perder los estribos frente al abuso del que, a su juicio, era objeto—. Lo que quedó es para que

vuelva a brotar. Se quedaron sin hojas —señaló los árboles desnudos y agregó—: pero los troncos están vivos.

—Estarán vivos hasta que estén muertos. Vamos a cortarlos —declaró el militar. Y enseguida extendió la mano con un papel maltratado por el uso—. Aquí está la orden.

Félix tomó el papel sin quitar la vista al militar. Abdo se acercó a su padre, tomó el papel, lo leyó varias veces hasta cerciorarse y con un nudo en la garganta, cabizbajo, confirmó lo dicho por el militar:

—Los tienen que cortar… todos. Van a ser combustible para el ferrocarril que construyen los ingleses en el desierto.

—¿El desierto? ¿Otra plaga del desierto? ¿Primero la langosta y ahora el tren? —Enfurecido, Félix se volvió a los soldados, ahogó un nudo en su garganta, les apuntó con el dedo y les advirtió—: ¡Ustedes no van a cortar nada! ¡Si alguien tiene que acabar con la vida de mis moras, seré yo! —Se volvió a su hijo y ordenó—:¡Nagyb, trae las hachas!

El pecho se agitaba al ritmo de su respiración. Apretó los labios y regresó el zumbido a sus oídos. Sin quitar la vista del soldado, ordenó a su hijo:

—Abdo, ve a buscar a tu madre y dile lo que pasa. No la vayan a sorprender otros desgraciados —advirtió en un tono de doloroso enfado.

Su hijo pasó erguido entre los soldados que esperaban en la vereda a que Félix comenzara con la tarea que les correspondía a ellos.

Félix, hacha en mano, se apostó frente a su morera favorita, que lucía desnuda de hojas.

«Ni una sola dejaron los malditos escarabajos», se dijo.

Apretó la mandíbula mientras se inclinaba a tomar un puño de tierra seca. Se frotó ambas manos y caló el hacha; estaba bien afilada. Llenó el pecho de aire y abanicó con esta, al tiempo que emitió un bramido. La clavó en el costado del tronco, justo encima de la marca que decía "Columba". En cada golpe que asestaba, un hondo rugido emanaba por su garganta. Repitió una y otra vez el mismo movimiento y el mismo sonido hasta que sus brazos y su garganta se rindieron.

Nagyb imitó a su padre. Empuñó el hacha y asestó golpe tras golpe y rugido tras rugido hasta que tuvo a sus pies la majestuosidad —hasta minutos antes— admirada. El coraje que le horadaba por dentro salió en cada hachazo que propinaba a los troncos y ramas de las moreras. Golpe a golpe y gemido a gemido, mientras ríos de agua emanaban de sus ojos, padre e hijo pusieron, uno sobre otro, los troncos de las fieles moreras. Terminaron exhaustos. Con los brazos y el corazón adoloridos; con las palmas de las manos y el alma encallecidas. Respiraban agitados.



Abdo salió a encontrarse con su madre por indicación de su padre. Cuando Nazira vio a su hijo mayor, levantó el brazo para saludarlo y él hizo lo mismo. Ante el temor de enfrentarla para ponerla al tanto de lo que sucedía en su casa, decidió tomar por otro camino. Si su madre lo veía a los ojos leería en ellos la gravedad de los hechos, así que giró sobre sí mismo. Apuró el paso para perderse del alcance de la vista de Nazira y su respiración se aceleró. De su pecho salía un rugido que pasaba por su garganta y salía sin poderlo contener. Por primera vez, Abdo localizó el lugar donde habita el dolor más profundo: al centro del pecho. Y aunque su mayor deseo sería no volver a experimentarlo, no lo pudo evitar por el resto de su vida.

Sus ojos mojados nublaban el camino devastado por la langosta, pero no se detuvo. Corrió, gritó y lloró de impotencia y desesperación.

«¿Es mala suerte? ¿Dios se olvidó de nosotros? ¿Nos está castigando por algo? ¿Qué hicimos?», se preguntaba y miraba al cielo sin ver, en busca de respuestas.

Corrió hasta que se topó con una barda. Se detuvo para recuperar el aliento. Recargado en la pared, se dejó caer al suelo sin fuerza en sus piernas. Siguió llorando. Y no le importó que sus sollozos se escucharan y traspasaran el espacio e hicieran eco en la montaña casi desnuda. Así permaneció hasta que un aliento cercano y un brazo detrás de su cabeza lo hicieron reaccionar. No abrió los

ojos, no se atrevía a comprobar si era real o imaginario porque necesitaba ese abrazo, y así permaneció largo rato hasta que sintió la presencia muy cercana de alguien. Abrió lentamente los ojos para toparse con la mirada compasiva en un rostro desconocido. Se sintió avergonzado, y aunque el sacerdote se percató de ello, no lo demostró.

—Ven —lo invitó mientras se ponía en pie y tendía una mano al joven desconocido—, vamos dentro.



Félix miró a su alrededor y constató que no quedaba ninguna morera en pie. Nagyb se acercó a su padre. Ambos bajaron el hacha al piso, a modo de bastón, en donde descansaron sus brazos temblorosos. Frente a ellos, los troncos apilados.

Otrora verticales, las erguidas moreras yacían horizontales; las mismas que con sus verdes hojas alimentaron larvas hasta convertirlas en capullos de blanca y fina seda, en minutos serían colocadas sobre la carreta con destino a un indigno final. Félix sintió que su legítimo derecho de trabajar para sostener a su familia había sido transgredido de manera monumental. ¿Cómo recuperar la inversión de años y años de cuidar, nutrir, fumigar, desyerbar, podar y reproducir las moras blancas?



Abdo lo siguió en silencio al interior de la casa parroquial. Con una mano, el cura le señaló una silla, y el joven —exultante— asintió y se sentó en espera de lo que vendría enseguida.

—Soy el padre John —se presentó sentado frente a él, mientras servía dos vasos con jugo de durazno y un poco de agua. Puso uno frente a Abdo—. Toma. Bebe, te caerá bien.

Abdo tomó el vaso y apenas mojó sus labios con la bebida. Sin mirar a su anfitrión, apuró de un trago el resto. Cuando sintió su

garganta refrescada, expresó un "gracias" apenas perceptible.

El padre John sorbió despacio del contenido de su vaso.

—Me trasladaron a Santa María hace un mes. Vengo de Zgharta y conozco a casi todos los fieles. No te había visto por aquí.

Abdo se presentó como miembro de la comunidad ortodoxa de Saint-Georges, del padre Charbel. Y ante la mirada expectante del sacerdote le contó las cosas que le pasaban por el cuerpo y la mente, como las dudas que de pronto lo asaltaban: ¿Existía Dios? ¿Cuál era el sentido de su vida? El cura lo escuchó en silencio mientras le rellenaba el vaso con jugo.

Abdo bebió un sorbo. Esperó impaciente las respuestas de su convidante que, lejos de responder, lo cuestionó.

—Y tú, ¿qué piensas? —interpeló con voz suave.

Abdo tardó unos segundos en reaccionar. No se esperaba la pregunta del cura. Guardó un silencio reflexivo. Intuyó que era una invitación a aclarar sus pensamientos, a evaluar sus opciones, a sopesar las alternativas para elegir qué pensar. Pero antes necesitaba vaciarse primero. Una vez que decidió por dónde empezar, habló casi sin parar; apenas para tomar aliento. Externó miedos, inquietudes, anhelos, esperanzas y frustraciones. A intervalos bebía, con mesura. Cuando creyó que había terminado de vaciar su cabeza y su estómago por medio de las palabras, los manoteos, los gestos y los tonos de voz, bebió el último sorbo. Y esperó. Esperó en silencio la intervención de su anfitrión. Por su parte, el sacerdote rellenó el vaso de su invitado con agua fresca recién colectada de la montaña. El joven bebió del líquido que aún conservaba su helada temperatura.

La confianza que el padre John despertó en Abdo les sorprendió a ambos. Sin duda, comenzaban una relación de amistad singular. Después de un hondo suspiro, el sacerdote lanzó una nueva pregunta:

—Y ¿cómo te sientes?

Abdo enmudeció. Hablar de lo que pensaba era mucho más fácil que hablar de lo que sentía. Esperaba ayuda del sacerdote, pero este se limitó a animarlo con un gesto afirmativo de la cabeza.

Después de unos segundos, Abdo se puso en pie de un salto, agitó los brazos en alto y respondió:

—¡Enojado!, ¡muy enojado! Siento una rabia por dentro contra todo y contra todos. No se escapa nadie, ni mi papá, ni mi mamá, ni mis hermanos. —Hizo una breve pausa y cambió el tono—. Bueno, Columba no… ¡Ella qué! —Y prosiguió sin tratar de ocultar el nivel de su encono—. El sultán y los turcos, el ejército, los alemanes, los franceses. Lo peor, ¡los ingleses que ahora se han llevado nuestras moras para el tren! Todo me enoja: el hambre, la pobreza, la muerte. —Se detuvo, puso las palmas de las manos sobre la mesa y miró a los ojos al sacerdote—. ¿Por qué Dios deja que pase todo esto?, ¿dónde está que no detiene a los desastres?, ¿la langosta?, ¿la tifoidea?, ¿por qué se muere la gente? —Abría los ojos frente a un padre John atento, buscaba una respuesta que no esperaba en ese momento; no quería un sermón del cura. Prosiguió—: ¡Quiero largarme de aquí!, ¡irme lejos! ¡Quisiera saltar y volar por el cielo como las aves, abrir las alas —mostró con sus brazos abiertos lo que expresaba en palabras—… y ser libre, libre de ir y venir! ¿Me entiende, padre? ¡Me quiero ir, pero no me quiero alejar! Esta es mi tierra, mi patria. ¡Mi ombligo está sembrado junto a la raíz del árbol de mi casa! ¡Soy de aquí, pero no quiero estar aquí! —musitó. Se sentó frente al cura y con la cara entre las manos, añadió—: Al menos, así no.

Y rompió en llanto otra vez, ahora con más fuerza. No contuvo los sollozos. No podía recordar la última vez que lloró así.

Sin decir una palabra de aliento a los lacerados y agitados hombres, los soldados cargaron uno a uno los troncos en las carretas. Se marcharon sin volver la vista atrás, y continuaron su trayecto de devastación por las agrestes veredas del Monte Líbano. Félix, de espaldas a su hijo, miró el sendero que siguieron las carretas hasta que dejó de escucharlas. Nagyb no sabía qué hacer ni qué decir. El impacto por lo sucedido en las últimas horas… o, ¿habrían sido días?

¿semanas?, le quitó el habla, sintió nauseas que apenas pudo controlar y su cabeza estaba a punto de estallar. La imagen de su padre lucía borrosa ante sus ojos. A pesar de eso, logró percatarse del momento en el que este languidecía como un copo de nieve se derrite con el rayo de sol primaveral. Quería gritarle, correr hacia él y ayudarle, pero sus pies estaban arraigados en la tierra y se quedó inmóvil, perplejo, sorprendido.

Capítulo 16

Con el alma talada

El uso del hacha dejó huellas profundas en las recias manos de Félix y las tiernas de Nagyb. Con los devotos y constantes cuidados de Nazira sanarían en algún momento. Sin embargo, las heridas del alma, talada como las moreras, del orgullo lastimado y de la humillación a la que fueron sometidos calaron muy hondo. Algunas sangrarían por siempre.

Luego del encuentro inesperado con el padre John, Abdo se sentía mejor, pero a la vez culpable por no haber estado ahí para su familia, por no tener las manos ensangrentadas ni los brazos adoloridos por el arduo trabajo. Se justificaba con el recuerdo de mandato de su padre: "Ve a buscar a tu madre". De no haberlo recibido, estaría igual que ellos. La voz de su madre interrumpió el hilo de sus pensamientos.

—Menos mal que tú estás bueno —afirmó, parada frente a él con las manos en jarras—. Ve por la leche. A ver si ya se le pasó el susto al animal ese y le sale un poco.

Abdo sintió alivio. Había encontrado una manera de ayudar. Además, estaba obligado a esas tareas por el bien de su familia. Salió de la casa rumbo al corral. Acarició la cabeza de la chiva que se dejó hacer por un buen rato. Con gentileza, le pidió leche para su familia. Y como si la chiva comprendiera la solicitud, aflojó su cuerpo para dejarse ordeñar, y Abdo regresó a casa con la tina llena del producto lácteo que extendió a su madre con una sonrisa de satisfacción. Buscó cambiar el ánimo de su padre y de su hermano

con su reciente logro. Esperaba que su incursión en el corral les motivara para así iniciar una conversación, como solían hacerlo poco tiempo atrás. Sin embargo, no fue así. No obtuvo la respuesta esperada. Con un apagado "*Shúqran*" agradecieron a Abdo su gesto y dieron por terminada la conversación, mientras que Nazira les curaba las heridas de sus manos. Les aplicaba una mezcla de pasta de almendra y aceite de oliva. Esto les ayudaría a mejorar las ampollas y cortaduras. Luego las enredaba en tiras de tela que le servían como vendas para evitar que se infectaran. Afuera, el ambiente aún olía a muerte y a miseria.

Abdo salió en silencio y se subió a su refugio favorito: la azotea. Se acostó sobre la espalda, cruzó los brazos debajo de su cabeza y fijó su mirada en el cielo. Las nubes se dejaban mecer al capricho del viento y mutaban de una forma a otra. Una que otra águila, en busca de presa, sobrevolaba la montaña. Una vez más, deseó ser esa ave para moverse con libertad, pero en esta ocasión sintió pena por ella. Quizás no tenía una familia, un techo donde resguardarse, alguien a quien importarle. Puso su mente en blanco y permaneció allí hasta que oscureció.

Después del paso de la langosta, se promulgó una ley que obligaba a todos los hombres, de entre trece y sesenta años, a cubrir la cuota de recolectar veinte kilogramos de huevos de langosta para combatir la infestación. Aunque Nagyb y Félix entraban dentro del rango de edad, fueron eximidos de esa responsabilidad hasta recuperarse de las lesiones en sus manos. La tarea recayó en Abdo. De no hacerlo, sus negocios o tierras serían confiscados. Midhat Bey, funcionario otomano designado, hizo cumplir estrictamente la ley.

Félix pudo sanar parte de su dolor, primero el físico y luego el otro, el que no se localiza, pero se sabe bien dónde está. Ese tipo de dolor del que surge una tristeza tan profunda que casi traspasa el alma. Con frecuencia pensaba, en atisbos de cordura, que si se desprendía de aquel sentimiento que crecía y lo ahogaba por dentro ¿qué le quedaría por hacer?, ¿en qué trabajaría si las dos plagas del desierto lo habían despojado de todo? Al menos poseía su dolor y tristeza, y nadie se los podría quitar. "Si una sombra se moviera por

la casa, se notaría más que tu padre", decía Nazira a cualquiera de sus hijos que estuviera ahí para escucharla.

Nazira atendía a su esposo con silenciosa devoción, pero sin prisa. Temerosa de que al sanar le dijera aquello que ella no quería escuchar.



—Nagyb, ¿dónde guarda tu papá los clavos? —preguntó Nazira mientras sostenía un tablón de madera—. No sé dónde buscarlos.

Nagyb respondió que había visto algunos en el *abu* y se ofreció a ir. Nazira agradeció su oferta, y aseguró que ella misma los iría a buscar. Cuando entró a la cueva, esperó a que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad. Ella entraba a recoger huevos, papas o cebolla. No solía poner atención al resto de las cosas que ahí se guardaban. Buscó los botes y al encontrarlos, removió las herramientas de trabajo para llegar a ellos. No esperaba que hubiera tantos. Sacó el primero y lo abrió para descubrir que estaba vació; lo mismo el segundo y el tercero. El siguiente contenía hojas de papel dobladas, sintió curiosidad de hurgar, pero decidió no hacerlo y dejó el bote en su lugar. Por último, encontró el que contenía lo que buscaba. Vació unos cuantos clavos en su mano para comprobar el tamaño, los metió en la bolsa del delantal, tapó el bote y lo dejó donde lo había encontrado.

Estaba a punto de salir, cuando se detuvo indecisa. Su curiosidad iba en aumento. Regresó a buscar el bote con los papeles y se encontró con un par de sobres con sello postal de México. Tenían huellas del tiempo y de haber sido desdobladas y dobladas muchas veces. No supo leer el destinatario, pero en el interior del sobre las cartas estaban escritas en árabe. Decidió fisgonear. Buscó un rayo de luz para poder leer y las piernas le temblaron. Se sentó en el piso. Abrió una de ellas y luego la segunda. Ambas tenían fecha. Una era de 1909 y otra de 1910, justo el año en el que había nacido Columba. Comenzó por la más antigua. Se alegró de haber aprendido junto con sus hijos menores a leer y escribir cuando ellos

iban a la escuela parroquial. Entrecerró los ojos, contuvo el aliento y comenzó a leer. Estaban dirigidas a Félix. Con el pulso acelerado y sin el aire suficiente para respirar, pasó, una a una, las manos sudorosas por la falda y comenzó a descifrar la redacción. Tras repasar varias veces la caligrafía, continuó con la lectura. Se llevó la mano al centro de su estómago porque lo sintió arder y luego al pecho. Las sienes le latían con fuerza y sintió la cabeza como si portara un casco apretado. Nazira suspendió la lectura… ¿cómo continuar? Se odió a sí misma por haberse dejado vencer por la curiosidad y por haber vuelto a creer en Félix. Por haber aceptado su perdón, que ahora le parecía falso y mentiroso. ¿Para qué conservar esa carta? ¿Qué había en la siguiente? Abrió la segunda hoja sin guardar la primera. Se trataba de nuevo de la *meqsiqiyi.* "Pregunta cuándo vienes, que por favor la perdones por haberte dejado, que le escribas y le expliques, que se muere de dolor".

—¡Vaya que tiene agallas esta mujer! —jadeó Nazira.

La compasión que había sentido por Félix antes de salir en busca de los clavos se tornó en odio. Resoplaba por la nariz y le temblaba el cuerpo entero con las hojas entre sus manos. Maldijo el ego insaciable de su esposo y su sed de aventura, sin duda alimentado por esos mensajes. Ni ella misma se había atrevido a escribirle con esa desesperación todo el tiempo que estuvo sola con un hijo en cada mano. ¿Habría dejado embarazada o con hijos a la *meqsiqiyi?,* se preguntó. Regresó a las cartas y leyó cada una con meticulosa atención. Aunque le costaba trabajo leer la caligrafía, no reconoció ninguna palabra que hablara de hijos. «Aun así, nunca debió tener una querida, nunca debió de traicionar mi confianza y a su familia».

Se puso en pie con dificultad y esperó hasta regular su respiración. Arrugó las cartas en un puño, las metió en la bolsa del delantal, y con él se limpió la cara y la nariz. Se compuso el cabello con ambas manos y se ató de nuevo el *shaal*.

La Nazira que salió del *abu* con la lata de tabaco en las manos, devastada y arrastrando los pies por el efecto causado por su hallazgo, no volvería a ser la misma que entró. Regresó a su casa con lo que fue a buscar, el corazón partido en pedazos y el alma talada. Fue a la cocina, movió el caldero del fuego y puso ahí las

cartas. Fijó la vista en ellas hasta que desaparecieron sin dejar huella.

Capítulo 17

Tradición milenaria

La montaña, vestida de sombra y de luto desde el paso de la langosta, no revivió con la llegada de la primavera. Por mar y tierra, la carencia de suministros colocó a los habitantes del Monte Líbano en una situación crítica. Las provisiones que se lograban conseguir eran priorizadas para el ejército. El bloqueo, la langosta y la mutilación de las moreras provocaron daños, sobre todo, en el comercio de la seda, piedra angular de la economía de Beirut.

Con las heridas de sus manos sanadas, Nagyb, empecinado en rescatar su orgullo herido y a contribuir con el sostén familiar, comenzaba su día al alba. Primero revisaba la trampa para conejos que cada noche armaba con esmero. Confiaba en que el señuelo usado fuera aprovechado por una buena pieza.

«No son tiempos para desperdiciar comida», se decía, mientras colocaba un trozo de manzana y esparcía un poco de sidra sobre ella.

Esa húmeda mañana otoñal, Nagyb caminó hacia el lugar exacto donde había colocado el cepo y se acercó con cautela. Escuchó un ruido y, para su fortuna, vio que el conejo mordía el cebo en ese instante y quedaba dentro de la jaula. Esperó a que su presa se tranquilizara. Con cuidado, lo detuvo por el cuello y con la otra mano tomó las patas traseras con firmeza. Con un estirón fuerte y sin soltarlo, separó la cabeza del resto del cuerpo. Regresó a casa con la pieza en su mano y la mostró a su madre como a un trofeo.

La sorpresa paralizó a Nazira. Sin tratar de evitarlo, permitió que por sus ojos resbalaran las lágrimas tanto tiempo reprimidas. Justo ese día no había lo suficiente para alimentar a su familia. Se lanzó en brazos de su hijo y le besó una mejilla y luego la otra. «Para, mamá, para», pensó el joven, que disfrutaba la lluvia de besos con las que su madre lo inundaba. De pronto, Nazira dio dos pasos atrás y se cubrió la boca con una mano.

—No podemos cocinarlo —aseguró con una voz cargada de tristeza.

—¿Y por qué no? —preguntó sorprendido el novel cazador de la familia.

Nazira tardó un poco en acomodar sus ideas para explicar a su hijo que, de hacerlo, tendrían que utilizar mucha leña de la poca que tenían, porque la carne era dura y tarda en cocinarse, pero, sobre todo, porque el aroma de la cocción llegaría a sus vecinos que, al igual que ellos, carecían de provisiones. El olor se elevaría y viajaría por la montaña hasta entrar por sus ventanas, sus puertas o sus chimeneas. Madre e hijo quedaron envueltos en un manto de silencio. La mujer se sentía incapaz de pensar, de idear, de inventar alguna forma de alimentar a su familia con el preciado regalo que su hijo sostenía aún entre sus manos.

De pronto, una luz interior iluminó el rostro del joven cazador.

—¡Cuevas! —dijo Nagyb con sus redondos ojos negros muy abiertos, mientras miraba y asentía a una Nazira incrédula—. ¡Cuevas, mamá! ¿No lo recuerdas? Me has contado esa historia desde que era un niño. Nuestros antepasados ocultos en las cuevas y la tradición que nos dejaron con el *kibbeh nayyeh.*

Nagyb escudriñó en esos ojos redondos, idénticos a los suyos, y, de pronto, en la expresión de su madre comprendió que ella recordaba. Ambos asintieron y sonrieron. Ahí estaba la solución para poder comer el conejo. Nazira llamó a Columba y a Hamid.

—Vengan, que les voy a contar una historia de sus antepasados.

Esperó a que los menores de la familia acataran su orden. Tomó su cuchillo favorito y lo afiló en la piedra de la cocina. Con la habilidad que se adquiere con la práctica constante, desprendió la

piel del cuerpo como quien pela un plátano. Comenzó a retirar la carne del hueso con escrupulosa pulcritud, y dio inicio a su relato:

—Hace muchos, pero muchos años, en tiempos del abuelo del abuelo del abuelo de mi abuelo, los cristianos maronitas, que eran perseguidos por los musulmanes, se refugiaban en Ouadi Qadisha, el valle santo. Ahí solo podían entrar los que conocían sus secretos, y los abuelos de los abuelos de los abuelos los conocían muy bien. El valle es muy profundo y muy largo. Empieza por el río Qadisha, en el monasterio de San Antonio Qozhaya, y termina en el monasterio de San Eliseo, y está lleno de cuevas. Cada vez que los musulmanes acechaban el valle, las monjas juntaban varas y hojas secas. Juntaban muchas, muchas, muchas, para que la señal del fuego llegara hasta el cielo. Con esa señal los cristianos se refugiaban en alguna de las cuevas a lo largo del cañón —continuó Nazira para mantener atentos a los niños—. Cuando los cristianos veían el humo en el cielo, se amarraban de la cintura con gruesas cuerdas y se aventaban desde la orilla del acantilado.

»En esa región del mundo, donde parece que se camina en el cielo, los campesinos de la zona descendían por las paredes de la montaña; la única forma de hacerlo era atados a cuerdas. Mediante balanceos se internaban en las cuevas, y, una vez resguardados, las cortaban para evitar ser descubiertos. Como provisiones, llevaban con ellos una bolsa de lentejas y una cubeta de agua. Solo para resguardarse por el tiempo necesario hasta que pasara el peligro. Así convirtieron en hogar alguna de las miles de cuevas formadas, años atrás, por la erosión del río Qadisha.

—¿Y, y, y, sodo eso comían, mamá? —preguntó Hamid, a lo que Nazira asintió con la cabeza.

—Los turcos los llamaban "las águilas" —agregó Nazira, y extendió los brazos como alas.

—¿Por qué, mamá? —preguntó Columba curiosa.

—Porque parecía que volaban sobre el valle cuando se desprendían por las cuerdas. Y porque vivían en las rocas —enfatizó —, ¡dentro de las rocas!

—¿Y las niñas también? —inquirió la pequeña con curiosidad, a lo que su madre respondió:

—¡También! Ellas iban abrazadas de sus padres o hermanos mayores —contestó, y continuó su tarea con el conejo.

—Yo con nadie más me iría, solo con mi papá y nadie más —enfatizó la pequeña Columba.

—Nuestros abuelos no se iban a morir de hambre. Eso no era digno de ellos, entonces cavaron en la piedra de la montaña para poder hacer ahí pequeños huertos. Los persiguieron por tantos, y tantos, y taaantos años, que para que no se les acabara la comida, comenzaron a hacer un huerto en medio de las rocas. Sembraban trigo, pero como se les echaba a perder muy pronto, entonces lo hervían y molían entre dos piedras, para preparar el *burgul* y así les durara más tiempo. Después de que los enemigos se alejaban, ellos iban al monasterio a dejar su cosecha para repartirla entre todos. Se cuidaban unos a otros siempre. Y cuando alguno de ellos no llegaba, lo iban a buscar para saber que él y su familia estaban bien. —Nazira hizo una pausa antes de contar su parte favorita de la tradición, y continuó con el relato—: Como les gustaba mucho comer la carne, se pusieron a pensar en cómo prepararla sin que los enemigos se dieran cuenta. Escogieron los animales y las partes de ellos que podían moler en el *jurn* para no tener que masticar, y la comían cruda.

—¿Cduda? —preguntó Hamid con un gesto de asco.

—Pero si tú así la comes —dijo su madre.

Hamid afirmó con la cabeza y una sonrisa de oreja a oreja.

Nazira puso la carne del conejo en el *jurn* y, con golpes sólidos del mazo de madera, ablandó la carne.

—Si cocinaban la carne, los enemigos la iban a oler, y entonces iban a descubrir su escondite. Hasta que la carne ya estaba suave, como esta —las mostró a los niños—, le ponían un pedazo de cebolla, hierbabuena, algunas hojas verdes que tuvieran a la mano, sal, pimienta y, al último, el *burgul* remojado en agua.

Nazira preparaba la carne al mismo tiempo que narraba la historia. Agregó unas hojas de perejil liso y continuó con la elaboración del platillo, probó un poco para rectificar la sal y en ese momento, terminó de contar la historia.

—Cuando la carne estaba lista, llamaban a la familia para comer, pero —hizo una pausa y bajó el tono de su voz—… lo hacían en voz baja para que no los escuchara nadie en el valle, porque las voces hacían eco y era un secreto familiar.

—Los secretos de familia son bien secretos —se dirigió Columba a su hermano menor—, y nadie los debe de saber. —Se llevó el dedo índice a los labios.

—Columba, avisa a tu papá que venga a comer. Hamid, avísale a Abdo —ordenó Nazira, y dispuso sobre la mesa los platos, el pan y el aceite de oliva, la cebolla y el pan y al centro, el *kibbeh nayyeh* preparado con conejo, por primera vez.

Sentados a la mesa, se tomaron de las manos para bendecir la opulenta cena que iban a degustar. Lágrimas dulces y amargas rodaban a la vez por sus rostros. Nadie comparó el sabor del conejo con el del carnero o el chivo. Sus estómagos quedaron saciados como hacía mucho tiempo no lo estaban, y eso era más que suficiente. Sin embargo, no tuvieron la energía necesaria para continuar la sobremesa después de la cena ni, mucho menos, para cantar o percutir los instrumentos olvidados por ahí. Dieron gracias en silencio y cada uno se refugió en su rincón habitual.



Luego de dar por terminada la labor del día, Nagyb aprovechaba el paso del cartero para bajar al puerto. Sami Salami, quien aún no reconstruía del todo la caja posterior de su carreta, continuaba su labor con la mayor fidelidad posible. Mientras que las ruedas y su fiel compañero no cedieran, él tampoco lo haría.

—Ya estás en edad de tener novia —aseguró Sami mascando su tabaco—. En la misa del domingo vi a la hija de Antuán. ¿Qué opinas de ella?

—Tiene las piernas muy largas y los dientes muy grandes —respondió Nagyb con gesto de desagrado.

—Así se ven a esa edad, pero en unos años será la más bonita de todas —Sami le dio un codazo—. ¡Anímate! —insistió y, en tono

intimidante, agregó—: Te la van a ganar.

Nagyb pensó de inmediato en Abdo. Era mayor que él, más alto, mejor parecido y más seguro y desenvuelto.

Sami Salami, como si adivinara sus pensamientos, añadió:

—¡Nah! Hay gustos para todos; yo la observé al terminar la misa y ella te miraba a ti, no a tu hermano.

Nagyb se ruborizó, pero la conversación terminó con la entrada al puerto. Al girar por la fuente imperial notaron un cambio brusco en el ambiente. Los boleadores de calzado y los peluqueros en sus puestos habituales brillaban por su ausencia. La usual algarabía había sido reemplazada por caras sombrías de rostros alargados. Los militares recorrían las calles con la orden de arrestar a cualquiera que, a su criterio, fuera considerado traidor a Djemal Pasha. Las sentencias y ejecuciones sin juicio acrecentaron su fama de cruel y despiadado. Entre las comunidades locales de libaneses, musulmanes, chiitas, sirios y cristianos era conocido como el "derramador de sangre". Se percibía en el ambiente una causa árabe en común: el cansancio por el sometimiento al Imperio otomano. Con cautela, Nagyb se metía entre la gente en el puerto y se ofrecía para cargar baúles de los pocos viajeros que se miraban en esa época; la mayoría militares. No era mucho, pero suficiente para comprar jabón, harina o manteca para llevar a casa. Cuando obtenía un excedente, le gustaba apostar en la taberna de Salim al-Jazairy, famosa por las peleas que se realizaban todos los días. Sami Salami le aseguró a Nagyb:

—Uno de estos días yo apostaré a tu favor.

Tiempo después, la reputación del tabernero no le serviría para salvar su vida luego de burlarse de Djemal Pasha al llamarle "cerdo". No sería por haberlo hecho de frente, sino porque la anécdota llegaría a oídos del "virrey" y enviaría por él para que fuera ejecutado.

Con la ayuda y consejos de Sami Salami, Nagyb aprendió a esquivar golpes en la cara y a darlos con contundencia. Poco a poco, aprendió que sus músculos podían responder a sus deseos. El joven dedicó su trabajo en el campo, en el puerto y en los *souks,* a

desarrollar su fuerza y tino. En poco tiempo se colocó entre los mejores contrincantes menores de quince años.



Desde el exilio voluntario en América, Mikhail Naimy se mantenía al tanto de los acontecimientos en Europa y, en especial, de Líbano. Las publicaciones del periódico neoyorkino sobre el estado de la población eran inquietantes. La impotencia por no estar ahí y hacer algo por sus connacionales del *bled* encogió el corazón del poeta. No solo padecía su familia, era la tierra que mana leche y miel la que agonizaba. Región que Dios utilizó para describirse a sí mismo en el Cantar de los Cantares: "esbelto como los cedros de Líbano".

El poeta, con la vista nublada por las lágrimas, se dirigió al pueblo libanés en sus escritos. Su pueblo. Su gente. A todos y a ninguno en especial. O quizás sí.

De haber podido volver a recorrer las calles, las montañas y los valles, de haberse topado con uno de ellos, le abriría su corazón con lo mejor que salía del centro de su ser: sus palabras.

Hermano, si al acabar la guerra el hombre
occidental celebra sus hazañas,
glorifica la memoria de los caídos y construye
monumentos para los héroes.
No cantes a los victoriosos ni te alegres por los
pisoteados bajo las ruedas
victoriosas, más bien arrodíllate como yo, herido,
por el fin de los muertos.

De haber podido consolar a uno de ellos, con un brazo alrededor del hombro, le diría:

Hermano, si después de la guerra un soldado
regresa a casa
y echa su cuerpo cansado en los brazos de
amigos,
no esperes encontrar amigos,
el hambre golpeó a todos a quienes podíamos
susurrar nuestro dolor.

De haberse encontrado a uno de ellos en el campo, así lo animaría:

Hermano, si un agricultor retorna a su tierra,
y después de un largo exilio reconstruye la casa
destruida por los cañones,
nuestras ruedas de molino se han secado
y los enemigos no han dejado semillas, salvo
cadáveres dispersos.

De haberse encontrado a uno cabizbajo por la calle, le diría:

Hermano, la miseria anidó por doquier muy a
pesar nuestro,
no te lamentes, otros no oyen nuestro infortunio.
En su lugar, sígueme con un pico y una pala para
que podamos cavar
una zanja en la que esconder nuestros muertos.

De haber podido viajar en el tiempo y el espacio para acortar la distancia que los separaba, con el rostro cubierto de lágrimas, le diría:

Querido hermano, ¿quiénes somos sin un vecino,
pariente o país?
Dormimos y despertamos cubiertos de
vergüenza.
El mundo respira nuestro hedor, como lo hizo por
los muertos.
Trae la pala y sígueme, cava otra zanja por
aquellos que todavía viven.

Y aunque su deseo era inmenso, no pudo volver, ni viajar, ni acortar distancias. Por tanto, no recorrió sendas ni escaló montañas, ni sus palabras de aliento, de consuelo y de esperanza podrían llegar a ninguno de ellos. Recordó las palabras de su fiel y cercano amigo Gibrán Khalil Gibrán: "Cuando un poeta escribe, siempre tiene a alguien en el corazón o en la mente". Y así fue como el poeta, oriundo de Baskinta, recogió en el "Poema a mi hermano" todo aquello que quiso haber dicho frente a frente y no pudo decir. Abatido por el dolor, Gibrán escribió también sobre las grandes tragedias que vivió el pueblo libanés en su poema sobre la Primera Guerra Mundial.

Las voces de los poetas surcaron el mar y el tiempo. Muchos de aquellos que los inspiraron murieron sin saber que lo habían hecho.

Sensibles y hábiles con la pluma, dejaron constancia en el papel de aquellas historias que muchos no pudieron contar, pero que algunos sí, como Félix y su familia que lograron sobrevivir. Años más tarde, en el exilio, narraron a sus descendientes algunas de las atrocidades vividas. Otras, muchas otras, no las contaron, porque, a pesar del tiempo y la distancia y de recordarlas con vívida realidad, eran incapaces de distinguir si se trataba de una larga pesadilla de la que no podían despertar. Las imágenes de cuerpos grises e inertes y apilados de hombres, mujeres o niños con las cuencas de los ojos hundidos, los huesos recubiertos por una delgada capa de piel y el anhelo de despertar en sus ojos desorbitados, persiguieron a quienes no tuvieron la fortuna de morir. Las calles se llenaron de

restos humanos. La gente comía lo que podía conseguir, pero nunca fue suficiente. Al finalizar la Gran Guerra, el Monte Líbano —la región que abarca el actual Líbano— había perdido casi a la mitad de su población. Sin distinción de edad, sexo o religión, no encontraron un lugar donde descansar en paz. De los que sobrevivieron, algunos no lograron volver a vivir, a pesar de poder llenar sus estómagos de comida o sus cerebros de alcohol.



Columba rodeó el sillón donde estaba sentado su papá. Se paró frente a él. Abanicó su mano frente a sus ojos y este ni siquiera parpadeó. La niña puso las manos en jarras, torció la boca y desde donde estaba sopló en espera de una reacción.

—¿Está muerto? —preguntó a su madre, quien le respondió con una llamada de atención a su esposo.

—¡Félix! —le llamó con una dulce firmeza—, muévete para que la niña vea que estás vivo.

Ese tono de voz de Nazira producía en su esposo un efecto definitivo al que reaccionaba sin demora.

—Papito, ponte así. —Y con sus dedos índices estiraba los labios para señalar una sonrisa. Hamid observaba a Columba e imitaba su gesto para ayudar a que su padre reaccionara.



Abdo se dedicó a preparar la casa para el invierno. Limpió las paredes del exterior con una lija para asegurar la retención de la mezcla de agua y *huwaara*. Por dentro de la casa se limitó a resanar algunas áreas que se veían dañadas y a reparar los percheros de madera.

Por su parte, Nagyb seguía con su tarea de preparar la tierra. De pronto, recordó que había dejado dentro del *abu* los esquejes que su padre le ordenó guardar, y fue a buscarlos. Entró a la gruta y,

cuando sus ojos se habituaron a la poca luz del lugar, se encaminó al escondite. Para su sorpresa, los esquejes aún estaban con vida, y al lado de ellos, la lata de tabaco que su padre escondió de su vista tiempo atrás; regresaría a ella después. Tomó los brotes de la morera y sintió que el corazón brincaba dentro de su pecho. Esta vez ganaría un lugar especial en el corazón de su padre que Abdo no podría usurpar.

Capítulo 18

Hambruna y esperanza

Nazira salía sigilosa de su casa antes del amanecer. Estaba por abrir la puerta de la cocina cuando sintió una mirada fija en su espalda. Intuyó que se trataba de su hijo mayor, pero no quiso comprobarlo. Tomó una cubeta y cerró sin hacer ruido. Bajó al *abu*, recogió estiércol fresco que envolvió en unas hojas grandes y frescas, las puso dentro de la cubeta, salió y se perdió por la vereda. Caminaba cabizbaja con demasiada atención de dónde ponía los pies. No se perdonaría si llegara a pisar moras, higos, manzanas o naranjas, aunque estuvieran podridas. Si encontraba algo que pudiera ser comestible o tuviera semillas, lo recogía. Le sacudía la tierra con una mano y lo metía en la cubeta debajo de las hojas que contenían el estiércol. Unos duraznos por aquí, unas moras por allá, un par de papas con raíz que serían buenas para sembrar y más tarde cosechar.

Bordeó el cerro, ladera abajo, y llegó a una terraza donde el trigo, recién segado, estaba apilado en pequeños atados.

«Han de ser para pagar el impuesto o los confiscados —pensó—. No ha de tardar en venir Sami Salami a recogerlos. —Siguió su camino y con su tarea de recolección—. Hoy no hay casi nada», se lamentó.

De regreso a su casa, pasó de nuevo por la pequeña plantación de trigo. Cuando se daba cuenta de que ya no quedaba ninguno de los atados que habían estado ahí unas horas antes, le pareció que

algo grande se movía. Se detuvo a esperar y, de pronto, vio a una mujer de rodillas.

«O busca algo o se lastimó», pensó Nazira, y al acercarse la reconoció.

—¿Yamila? ¿Qué tienes, Yamila?

Notó su mal aspecto y se asustó. «Se ve peor que yo».

Ambas llevaban los zapatos llenos de lodo, la ropa roída y desgastada, la cara y las manos sucias. El cabello endurecido por la falta de aseo y sometido —por obligación o por fuerza— a un *shaal*, pero el semblante ojeroso de Yamila no era nada bueno.

La mujer dio un salto al verse descubierta. Lo que hacía estaba prohibido y podría costarle no solo la libertad, sino también la vida.

—¡Qué susto me has dado, Nazira! —reclamó Yamila. Y Nazira vio el miedo traslúcido en su rostro. Tenía la tez pálida, las ojeras oscuras y hundidas, y unas manchas rojizas en torno al cuello. Nazira soltó la cubeta para ayudar a Yamila a incorporarse. Al hacerlo, sintió bajo la delgada tela los huesos de su vecina y entrañable amiga.

En cuanto Yamila pudo recuperar el aliento, después de un acceso de tos, le contó a Nazira que estaba recolectando trigo, del que se soltaba de los atados de espigas. Entre el lodo y la basura era casi imposible distinguir los pequeños granos. Nazira decidió ayudarla y ambas convinieron en repartir lo que lograran juntar. Con las manos recogían lodo con trigo, "después lo lavamos", se dijeron, a sabiendas de que la merma sería mucha. Se mancharon de lodo hasta las rodillas. El deslucido aspecto de una provocó risas en la otra. Risas que se convirtieron en carcajadas por la gran aventura que compartían. Ambas se debían el secreto una a otra. Se prometieron guardarlo hasta la eternidad. El desgastado rostro de Yamila se iluminó y su amplia sonrisa dejó ver varios huecos en su dentadura.

«Es la misma cara de la muerte», se dijo Nazira, y evitó volver a verla de frente.

Llenaron casi a tope la cubeta. Para ocultar la preciosa carga, cubrieron el trigo con grandes hojas de plátano, y encima, con sus propias manos, colocaron estiércol. Entre las dos cargaron la pesada

cubeta y avanzaban por la vereda cuando el eco de unas voces masculinas las puso en alerta. Nazira y Yamila cruzaron mirada. Continuaron su camino en silencio. Por el sonido de las voces sabían que pronto se encontrarían con el grupo. Se toparon a la vuelta del camino con un piquete de soldados. En cuanto las vieron, las rodearon. Caminaron en torno a ellas buscando atemorizarlas. Si acaso lo lograron, ellas no lo demostraron. Se mantenían serias, erguidas y con la mirada baja para evitar provocación. No tuvieron éxito.

—Dos mujeres solas por las veredas de la montaña, ¿dónde están sus maridos? ¿Por qué las han dejado solas? O… ¿no tienen marido y necesitan un hombre y lo están buscando? —se burló el que parecía ser el mayor de todos. Debía ser el jefe, porque su camisa tenía más adornos que las de los otros soldados—. ¿Qué llevan en esa tina? ¿Acaso algo que se pueda comer?

Nazira sintió asco y repulsión, pero endureció su expresión. No cedería a ninguna de sus provocaciones.

—Es estiércol para abono —respondió Nazira, y extendió lo suficiente las hojas de plátano para que el olor pestilente les golpeara el olfato. Y acertó.

—¡Ugh! ¡Aparta, mujer!, ¡largo de aquí! —gritó con voz potente el oficial—. Corran antes de que las alcancemos.

Yamila y Nazira se alejaron apretando el paso. Al perderse de su vista en una curva, corrieron ligeras como si la cubeta no pesara. Detrás de ellas habían quedado las burlas y los comentarios mordaces de los soldados que siguieron su camino sin volver la vista atrás.

En cuanto se habían alejado lo suficiente, aminoraron la marcha. Yamila le hizo una seña a su amiga para que se detuviera; le faltaba el aire. Tomaron un respiro. Por fortuna ya estaban cerca de sus casas. Soltaron el peso que traían entre sus manos. Se miraron, se abrazaron y lloraron. Dejaron que el lodo de sus rostros resbalara hasta el hombro ajeno. El consuelo era mutuo y no hacían falta palabras. Los sollozos de una eran sostenidos por los brazos de la otra. Habían compartido un sinfín de cosas en sus vidas; incluso

algunas que llegaron a creer que era lo peor que les había pasado, pero nada era comparado a lo que acababan de vivir.

Hasta que ambas sintieron que tenían que limpiarse la nariz, se separaron entre sollozos. Y en sus miradas leyeron los pensamientos comunes y rompieron a reír a carcajadas sonoras y potentes que desencadenaron en un acceso de tos en Yamila. Doblaban el cuerpo mientras llevaban las manos al centro de gravedad. Y no paraban de reír. Las quijadas se les entumieron por la postura. Fue entonces, que hicieron una pausa para tomar aire y descansar un poco.

—¿Te imaginas a Félix —inquirió Nazira a su amiga— cuando sepa que me enfrenté a los soldados y les puse la mierda en las narices?

Yamila casi se ahoga por tratar de contener una carcajada.

La misma Nazira no había pensado en la reacción de su marido ni en la del marido de su amiga. "Nos van a llamar la atención", pensó decir, pero en vez de eso soltó otra risotada. Las carcajadas de las mujeres fueron respondidas por el sonido de las aves que, como ellas, buscaban en la montaña alimento y refugio.

—¡No puedo con eso! —respondió Yamila—. ¡Nada más falta que nos regañen!

Continuaron su camino hasta la bifurcación en la que se separaron. Nazira se llevó el pesado cargamento y prometió que en cuanto estuviera lavado y seco le llevaría su porción.

Escaseaba el alimento material, pero el espiritual aún no. Fieles a sus tradiciones, las oraciones de todas las comunidades religiosas se hicieron una sola. Cada una en su forma, clamaba por sus necesidades y las del prójimo. Practicaban el ayuno y la oración. Más adelante, a pesar del esfuerzo que realizaban las autoridades eclesiales y monásticas, ya no les sería posible evitar la desnutrición espiritual. Esta se instaló como un huésped inesperado, junto con la hambruna en el Monte Líbano. Cristianos, musulmanes, judíos, drusos, sunitas, chiitas; todos morían, la anemia no reconocía credo y a todos trataba por igual. La aridez del escenario era desoladora.

En un esfuerzo desesperado, las autoridades otomanas confiscaron el escuálido ganado y las ovejas para alimentar el

estómago de su reducido ejército, lo cual exacerbó la hambruna y, como visita inesperada, la enfermedad sorprendió a los libaneses.

Algunos cavaron fosas en sus terrenos para enterrar a sus muertos o meterse ellos mismos para terminar de morir ahí.

"¿De qué murió el difunto?", preguntaba la autoridad turca solo si era necesario registrarlo en el libro de actas, ya que si nadie reclamaba a un familiar desaparecido, era enterrado en la fosa común.

Las respuestas eran tan variadas como verdaderas: "de tristeza", "de miedo", "de calentura", "de las manchas rojas", "de vergüenza", "de hambre", "de soledad", "de temblorina", "de la tos, que no lo dejaba dormir", "se le murió la mamá encima y lo aplastó". Todas eran ciertas, pero no eran las únicas.



Darse por vencida era algo que no cabía en el repertorio de Nazira. Cada mañana despertaba a Columba al alba para que la acompañara en su tarea de recolección. Ella debía aprender que la vida es dura, que eso de ser princesa era solo de la puerta de su casa para adentro y solo cuando su padre se lo recitara. Comer, eso sí era cosa de todos los días, y saciar el apetito de tres varones adultos en casa no era tarea fácil de resolver.

Colectar el trigo era de las tareas más arduas y difíciles, pero más necesarias. Nazira competía con las ratas por el trigo esparcido luego de la cosecha; Columba, con los pájaros.

Cada una libraba sus propias batallas y satisfacía sus propias necesidades: Nazira, alimentar a su familia; y Columba, negociar la recolección con cada ave que, con el hambre en la mirada, suplicaba por esa semilla de trigo.

En plena temporada de verano, las altas temperaturas las sorprendían antes de regresar a casa. Decidieron descansar un poco y refrescarse. Nazira no encontró nada que le sirviera de recipiente. Se quitó el zapato, le sacudió la tierra. Con una mano le echó agua de un charco para quitarle el lodo. Lo sumergió por la parte del talón

y, con cuidado, sacó agua limpia y la bebió ella primero. Sacó un poco más y le dio a Columba, quien bebió confiada después de observar cómo lo había hecho su madre.



Nagyb tomó a su padre por el brazo y lo condujo hasta un paraje. La luz del día molestó la claridad de las pupilas de Félix. Se colocó la mano sobre las cejas para procurarse algo de sombra. Apenas llegaron al sitio, ambos se detuvieron y el joven ayudó a su padre a sentarse sobre la tierra y de espaldas al sol. El calor que cobijó a Félix hizo que relajara sus hombros y el rictus de la mandíbula. Llenó sus pulmones del aire de la montaña. Había pasado demasiado tiempo dentro de la casa, sin ánimo de volver a recorrer, ni siquiera con la mirada, el estado actual de su tierra; la que con tanta devoción cuidó desde que regresó de su aventura mexicana.

De tanto en tanto, Félix evocaba los lugares, la gente y el idioma de aquellas tierras del otro lado del mar. La comida, sus colores y aromas: las tortillas en el comal, el chorizo, el chocolate y los alfeñiques. La caja de madera con su mercancía; calcetines, pañuelos y mercería; las ventas, los abonos y los plazos en las plazas de los pueblos aledaños. Y, por supuesto, las cantinas, el Mosquito, la Chiva y el mariachi; los naipes, las apuestas y los riesgos. No podían faltar en su memoria Emigdio, las "habasdeoro" y la *meqsiqiyi*. Al final, los besos y las caricias, porque la Chiva le había nublado la memoria del tiempo que él y la *meqsiqiyi* pasaron juntos. Esos recuerdos eran, para el alma herida de Félix, el bálsamo que aliviaba sus heridas. De todo aquello en la memoria, lo único que prevalecía fuera de ella eran las "habasdeoro", que, de tanto valer, valían nada cuando no había valor de intercambio justo en la *villayet* de Beirut ni en todo el Monte Líbano.

El tacto de algo húmedo entre sus manos trastocó el mutismo de Félix. Las fosas de su nariz se dilataron con la fragancia de las hojas frescas que le llenaron los pulmones. Cerró los ojos para revivir esos recuerdos de un aroma familiar que despertó sus sentidos. Aroma de

trabajo, de satisfacción y de orgullo. Aroma de esperanza, de progreso, de futuro. Sus ojos se abrieron para mirar desconcertados lo que tenía frente a sí. Dentro de un pequeño saco, elaborado con yute y relleno de tierra húmeda, se erigía una delgada vara de la que apenas se distinguían los brotes. Félix fijó su atención en las hojas más grandes y resultaba imposible no reconocerlas.

—Moreras —musitó y, con un interrogante, se dirigió a su hijo que lo miraba expectante—. ¿Moreras?

—Sí, papá. ¡Sí! ¡Son moreras! —respondió exultante, y se puso en pie. Se movió para que nada se interpusiera entre los ojos de Félix nublados por el maná que brotaba de ellos y la docena de esquejes que el joven preparó para su padre.

Nagyb tendió su mano de la cual Félix se ayudó para incorporarse. Se abrazaron y lloraron juntos, pero se separaron enseguida, turbados por la carga emocional que los había envuelto. Nagyb entonó un *zajal* que su padre acompañó con las palmas, y juntos bailaron lo que llamaron "el *dabke* de las moreras".

Padre e hijo plantaron con esmero los vástagos de sus desaparecidas moreras. Contagiados por la ilusión de llegar a verlos crecer frondosos y floridos, dejaron suficiente espacio entre ellos. Cruzaban miradas de complicidad, de ánimo, de valor, de una incipiente esperanza por el futuro que, hasta el último aliento de vida, lucharían por conservar.

Durante la cena, Nagyb platicó con su familia las tareas que realizó con su padre. Esperaba verlo con entusiasmo renovado. Sin embargo, y de manera inexplicable para el joven, su padre volvió a su mutismo. Con una mirada, y sin mediar palabras, obtuvo la respuesta de labios de su madre.

—Una desgracia nunca viene sola —se lamentó. Bajó los ojos y añadió—: Siempre viene otra por detrás.

Nagyb se turbó. No entendía nada.

—La situación es más complicada de lo que pensamos —dijo Abdo, y le contó a su hermano lo que sus padres ya sabían y se decía por el puerto y las calles de Beirut—: Me metí entre los estibadores del puerto para tratar de ganar unas liras y estaba toda la gente parada en espera de una faena. Decían que los barcos no

llegaban porque unas lanchas les impedían acercarse a cargar o descargar mercancía, medicina y otras cosas. Que solo cargaban con víveres las barcazas que iban a Estambul. Uno de esos hombres, que no conozco por su nombre, pero que he visto ahí en otras ocasiones, contó que un emisario del sultán llegó con esa orden. Unos le gritaban que ya no había nada, que ya se habían llevado todo, pero que de todos modos dio la orden de que cargaran con lo que hubiera; pero Djemal mandó decir que no había nada.



Con la renuncia anticipada del *mutasarrif* Ohannes Pasha al *villayet* del Monte Líbano, quedó disuelto el Consejo de Administración. Como consecuencia, se rompieron el equilibrio y la armonía que aseguraba la representación por pares de maronitas, drusos, sunitas, chiitas, ortodoxos griegos y melquitas. Con el control del poder por parte de Djemal Pasha, la parcial autonomía de la que gozaba esta división del Imperio otomano se vio seriamente trastocada. El cerco que montó en el *villayet* impedía que entraran de Siria provisiones y alimentos.

Las regiones de Palestina, Siria y sus alrededores, lo mismo que en el Monte Líbano, fueron devastadas por la langosta, ya que vieron arruinadas por completo sus cosechas de verano y otoño. Frutas, legumbres, verduras y forraje, y en menor cantidad los cereales, habían sido devorados por la plaga. Para el invierno, las cosechas de trigo y cebada se vieron afectadas también.

En estas circunstancias llegó para Columba la celebración de su quinto aniversario. Estar rodeada por sus padres y hermanos era para ella el mejor regalo. Nada podía hacerla más feliz que bailar de la mano de su padre, mientras que Nagyb entonara un *zajal*, Abdo acompañara con el *derbake* y Nazira con las palmas al ritmo del canto y de la danza. Sin embargo, los rostros grises de los miembros de su familia provocaron en la niña un hondo pesar. Parecían haber olvidado los esfuerzos que ella hizo durante todo un año en aprender los números. Contó higos, duraznos, papas, berenjenas y

ciruelos; del uno al cinco para recordar los años que estaba por cumplir. Saltaba entre las piedras del río contando: "Uno, dos, tres, cuatro y cinco". Colectaba orugas, setas silvestres, caracoles o piedras. Apilaba en montones de cinco para prepararse para el día de su cumpleaños, cuando los árboles ya no tuvieran hojas.

Luego de un sordo gemido, apretó los ojos con fuerza, tomó aire por la nariz, abrió la boca y, desde el centro de su estómago, un llanto sonoro llenó hasta el último rincón de la casa y los obligó a centrar su atención en la niña. Sollozos entrecortados se acompañaron de ríos de lágrimas que mojaban su vestido de domingo. Abdo fue el primero en reaccionar y tomó a su hermana entre sus brazos, la estrechó con fuerza. Sobó su espalda con suavidad hasta que la niña se calmó.

—Mira cómo dejaste mi camisa —le hizo notar para distraerla, y señaló el hombro donde Columba había vaciado sus lágrimas. Le limpió la nariz con un pañuelo que sacó de la bolsa de su pantalón y, con su dedo en la barbilla, levantó su carita y esbozó una sonrisa que la pequeña correspondió. Le hizo cosquillas con su mano libre para obligarla a reír con más fuerza. Clamó ayuda a su padre para que su hermano terminara con ese tormento.

—¡Papá!, ¡papá! ¡Ayuda… ayuda!

Félix, lento para reaccionar, al final salió al rescate de su hija.

—Abdo, no molestes a mi princesa —reclamó a su hijo, mientras le guiñaba un ojo—. ¡Ven acá, muñeca, que este día eres la reina!

En pocos minutos, se respiraba un aire más ligero en el interior de la casa de Félix y Nazira. Lejos quedaba en su memoria los sucesos de cinco años atrás, de la algarabía por conocer el futuro de la entrañable familia Anoun Kado, que esa noche, su futuro dependía del nacimiento de un ser indefenso e inocente; ajeno a la expectación que su llegada había causado en los últimos meses. La niña, sin prestar atención al mundo que la recibía, lloró como lo hacen los recién nacidos, exigió alimento, cobijo y abrigo; como debía ser desde su llegada a este mundo, como lo hace todo recién nacido.

Nazira, decidida a elevar el ánimo de su familia, improvisó un candelabro sobre una canasta y lo colocó sobre su cabeza. Nagyb se

acomodó el *derbake* entre las piernas y comenzó a percutir al ritmo de *zaffa*. Abdo compuso un *zajal*. En su canto pedía para que cada uno encendiera su luz interior, para despertar a sus espíritus cansados de la lucha. Suplicaba que la luz exterior, que portaba su madre, fuera un llamado para despertar y guiar a su nación que tanto lo necesitaba. Con torpes movimientos, Nazira cuidaba más el candelero sobre su cabeza que el ritmo y la secuencia que Nagyb seguía con percusión: dum tata-tac tac-dum tac-tac; dum tata-tac tac-dum tac-tac; dum tata-tac tac-dum tac-tac. Nazira exageraba sus movimientos para atraer la atención de su esposo y de Columba, quien, poco a poco, relajó su postura y comenzó a imitar a su madre.

—Al menos una luz ya se encendió —se alegró Nazira y miró a Félix de reojo.

Hamid puso en las manos de su padre el *riq* para que lo tocara igual que Nagyb. Félix, con un gesto de resignación, tomó el pandero y golpeó la piel con su mano e hizo sonar las sonajas. Cuando Hamid decidió que él también podía hacerlo, se lo arrebató a su padre de las manos y comenzó a percutir. Félix, que ya estaba de pie, hizo una reverencia frente a Columba y, con una formalidad casi imperial, le solicitó el baile. La niña, feliz y sonrojada, tomó la mano que su padre le tendía y comenzaron a bailar al ritmo impuesto por el *derbake*.

Nazira se sintió turbada. ¿Cómo es que se le despertaban esos sentimientos en el centro del estómago? "¿Por qué bailas con la niña y no conmigo?", quiso decir, pero guardó silencio. Ella misma reconoció que pensar y sentir así respecto de su hija no estaba bien: pero de su marido, eso ya era otra cosa. Convencida de haber cumplido su misión como la mujer de la casa se retiró el candelabro de la cabeza y así fue como dio fin al ritual. Todas las luces se habían encendido.

Capítulo 19

Reencuentro inesperado

Las visitas de Abdo a la casa del padre John se hicieron más frecuentes. Una fresca tarde de primavera, se encontró en el huerto con un joven que trabajaba tan concentrado que no se percató de la presencia del recién llegado. Entró a la casa y, después de los saludos de cortesía, el cura le contó quién trabajaba en su huerto.

—Se trata de un muchacho nacido aquí —comentó—. Muy chico se mudó con su familia a Sidón. —Con un tono que denotaba pena, añadió—: Tuvieron que irse por la salud de su padre. Allá tenían familia. Desgraciadamente, murió su padre y tiempo después su madre.

Agregó que el joven Karim había decidido regresar porque la casa en la que vivió con sus padres de pequeño estaba abandonada. Le ofreció ayuda con el huerto y los frutales, y el padre John aceptó gustoso. En los ratos libres que disponían le enseñaba a leer en la Biblia y algo de francés.

Hasta que Karim terminó su labor y entró a la casa con una cesta repleta de lo recolectado durante ese día, en el primer cruce de miradas se dio una afinidad entre los jóvenes; tenían más o menos la misma edad. Sin duda se habrían conocido de niños.

—Yo recuerdo tu casa y a tu hermano Nagyb —dijo Karim con su tono adusto—, fue el último invierno que pasamos en Qsaibeh. Todos estuvimos ahí esperando el nacimiento de tu hermana y para conocer el resultado de la apuesta.

Ajeno a esos acontecimientos, el padre John quiso saber qué había sucedido, y cada uno relató su versión.

De sobremesa comentaron sobre los recientes sucesos en el puerto. En su calidad de presidente del consejo municipal de Beirut, el prominente Omar Muhammad Bey al-Daouk negoció la compra del *tahini*, una pasta hecha a base de semilla de sésamo. La repartió gratis entre los pobres, mientras que recuperaba el costo en las ventas con aquellos que podían pagarla. Más adelante, se encargó de la educación artesanal de los habitantes del Monte Líbano; así sus oportunidades de trabajo serían mayores. Durante su gobierno, logró la reconciliación de los gobiernos divididos de facto de Beirut. Vencida la resistencia, comenzó el fin de la Puerta Sublime y la partición del Imperio. Bajo la supervisión de Omar Muhammad, fue expulsado, de forma pacífica, el régimen otomano.



Al regresar a su casa, Abdo llevó una pequeña porción de frutas, jitomates y *bemme*. Nazira se sintió feliz y halagada por ese regalo, y mandó saludos de vuelta al padre John. Durante la cena, el joven le contó a su familia del reencuentro que tuvo esa tarde. En realidad, les platicó solo esa parte; se reservó de compartirles las intimidades que había revelado. Nazira, intuitiva, notó los cambios en el estado de ánimo de su hijo mayor y el entusiasmo con que ahora platicaba. Ella prefirió observar y evitó hacer comentarios.

Abdo se mostraba cada vez más tolerante con Félix y menos incisivo en sus comentarios con Nagyb. De nueva cuenta jugueteaba con Hamid, quien respondía gozoso. Le enseñaba a Columba palabras nuevas en francés y ella respondía con dificultad, pero ponía su empeño en aprender. Sin embargo, cuando dirigía comentarios a su padre, este esquivaba la mirada. No lograba entablar una conversación con él. Le costaba entender que hubiera perdido todo su ánimo y espíritu de vida. Que no tuviera iniciativas, que no le llamara la atención, que le dijera que se bajara de su nube. Sentía deseos de tomarlo por los hombros y sacudirlo y

hacerlo volver a la realidad. Entonces, recordaba los consejos del padre John y apretaba los dientes, retiraba la silla con cuidado y salía de la casa. Una vez afuera, corría, corría y corría por las veredas hasta sentir que quedaba sin fuerza. Entonces, se detenía, se inclinaba y colocaba las manos sobre las rodillas y respiraba agitado. Luego, se enderezaba, levantaba los brazos y gritaba hasta vaciar su pecho. Solo entonces, emprendía el regreso a casa.



Abdo continuó con sus visitas a la casa del padre John. Platicar con él le ayudaba a aclarar sus sentimientos. No podía precisar si recibía un consejo o no del cura, pero, en su camino de vuelta a casa, reconocía haber encontrado respuesta a sus preguntas.

En sus siguientes encuentros, Abdo puso más atención a sus conversaciones. Dedujo que era él mismo quien sacaba sus propias conclusiones. Se sintió orgulloso de su logro, pero también reconoció que sin la prudente dirección del sacerdote no lo habría logrado. No perdió la oportunidad para platicar con su orientador acerca de su padre y la tristeza profunda en la que lo veía. Un día era igual que el otro y así llevaba varias semanas. El padre John le explicó que era natural lo que Félix vivía después de la devastación por la que pasó su espíritu.

—Lo de la langosta no le afectó tanto como talar los troncos de los árboles que con tanto cariño cuidaba. No te preocupes, eso pasará, él es un hombre muy fuerte y, sobre todo, muy inteligente y temeroso de Dios.

A partir de esa charla, la actitud de Abdo hacia Félix cambió. Dejó de portarse arisco y distante con él y, en cambio, sentía comprenderlo mejor.

Por las noches, mientras su madre remendaba alguna prenda de ropa y su padre miraba sin ver algún punto fijo en la pared o en el fuego, Abdo lo observaba en silencio; sin atreverse a interrumpir el proceso que Félix había decidido vivir.

Con las visitas de Abdo a la casa parroquial de Santa María, la amistad con el padre John y con Karim se fortaleció. Después de terminar sus trabajos en casa, caminaba hasta su destino vespertino. Su cerebro aún no asimilaba lo que sus ojos veían, a pesar del tiempo transcurrido desde el paso de la langosta. Los pinos piñoneros y los mediterráneos seguían desnudos. En los troncos de los árboles sobrevivientes apenas daban señales de vida los nuevos brotes. Las aves aún no encontraban ramas y sombras protectoras para elaborar sus nidos. En la memoria de los sobrevivientes a la guerra y al tifo quedó para siempre grabado el doloroso recuerdo de aquellos que no lo lograron; de aquellos a quienes la vida les tendió un puente de forma despiadada y macabra. Abdo esperaba que cada día el paisaje recuperara lo perdido. Anhelaba que sus ojos registraran nuevas formas de vida para llegar con una novedad de regreso a su casa.

El cambio de estación no se hizo notar, como antes, por la variación de colores en las hojas de los árboles —ahora inexistentes —, sino por la cortedad del día. El otoño avanzaba, y la amistad entre Abdo y Karim se fortalecía. Se alegraba de haberse encontrado con un amigo de la infancia, y reanudarla en esta nueva etapa de su vida. Comentaban entre sí y con el padre John su preocupación por el siguiente invierno. Sería uno de los más crudos que pudieran recordar.

Capítulo 20

Oro para recomenzar

En los primeros días de noviembre de 1918 finalizó la Gran Guerra. Más tarde se recordaría como la Primera Guerra Mundial. Por consiguiente, se levantó el embargo europeo sobre Beirut, con lo que el tránsito de mercancías se reanudó en el *villayet*. Desmembrado el Imperio otomano, se le pidió a Omar Muhammad Bey al-Daouk declarar un Estado árabe libre en Beirut. Por su parte, como presidente del Consejo municipal, solicitó el retiro de las tropas turcas de territorio libanés. El primero de octubre del mismo año, el imperio se retiró finalmente. Omar hizo la declaratoria del Estado Árabe en Beirut, que marcó una época de libertad de muy corta duración.

Luego de los tratados de Versalles, lejos de que Líbano fuera proclamado estado independiente, este y Siria fueron adheridos al estado francés, y comenzó una nueva e inesperada etapa. Esta situación postergó la independencia del país de los cedros hasta más de veinte años después. La reconstrucción de Beirut comenzó a finales de 1919. Una de sus calles principales llevó el nombre de Foch, en honor al mariscal francés, comandante en jefe de los ejércitos Aliados, y otra en honor de Edmund Allenby, mariscal de campo británico. A partir del primer día de septiembre de 1920, se proclamó el Estado del Gran Líbano y a Beirut como su capital. Su insignia unía los colores de la bandera francesa con el cedro libanés al centro. Como consecuencia, los inversionistas franceses encontraron en el nuevo estado libanés oportunidades de inversión,

tanto para reactivar la producción de seda y del aceite de oliva, como en la parte financiera.

El alto comisionado de Levante, Henri Gouraud, aprobó el establecimiento de la Bolsa de Valores de Beirut mediante un decreto. Muchos comerciantes recibieron con agrado la creación de la institución financiera. Aunque estaba limitada al oro y al franco, daba un respiro a la economía naciente.

Abdo llevó a casa la noticia de que el oro podía venderse de forma segura y confiada. Félix, con la aprobación de Nazira, decidió ofrecer una de sus "habasdeoro" en venta. Ignoraba si el precio sería el justo, pero la alternativa de negociar con un establecimiento formal inclinó la balanza, en lugar de hacerlo con agiotistas, que eran mercenarios de intereses impagables.

Los francos recibidos por la venta de una de las pepitas de oro resultaron ser mejor de lo que los esposos Anoun Kado esperaban. Sorprendido por la calidad y el tamaño de la pieza, el valuador galo obsequió a la pareja de campesinos un certificado de calidad, con membrete de la misma Bolsa de Valores de Beirut, donde se reconocían las cualidades de la pieza. Este documento sería de gran utilidad para cuando estuvieran listos y se decidieran a vender la segunda. Enseguida, compraron los avíos necesarios para devolver la vida a su parcela familiar y regresarles también vida a sus espíritus.

Comenzaron por preparar la tierra que ya había sido abonada con sus lágrimas y gotas de sangre. Descansada de cultivos durante el tiempo que duró el conflicto, recuperó sus nutrientes, por lo que pronto se verían los resultados en la hortaliza.

Columba seguía a su hermano Nagyb detrás del arado y saltaba de un lado al otro del surco. Si se cansaba, iba a revisar el germinado de los jitomates y las lentejas para avisarle a su madre cuánto habían crecido. Tan pronto alcanzaran la altura suficiente, serían plantadas en la tierra. Todos tenían una actividad que era interrumpida por una jarra de agua fresca con rodajas de limón que Nazira preparaba. Los troncos de las moreras taladas servían como bancos de descanso, pero aún no había sombra bajo la cual se pudieran resguardar.

La disminución de impuestos les permitiría intercambiar sus excedentes con otros productores o, en su defecto, venderlos en el *souk* de la calle *Weygand,* en Beirut. Era un buen principio, pero todavía insuficiente.

Jacobo visitaba a su amigo con la esperanza de que hubieran florecido las moreras.

—¿Cómo no iban a brotar? —decía para animar a su amigo—. Si pusiste el alma en ellas.



«¿Quién tiene prisa por llevar malas noticias? —decía para sí mismo Sami Salami y regresaba a invernar a su caverna, como llamaba a su casa—. El deshielo se lleva lo malo y deja paso a lo bueno que está por venir».

Era la primera vez en su vida que Sami dejaba pasar un lapso de tiempo tan largo sin enterarse de nada; ni bueno ni malo. «Y como los últimos acontecimientos no fueron buenos…», pensó, y estuvo en lo correcto. Lo que seguía no mejoraría sino hasta después del deshielo. El tiempo había llegado y Sami se preparó para reparar su carreta y restaurar su servicio de mensajería y transporte.

Comenzó por visitar el taller de Jacobo Maclouf. Las puertas de madera estaban abiertas, lo cual era una muy buena señal.

Se acercó cauteloso porque el lugar estaba oscuro y no se apreciaba ningún movimiento. Llamó hacia el interior que, por primera vez, estaba silencioso. Tocó en la puerta y saludó en voz alta.

—¿Quién vive? —Enseguida se arrepintió de su pregunta acostumbrada—. El tiempo no está para saber de vivos y muertos —masculló.

—¡*Ahlawsahla*! ¡Bienvenido a tu casa, Sami!, me da mucho gusto verte. Estos días uno no sabe a quién tendrá que extrañar —dijo Maclouf en referencia a los que podrían haber muerto y él aún no sabía—. Pasa, te ofrezco un café.

Desde que los gemelos Chamuín desaparecieron sin dejar rastro, no había quién le ofreciera una buena taza de café. Aunque Sami Salami sabía que los movía el interés por las novedades que les iba a contar, él fingía no darse cuenta. Desde la noche que fueron despertados a campanazos, no había logrado saber nada de ellos. La guerra llegó y se fue, y de los gemelos, nada.

Aceptó el café que le ofreció Jacobo y aspiró su aroma hasta lo profundo. Bebió despacio, como quien quiere alargar el momento de placer y como quien, a su vez, quiere postergar un momento de dolor.

—Dicen los que llevaron las cuentas de los reportes que daba el padre Charbel que más de la mitad del pueblo murió; unos de tifo, otros de hambre y otros de tristeza. —Después de una breve pausa en la que bebió café y sirvió de nuevo a Sami, continuó—: Yo no sé por qué estoy vivo. No hay árboles de moras, todos fueron talados y quemados para el ferrocarril. Mi trabajo es la seda; si no hay árboles, no hay hojas; si no hay hojas, no hay gusanos, y si no hay gusanos, aunque hubiera hojas, al final de cuentas, no hay seda. Si no hay seda, no hay franceses ni dinero. ¿Qué vamos a hacer?

Sami escuchó en silencio las reflexiones de Maclouf. Se alzó de hombros cuando su amigo terminó su perorata, terminó su café, se despidió y salió de ahí.

Subió al pescante de su desvencijada carreta tirada por Corcel y tomó camino montaña abajo hacia el puerto. La tierra húmeda desprendía un aroma a vida, a esperanza, a sueños por realizar.



El lastimoso recuerdo de la desnudez de esos parajes, luego del paso de la langosta y del ejército, vino a la memoria de Sami Salami. No pudo menos que sentirse agradecido por la fecundidad de su tierra, "la tierra que mana leche y miel", como lo repetía el padre Charbel. Y agregaba: "Para que no pierdan la esperanza". Y la esperanza no se la devolvían los libaneses a su tierra; era la misma tierra, nacida desde las cenizas, que se reinventaba una vez más.

Esa era su historia, su raíz, su semilla; así eran ellos desde sus antepasados, lo llevaban en la sangre. Y de la tierra que habitaban brotaría lo necesario para volver a nacer.

Respiró profundo el aire nuevo de la primavera, con tiernos brotes verdes y aves de colores que succionaban el néctar de las flores silvestres. Tenía frente a sí la bahía de Beirut y sus emblemáticas Rocas de las Palomas. Sami supo con seguridad que saldrían adelante, que superarían lo que fuera necesario, pero «Claro —pensó—, solo los que no murieron; pero también gracias a ellos, porque con su vida abonaron esta tierra».

Por la tarde, de vuelta a la montaña, avanzó hasta la casa de los Anoun Kado. Se encontró con sus entrañables amigos; sentados uno al lado del otro. Félix y Jacobo Maclouf fumaban *arguile* y bebían café. Al lado de ellos, se acomodó pensativo con su inseparable cigarrillo entre los labios. Se sirvió *aarac* en un vaso y agregó un poco de agua. Contempló las tonalidades en rojos, amarillos y azules con las que el cielo se pintaba.

—¿Recuerdas, querido amigo Jacobo, cuando nos preguntaban de qué murió el difunto? —inquirió Félix, y el sericultor asintió con la cabeza, pero guardó silencio—. Siempre tuve miedo de que me preguntaran: "¿Y usted, por qué vive?".

Jacobo, que se había hecho esa misma pregunta cuando su esposa e hijas murieron, una enseguida de la otra —contagiadas por el tifo—, habría dicho: "No lo sé, pero yo también me quiero morir". Con su peculiar curiosidad, Sami Salami preguntó a Félix:

—¿Qué habrías dicho, hermano? Apuesto a que conozco tu respuesta.

—¿Apuestas? —intervino Jacobo—. ¡¿Qué vas a apostar si solo te queda tu vieja carreta y tu pulgoso caballo?!

La palabra mágica estaba dicha; el cartero lanzó el anzuelo y su amigo se prendió de él.

—¿Cómo que no hay, querido Jacobo? Nosotros siempre encontraremos algo que apostar —Félix esbozó una sonrisa.

Envueltos en esa charla, se olvidaron de los turcos y de los franceses y también de ser un Estado árabe.

—Después de todo —agregó Félix mientras se ponía de pie—, nosotros no somos árabes; nosotros somos fenicios.

Parte Cuatro

Capítulo 21

Cielo y tierra

Si bien había terminado la guerra entre las potencias aliadas y centrales, la situación política y económica para los libaneses no estaba definida. Su mayor aspiración era constituirse en un país libre e independiente, pero ninguno de los países árabes desligados del Imperio turco se había proclamado aún. Por las tabernas del puerto se rumoraba que ni siquiera el príncipe Faysal lo había logrado, a pesar de la supuesta asesoría que había recibido del capitán inglés, mejor conocido como Lawrence de Arabia. El oficial británico tuvo un rol destacado durante la Gran Guerra en apoyo de los países árabes para que lograran independizarse del yugo otomano. A pesar del pacto entre los árabes y los ingleses, fueron estos últimos y los franceses quienes se repartieron el territorio del Imperio turco al finalizar las hostilidades.

En la firma del Tratado de Versalles el 28 de junio de 1919, con la participación de más de cincuenta países, quedó establecido el Mandato de la Sociedad de las Naciones. Por este tratado se estableció la repartición de las poblaciones que habían estado bajo el poder y dominio de las potencias centrales. En los mandatos tipo A quedó establecido que Líbano y Siria serían asignados a Francia. Mientras se formalizaba dicha asignación, los libaneses se encontraban en una situación comprometida. Esta condición les trajo una pequeña —aunque muy útil— ventaja, pues quedaban eximidos del alto pago de impuestos al imperio. De no haber estado tan

debilitados física y económicamente, podrían haber luchado por su independencia.

Félix, con una buena cantidad de francos invertidos, recobró el ánimo del cuerpo y del espíritu. Con ayuda de Nagyb, supervisó la evolución de las moras que este había resguardado durante el ataque de la langosta y sembrado años atrás. Félix, orgulloso de la acción de su hijo, evitó contagiarlo de su fluctuante estado de ánimo. Nagyb, por su parte, consciente de esa situación, se sentía agradecido con su padre. Ambos, como dos adultos, compartían opiniones sobre cómo y dónde sembrar las nuevas moras blancas, con la esperanza de producir, de nuevo, el mejor alimento para el gusano de seda.

Nagyb notó que Abdo había cambiado su actitud hacia su padre. Era más condescendiente o lo ignoraba para evitar reacciones negativas por la impotencia que le provocaba su falta de entusiasmo. A partir de la amistad del mayor de los Anoun Kado con el padre John y Karim, la dinámica entre los dos hermanos fue diferente. Las bromas y las burlas habituales entre ellos habían cambiado de tono. Nagyb, confundido, a veces se sentía aliviado, pero al mismo tiempo echaba de menos la singular fraternidad que por años había llevado con su hermano. Se concentró en el trabajo con su padre y dejó de pensar en su hermano mayor.

Por solicitud del padre John, Abdo y Karim acudieron a la Biblioteca Oriental de la Universidad de San José, en el centro de Beirut, y recogieron los libros en francés que les había indicado. Al salir del lugar, un anuncio al otro lado de la calle atrajo la atención de Abdo. Resaltaban tres grandes letras: "KLM", y debajo: "Royal Dutch Airlines" con la imagen parcial de un avión. Al calce había una palabra que ambos tradujeron de inmediato: *recruitment*, contrataciones. Abdo corrió para cruzar la calle y Karim lo siguió; sortear el intenso tráfico en esa zona de la ciudad ya era cosa de todos los días.

—Conducen como locos —se quejó Abdo—. Ya no se puede andar en la calle sin miedo a que te atropelle un caballo, un auto o un tranvía.

Con el pretexto de que el calor dentro del local de KLM era sofocante, Karim decidió esperar a su amigo afuera. Más que la temperatura, lo que le causó el sofoco a Karim fue escuchar el compromiso que Abdo estaba dispuesto a adquirir. La compañía de aviación holandesa, poco conocida para los campesinos de la montaña, reclutaba jóvenes sirios y libaneses. Requisitos: "Con deseo de conocer el mundo desde el aire, excelente presentación, que sepa leer y escribir francés en nivel medio y cuente con al menos uno setenta y cinco de estatura". Abdo repasó la lista y asumió que los cumplía todos, sobre todo el primero: deseos de volar y ver el mundo desde arriba.

Durante el trayecto de regreso a Santa María, Abdo no dejó de hablar sobre lo que acababa de conocer: la oportunidad que representaba este trabajo para, al fin, tener un cambio en su vida. Su mayor obstáculo estaría dentro de su propia casa. Convencer a sus padres era prioridad; sin embargo, con el solo hecho de imaginar la respuesta de su padre, su jubilosa alegría se transformó en pesadumbre.

Le contó a Karim que la compañía de aviación había sido fundada en 1919 y que realizó su primer vuelo un año después, entre Londres y Ámsterdam. Como parte de su proyecto de expansión había abierto una oficina de boletos en Beirut, aunque aún no tenía vuelos programados desde esa localidad. La KLM había introducido el concepto de los "mayordomos", hombres entrenados como personal de cabina. Su responsabilidad sería sustituir a los ingenieros de abordo y atender a los pasajeros.

Karim lo escuchaba entre sorprendido y admirado, y no evitó comparar los deseos de Abdo con sus propias aspiraciones. Después de reflexionar sobre su vocación al sacerdocio y dejarla a un lado, centró su anhelo en ser esposo y padre de familia, en cuidar su parcela, construir su casa y atender a sus animales. No imaginaba su vida fuera de la tierra que había visto nacer a todos sus antepasados, que lo había visto nacer a él y que vería a sus propios hijos y a los hijos de ellos. Su tierra: cuna de ancestrales vocaciones monásticas, como la de san Marón, cuyos discípulos habían fundado algunos enclaves en la región del Monte Líbano, de donde habían

surgido el padre Mar Charbel, de Bcharre, y Antonio, el de Qozhaya, de Ouadi Qadisha, hombres con fama de santidad de vida.

Al llegar al templo, el padre John quedó pasmado con el relato de Abdo.

—A ver, a ver, muchacho, respira un poco y habla despacio para que pueda entenderte —pidió a su joven discípulo, a la vez que él lo obedecía.

Abdo sentía que el corazón se le salía del pecho por la fuerza interior que proyectaba. Un nudo en la garganta le impedía respirar profundo. Cuando logró serenarse, platicó con lujo de detalles la experiencia que había vivido esa mañana en Beirut. Karim escuchaba perplejo las novedades.

—Y ya dije que sí —cerró Abdo.

—¿Dijiste que sí? ¿De qué hablas? —en coro preguntaron el cura y su joven amigo y ayudante del huerto.

—Que sí quiero trabajar con la compañía de aviación. Cumplo con todos los requisitos, sobre todo excelente presentación. —Alzó la barbilla y arqueó una ceja al responder.

—Pero ¿tú qué sabes de aviones? —preguntó Karim con ingenuidad.

El padre John estaba de acuerdo con su pupilo, y ambos quedaron expectantes a la respuesta de Abdo.

—No se trata de aviones, sino de ventas; de vender boletos de avión y luego dar un servicio a bordo. Es como ser un mesero, pero dentro del avión. Se les llama mayordomos. Para todo te ofrecen entrenamiento, y me dijeron que, si aprendo rápido, pronto podría recibir un sueldo modesto. Primero en la oficina y luego por los aires. —Abdo abrió los brazos y dio vueltas simulando el vuelo de un ave—. Lo difícil va a ser hablar con mi papá y que esté de acuerdo; siempre dice que es mejor ser dueño de algo, aunque sea pequeño, que ser empleado. Además, como empleado tienes la ventaja de comprar boletos a muy bajo costo, también para familiares.

Era tal la excitación de Abdo que no se detuvo a pensar cómo plantearía la situación ante sus padres. No quería contradecirlos, ni tener que seguir adelante sin la aprobación de su familia, sobre todo

de su padre; sin embargo, tampoco estaba dispuesto a renunciar a su sueño.

Esa noche, mientras su madre recogía la cocina, sus hermanos pequeños jugaban en el piso con Nagyb y su padre estaba pensativo, Abdo aprovechó para platicar de su nuevo compromiso. Comenzó por las charlas con el padre John, las clases con Karim, su vuelta a Beirut y, por último, comentó:

—Quiero trabajar ahí, y espero que estén de acuerdo.

Se hizo un silencio tal que solo se escuchó la respiración de Hamid, el más pequeño y ajeno a lo que pasaba en esos momentos. Nazira suspendió su tarea y se secó las manos con el delantal. Nagyb se enderezó sin ponerse de pie y Columba lo imitó. Las miradas se centraron en Félix, quien daría el veredicto final, aunque Nazira también haría lo suyo.

—¿Trabajar ahí? Y ¿de qué? —dijo Félix con voz apenas audible.

—Vendiendo boletos de avión para viajar por el mundo. Ellos me van a enseñar a hacerlo y me van a dar uniforme. Las clases de francés del padre John me han servido mucho y voy a seguir estudiando —dijo animado.

Félix cerró los ojos e inclinó la cabeza. Sin ver a nadie, en especial a Nazira, dijo:

—Está bien, tienes mi permiso.

Abdo se abalanzó sobre su padre, lo abrazó y lo besó en ambas mejillas repetidas veces hasta que Félix lo retiró. Luego, se acercó a su madre, la levantó en vilo y dio vueltas con ella. Sintió un tirón en la espalda que le recordó su caída del árbol cuando rescataba al gato y que nunca se atendió. Nazira no pudo evitar reír a carcajadas y se abandonó al abrazo jubiloso de su hijo mayor que la mantenía en el aire.



Nazira caminaba tomada del brazo de Félix. Se asía con fuerza. Se sentía insegura con los zapatos que acababa de comprar en la nueva tienda minorista en Bab Idriss, que comerciaba prendas locales e

importadas. Eran duros y firmes, pero nuevos y franceses. Avanzaban por la calle Abdel Hamid Karameh rumbo a La Corniche. Compraron en el Café Tanios helados de pistache y *baklawa* recién horneado.

—Vamos a sentarnos en una banca a mirar el mar, pero lo vamos a ver como si luego nos fuéramos a quedar ciegos para siempre, ¿me entienden? —propuso Félix esa mañana durante su trayecto hacia Beirut—. Vamos a ver, oler y sentir la brisa del mar para que cuando no veamos la puerta de salida de un problema, nos salgamos por la puerta de la imaginación.

Nazira no pudo evitar pensar que, sin duda, eso hacía su esposo cada vez que quería recordar a la *meqsiqiyi*. Sacudió la cabeza para ahuyentar esos pensamientos.

«Parezco mi propia enemiga», pensó. No hacía falta que nadie le recordara la traición de su marido, ella la evocaba, incluso, sin querer hacerlo, y quizás con mayor frecuencia de lo que Félix lo hacía. Ella la traía a su memoria más veces de las que deseaba.

Llegaron a La Corniche. Buscaron un par de bancas y se sentaron frente al mar, decididos a grabar en su mente y corazón la suavidad de las olas que golpeaban las Rocas de la Palomas, a aspirar la calidez del aire y a impregnar en su piel la suave brisa que los envolvía.

Miraron el mar, y frente a ellos, en el horizonte, se dibujaba un futuro que estaban lejos de imaginar. Cada cual tendría el suyo, diferente al que en esos momentos de unión familiar deseaban.

Apenas terminaron el dulce y el helado, caminaron de regreso por la Place de L'Étoile rumbo al s*ouk* El Tayeb. Era evidente que la guerra había quedado atrás, y mientras más pronto la olvidaran, mejor. Líbano, con su capital en Beirut, bajo el protectorado francés, se transformaba en una ciudad de ambiente exquisito y refinado. En los aparadores de las tiendas lucían maniquíes con ropas de estilo europeo.

—Inútiles para las faenas del campo —dijo Nazira.

—Pero lindas para salir a pescar —añadió Nagyb, quien, tomando del brazo a su madre, alzó la cabeza, arqueó una ceja y añadió con un marcado acento francés—: ¿Me acompaña, *madame*?

Todos rieron con la ocurrencia y siguieron su camino. Columba se detuvo frente a la vitrina de la tienda ABC que exhibía artículos infantiles importados. Fijó su mirada en una muñeca con vestido de tenues colores, largas trenzas de estambre amarillo y redondos ojos grandes como ciruelas. Nazira reconoció de inmediato la expresión de su esposo; le concedería a la niña lo que ella quisiera. Intervino antes de que sucediera lo que parecía inevitable.

—Entremos, vamos a escogerte unos zapatos. —Pasó a Columba por delante de ella y entraron a la tienda seguidas por los cuatro varones.

Eligieron un modelo sencillo, cómodo y de precio razonable para una niña preadolescente y en una etapa de crecimiento acelerado. La dependienta, una joven libanesa de Zahle, que, en un francés esforzado por la práctica constante, dijo sobre la elección para Columba: "Son los mejores zapatos del mundo".

—¿Te das cuenta, hija? Lo mejor del mundo a tus pies. —Félix hizo una reverencia frente a la pequeña que, sonrojada, se abrazó a su padre.

Al salir, Columba dedicó una larga mirada a la muñeca que parecía seguirla con sus ojos de ciruela.

—Tendrás una mejor que esa, ¡la mejor del mundo! —dijo Félix a su hija, en un intento por consolarla, y consciente de que comprar los zapatos había sido la mejor decisión.

Caminaron por Belle Souk para llegar a la calle comercial con estilo occidental, muy diferente al resto de las calles de Beirut.

—Así debe ser París —comentó Abdo—. Pronto volaré a la Ciudad de la Luz —agregó sin esperar respuesta de algún miembro de su familia.

La calle ofrecía a sus ojos artículos nunca antes vistos. Dentro de una vitrina, se exhibía una variedad de artículos como trajes de baño, equipos para esquiar en nieve, en agua y para montañismo. El nuevo protectorado francés promovía Líbano como un destino de cuatro estaciones. En menos de cuarenta y ocho horas se podía esquiar y nadar en las azules aguas del mediterráneo, hacer excursionismo en las montañas o esquiar en nieve en algunas de las estaciones del Monte Líbano, lo más cercano a Beirut, con alturas

que varían entre mil cuatrocientos y dos mil seiscientos metros sobre el nivel del mar. La diversidad de opciones de entretenimiento al aire libre era aprovechada por la nueva administración para promover Líbano como un nuevo destino turístico francés.

Al doblar la esquina, el ambiente afrancesado quedó atrás. Las tiendas de esa zona ofrecían productos de segunda o tercera mano de talleres desmantelados después de la guerra. La variedad de artículos era tan diversa que, sin ponerse de acuerdo, entraron a curiosear. Nazira se detuvo frente a un aparato que reconoció haber visto en las revistas que le regalaba Maclouf. De esmalte negro brillante, con una inscripción de grandes letras doradas que decía: "Singer", y una rueda a mano derecha con el perfil dorado y desgastado, igual que el resto de la máquina. Montada sobre una mesa de madera —ajada por el uso y el tiempo— y un pedal de fierro para descansar los pies y poner a trabajar a la máquina. Nazira, ajena a las miradas de su familia, permanecía en estado de contemplación.

—Es importada de América —dijo un empleado que se acercó a la interesada—. Es el modelo New Family, y tiene pocos años de uso. Es una buena compra, si se decide.

Una hora más tarde, Félix y su familia salieron de la tienda y Nagyb hizo un recuento de las compras de ese día:

—A ver, compramos zapatos para mamá y Columba, calzado con cinta y dos tonos, iguales para papá y para Hamid. La última moda europea en calzado para los elegantes y siempre bien parecidos hermanos Anoun Kado, con cinta, blancos y de suela volada, "que hace lucir más esbelta y alargada su figura" —añadió entre risas, imitando las palabras del vendedor de la zapatería.

—Y la mejor compra del día… —hizo Abdo una pausa de suspenso para luego agregar—: … la Singer de mamá.

—También compramos mis soldados y caballos —dijo Hamid, quien imitaba en lo posible a sus hermanos mayores—, y la prensa para aceitunas. —Miró a su madre y añadió—: Ya tengo hambre.

—¡Vamos a comer! Yo invito.

—¡Muy bien! —dijo Abdo—. ¿Quién más podría hacerlo, papá?

—Tú lo harás con tu primer sueldo de la KLM, es la tradición —dijo Félix, y pasó su brazo por los hombros de su hijo mayor, que ya lo había alcanzado en altura.

Nazira se estremeció. Sintió miedo, Félix y el dinero no eran una buena combinación. Debería ser ella quien administrara el dinero. No lo había hecho en su momento y ahora, Félix no lo permitiría. La culpa que experimentó por haber comprado la Singer en ese momento desapareció. Esbozó una sonrisa ligera. Se alegró de haberlo hecho. Con eso reducía el monto que su esposo pudiera disponer para sus apuestas. La línea que dividía la confianza y desconfianza hacia él era muy ligera.

Comieron en el *souk* el Salem. Pidieron una *mezze* que incluía: *labneh*, *hummus*, *tabbule*, *bathenjan makli*, aceitunas y pan. Para beber: vino local y sidra de manzana "De Baskinta", le aclaró Nazira al mesero. Enseguida, los platos fuertes: *shawarma* y *kibbeh*, y de postre *ma'amoul* y el aromático café.

La reunión que la familia de Félix y Nazira tuvieron esa tarde fue memorable. No solo por la fraterna alegría con la que convivieron todo el día, sino porque sería la última vez que todos los integrantes de la familia disfrutarían de una comida y sobremesa entre risas y anécdotas.

Al final de la tarde, mientras Félix fumaba del *arguile*, detuvo su mirada en la montaña frente a él. Sostenía en la mano izquierda un vaso con *aarac* y con la otra estiraba la punta de su bigote.

—¿Estás bien, papá? —preguntó su única hija, que a sus pocos años se podía adivinar que sería una hermosa mujer.

Félix dejó el vaso sobre la mesa y tomó a su hija de la mano.

—Ven, ¿te sientas aquí? —Señaló un espacio junto a él en el lugar que ocupaba. La niña se acurrucó en los brazos de su padre—. Mira, hija, ¿distingues esa cruz en lo alto de la montaña? Para verla tienes que elevar la mirada al cielo. Desde ahí puedes ver el mar. En el mar y en la montaña estará siempre tu felicidad.

Fundidos en un abrazo filial, padre e hija contemplaron el horizonte hasta que el sol se ocultó y delineó la silueta de la cruz.

Sami Salami se encargaría de recoger la máquina de coser y la prensa de aceitunas recién compradas. Los olivos recobraron fuerza

con mayor rapidez que las moras y las higueras, situación que sorprendió a Félix y a su familia, y que agradecieron esa noche al bendecir los alimentos.

Con los nuevos equipos en casa, Nagyb y Félix prensaban las aceitunas para obtener el aceite de oliva y vender los excedentes en el *souk* el Salem los fines de semana. Nazira aprendió a usar su nueva, vieja y usada máquina Singer con facilidad. Los remiendos en la ropa los hacía con rapidez, y de las revistas *Modes et Travaux*, obsequios de Jacobo Maclouf, sacó patrones para confeccionarle ropa a Columba.

Félix sabía que Nagyb participaba en peleas a puño limpio que organizaban en una taberna de mala muerte, en el puerto de Beirut. Su espalda se había ensanchado y notaba la fuerza de sus brazos en el trabajo del campo. Decidió no decirle nada, ni a su hijo ni a Nazira, para no alarmarla.

En la última carta que había recibido Félix de su hermano Salomón, este lo invitaba a regresar de nuevo a México, pero acompañado de Nazira y de sus cuatro hijos. "Este país es tranquilo, no es como Europa que tiene una guerra por un lado y luego por el otro", decía Salomón en su carta fechada más de un año atrás. A Félix le entusiasmaba la idea, pero le asustaba el cambio; aun así, no ignoró la posibilidad. La situación de Líbano había mejorado bajo el gobierno de los franceses; sin embargo, las condiciones en las que había quedado el país al finalizar la guerra fueron catastróficas. La sola idea de abordar el tema con su esposa e hijos le causaba desasosiego. Las largas noches de insomnio de Félix no pasaron desapercibidas para su esposa.

—Nazira… —comenzó Félix una vez.

Ella sintió que su corazón se detenía en seco. «Ya sé que te vas», pensó decirle, pero, una vez más, guardó silencio.

—… Descansa, buenas noches —se despidió Félix.



El padre John había sido convocado por su obispo a un retiro de sacerdotes para prepararse a vivir la Gran Cuaresma. Karim seguía al cuidado de la huerta, de cosechar y distribuir entre los parroquianos los frutos que el sacerdote le había asignado antes de ausentarse. Finalizada la labor, se acomodaba debajo de un árbol a leer en latín el libro de Salmos, que repasó varias veces hasta hacerlo con fluidez. Luego seguía con su lectura en francés. Algunas veces aceptaba la invitación de Abdo a cenar a su casa. Le agradaba el ambiente de familia en ese hogar, muy diferente a lo que él recordaba desde pequeño.

Karim había sido un hijo no esperado, pero siempre deseado. Mansour y Saide habían perdido la esperanza de tener un hijo varón que preservara el apellido luego de dar a luz a cuatro mujeres y vivir varios abortos espontáneos. A los pocos meses de nacido, sus dos hermanas mayores se habían casado con dos hermanos y se habían mudado a Siria con sus esposos. De las dos hermanas menores, una se casó cuando Karim tenía seis años, y la otra, un año después. Y para el infortunio de sus padres, tampoco fijaron su residencia en Qsaibeh, se instalaron en Sidón. Un fugaz recuerdo había quedado en la memoria del joven del último parto que tuvo su madre: una bella niña de tez blanca, ralos cabellos dorados y profundas ojeras en los ojos, quien murió un par de semanas después de nacer.

Pocos recuerdos le quedaron de las convivencias familiares. Por eso conservaba fresco en su memoria las fiestas de boda de sus hermanas, en las que había visto reír a su padre por primera vez, y a su madre, por última vez.

Desde que tuvo uso de razón, el menor de los hijos de Mansour y Saide había crecido como hijo único. Su infancia, de jugar en el bosque y trepar a los árboles, se truncó a corta edad por la enfermedad de su padre. Cuando Saide consideró que su hijo menor tenía edad suficiente para enterarse de cosas de la familia, lo puso al tanto de la situación.

—El doctor dijo que tu padre tiene la enfermedad fría y húmeda que le funde la carne y los músculos, y eso le causa el sifón —dijo Saide a su hijo. Y, ante su expresión de asombro, le aclaró—: Sí, nosotros tampoco lo entendimos, pero luego nos lo explicó mejor

para ver si así le entendíamos. Dijo que ahora le llaman diabetes y que es por el azúcar en la sangre. Que por eso tu padre tiene ese humor que luego nadie entiende, porque cambia de un momento a otro. Luego de las malas noticias que nos dio el doctor, lo platicamos durante los días que vinieron tus hermanas para la Pascua. Nos acordamos de que tu abuelo estuvo igual: de malas y luego de buenas, y luego, que ya no podía ver bien, hasta que se quedó ciego, y luego murió.

Desde ese día, las responsabilidades de Karim pasaron de no ensuciar sus zapatos con lodo a ayudar a su padre en la fábrica artesanal de ladrillos donde trabajaba. La perfección geométrica de las piezas que se elaboraban en la empresa instalada por inversionistas franceses despertaba desconfianza entre los lugareños, quienes preferían seguir con su vieja costumbre de construir sus casas con piedras de la montaña.

En la casa de su amigo Abdo, los hermanos convivían entre empujones, golpes simulados y bromas. Hamid, el menor, había aprendido a responder con valentía y creatividad, para sorpresa de sus hermanos. Si bien la camaradería entre ellos era ruda, con Columba era diferente; se transformaban en caballeros medievales frente a ella. La joven, que desde niña había dado muestras de su temperamento, sabía cuándo poner un alto a las bromas de sus hermanos. "Así nos llevamos mejor", les decía ella con voz firme.

En casa de Karim, el ambiente siempre fue de pocas palabras, y cualquier broma era tomada como ofensa personal. Por un lado, por el carácter inestable de su padre, que de pronto reaccionaba indiferente y, la mayoría de las veces, con gritos y amenazas; y por el otro, su madre, que, bajo el estandarte de cuidar el temperamento del esposo, se adelantaba a las mismas reacciones. En fin, Karim había tenido una infancia de adulto y de poca convivencia con sus hermanas mayores y sus esposos.

A los once años, Karim no era un niño y entendía muy bien lo que su madre le decía y, sobre todo, su preocupación por su único hijo varón. Dado que la salud de Mansour había empeorado, se trasladaron a Sidón, se instalaron en casa de su hermana Samia y consultaron a un afamado médico que lo atendió con dedicación

hipocrática. Tanto al paciente como a la familia, el galeno explicaba a detalle el avance de la enfermedad y las secuelas que esta dejaría de paso por sus vidas. La salud de Mansour mejoró y su vida se alargó, pero no lo suficiente como para ser un esposo y un padre fuerte y vigoroso. Durante los nueve años de estancia en el puerto del sur, Karim tuvo que aprender varios oficios para ayudar al sostén de su familia y no ser una carga en casa del esposo de su hermana que, amable pero frío y distante, les permitió quedarse a vivir con ellos en un cuarto fuera de la casa. Ambas familias mantenían su intimidad, pero Samia podía ver a sus padres varias veces al día. No tenían hijos, así que Karim no convivió con familiares de su edad, y pasó de estar solo a ser un solitario. Encontró que el mejor diálogo era consigo mismo, y cuando los temas de conversación se le agotaron, se resguardó en su silencio. Las palabras de su madre sobre los riesgos de contraer la misma enfermedad lo inquietaban y prefería desecharlos.

Su padre murió por consecuencia de la diabetes, y su madre, unos meses después. Sus últimas palabras fueron para encomendar especial cuidado en su salud, para que la herencia maldita no lo alcanzara a él también. "Así que mejor tú te cuidas para que no pases por lo mismo". Ajeno estaba aquel joven sano, apuesto y gallardo, de que la herencia familiar iría tras él, así tuviera que surcar los mares.

Regresó a Qsaibeh, a su tierra en la que había quedado enterrado su ombligo, a la casa donde había nacido y vivido sus primeros años. Buscó en cada rincón y no encontró un solo recuerdo que le despertara la añoranza por permanecer ahí. En la vaguedad de su recuerdo estaba una fría noche de invierno en la que todos en el pueblo apuraron sus celebraciones de fin de año para asistir a una casa a ser testigos del nacimiento de una niña.

«Como si esas cosas fueran para hacer fiesta», había pensado aquella noche.

Por la cantidad de gente que había dentro de la casa, los más jóvenes permanecieron fuera, alrededor de una fogata. Recordó que un niño le había puesto una pila de leña en los brazos y con un "Ten, ayúdame", hizo que lo siguiera dentro de la casa. La pusieron en el

mawqade para avivar el calor en la habitación, y con un gesto de la cabeza le indicó que salieran de nuevo. Karim se alegró de salir sin tener que saludar uno a uno a los presentes.

—Va a nacer mi hermana —dijo el chiquillo de nombre Nagyb, y se alejó.

Karim esbozó una sonrisa con ese recuerdo: vago, atípico y con la calidez e inocencia que todo niño debería conservar, al menos, hasta la adolescencia.

Una vez instalado en la que fuera la casa familiar, Karim asistió a los oficios de Semana Santa, y el día de la fiesta de Pascua el padre John se acercó a saludarlo. Como el sacerdote estaba recién llegado, aún no se familiarizaba con toda la comunidad. Karim encontró en él la fraternidad del hermano que nunca tuvo y la firme conducción que su padre no había podido darle. A cambio de una retribución en especie, Karim comenzó a atender el huerto de la casa parroquial; quitó la maleza, sembró fruta y verdura de temporada, y aquello que parecía un matorral sin forma, con la atención y cuidados necesarios, comenzó a producir. La educación escolar básica de Karim nunca fue atendida por sus padres y, con casi veinte años, era prácticamente analfabeta. Con la firme determinación del joven y la paciencia del padre John, ese tema dejó de ser una característica de su persona. Tenía la inquietud de formarse como pastor o sacerdote, o quizás tener una vida monástica, porque estaba acostumbrado a la soledad. Descartó la idea del matrimonio porque "Ninguna mujer se va a querer casar con un hombre tan mayor". El padre John le aconsejaba que se diera la oportunidad de tener novia para que pudiera descubrir su vocación.

—Eres un buen cristiano, pero para dedicar la vida al servicio de Dios como pastor, se necesita algo más que estar solo. Ser buen esposo y buen padre es otra forma de servir a Dios.

Siguió sus consejos y, para su fortuna y porque "El destino de algunos está escrito con letras de oro, como el tuyo" —como decía su madre—, conoció a Abdo y tuvo un reencuentro con Nagyb. Vivió, respiró y saboreó por un tiempo muy corto ser un hijo de familia. Y, por si fuera poco, en un momento inesperado, con un pálpito en su corazón descubrió su destino.

Capítulo 22

Dos vidas, dos continentes

Líbano, diamante turístico y cultural de Medio Oriente, privilegiado con una tierra fértil de bellezas naturales que provee frutos en abundancia. De cumbres milenarias erosionadas durante millones de años, en las que la naturaleza ha esculpido estalactitas y estalagmitas, arañando las entrañas de la montaña a lo largo de kilómetros. De cedros vigorosos, preexistentes a la vida humana, que sostuvieron el templo de Salomón y surcaron mares convertidos en embarcaciones tripuladas por fenicios. De cuevas socavadas por la naturaleza que brindaron techo y abrigo a nómadas, resguardo a campesinos, refugio a cristianos perseguidos y la quietud necesaria a los monjes. La tierra que mana leche y miel, y que tiene decenas de menciones en la Biblia, mantiene un grave problema: su ubicación geográfica.

Como puerta de entrada y salida entre oriente y occidente, la privilegiada localización de esta tierra ha despertado envidia y codicia por generaciones, situación que ha ocasionado conflicto con otras naciones, y eso sin contar las luchas internas que ha vivido por situaciones político-religiosas. Tierra bendita, tanto para los nacidos en ella como para los que lo hicieron fuera de las fronteras. El cedro es su signo de identidad, de esa tierra poblada por sus antepasados, pero que reside en los corazones de cada expatriado en cualquier rincón del planeta.

País milenario, cuna de dos de las ciudades habitadas, de forma continua, más antiguas del mundo: Biblos, fundada cinco mil años

antes de Cristo, fue el origen de la civilización fenicia que convirtió el puerto milenario en el centro comercial del Mediterráneo. Construida sobre una colina y de cara al mar, fueron ellos los creadores del alfabeto y el papiro, y fueron hábiles comerciantes que redactaban contratos y extendían facturas. Sidón, fundada mil años después de Biblos, aportó el color púrpura a los textiles, alterando el tono natural de la seda, el lino y el algodón. Al decaer Biblos, los sidonios vieron florecer su ciudad. Por siglos, fue la ciudad de mayor importancia y prosperidad de Fenicia. Comerciaron con Egipto, Rodas, Creta y Chipre. Llegaron a Grecia, se internaron en el mar Negro y en Mesopotamia. Al ser ocupada por los filisteos, la ciudad de Sidón fue invadida y destruida casi en su totalidad, pero resurgió de las cenizas.

La capital y puerto más importante del país, Beirut, fue fundada en 3000 a.C., con su privilegiada ubicación, al centro del país, rodeada de montañas y frente al mar Mediterráneo. La bahía Saint-Georges la convirtió en la ciudad más imponente en la costa cananea-fenicia por siglos. Multicultural, desde sus inicios ha brindado la facilidad de estudiar y hablar diferentes idiomas, como el fenicio, arameo, árabe y, a raíz de su comercio con el país galo —previo a la Gran Guerra—, el francés.

Acostumbrados a la diversidad étnica, mantenían la paz entre ellos para no provocar al Imperio otomano que les permitía el culto, las tradiciones, la cultura, la lengua y el comercio a cambio del pago de impuestos, que, a fin de cuentas, los ahogaron. De no haberse dado el encuentro bélico entre las naciones, el destino del pueblo libanés no habría cambiado.

Con el auge de los comercios y las instituciones financieras y bancarias de los inversionistas franceses, Líbano comenzó a resurgir una vez más de las cenizas, como lo haría más adelante, una y otra y otra vez. No solo en el presente siglo, sino el siguiente también, porque la sangre fenicia nunca ha dejado de correr por las venas de cada uno de sus hijos. Si bien la mayoría de los emigrados no regresó a instalarse de nuevo, los lazos de identidad prevalecen aún en generaciones subsecuentes.

~

Finalizada la extensa jornada de ese día, Félix buscó una sombra para descansar. Se sentó en el piso y recargó su espalda en el grueso tronco del olivo. Sacó de la bolsa de su chaleco la última carta que su hermano Salomón le había enviado desde México. Memorizada de tantas veces leída, recorrió sobre ella la mirada como si la viera por primera vez.

—No te cansas, hermano —dijo, imaginando que aquel mismo muchacho que recordaba estaba frente a él.

En realidad, de muchacho no tenía nada. El escuálido campesino se había transformado en alguien desconocido para él: un fiel esposo, padre de varios hijos y próspero hombre de negocios. Deseaba que le hubiera mandado una foto de su familia, porque era complicado para Félix identificar a cada uno de sus sobrinos sin tener una imagen. Por las descripciones que hacía de ellos, Jorge, el mayor, era su orgullo y el que haría inmortal el nombre de la familia. Casi enseguida habían nacido sus dos hijas, una detrás de otra. Hafisha tendría más o menos la edad de Hamid, calculó Félix, e Isabel era la pequeña, aunque Neshme estaba de encargo de nuevo. "Esperamos que sea otro niño, Jorgito necesita un compañero para jugar y no molestar a sus hermanas".

—Ay, hermano, o será mejor decirte "hermanito", no sé qué te ha dado por hablar así —continuó Félix.

Por la cantidad de palabras en diminutivo que Salomón usaba para escribir sus cartas, Félix cayó en cuenta de que era más común de lo que podía venir a su memoria. De hecho, no se acordaba de que durante su estancia en México hablara así la gente. Al menos no lo hacían entre los emigrados porque preferían hablar en su lengua materna. Hizo un esfuerzo por hurgar en su memoria y saltaron frases como: "¿Quiere otra tacita de café?", "¿Cómo amaneció, patroncito?", o en el mercado de los viernes: "Lleve otro, marchantito". Para Félix esas palabras eran como un nuevo vocabulario y no vio la necesidad de aprenderlo para comunicarse, salvo con la *meqsiqiyi*, su Columba mexicana a quien aprendió a

decirle “Pareces muñequita”, “Me gusta tu boquita” o “Ven aquí, chiquita”. Sus pensamientos lo ruborizaron, nunca se había dirigido así a Nazira. Se justificó con el hecho de que eso no sería correcto, que así no se le habla a la esposa.

Sacudió la cabeza como si espantara una mosca y continuó con la lectura de la carta de Salomón. Cuidaba de tener las manos limpias y secas antes de abrirla, temía que se le desvaneciera entre las manos.

Hacía mucho que no recibía noticias nuevas. La guerra en Europa había trastornado el correo, el tráfico de víveres y mercancías. Salomón y Neshme había regresado a México, luego del bautizo de Columba, en la primavera de 1911. Enseguida, sobrevino el estallido social, por una independencia de la Corona Española, que llevó al derrocamiento de Porfirio Díaz como presidente del país.

Gracias a uno de los principales logros del porfiriato, Salomón y Neshme lograron llegar por ferrocarril a Toluca sin ningún contratiempo. Las principales vías eran custodiadas para evitar que los insurgentes cortaran la comunicación volando las líneas. Por desgracia, para los padrinos de bautizo de Columba, la pujante época con Porfirio Díaz en el poder llegó a su final con su derrocamiento por parte de los maderistas, y posterior expatriación. A bordo del navío alemán Ypiranga —quien le ofreció el viaje sin costo—, Porfirio Díaz, su esposa Carmen y alguno de sus más fieles allegados zarparon del mismo muelle al que habían llegado un par de meses antes su hermano y cuñada.

Un año después, el Ypiranga pretendía anclar de nueva cuenta en Veracruz, proveniente de Hamburgo, con un cargamento de armas y municiones cuyo destino serían las fuerzas bajo el mando del presidente Huerta. No cumplió su destino por la intervención del país del norte.

Salomón y su esposa fundaron su familia en la ciudad de Toluca, a unos cuantos kilómetros de la capital del país. La accidentada geografía de la zona les recordaba a su añorado Monte Líbano, con fríos intensos en el invierno en las partes altas y cálidos hacia el sur, y el valle, benigno y templado, con la excepción de la cercanía al mar. La distancia desde Veracruz hacía imposible una visita a

bañarse en las grisáceas aguas del Golfo que en nada se parecían al azul del Mediterráneo.

Durante los primeros años de su estancia en México, Salomón y su familia vivieron en medio de una creciente reyerta política colmada de traiciones, asesinatos e inestabilidad en los altos mandos del país. A pesar de las dificultades propias de una nación en guerra civil, lograron avanzar con pasos cortos —pero firmes— en su comercio por abonos y producción textil de pantalones de mezclilla. Asentados en la céntrica calle Lerdo, improvisaron un taller de costura que proveía de las prendas necesarias a la floreciente industria de la extracción minera. Con la jovialidad propia de él, Salomón narraba en su carta las reuniones que hacían todas las noches los que, con nostalgia de su tierra, del *bled*, rememoraban pasajes, entonaban un *zajal* y degustaban los platillos típicos de su origen.

Nunca faltaba el *kibbeh nayyeh* y el de charola o *qabquubeh* para agasajar a un recién llegado, fuera expatriado o un visitante de otra ciudad. La tradición consistía en honrar a sus convidados con el más ancestral y emblemático de sus platillos. Inculcaban a los jóvenes el amor por la patria y los obligaban a entender el árabe para que a su vez lo aprendieran.

Ya era común que Félix terminara de leer la carta y se enjugara el llanto con la manga de su camisa. Por una parte, se alegraba de que el correo estuviera suspendido porque el Mexique, que habitualmente cubría la ruta entre Europa y América, se había convertido en buque hospital durante los años de la guerra.

Aunque los combates en Líbano habían terminado, ¿cómo podría contarle a su hermano todo lo vivido? Empezaría por la langosta, la primera plaga del desierto; después de todo, era una actividad propia de la naturaleza a la que no había sido posible sucumbir. Pero ¿cómo contarle de la segunda? ¿Con qué palabras se describe el dolor de mutilar a aquellos seres que Dios le había dado a custodiar? ¿Cómo justificar que su hijo debió hacer lo mismo? ¿Cómo contar los días de ausencia de vida que le había provocado la segunda plaga del desierto, cuando tuvieron que podar, por mandato militar, los troncos de las moras? Apenas despertó de esa pesadilla, habían

pasado un millar de cosas más. ¿Con qué palabras podría explicarle a su hermano que ya no vivían bajo el yugo otomano, pero aún no eran un país libre, a pesar de las vidas ofrendadas por esa causa? ¿Cómo se explica un estómago vacío por días incontables, arañando la vida para permanecer en ella sin darse por vencido, con el aliciente —que a la vez era carga— de su familia?

¡Qué alivio era no tener que responder!

Se limitaría a contarle que ahora los franceses pagaban mejor la seda, aunque él aún no percibiera mayores ganancias. Que abrieron bancos, tiendas, escuelas, farmacias con medicinas en los estantes y que la Bolsa de Valores compró una de sus "habasdeoro" y que, con los francos obtenidos a cambio, compró calzado para su familia. Su ánimo era tan pobre como las anécdotas que podía resumir a su hermano. Esperaba que las noticias que le llegaban no fueran las mismas que recibían su primo Mikhail y su amigo Gibrán.



Por el momento, decidió posponer la respuesta a la carta de su hermano; con su silencio ignoraba la invitación que le hacía para reunirse de nuevo en aquel país: "Pero esta vez te vienes con tu familia". Salomón cerraba la carta con las más hermosas frases de amor filial que un hermano le puede dedicar a otro. Una vez más, Félix no pudo evitar que una gota resbalara desde sus ojos hasta la firma de su hermano y humedeciera la tinta, distorsionando más el nombre. Fue hasta el *abu* a buscar la lata de tabaco donde guardaba sus cartas. No encontró las anteriores, a pesar de que revisó en todas ellas. Descartó de inmediato que Nazira las hubiera encontrado. «No se habría quedado callada», se dijo a sí mismo. Turbado por la emoción del momento, desistió en buscarlas en algún otro lado y guardó la de Salomón.

Pasaba la noche en vela cuando Nazira, al girarse, lo descubrió. Con el perene temor de preguntarle por qué no dormía, le dijo a su esposo:

—Duerme, mañana será un día pesado. —Y le dio la espalda.

Félix pensó «Como todos».

Y, antes de poner la cabeza en la almohada y darle la espalda, añadió para sus adentros:

«Me voy a México; es decir, nos vamos.»

Capítulo 23

Mujer emprendedora

De camino a su trabajo, Abdo cruzó la Plaza de los Mártires. Siguió por la calle Gouraud, pasó frente a la Catedral Maronita Saint-Georges y giró a la derecha rumbo a la Catedral Ortodoxa Griega Saint-Georges. Antes de llegar a la Place de L'Étoile, cruzó la calle y entró al local comercial de Zuhaimir. Por encargo de su madre, llevaba tres vestidos blancos de bautizo para recién nacido. Recomendada por Jacobo Maclouf, Nazira acordó dejar las prendas a consignación con el acuerdo de reservar un porcentaje por comisión. A la mujer le pareció un exceso, pero decidió tomar el riesgo.

La habilidad de Nazira en su flamante Singer de pedal se podía apreciar en el trabajo de alforzas, holanes y entredós que confeccionaba en cada prenda. Los ejemplares que Jacobo Maclouf le había dado a Félix de las revistas *Modes et Travaux* habían sido resguardados por ella, a piedra y lodo, para evitar que se convirtieran en combustibles durante alguna de las noches de los largos y fríos días de invierno que vivieron. Por fortuna, ni Félix ni los hijos recordaron haber visto esas revistas por la casa. De hecho, Nazira las hojeaba por las tardes, mientras que Félix estaba en la taberna y sus hijos jugaban fuera.

Para Nazira daba lo mismo que la revista estuviera impresa en francés —como lo estaba— porque ella no sabía leerlo. Aunque ahora leía y escribía en árabe, en su infancia no se lo habían enseñado. "Son cosas de flojos", escuchó decir a su padre cuando ella era pequeña. Solo iba al catecismo a la escuela parroquial en

Baskinta. Las explicaciones que les daba el señor cura eran mejor entendidas con las imágenes e ilustraciones de los pasajes que les narraba. Ese lenguaje ilustrado lo aprendió muy bien Nazira, y la revista explicaba con detalle en imágenes cómo tomar las medidas de cuello, largo de manga, ancho de espalda, pecho, contorno de cintura, contorno de cadera, puño, tiro, talle delantero y talle trasero. Armada con una regla, una cinta, una laja de jabón delgada para trazar y una buena dosis de sentido común, Nazira logró confeccionar sus primeras prendas. Comenzó con Columba. La moda de los años veinte era de líneas rectas y por debajo de la rodilla. No era necesario marcar la cintura ni hacer pliegues en la falda para que permitiera el movimiento. «Parecen costales de papas», solía pensar. Los únicos detalles que marcaba la prenda eran un corte en la manga para hacerla un poco acampanada al final y una cinta de Jacquard de bordado geométrico, de dos dedos de ancho, cosida al frente del vestido, que alargaba la figura desde el escote hasta el dobladillo, una cuarta arriba del tobillo. El cuello de corte cuadrado llevaba un detalle sobre el hombro en un color contrastante, como si le saliera un cuello marinero por detrás. Nazira lo hizo así porque así lo imaginó. Nunca supo cómo debía ser la prenda por la parte de atrás. Para ella, la moda de los años veinte era una maravilla para confeccionar.

Nazira llegó a conocer tan bien a su Singer como a su marido. Una vez que logró regular la puntada, la tensión de la barra prensatelas, ensartar el hilo con precisión y el devanador de bobinas, el resto fue sencillo. Casi todo dependía del grosor de la tela, como con Félix, con el que todo dependía del estado de su respiración.

Para confeccionar los trajes de bautizo, que tiempo después conoció como ropones, se valió de algunos retazos de tela de seda que le había proporcionado Jacobo Maclouf. El gran amigo de la familia no pudo ocultar la satisfacción y orgullo que le produjo ver las prendas terminadas. La perfección en las alforzas y el entredós era digna de una casa de alta costura francesa. Abdo entró al comercio con los tres trajes blancos impecables. Los entregó a Martha, la dependienta, quien le extendió un recibo y, a la vez, le entregó un sobre con el producto de la venta de los tres vestidos

anteriores. Para Abdo era inusual y paradójico que su madre recibiera un dinero producto de su trabajo. Las mujeres libanesas trabajan mucho, pero no meten dinero a su bolsa que no les haya dado su marido, según creía él. La vida le demostró, años más tarde, que las esposas pueden aportar un ingreso importante para la familia y construir en pareja el patrimonio familiar.



Abdo llegó a tiempo a su trabajo, se quitó el saco del uniforme por el calor que se sentía dentro de la oficina, se cerró el botón de la camisa y se ajustó la corbata azul, distintiva de la compañía KLM. Dedicó varias horas de estudio a los manuales de aviación en francés. Con la práctica, leía y entendía muy bien, pero le hacía falta fluidez en el habla. Esa tarde le iba a proponer al padre John y a Karim que, de ahora en adelante, mantuvieran sus conversaciones en el idioma galo para mejorar su dicción.

Al salir de la casa del padre John, Abdo invitó a Karim a cenar a su casa. No era necesario avisar, estaba seguro de que sería muy bienvenido. Sin duda, sus padres recordaban a la familia de Karim.



Como se había hecho costumbre, Abdo llevó una cesta con frutas del huerto de la parroquia. Las dejó sobre la mesa, abrazó a su madre y le dio vueltas en círculo, obligándola a despegar los pies del piso. Ella no estaba acostumbrada a esas manifestaciones de afecto frente a desconocidos, por lo que la sorprendió mucho que su hijo las hiciera.

—Estás loco, hijo, ¿qué te pasa? —preguntó Nazira ruborizada.

—Me pasa que tengo a una madre que ya es famosa. Han vendido sus primeros trajes de bautizo y aquí está su dinero —respondió.

Abdo le entregó el sobre con la formalidad de un mensajero de la corte imperial. Ella lo recibió con emoción y sus mejillas se pusieron coloradas, como cuando tomaba el *aarac* o una copa de vino.

—Quieren que les hagas otros tres, pero diferentes. Quieren que sus clientes tengan variedad para escoger.

Félix y Nagyb, enmudecidos, contemplaban la escena; esto era algo muy familiar y había un desconocido bajo el quicio de la puerta. Abdo reaccionó con un:

—Pasa, Karim, no te quedes ahí. —Lo tomó del brazo y lo presentó—. Papá, mamá, él es mi amigo Karim Anoun. Es hijo de Mansour Elías y de Saide Nassif.

—¡Claro! —dijo Félix, aunque no recordaba cuándo había sido la última vez que había visto a ese hombre avecindado de la misma región.

—Recuerdo su casa —comentó Karim—, todos estuvimos aquella noche aquí.

Félix entendió a qué noche se refería. Nazira lo besó en ambas mejillas y le señaló una silla para sentarse a la mesa.

—Columba, agrega un plato para el amigo de tu hermano —ordenó.

Por primera vez, Columba se sintió turbada.

Capítulo 24

Una luz de esperanza

La invitación de Salomón comenzó a roer el pensamiento de Félix. El panorama que su hermano planteaba prometía ser alentador, al menos lo retrataba más claro de lo que se apercibía en su tierra natal. La sola idea de que Columba y Hamid acudieran a una escuela formal y asistieran todos los días le hacía vibrar, sumado al hecho de que pudieran crecer junto con sus primos, como hermanos. Este era el principal motor que lo impulsaba a emigrar. Cada vez que consideraba plantearle a Nazira la posibilidad de mudarse con toda la familia se imaginaba el bombardeo al que sería sometido y desestimaba la posibilidad de hacerlo. Se afanaba con su trabajo en el campo para que su mente, su corazón, sus manos… en sí, todo su cuerpo no tuviera la menor probabilidad de volver a esa loca idea, que, por loca, volvía y volvía sin pedir permiso y sin tregua. Esa insistencia provocó en Félix la necesidad de adelantarse a las respuestas que debería darle a su mujer y, en general, a toda la familia, para hacer un consenso y decidir entre todos. Por las tardes, al final de la jornada las repasaba una a una. Imaginó la escena familiar y resolvió que sería imposible, además de inútil, impedir que Abdo y Nagyb participaran en la decisión si ambos cooperaban con el sostén de la familia. Las opiniones de ellos serían decisivas. Inclinarían la balanza porque Nazira no se atrevería a ponerse en contra de los muchachos. Félix intuyó las preferencias de sus hijos. Columba y Hamid quedaban sin voto de calidad. Lo que la mayoría decidiera, será la decisión de ellos.

Todos los escenarios estaban bajo la sagaz mirada del jefe de familia. Analizó e imaginó las reacciones de cada uno de ellos: Nazira, "Nos vamos juntos o no va nadie"; Abdo, "¿Cuánto va a costar y cómo lo vamos a pagar?"; Nagyb, "¿Qué va a pasar con la casa, el vergel y los animales?"; Columba, "¿Puedo llevar una muñeca?". ¡Nah! Descartó la idea. Ella, como siempre, lo sorprendería. Hamid preguntaría por su colección de insectos y los soldados de plomo; tendría que escoger. De pronto, se percató de que había alguien más a quien debía consultar. Dicha persona sería una de las principales afectadas, para bien o para mal. La decisión de su familia no le pasaría inadvertida, no podía ni debía de ignorarlo. A nadie se le iba a ocurrir preguntarle al mismo Félix su opinión. Y nadie le haría preguntas porque eso no era lo suyo. Lo de él eran las respuestas.

—Y a mí, ¿quién me pregunta? —Lo dijo en voz alta para escuchar su propia voz, para que el sonido de cada palabra penetrara en su cerebro como la pregunta más importante de todas —: ¿Qué opinas, Félix? ¿Estás dispuesto a dejar tu patria?, ¿la que apenas se gesta en el vientre de la madre naturaleza? En verdad, ¿estás dispuesto a dejarlo todo?, ¿a abandonar tu lucha?

«¡Qué barbaridad! —pensó—. No me había puesto a pensar en mí. Mi ombligo está sembrado en esta tierra, como el de Nazira y el de mis hijos. ¿Seré capaz de pedirles que dejen todo atrás? ¿Seré capaz de hacerlo yo?».

El mismo Félix se sorprendió de la profundidad de sus reflexiones. Apenas descubría esa faceta de sí mismo y lo dejó perplejo. Tenía que resolver ese acertijo que la vida le planteaba. No enfrentaría a su familia mientras él mismo no resolviera sus propias dudas y quedara tranquilo con su decisión. Porque, a final de cuentas, dormir tranquilo y con la conciencia en paz es la mayor aspiración que un jefe de familia debe tener.

¿Cómo plantear una posibilidad de irse sin saber si él estaba dispuesto a abandonar la casa que construyó con sus propias manos? Los muros se habían construido, piedra por piedra, de la misma montaña para que el hogar de su familia emergiera de ella. Los caprichos del terreno, heredado de sus padres, configuraron los

desniveles de la casa, las terrazas de la siembra, la cueva para el *abu* y las suaves moras blancas bañadas por el sol del Mediterráneo que producían la seda más fina de la región. Tierra fértil que nunca dejó de producir; aunque no fuera suficiente, daba lo indispensable. Una de sus "habasdeoro" se había convertido en la máquina de coser y la prensa de aceitunas. ¿Dejarlo todo?

No sabía si sería capaz de hacerlo.



Nagyb conoció a su padre cuando apenas tenía seis años de edad. A partir de ese momento, observarlo fue su principal ocupación filial. A diez años de distancia, podía asegurar, sin duda, que algo importante pasaba por la mente y el corazón de su progenitor.

El segundo de los hijos de la pareja buscaba, sigiloso, la proximidad con su padre. Quería estar cerca de él en caso de que decidiera contarle aquello que lo aquejaba. Como todos los días, trabajaban a la par. Las faenas del campo, de la casa y de la granja ocupaban la mayor parte del día, pero a la hora del descanso, bajo la misma sombra refrescante, Félix se ausentaba, aun sentado cerca de él.

Cada vez que hablaban de proyectos futuros, como aumentar la producción de aceite de oliva, sacar esquejes de las moreras o la higuera o invertir en una destiladora de *aarac*, la respuesta no variaba. "Después vemos eso", "Luego lo hablamos", "Déjame pensarlo" o "Más adelante, dame tiempo", eran sus respuestas habituales. Nagyb temía que su padre hubiera perdido aliento para el futuro, esperanza de prosperidad. Por más que lo analizaba, el joven no atinaba a discernir qué estaba pasando. Decidió no preguntar nada a su madre para no despertar su suspicacia, y se propuso observarla a ella también. «Podría ser algo entre ellos», pensó, y entonces no habría necesidad de preocuparse. Esperaría a que las cosas tomaran su curso. Al que sí le preguntó fue a su hermano mayor. Este le respondió que no sabía de qué hablaba, que

ahí no pasaba nada, que tenía mucho que estudiar para el siguiente examen.

—Siempre andas en las nubes —reprochó Nagyb a su hermano por la falta de interés—. Mientras más alto vueles, más fuerte será el golpe —terminó su frase con una palmada en la espalda. Lo hizo más fuerte de lo habitual porque esperaba una reacción de Abdo, pero fracasó. Lo vio cambiarse el uniforme por ropa habitual del campo, tomar su manual y salir para subir a la azotea y aprovechar el fresco de la tarde y los últimos rayos de luz para estudiar.

Nagyb, que desbordaba energía por todos los poros de su piel, bajó a la taberna de Zandouqa a probar suerte. Y lo consiguió. En tres encuentros a puño limpio venció a sus retadores. Se alegró de no encontrarse con Sami Salami, de esa manera no tendría que repartir las ganancias ni sumar explicaciones. De regreso a casa, sin señas de pelea en la cara, contó el dinero. Unos cuantos francos y unas pocas liras, era lo mejor que había recibido hasta entonces. Entró al *abu* y lo guardó en el bote de sus ahorros.

Esa noche se soñó con trajes elegantes y zapatos nuevos. Con corte de cabello de barbero y bigote afinado con tijera. Sobre los hombros, un largo abrigo de fina lana, y en la cabeza, un *tarbuush* forrado de seda roja brillante y una borla —fina y alargada— de cordón de seda negra. Se miraba montado en un carruaje tirado por dos caballos árabes de larga crin cepillada con pulcritud. Pasar de largo por el *souk* el Nourieh sin internarse en él, hasta llegar al frontispicio del Grand Hotel D'Orient. Descendía del carruaje, extendía una generosa propina al cochero y lo despedía con una leve inclinación de la cabeza. Al entrar, era recibido por el mismo *monsieur* Bassoul, propietario del recinto, quien llamaba a un camarero para ofrecer una copa de sidra fresca. ¿Sidra en un sueño? No, champaña francesa enfriada en un cubo de hielo.

«En un sueño no pasan esas cosas. En los sueños pasan cosas insólitas. Al despertar, a veces se recuerdan algunas, y otras, no», se dijo.

Entonces, se dio cuenta de que no dormía ni soñaba. Anhelaba. Cerró los ojos y continuó con su historia hasta que terminaron la

cena y el baile, y se vio en el lujoso carruaje de regreso a casa, luego metido en su cama y tapado hasta la nariz.



Un inusual tráfico atrapó a la carreta de Sami Salami, y uno de sus tres pasajeros de esa mañana se inquietó por la posibilidad de llegar tarde a su trabajo.

—Tranquilo, Abdo —dijo Sami—, este día todo mundo llegará tarde, sobre todo, si tienes que acercarte por el rumbo de la Casa de la Ciencia y la Cultura —concluyó como si todos entendieran el comentario. Bien sabía Sami que las noticias a Qsaibeh, enclavado en la montaña, llegaban con días o semanas de retraso, a menos de que él mismo las llevara por su cuenta. Con parsimonia encendió su cigarro.

—¿Qué es todo esto? —cuestionó Félix con un poco menos de paciencia que la de sus hijos—. ¿Qué tiene que ver esa casa?

Sami enderezó el torso hasta donde su joroba le permitió. Mordió la boquilla del cigarro y escupió el pedazo hacia la calle. Lo colocó de nuevo en la comisura de los labios y comenzó a hacer aquello que hacía muy bien. Disfrutaba ser portador de noticias, sobre todo de las buenas. Se acomodó en el asiento y comenzó por mencionar al vizconde Philippe de Tarrazi, nativo de Beirut.

—Y hoy, 25 de julio —agregó Sami—, el distinguido vizconde va a inaugurar la Biblioteca Nacional de Beirut.

—¿Habrá libros en francés? —se interesó Abdo.

—Por supuesto, y cuentan que algunos fueron escritos por el mismísimo de Tarrazi. Los contaron y dicen que son como veinte mil, o doscientos mil… qué más da un cero más o un cero menos.

Sami, fiel a su costumbre, contó lo que sabía. De lo que no estaba enterado era de que el recinto se había nutrido con el acopio privado del noble libanés, en el que se incluían manuscritos de gran valor, además de libros, revistas y periódicos coleccionados durante sus innumerables viajes por Europa. Incluyó en su donativo los que, a su vez, había recibido de instituciones literarias, científicas y

culturales. Incluso había algunas antigüedades y óleos. El evento, realizado en un día laboral, alteró la regularidad de las actividades del puerto y de toda la ciudad.

—En lugar de hacer el festejo en la noche —aclaró Sami—, lo hacen a esta hora. No quieren correr el riesgo de otro apagón. Ya sabes, desde que los franceses se quedaron con la Traction and Enlightenment Company, se usa menos y se paga más. Sin contar con los trastornos que provoca el tranvía cuando se queda sin servicio en medio de la calle.

Meses más tarde, comerciantes y estudiantes protestaron por la mala calidad del servicio. Se realizaron varias huelgas y se detuvo por completo la actividad del tranvía. Las casas, comercios e instituciones que usaban electricidad la tuvieron que suplir por velas y lámparas de queroseno. Durante los meses que duró esta situación, hubo varios paros y algunos arrestos. La crisis terminó casi enseguida de que se negociaran precios más bajos y mejor calidad en los servicios de la empresa. Abdo evitó participar porque esto pondría en riesgo el ascenso en su trabajo, y Nagyb supo colarse entre la muchedumbre para no ser apresado. Félix no estaría presente, y ni siquiera se enteraría del movimiento de protesta masivo que tuvo lugar.

Nagyb se despidió de su padre y de Sami. Dijo que se daría una vuelta por la Casa de la Ciencia y la Cultura. Acordaron reunirse por la tarde en el local de Maarad cuando cada uno terminara con los pendientes que los habían llevado a Beirut esa singular mañana.

Una vez terminadas las tareas que tenía que realizar en el puerto, Félix eligió una silla adosada a la pared del local. Bebía café y fumaba del *arguile*, cuando divisó la inconfundible silueta de Sami Salami. Al mismo tiempo, este localizó con la mirada a su amigo. Se dirigió hacia ese lugar, tomó una silla, la colocó a su lado, se sentó, sacó un cigarro de la bolsa de su chaleco y lo colocó entre sus labios. No lo encendió. Félix se sintió turbado y esperó en silencio a que su amigo soltara la primera carta.

—Esta canija nunca me falla —dijo Sami sin mirarlo.

Félix presintió que el cartero se refería a su propia intuición. Tras un par de minutos, interrumpió el silencio:

—Trabajamos todos en el campo de sol a sol y aun así no alcanza. Los gastos nos rebasan, y eso que Abdo ayuda con su sueldo y Nagyb… de ese muchacho tú estás muy bien enterado —dijo y, sin esperar respuesta, añadió—: Salomón me insiste en que me vaya y que lleve a la familia conmigo. No me iría solo.

—Y nadie volvería jamás —añadió el cartero en tono nostálgico.

—No digas eso. ¡Cómo se te ocurre!

—Se me ocurre porque así es. Ahí tienes a tu propio hermano y a su esposa. ¿Cuándo han vuelto? —Inclinó el cuerpo hacia su amigo —. Pero sí te digo que, si no te vas, no lo vuelves a ver jamás.

Félix tenía muy claro ese hecho. Por eso había tomado la decisión más importante de su vida: se irían todos.

—El problema… —se interrumpió porque no sabía cómo ordenar ese pensamiento en su cabeza para poder explicarlo sin generar dudas y, sobre todo, conflictos, en especial con Nazira.

Sami Salami esperó en silencio a que su amigo hablara, aunque lo que le iba a decir se clavaría en el mero centro de su corazón. Se sentó de lado con el pretexto del humo del cigarro, la realidad es que no quería que lo viera llorar, si acaso lloraba. Félix pensó en voz alta y así fue como logró deshacer la madeja que se le había formado dentro del cerebro.

—Pensé que lo mejor sería irnos todos juntos, para eso necesitamos ahorrar y vender la otra de mis "habasdeoro". Por eso fui a preguntar a la oficina de Messageries Maritimes y ahí comenzó el problema. No dan permisos para salir de Líbano para muchachos de la edad de mis hijos mayores. Para los demás hay que tramitar pasaporte, hacer un examen médico, ponerse una vacuna antes de salir de aquí y otra para salir de Marsella. Como allá y acá ya es lo mismo, es decir, ya es Francia, si te escapas de una, te agarran en la otra.

—Qué lástima que no estén los Chamuín para que te echaran una mano.

El comentario del cartero venía con reclamo. Félix reconoció que tenía razón, ya que nunca le había contado cómo le habían hecho los gemelos para salir del *bled* y llevar con ellos al armenio sin levantar sospechas. Félix incluso ignoraba quién había sido el

contacto que le vendió los permisos para moverse hasta Jounieh y salir a pescar y no volver.

—Tanto que tardaste en decidirte a dejar esta tierra y a tus pocos amigos, y todo ¿para qué? Para hacer lo mismo que ellos —se lamentó Sami.

Pero no todo estaba escrito, tenía que contarle a Nazira la razón de su asunto en Beirut. Se prometió hacerlo al volver. Y no sería de otro modo, porque ella no se lo perdonaría.



Esa noche, después de cenar, planteó la situación a su familia. Todos lo escucharon en silencio, y sus semblantes denotaban tristeza, frustración, alivio, determinación. En un paneo pudo apreciar esa variedad de emociones en los rostros de sus cuatro hijos y de su esposa.

Despacio, midiendo las palabras, atento a las expresiones y a la respiración de cada uno, Félix les contó todo sin omitir detalles. Comenzó por la carta de Salomón. Los ojos de Columba resplandecieron con una luz especial cuando su padre le habló de ir a una escuela de señoritas, a donde iban sus primas Hafisha e Isabel. A Hamid le entusiasmó el viaje en el barco y todo lo demás, a excepción de las vacunas contra la viruela. Abdo respiraba entrecortadamente. Su anhelo era viajar en avión, y así lo dio a conocer a su familia.

—En la oficina no nos han dado ninguna restricción para salir del país, salvo el pasaporte y el examen médico. La cuestión de la edad militar no es problema para viajar en avión. Mañana mismo pregunto cuánto costaría; hay tarifas especiales para empleados y familiares.

Nazira asintió en silencio. No quiso decir nada, salvo un "Está bien", para darle tiempo a Abdo para que se diera cuenta de lo iluso de su pretensión. Andaba en las nubes desde que, a los diez años, había visto volar el monoplano de Jules Védrines sobre la bahía Saint-Georges.

«Ya tocará tierra», pensó, y se fue a la cocina a lavar los platos y guardar en el *namliyyeh* las aceitunas y el pan.

Cuando Nazira entró a su habitación, Félix ya se había metido a la cama, pero no recostado. Estaba sentado y tenía la mirada perdida y una expresión de profunda tristeza. Ella quiso suavizar la tensión del momento.

—Hasta tus bigotes están tristes. Ahora apuntan para abajo.

Félix admiraba su sentido del humor y la facilidad que tenía para reírse hasta de sus propias tragedias. Esbozó una sonrisa que acomodó las puntas de su bigote hacia arriba. Ella sonrió, se sentó frente a él y tomó las rasposas manos de su esposo entre las suyas. Él comenzó a hablar, a hacer el mismo análisis que esa tarde había hecho con su amigo. Los gastos, las deudas, lo difícil que se veía el panorama hacia enfrente, aunque contaran con la venta de la segunda pepita de oro. Ella lo comprendía y temía reconocerlo ante su esposo. Sus temores despertaban, pero le ilusionaba la idea de que Hamid y Columba asistieran a una escuela formal, y que Abdo y Nagyb tuviera un mejor horizonte en su vida, aunque lo encontraran lejos de su tierra, de su patria.

Se acostaron en silencio. Ninguno de los dos logró conciliar el sueño. Aunque se negara a reconocerlo, Nazira sabía que Félix había tomado la decisión de dejar el *bled*, lo había demostrado con el dolor en su corazón expresado en las pocas palabras de la noche anterior. A diferencia de la vez pasada, ahora no era solo su sed de aventuras, estaba dispuesto a viajar con toda la familia, sin dejar a nadie detrás, salvo que económicamente no era posible.

Al alba, antes de que salieran de la cama para iniciar su rutina, Nazira sorprendió a Félix.

—Podemos irnos, aunque no lo hagamos juntos —dijo con voz entrecortada—. Primero te vas tú con uno de los muchachos y Hamid. En otoño nos vamos Columba, otro de los muchachos y yo.

Nazira lo sugirió sin tomar en cuenta las restricciones para los jóvenes en edad militar, sin hacer cálculos de los ahorros y, más que eso, sin tener la más remota idea de cuánto dinero era necesario para cubrir los gastos del viaje. Lo dijo porque le pareció una buena probabilidad. Sin embargo, al escucharse a ella misma, se dio cuenta

de las pocas posibilidades que había de llevarlo a cabo. Por su parte, un silencioso Félix aceptó la inconsistente propuesta que le hacía su esposa porque necesitaba asirse a una tabla de salvación de la esperanza.

—Aunque no podamos irnos juntos.

Se abrazaron y lloraron en silencio. Sin palabras se lo dijeron todo: en poco tiempo estaremos reunidos.

Capítulo 25

La evidencia en fotografía

Más que pedirle, Nazira le exigió a Félix que se tomaran una fotografía familiar antes del viaje a México. Implicaba comprar ropa, aunque fuera de segunda o tercera mano, o rentarla en el cajón de Maro Karomie, que, a final de cuentas, fue la mejor opción, pero ella insistió hasta que su esposo aceptó. Su intención no era del todo sentimental. Lo que en realidad quería era que Félix presentara a su familia a cuanta *meqsiqiyi* conociera. No fueran a pensar que, con ese porte y galanura, el hombre estaba disponible. No hubo quien se atreviera a contradecir a Nazira, y accedieron a su petición. Ni siquiera Abdo, quien a sus casi veinte años aún tenía que contar con el consentimiento de sus padres para darle cause a su propia vida. Se rehusaba a acatar la voluntad de su padre porque alteraba sus planes; sin embargo, aceptó renuente y respondió con el rostro encendido y la mandíbula apretada:

—Pues qué suerte tiene mi padre, que puede hacer lo que le venga en gana porque no tiene a su padre.

Nazira sugirió que vistieran a la usanza campesina, pero que eligieran en renta las mejores prendas, en especial si contaban con chaquetas de tela brocada, cinturón de tela satinada y *tarbuush* de lana rojo con borla de fina seda negra, y que lo separaran con tiempo para no tener problemas el mismo día de la cita con el fotógrafo. Félix asentía a cada una de las indicaciones de su esposa sin decir palabra ni emitir sonido que pudiera malinterpretarse. Cuando consideró que Nazira había terminado, preguntó:

—¿Y los chicos? ¿Qué van a vestir Columba y Hamid?

Nazira decidió que la única que estrenaría ropa sería Columba. Se había estirado los últimos meses y ya no le quedaba nada de su guardarropa. Consiguió un vestido usado, grande y de falda amplia, de seda cruda en tono oscuro, con un cuello de piel. Retiró la aplicación del cuello e hizo los ajustes necesarios. Pasó por su Singer la prenda y, cuando estuvo de su agrado, cosió de nuevo la piel al ribete del cuello del vestido.

Hamid no corrió con la misma suerte. El menor de la familia llevaría ropa reusada por sus hermanos que Nazira ajustó a su talla —porque no había necesidad de gastar de más—, medias altas y zapatos nuevos.

Fue Abdo quien acudió al estudio del fotógrafo y separó la cita calculando el tiempo que tardaban en entregarle las impresiones: dos domingos antes de la fecha programada para la salida de su padre de Beirut a Marsella. Llegado el día, asistieron al servicio religioso en la Catedral Ortodoxa Saint-Georges, en el centro de Beirut. Antes de entrar, los hombres se retiraron el *tarbuush* para descubrir su cabeza.

Durante la celebración, el obispo habló de la Sagrada Familia como modelo a seguir para padres e hijos. Abdo, encorvado, escuchaba al ministro, y sus palabras calaban hondo en su herida. Qué bien le haría a su padre seguir el ejemplo de san José, que no abandonó a María y al Niño. Se los llevó a Jerusalén, a Egipto y luego regresó a Nazareth, pero estuvieron siempre juntos. «Ojalá y aprendieras de él, viejo necio».

Asustado de sus propios pensamientos, el hijo mayor de Félix sacudió la cabeza y aparentó estar atento a la predicación.

Nagyb, por su parte, no escuchaba, pensaba. La partida de su padre había comenzado a dolerle desde el primer momento. Hacía tiempo que pasaban la mayor parte del día juntos. Temprano, ordeñaban las cabras, después de desayunar araban la tierra, podaban las moras, colectaban las semillas de los pinos y extraían los piñones. Félix le preguntaba sobre los injertos, las plagas y los tiempos de cosecha. Tomaba en cuenta su opinión, y la palmada en la espalda era un sello de "Tienes razón, así lo haremos". Nagyb lo

celebraba para sí mismo como un triunfo ante su padre. ¿Quién reconocería sus logros en su ausencia?

En los últimos días, el joven probó el sabor de la soledad. Su padre iba casi a diario a Beirut a cumplir los trámites para el viaje: el certificado médico, la vacunación, la venta de la última de sus preciadas "habasdeoro" en la Bolsa de Valores, el préstamo del banco. En fin, no le faltaba razón para dejarlo solo con el trabajo. Por las tardes, mientras su padre fumaba del *arguile*, sentados a la sombra de la higuera, comentaban los detalles del día.

—Hoy llené dos cestas de jitomates —dijo Nagyb—. Mamá se puso muy contenta y dijo que tenía buena mano. Le ayudé a subir una cesta al techo y los extendimos en el tapete al sol para que se secaran —terminó, orgulloso.

Su padre asintió complacido y le dio un par de palmadas en el hombro.

—Cada día estás más fuerte. —Y mirándolo a los ojos agregó—: Confío en ti.

Las palabras de su padre cayeron como una loza sobre los hombros del muchacho. Como si al contacto dejara el peso de la responsabilidad de la familia, de la casa, del cultivo, de la granja, de todo. A sus pocos años, Nagyb sabía que podía con eso, pero él no era el mayor; por tanto, era Abdo quien debía de hacerse cargo de todo.

Sentada entre sus padres en la banca de la iglesia, Columba se pegó a su padre en busca de calor, sentía frío. Más que nunca necesitaba de la seguridad de su abrazo, de sentirse protegida y cobijada. Nunca se habían separado. Papá estuvo todas las mañanas al despertar, todos los domingos para ir a la iglesia, todos los inviernos para calentar la casa con los gruesos troncos que salía a buscar, y estuvo también todos los veranos para jugar en el río y descansar a la sombra de la higuera. ¿Quién lo haría en lugar de papá? ¿Quién revisaría que en las noches frías estuviera cubierta? ¿Quién se compadecería de ella cuando el frío le calara hasta los huesos y no quisiera despertar, ni abrir los ojos, ni dejar de soñar? ¿Quién le recordaría que un día tendría el mundo a sus pies? Anhelaba que el tiempo de separación pasara de prisa para pronto

estar juntos de nuevo. La niña, recargada en su padre, escuchaba sin entender al sacerdote, ajena a que el tiempo se multiplicaría en varios inviernos antes de volverse a ver.

Félix, erguido, sentado en la orilla de la banca junto al pasillo central, sintió que era objeto de miradas. Le agradó la sensación de saberse observado o admirado, daba igual. Lo importante para él era la seguridad interior que proyectaba con su sola presencia. Desde que tomó la decisión de emigrar, se vio a sí mismo como un triunfador, como una verdadera cabeza de familia capaz de proveerles un futuro mejor.

Nazira no escuchaba, no meditaba ni oraba. Estaba quieta, tiesa, inexpresiva, apenas respiraba. «¿La familia de Nazareth como ejemplo?», se preguntaba ella. Imposible, María nació y murió santa y ella no lo era ni lo sería. Sentía furia por no haber podido mantener la promesa que se había hecho a sí misma de no dejar partir a Félix. La frustración de no tener recursos para viajar todos, aunque fuera en los sollados del barco, la desquiciaba, y lloraba por dentro, porque apenas habían logrado reunir lo necesario para un solo pasaje y dejar reservas para el resto de la familia.

De imaginar a su esposo en México, a Nazira se le dilataban las fosas nasales y le faltaba el aire. Lo imaginaba feliz, con la familia de su hermano y con las familias de los Abraham, los Isaac y muchos otros que se habían ido para no volver, y sentía envidia.

«¿Por qué no? Después de todo, yo no soy como María, y Félix no es como José. Usted no sabe de lo que habla, señor obispo», pensó con la mirada fija en el sacerdote.

Un fuego interior le quemaba desde sus entrañas al recordar a la *meqsiqiyi*, la mujer sin rostro y sin descripción, porque no había querido escuchar a Félix las veces en las que él estuvo dispuesto a hablar de ella.

«Si no estuviera en la casa de Dios y de María Santísima, no sé de lo que sería capaz».



Al terminar el servicio religioso, salieron a la calle y caminaron en silencio sin rumbo fijo. Disponían de un par de horas antes de la cita en el estudio fotográfico de Bachir Nasser, cercano a la Rue de Commerce.

—Voy con los muchachos al café —dijo Félix sin mirar a Nazira—. Nos vemos al rato para la fotografía.

Abdo y Nagyb siguieron a Félix, que avanzaba con paso ágil. Ignoraban que la sorpresa que su padre les tenía preparada haría enfurecer a su madre. Tal vez esa había sido la razón por la cual no los previno del cambio de planes para la fotografía.

Nazira y sus hijos menores giraron hacia el *souk* el Nourieh. Antes de llegar, se detuvieron en la arcada a comer algo porque Hamid tenía hambre. Eligieron una mesa al exterior. El día era caluroso, pero ahí corría el aire. Pidieron *labneh*, *manuushi* y *tabbule*. Nazira prefería su propia sazón en la comida, pero le resultó agradable ser atendida y no tener que hacerlo ella misma.

Al terminar, continuaron su camino. Se detuvieron con un comerciante de artículos importados de Alemania. Compró unas navajas de rasurar para mandar de regalo a su cuñado Salomón, otras para sus hijos y unas más para Félix porque consiguió mejor precio al comprar toda la existencia.

En el puesto de al lado se ofrecía ropa usada en buen estado. Llamó su atención una chamarra cazadora de tela de gabardina gruesa, con cuatro botones al frente y dos grandes bolsillos. Decidió comprarla para que Hamid luciera un poco más formal en la fotografía.

—Es el regalo adelantado a tu cumpleaños —dijo Nazira, consciente de que un niño de su edad nunca elegiría ropa como regalo.

Caminaron hacia la Plaza de los Mártires y cruzaron la calle en busca de un lugar sombreado en la plaza. El calor apretaba a esa hora del día. Compraron limonada a un vendedor ambulante, y cuando el reloj del Gran Serial marcó que faltaban quince minutos para la cita, Columba y Hamid, tomados de la mano de su madre, se encaminaron hacia el estudio de Bachir Nasser. Pasaron frente al

Grand Hotel D'Orient. Félix y sus hijos podrían estar por ahí, pensó Nazira, pero no los vieron.

—Miren por dónde pisan —pidió Nazira a sus hijos mientras cruzaban la calle. Los coches tirados por caballos dejaban huellas de su estancia y paso por la calle frente al hotel.

Hamid se soltó de la mano de su madre para taparse, con una, la nariz y, con la otra, la boca. Llegaron al estudio de Nasser y comprobaron que Abdo, Nagyb y su padre no habían llegado aún, por lo que decidieron esperar afuera. Columba se detuvo a leer los letreros de los locales aledaños para practicar su lectura en francés.

—Grand Hotel D'Orient. Bassolul's Hotel. Pâtisserie du Bassoul. *Salon de coifure*.

La siguiente palabra no supo leerla. Sabía lo que significaba en francés y árabe, pero desconocía la pronunciación. Un hombre sentado en una silla frente a la puerta del local la miraba, curioso.

—*Hairdresser, mademoiselle*. Es en inglés. Su francés es muy bueno —dijo el hombre poniéndose de pie—. Podemos hacerle un lindo peinado para su fotografía.

Columba, sorprendida, se ocultó detrás de su madre sin dejar de ver al hombre que, cauteloso, se acercaba a ellas. Vestía a la usanza turca y portaba el típico *tarbuush* en la cabeza. Ni parecía ni hablaba como extranjero. Con voz amable les explicó que su esposa atendía a las mujeres en la peluquería. Añadió que la mayoría de los clientes de su vecino Bachir Nasser, el fotógrafo, pasaban por su local antes de ser fotografiados. Nazira miró el cabello encrespado de Columba por el calor. Preguntó cuánto tardarían en hacerle una trenza y el costo. Acordó el precio y entraron al modesto establecimiento. Se veía por un lado un sillón de barbero para caballero, frente a un espejo adosado a la pared. Del lado contrario, un sillón más pequeño frente a otro espejo. En la pared del fondo se encontraba un mueble de madera con olor a tiempo y gastado por los años, donde estaban colocados los productos y enseres de peluquería.

Con manos hábiles, la estilista cubrió con una capa de tela ligera el cuerpo de la joven y la ciñó por el cuello. Tomó una lata del viejo mueble a su espalda, la abrió y con dos dedos tomó una generosa cantidad del producto, lo frotó entre sus palmas y lo extendió por la

cabeza de su nueva clienta, desde la coronilla hasta los medios. Pasó varias veces las manos con energía por la cabeza de Columba, hasta que el encrespado cabello cedió a la presión de la peinadora. Lo desenredó con un peine de carey y le trazó una raya por un lado para separar la larga y frondosa cabellera en dos partes. Luego las unió por un mismo lado y tejió una gruesa trenza que pasó sobre su hombro. Columba no se reconoció en el espejo. Solía peinar su cabello hacia atrás, como su madre, y recogerlo hacia la nuca.

—¿Te agrada? —preguntó la estilista con una sonrisa en los labios mientras limpiaba sus manos con una toalla humedecida—. ¿Te aplico un poco de *qejel* en los ojos? —dirigió su mirada a Nazira —. Ya tiene edad, ¿no?

Nazira asintió en gesto de aprobación.

Columba se puso en pie después de que le retiraron la capa con que la habían protegido. Se acercó al espejo para ver la nueva expresión de sus ojos. Toda su imagen era diferente, pero a ella le agradó.

—A ver qué te dice mi papá —advirtió Hamid—. No le va a gustar cómo te ves, porque así no te pareces a su princesa.

Nazira rio ante la ocurrencia de Hamid. Columba le hizo un gesto de desagrado a su hermano. Ajenos a la sorpresa que Félix y sus hijos les habían preparado, salieron del local.



El estudio fotográfico de Bachir Nasser, aunque modesto, cobró fama por sus retratos familiares. El ex fotógrafo de guerra encauzó su habilidad y conocimiento a capturar imágenes de seres viviendo la vida. Quería dejar atrás las imágenes de personas viviendo su muerte, y lo logró, aunque estas últimas no salieron de su memoria.

Avecindado cerca de la Plaza de los Mártires, ofrecía a sus clientes opciones de lienzos al óleo para ambientar el fondo de la captura. Una vez seleccionado, este era colgado sobre la desvencijada pared de baldosas desgastadas.

Nazira y sus hijos salieron de la peluquería con la idea de encontrar al resto de su familia afuera del local, pero no los vieron. Decidieron esperar junto a la puerta para no perder el horario de su cita. Un trío de elegantes caballeros con facha de distinguidos europeos esperaba afuera del local, quizás para ser atendidos. Hamid los miró curioso y sin disimulo. Los más jóvenes calzaban zapatos blancos con cintas del mismo color y la suela volada. Lo primero que se le ocurrió fue que con esos zapatos no podrían andar por el bosque ni el campo, ni recolectar higos ni treparse para sacudir las ramas de los pinos y hacer caer las piñas. Se ensuciarían de inmediato, pensó. Siguió con su mirada los pantalones, largos y de pierna recta, con un doblez hacia arriba sobre el zapato, como si les quedaran largos, pero no estaban arrugados. El saco era del mismo color del pantalón y las mangas llegaban justo a la altura de la muñeca. Uno de los hombres jóvenes llevaba chaleco y el otro no. Ambos usaban corbata de seda a juego y portaban un botón redondo en la solapa. Hamid siguió el meticuloso recorrido iniciado desde los zapatos y se detuvo en unos bigotes perfectamente recortados y arreglados con las puntas dobladas hacia arriba, con perfección milimétrica. De pronto, los reconoció. Sin salir de su sorpresa, los señaló con el dedo índice y, de inmediato, una carcajada llenó el espacio que los separaba. El trío de caballeros, Nazira y Columba se volvieron hacia Hamid, y entonces todos se identificaron. Por apenas unos cuantos segundos, habían estado un grupo al lado del otro sin advertir que se trataba de ellos mismos.

—Zapatos blancos de punta. ¡Parecen de payaso!

El niño señalaba y reía. Reía y señalaba los zapatos de sus hermanos que hicieron el intento de cercarlo entre ambos para jugar con él como si fuera un balón de fútbol. Hamid los retaba a que corrieran tras él, pero Abdo y Nagyb guardaron la compostura. No se ensuciarían ni por vengarse de las burlas de su hermano. Esta vez, no responderían a las provocaciones del menor de la familia; lo harían más tarde.

Mientras ese juego se daba entre los tres hijos de la pareja, Nazira miró a Félix con el descaro con el que miraría a un ciego. Se veía tan guapo, tan atractivo, que al mismo tiempo que se sentía

atraída, un sentimiento se despertó en ella como un dragón dormido, con furia contenida. ¿Qué se había hecho? ¿Por qué se atrevía a arreglarse así? No parecía el mismo de quien se despidió al salir de la iglesia. Nazira se hizo consciente de su propio aspecto. Esa mañana se había puesto su mejor vestido de domingo, con el que asistía a la iglesia, y limpió sus viejos y cómodos zapatos. Se había arreglado el cabello y lo cubierto con un *shaal* con aplicaciones de flores, y lo cuidó todo el día para que no se le descompusiera. Ahora, al lado de Félix y sus hijos que vestían como de ciudad, se sintió como una pobre, enfurecida y entristecida campesina.

«Eso será solo por fuera», se dijo Nazira, y pasó frente a ellos y entró al local del fotógrafo. Félix y sus cuatro hijos lo hicieron detrás de ella.

—¡*Ahlawsahla*! Bienvenida, familia Anoun. Pasen por favor a mi humilde local —dijo Nasser a sus clientes—. Don Félix, espero que esté de acuerdo con el fondo que elegí para su fotografía familiar.

Se trataba de un lienzo pintado a mano que había colgado sobre la pared de fondo. En la imagen se apreciaba una esquina formada por dos arcos. Uno de ellos abierto con luz al fondo y una cortina recogida por el centro, de modo que formaba una onda suave. Nasser preguntó si querían un tapete persa para cubrir la tierra del piso y Nazira se negó.

—Nosotros vivimos con los pies en la tierra, señor Nasser. Así está bien.

Nadie se atrevió a contradecirla.

—Está todo listo. Pasen, por favor. —Con un ademán les indicó que avanzaran hacia el estudio—. Señora, usted en esta silla, coloque sus manos sobre sus rodillas. Muy bien. Señor, usted a su lado. Gire un poco. Señorita, usted en medio de sus padres, al centro. Perfecto. Caballeros, uno de cada lado. Joven, usted al lado de su madre.

Hamid colocó su mano sobre el hombro de su madre.

—Bien. No se muevan, haré unas pruebas.

En silencio, esperaron y siguieron las instrucciones del fotógrafo que cubría y descubría su cabeza con un lienzo negro detrás de la cámara. Hacía ajustes en el fuelle y en el lente para lograr el

enfoque perfecto. Cuando estaba a punto de accionar la cámara para perpetuar la imagen dentro de la caja negra, miró a Nazira. A diferencia de su familia, que lucían como gente de la ciudad, ella era la viva imagen dominical de la mujer de la montaña. Ataviada con lo que pudiera ser su mejor vestido y un *shaal* en la cabeza, sostuvo la mirada del fotógrafo que la observaba perplejo. La prenda denotaba la delgadez de la tela desgastada por el uso y las lavadas. Completaba su atuendo con un par de zapatos de tacón, tallados y desgastados con unas suelas a punto de ser traspasadas por el barro y la arcilla del piso del estudio. No había querido usar los zapatos nuevos porque "Todavía están duros y me duelen los pies".

Bachir Nasser quiso decirle algo a Nazira, pero no se atrevió. La mirada de la mujer lo puso nervioso.

—Tengo que volver a ajustar. No se muevan, por favor.

Ese era el deseo de Columba: que nadie se moviera, que todos quedaran estáticos, paralizados. Que los olivos dieran aceitunas y se cayeran solas al piso, que los pajarracos negros se las comieran y luego las escupieran por amargas. Que viniera el otoño y el piso se cubriera de hojas de todos colores. Que luego las cubriera la nieve y llegara el día, el gran día esperado por toda joven libanesa: su cumpleaños número quince. Y entonces, solo entonces, podrían romper el encantamiento y continuar sus vidas, comenzando por su celebración. Primero la misa de acción de gracias con el padre Charbel en Saint-Georges y luego, en el espacio aledaño a la parroquia, su baile; el primero, con su padre en público, después, con sus hermanos. Y que acabara el año, y luego su festejo, y llegara la primavera, y vendieran todo y se fueran juntos a México. Y allá tomaran una nueva fotografía. «¿Tomarán fotografías allá?». Dudó y de inmediato lo descartó, qué importaba eso si llegaban y permanecían juntos, como siempre, aunque mamá llorara mientras cocinaba y papá saliera dando un portazo, porque antes del anochecer él siempre regresaba.

—No se muevan. —El fotógrafo interrumpió sus pensamientos—. Un momento más. Quietos… y miren aquí —señaló con un dedo el lugar exacto a donde dirigir su mirada.

Hamid apretó su mano sobre el hombro de su madre para que sintiera su presencia. Esperaba que no lo viera más como a un niño, aunque fuera el pequeño. Que en el calor de la palma de su mano sintiera su lealtad. Que escuchara las palabras que nunca escucharía: "Aunque todos se vayan, yo no me iré; tú cuentas conmigo".

Félix tomó entre el índice y el pulgar la punta de su recién recortado bigote. Lo enroscaba hacia arriba con parsimonia, lento, cuidadoso. Primero un lado y luego el otro. El Turco regresaría a México para hacerse rico. Nunca hubiera decidido irse si no fuera por el agotamiento del futuro que padecía. Tenía tan poca esperanza que temía perderla del todo si no se iba de una vez. La carta de su hermano completó lo que hacía falta para animarse. Pasó desapercibido, para todos los que la leyeron, que estaba fechada dos años atrás.

Si algo había aprendido Bachir Nasser era a mirar a través de sus ojos, en el interior de las personas que fotografiaba. En los clientes que atendía aquella mañana percibía señales diferentes en el fondo de su alma. La niña tenía un dejo de nostalgia. El chiquillo de postura erguida, levantaba el mentón con altivez. De los dos jóvenes mayores, el más alto y atractivo, y al parecer el mayor, lanzaba alfileres por los ojos, y por eso Nasser evitó cruzar mirada con él; le enchinaba la piel. El otro joven, más parecido a la madre en el físico, tenía la vista fija en el lente de la cámara, pero parecía estar muy lejos de ahí. Y a la señora no sabía describirla. Su aspecto no parecía embonar con el resto de su familia; sin embargo, todos seguían sus indicaciones, y él no era la excepción. Nazira esperó paciente el comentario del fotógrafo sobre su aspecto que no se decidía a hacer, y rompió el silencio.

—Señor Nasser, tome la foto y no se preocupe. Ya todos han hablado por usted y me han dicho lo que piensan de cómo me veo. —Tomó por sorpresa al fotógrafo y, con voz suave, agregó—: Yo decidí vestir así porque esta soy yo. Lo importante es lo que usted vea en los ojos de cada quien, porque dentro, dentro está la verdad.

~

Los preparativos para la partida de Félix se sucedieron uno a otro con inusitada rapidez. El momento para viajar era el ideal. Si esperaba más tiempo, las circunstancias podían cambiar y, después de lo vivido, aprendió a no hacer planes ni con su vida ni con sus cosas. Las oportunidades eran para aprovecharse o dejarse pasar. Dejar el *bled* comenzaba a doler, por eso dejó de pensar en ello.

«La tierra de mi familia será la que habitemos juntos, estemos donde estemos», se convenció Félix. Además, se podía ir tranquilo porque el resto de su familia se las arreglaría para salir adelante. Decididos a ahorrar lo más posible y con lo que él reuniera y les mandara en la primera oportunidad, podrían irse todos. Las restricciones para los jóvenes habían sido suspendidas hasta nuevo aviso.

Nagyb se encargaría de colectar las cosechas, podar las hojas de las moreras y enviarlas con Sami al taller de Maclouf, que tomaba un nuevo aire. Aunque no lo mencionara abiertamente con su hijo, sabía de sus visitas nocturnas a la taberna. Si seguía con la misma racha y se cuidaba lo suficiente, eso le dejaría un dinero extra con cada pelea ganada.

—Te lo encargo mucho —le había dicho Félix a su amigo el cartero.

—No te preocupes, no lo dejo solo y, ya sabes, de lo ganado les reparto propina para que le escojan a los peleadores —masculló con el cigarro entre los labios.

Hamid ayudaría a su hermano llevando al *abu* lo que este separara para el consumo familiar. Cuando su madre se lo pedía, ensartaba con hilo el *angú* y los jitomates para ponerlos a secar al sol. Al terminar, tenía permiso de jugar con sus soldados o tocar el *derbake*, convertido ya en su instrumento favorito.

Nazira, además de las labores de la casa, seguiría con las confecciones de vestidos de bautizo. Afortunadamente, nacían niños todos los días, y la demanda de los trajes, elaborados según la última moda francesa, aumentaba al mismo ritmo. Si las condiciones

de vida se mantenían, los ingresos por la venta de ropones se mantendrían también.

Columba, su princesa, con gran habilidad ayudaba a su madre a trazar y cortar los patrones de los trajes de bautizo de los bebés. Hacía el hilván a mano para que su madre pasara la Singer por la costura. También ayudaba con las labores de la casa y la conserva de alimentos, por lo menos con lo que llevaba menos riesgo. Su madre aún no le permitía acercarse al fogón a preparar las mermeladas.

Y Abdo, el soñador realista —como lo llamaba el padre John—, avanzaba con su práctica del francés y su entrenamiento en la compañía de aviación. Esperaba que pronto lo asignaran como mayordomo para un vuelo entre Beirut y Ámsterdam. Todos los días repasaba sus lecciones en francés: "¿Esta cómoda, señora?", "*C'est confortable, madame?*", "¿Desea otra bebida, caballero?", "*Voulez-vous un autre verre, monsieur?*", "Estamos por despegar, abroche su cinturón de seguridad", "*Nous sommes sur le point de décoller, attachez votre ceinture de sécurité*".

—Hasta dormido hablas francés —comentó Nagyb a su hermano, imitando los sonidos guturales que este hacía por las noches—. No sé si ladras, roncas o hablas —añadía burlón.

Félix confirmó que, sin duda, era el mejor momento para viajar a México. Nazira y sus hijos tenían ingresos estables, con un ahorro programado y la venta de algunos objetos de su casa completarían para viajar en corto tiempo. Si no en avión como planeaba Abdo, al menos en barco, en una clase intermedia.

Despidieron a Félix en el muelle del puerto de Beirut un soleado domingo de mayo, pero antes acudieron al servicio religioso en la Catedral Ortodoxa Saint-Georges. Al finalizar, Sami Salami los esperaba en el exterior con el equipaje en la carreta. Félix prefirió recorrer la distancia y caminar, Nagyb y Hamid lo acompañaron. Nazira y Columba subieron al lado del cartero. Abdo hizo lo mismo, pero prefirió hacerlo solo. No sabía hasta qué punto la decisión de su padre afectaría sus planes, pero su intuición era correcta.

En el puerto, con las máquinas encendidas, esperaba el SS Pierre Loti. un barco de unas cinco mil toneladas asignado a la línea

circular del Mediterráneo. Félix abrazó con fuerza a cada uno de sus hijos; a Columba, con ternura y calidez. Miró a Nazira a los ojos, estaban secos; los de él también. Besó su mano derecha y luego la besó en ambas mejillas. Antes de girarse para subir al barco les regaló una amplia sonrisa. Su figura gallarda y elegante sería la última imagen estampada en la memoria de cada uno de ellos. Agitó la mano y subió la escalinata.

Desde la baranda de segunda clase, Félix agitaba ambos brazos a lo alto de su cabeza. Buscaba a su familia entre la multitud agolpada en el muelle. Hamid y Columba saltaban y agitaban los brazos para que su padre los viera. Nazira, Abdo y Nagyb se quedaron parados hasta que la nave se perdió en el horizonte envuelto en una suave niebla. Suspiraron con un aliento de esperanza, sin saber que uno de ellos nunca volvería a ver al Félix que despidieron.

Capítulo 26

Sin noticias

Con el transcurso de las semanas, se desvanecía la esperanza de recibir noticias de Félix desde México. Las únicas recibidas provenían de Marsella. Había llegado bien y ya contaba con boleto trasatlántico de la Compagnie Générale Transatlantique. Como no había precisado el nombre de la embarcación, hizo imposible conseguir más información. Sin desgastar su esperanza, Abdo visitaba a diario la oficina de la compañía Messageries Maritimes, cercana a las oficinas de la KLM, en busca de correspondencia.

—No hemos recibido nada de Marsella, y si no le doy nada, es porque no ha llegado nada para ustedes —dijo el empleado de la oficina en Beirut, un tanto desesperado. Y agregó en otro tono para no exaltar los ánimos del caballero que a diario y a la misma hora llegaba al mostrador con la misma pregunta—: Cada vez que viene el Loti, voy a la aduana del puerto a buscar lo que llega, entre eso, la correspondencia. De México ha llegado muy poca en los últimos meses.

—Muy poca sería algo —replicó Abdo con ira contenida—. ¡No hemos recibido ninguna! La única que llegó venía de Marsella.

El empleado se encogió de hombros y Abdo salió de la oficina y se aseguró de cerrar la puerta con cuidado. La escena se repetía todos los días. Concluidos los entrenamientos como mayordomo, Abdo esperaba la notificación para su primer vuelo de prueba. Esa noche, durante la cena, comentó con su familia los detalles de lo que podría ser su primer servicio, extasiado por la experiencia del

viaje en avión que ya comenzaba a disfrutar. Nagyb estaba taciturno mientras lo escuchaba, pero Nazira se sintió horrorizada. No concebía la idea de que otro hombre de su familia viajara lejos de casa.

Columba inició una etapa en la que sus sentimientos eran confusos incluso para ella. Había días en los que lloraba desde el alba hasta el anochecer, y de pronto volvía a una normalidad que perdía. Esto se repetía unas semanas después, y desde entonces, mes tras mes. Por su parte, Hamid imitaba el vuelo del avión con sus juguetes de plástico y soñaba ser como su hermano mayor cuando fuera grande.

Columba acomodó los platos en la mesa; ya sin preguntar, incluyó a Karim, que se había hecho asiduo a la casa. Al centro, puso un plato con jitomates y pepinillos rebanados, aceitunas preparadas y el *labneh* que había sacado de la bolsa donde se ponía a escurrir.

Hamid se acercó con cautela a Nagyb para preguntar, temeroso, lo que nadie se atrevía:

—¿Se murió papá?

Recibió una de las respuestas que no quería oír:

—¡Yo cómo voy a saber! —Nagyb se levantó, molesto, y salió de la casa.

El viento de la tarde silbó entre los huecos de la montaña. Haría frío esa noche y quizás cayera algo de nieve. Era un presagio. La esperanza de recibir noticias de Félix invernaría junto con los osos y las ardillas. Después de la primera floración vendría el siguiente barco, y entonces la esperanza despertaría de nuevo.



Columba se paró frente a la ventana. La luna no alcanzaba a iluminar la noche, pero ella escudriñaba entre la oscuridad como si buscara algo. Las lágrimas escurrieron con libertad. Las dejó que rodaran libres, tan libres como la nieve que comenzaba a caer. Tan libres como ella quería serlo para salir y correr en busca de su padre.

Tocó el vidrio con la palma de su mano y el frío le llegó hasta el hombro. Se preguntó si al vidrio le dolería el frío tanto como le dolían a ella la mano y los recuerdos. Pensaba en su papá todo el tiempo. Se preguntó quién lo cobijaría si tenía frío; quién le daría de comer si tenía hambre. Quién le alegraría los días tristes.

Nazira la observaba desde la cocina mientras preparaba la masa del pan, y adivinó sus pensamientos. Para ella, la niña era un libro abierto, y en sintonía con su hija, siguió con su propia reflexión hasta llegar a Félix. Ella también lo extrañaba. Añoraba su presencia, sus gritos y sus silencios. Le hacía falta de día y de noche. Sus preocupaciones, anhelos y suspiros salían por alguna rendija bajo la puerta en busca de su amor, del hombre de su vida, de aquel que le había prometido, miles de veces, no volverse a ir. Lo imaginaba en sus ratos de trabajo con las mangas arremangadas y las largas manos metidas en la tierra, pero en México no era un campesino, era comerciante, vestía de traje y corbata todos los días. Sin embargo, las imágenes en su recuerdo no eran suficientes para recrearlas así.

Por las noches, después de asearse y sentarse frente al fuego, comenzaban las preguntas. ¿Con quién compartiría sus anécdotas del día?, porque eso sí, siempre tenía. ¿Quién se reiría de sus ocurrencias y quién aceptaría sus apuestas? ¿Quién se sentaría en su regazo y le acariciaría la mejilla, a pesar de que la barba le raspara la palma de la mano? ¿Con quién reiría, a quién le haría promesas y quién se perdería en el fondo de sus ojos? Se sacudió el cuerpo. Cada vez que el recuerdo de la *meqsiqiyi* asomaba a su mente, lo alejaba como mosquito en la oreja antes de que hiciera daño. Cada vez que daba espacio a esos pensamientos, sentía un doloroso vacío en el estómago.

Estrujó la masa con tal energía que, cuando la golpeó sobre la mesa, Columba salió de su estupor y se volvió.

—¿Necesitas ayuda, mamá?

Nazira negó con un movimiento de la cabeza sin levantar la mirada.

Las preguntas quedaron en el aire, y en silencio terminaron la preparación para la cena. Como autómatas, se movían dentro de la

casa por el frío invernal que se traspasaba hasta el corazón, que les dolía en cada latido.

Nagyb entró por la puerta cargado de leños, se sacudió la nieve y se acercó a avivar el fuego. Luego de saludar a su madre y hermana con un beso cariñoso en la mejilla, se arrodilló junto a Hamid y le hizo cosquillas. Los gritos del más pequeño de los hermanos rompieron la tensión en el ambiente.

—Deja a tu hermano en paz, no lo molestes —le gritó Nazira desde la cocina con tono de agobio; eso era cosa de todos los días —. ¿No ves que está tranquilo jugando?

—Pero si me estaba esperando para jugar —replicó Nagyb con Hamid sobre sus rodillas y sus manos en las costillas, sin voltear a ver a su madre.

—¡Columba, ayúdame! —pidió Hamid entre carcajada y carcajada.

—¿Para qué dejas que te haga eso? —respondió la hermana al llamado de auxilio de su hermano menor.

En esas estaban cuando la puerta se abrió de repente y entró Abdo sacudiéndose la nieve del abrigo. Se lo quitó y lo colgó en el palo de madera incrustado en la pared.

—Todos los días es lo mismo. —Dio un beso a su madre y señaló a sus hermanos menores—. Ya verán lo que es bueno —advirtió, e hizo un cariño en la cabeza a Columba antes de tirarse al piso con Nagyb y Hamid.

El menor de la familia era como un muñeco entre las manos de sus hermanos. Cada vez que jugaban así, lo lanzaban de uno a otro como si quemara, y el pequeño reía a más no poder. Abdo y Nagyb simulaban pelear entre ellos por el trofeo que representaba su hermano. Así seguían hasta que su madre los llamaba a cenar. Entonces, corrían para ver quién llegaba primero al cazo con agua entibiada por estar cerca del *mawqade*. Se salpicaban agua en la cara, embarraban de jabón el rostro de Hamid, y el juego terminaba cuando el menor comenzaba a quejarse de ardor en los ojos. Lloraba, pero no se atrevía a reconocerlo delante de sus hermanos mayores porque se burlarían de él el resto de la noche y ya no jugarían con él.

—¡Siempre eres el último, Hamid! —dijo Nagyb, risueño—. ¿Cuándo vas a aprender a obedecer a mamá?

Hamid, sentado en su asiento, dio una patada a Nagyb por debajo de la mesa mientras se tallaba los ojos y disimulaba sus lágrimas.

Luego, como siempre, todos hablaron al mismo tiempo, se sirvieron la comida y Nazira les llamó la atención cuando hablaban con la boca llena. Siempre cuidaba de sus modales; decía que la educación se mide por la boca: al hablar y al comer, por lo que siempre debían ser educados y no dar de qué hablar a la gente.



Los días corrían a paso lento. Pesaban en los hombros, en el ánimo y en los pies. De pronto, el sonido de las campanillas del carruaje del correo hizo que el corazón de Columba diera un vuelco. Soltó el canasto y corrió hacia la verja. Decenas de aceitunas negras rodaron por el suelo. Saltó los matorrales para salir al encuentro del cochero.

—¡Cuidado, niña! —exclamó Sami Salami. Luego de la sorpresa, suavizó la voz y añadió—: Te he dicho que cuando traiga una carta de tu padre sonaré a repiques las campanas, ¡no me saques esos sustos! ¡Aja! —gritó al caballo mientras tiraba de la rienda y se alejó al trote del animal, conmovido por la tristeza en el rostro de la joven.

«¡Qué más quisiera yo que ser el que le trajera buenas noticias!», pensó Sami Salami y continuó su camino.

Columba sabía que su papá no volvería, pero al menos esperaba recibir una carta, un recado, una noticia más allá de la que habían recibido cuando había zarpado de Marsella. Se dio la vuelta y corrió hacia la casa. Se topó con su madre, pero evitó mirarla. Ambas sufrían por la misma situación. Ambas esperaban a diario recibir noticias. Ambas deseaban que al cerrar los ojos el tiempo se detuviera y, al abrirlos, estuvieran de nuevo juntos. Pero como ambas también sabían que eso era imposible, mejor se evitaban.

Compartían las tareas de la casa, del huerto y de la costura, y pronunciaban solo las palabras necesarias.

Cuando caminaban montaña abajo, hacia el taller de Jacobo Maclouf a recoger la merma del hilo de seda para usarlo en sus trajes de bautizo, lo hacían juntas y en silencio. De regreso las acompañaba el sonido de las chicharras de la montaña y de las ramas de los pinos piñoneros mecidos por el viento. Recogían juntas el trigo desperdigado después de la siega, costumbre que no perdieron hasta el último día de estancia juntas en Líbano. El chapoteo de sus pisadas en el lodo y frases como: "Acércame la cubeta" o "Ya no hay más", rompían la monotonía del silencio. Las visitas de Karim marcaban una diferencia. Ambas hablaban, sonreían y charlaban con él, pero no entre sí.



Una noche, después de cenar, mientras Nazira y Columba recogían la mesa y la cocina, alguien llamó a la puerta con fuerza. Abdo hizo el intento de atender, pero su madre le hizo una seña para que no lo hiciera. Ella misma atendería a ese inusual llamado. Abrió la puerta y se encontró con Jacobo Maclouf que estrujaba el ala de su sombrero con ambas manos. Se disculpó por llegar a esa hora sin avisar y agregó:

—Traigo noticias de su esposo.

Nazira lo invito a pasar.

—¡*Ahlawsahla*! Acabamos de comer. Siéntese, don Jacobo, que ahora le sirvo.

—*Sajtéin*. *Allá yberqiq*. Solo un café, muchas gracias —dijo sin sentarse y continuó: —Ayer fui al muelle a recoger un paquete que me enviaron de París, le traigo uno de los ejemplares nuevos de la revista.

Abrió un bolso y se lo entregó a Nazira, quien la hizo a un lado y musitó:

—¡*Shúqran*! —dijo escueta y lo animó a continuar.

—Le decía —continuó Jacobo—, estaba en el puerto y me pidió un mensajero que se lo entregara en persona.

Sacó del bolso un paquete atado con el nombre de Nazira y la indicación de entregar, en persona, a Jacobo Maclouf.

—Columba, prepara café para don Jacobo. Sirve dos tazas —dijo Nazira para disimular la turbación que le producía esa visita. Se limpió las manos en el delantal, se sentó en la silla, porque le flaquearon las piernas, e indicó al visitante que hiciera lo mismo.

Don Jacobo se sentó y Nagyb y Abdo lo imitaron. Hamid sostenía con fuerza un puño de soldados de plomo en cada mano.

Capítulo 27

Vuelve el Turco

Al arribar a Marsella, Félix se sorprendió al notar que la actividad del puerto era mucho más agitada de lo que había visto años atrás. Después de la Gran Guerra, el comercio entre el país galo y las colonias francesas dispersas por el mundo le dio un mayor auge y crecimiento. Sin perder sus detalles característicos en su entorno, la modernidad cobraba vida. Se hospedó en la propiedad de Elías Kjalil, y desde ahí escribió la primera carta a su familia. Les sugirió que se hospedaran en ese hostal y les dio las indicaciones para localizarlo. Comentó, además, que le tomaría algunos días partir hacia La Habana y de ahí a Veracruz. Terminó su carta con palabras de amor y añoranza, y la selló con la firma de su puño y letra.

Omitió contarles que sus impulsos para las apuestas comenzaron a palpitarle recién abordó, ya que eso le quitaría paz a Nazira. Antes de subirse al Mexique para su viaje por el Atlántico, depositó la carta en la oficina postal. Durante el trayecto tuvo altas y bajas en sus apuestas, pero al final el balance fue a su favor. Llegó a La Habana con el orgullo crecido y la intuición bien colocada.

El barco pasó una noche de pernocta. Los pasajeros tuvieron oportunidad de recorrer la isla. Félix encontró semejanzas con el México que había conocido años atrás. Seguro de sí mismo y confiado en sus corazonadas, se identificó a sí mismo como el Turco y se acercó a un grupo de jugadores. Puso su apuesta sobre la mesa, y en unas cuantas horas se levantó de ahí con ganancias que triplicaron la suma inicial.

Tres días más tarde, el barco atracaba en el Puerto de Veracruz.

Antes de desembarcar, se encontró con Domingo Kuri. El originario de Qártaba, formado en un seminario, había desarrollado habilidad para los idiomas y una vocación de ayuda a sus coterráneos. Después de varios años en México, ya dominaba el español. Fiel a su costumbre, subía a los barcos trasatlánticos en busca de paisanos del *bled*. Al subir a cubierta, preguntaba: "¿Quién habla árabe?", y de inmediato se reunía la gente a su alrededor. Una vez identificados, los orientaba respecto a sus familiares radicados en el país anfitrión. Reconocido como "el Cónsul", gozaba de una excelente reputación por su avidez de servicio.

—¡Ya llegó el Turco! —gritó Félix, refiriéndose a sí mismo, al tiempo que abrazaba a Domingo y le besaba ambas mejillas.

—¡*Ahlawsahla*! ¡*Allá yberqaq*! ¡Ya extrañaba tu saludo, Félix, qué gusto verte! ¿Cómo está el *bled*? ¿Cómo están las cosas en casa?

Mientras almorzaban en Los Portales, Félix se percató de que su paisano estaba al tanto de los sucesos en Líbano. Conocía de la devastación que había causado la langosta, de las invasiones turcas que, por consecuencia, provocaron enfermedades y hambruna, del fin del Imperio turco y del nuevo gobierno francés. Lo que ignoraba, porque era imposible que lo supiera si no se lo contaban de viva voz, era del olor a muerte que cubrió Beirut durante la guerra y la invasión. De los cientos o quizás miles de cadáveres que sirvieron como cimiento para reconstruir el puerto que ahora lucía en sus calles modernos edificios de estilo francés. De la desesperación por falta de oportunidades y de recursos para reiniciar las vidas de los habitantes de la montaña. Que cada miembro de cada familia tenía heridas tan profundas como Ouadi Qadisha.

—Y con orgullos tan erguidos como los cedros de Bsharre —agregó Félix, agachó la cabeza y guardó silencio.

El Cónsul enmudeció ante el relato de su amigo y paisano. Líbano le dolía tanto como le dolía México. La llamada Revolución mexicana había afectado a todo el país y no parecían haber sido tan diferentes sus efectos que los de su patria: dolor, incertidumbre, escasez, miseria, hambre… muerte. Muerte incluso de ilusiones, de esperanza y confianza en el futuro. ¿Cómo era posible que en dos lugares del

mundo tan distantes y distintos hubieran vivido semejantes realidades? Le dolía ver a su amigo tan abatido y trató de animarlo:

—Pero el Turco ha vuelto, y eso es buena señal —afirmó Domingo Kuri, y cuestionó—: ¿Me equivoco?

Félix le devolvió la sonrisa y asintió como para decir: "Muy buena señal; el Turco ha vuelto".

—Nadie tan afortunado como el Turco —aseguró Félix—. Solo yo disponía de la última de las "habasdeoro" que Nazira accedió a vender para pagar mi viaje y dejarles a ellos una buena suma para que luego pudieran viajar.

Félix no dudaba de que, con la suma de los ingresos de Nazira por la venta de ropones, los de Nagyb con las peleas concertadas por Sami Salami, el salario de Abdo y lo que él mismo les enviara, antes de un año estarían todos reunidos, y así se lo hizo saber a su amigo libanés.

Una vez recobrado su buen ánimo, puso al tanto a su anfitrión sobre su familia. Le contó de los sueños de aire de su hijo mayor, de su trabajo en la línea aérea, de su empeño por estudiar francés y de lo gallardo que lucía con su uniforme de capitán, aunque solo atendiera las ventas de mostrador. También le habló de las locas aspiraciones del segundo, que soñaba con ser un señorito de ciudad y dejar el trabajo del campo para otros. Con un suspiro, se refirió a Columba como su princesa, como el mejor regalo que la vida le había dado, porque el día en el que ella nació había marcado un antes y un después para él, su familia, el pueblo, el puerto y el mismo *souk* El Tayeb.

—El menor se llama Hamid —terminó, sonriente—, él pone el toque de alegría y locura en la casa.

Antes de mencionar a Nazira, suspiró profundo y negó con la cabeza.

—No la merezco, y sabes por qué.

Dijo que Nazira era lo mejor que le había pasado. Sin su perdón, no habría podido recuperar su vida y a su familia; sin su apoyo, no habrían logrado conservar las "habasdeoro" hasta momentos decisivos de su necesidad económica. Con la venta de la primera, le había comprado su máquina de coser y, con ello, había obtenido una

nueva fuente de ingresos. Y al final, ella había aceptado que él se adelantara a prepararles el camino para el reencuentro.

—Se lo debo todo —terminó Félix con un nudo en la garganta.

Domingo decidió que no eran ni el lugar ni el momento para ponerse sentimentales. Se disculpó para ir al baño y, cuando regresó, le dio un giro a la conversación.

—El presidente Díaz hizo mucho bien al país, pero no quería dejar el poder, y eso trajo problemas —comentó con nostalgia—, uno detrás de otro después de que te marchaste.

La sucesión de acontecimientos provocó revueltas en diferentes partes de la nación mexicana. Los caminos se volvieron inseguros y el ritmo de progreso se detuvo. Pero, por otro lado, también se habían frenado los abusos de los políticos y terratenientes que se repartieron las tierras de los latifundistas. Y una nueva constitución regía el destino del país.

—Y, como en todo, la justicia nunca es justa para todos. —Alzó los hombros en señal de resignación—: La envidia y el poder destruyen el alma y el corazón de la gente. Nosotros, como extranjeros que hemos sido recibidos en esta tierra, debemos conservar el cariño y orgullo a nuestras raíces libanesas. Debemos honrar con alegría y honestidad la tierra que nos dio la oportunidad de vida que buscábamos. Eso les digo a todos los paisanos que vienen de Líbano.

Félix se sorprendió por escuchar ese tipo de noticias. Asumía que en América se vivía en paz. Ya no quiso pensar en si había hecho bien en salir de Líbano o no. Huyó de una guerrilla para encontrarse con otra. «¡Vaya suerte! Menos mal que no aposté en esta ocasión».

A pesar de las novedades, aseguró a Domingo Kuri que esta vez su intención era establecerse en México y su familia lo alcanzaría, a más tardar, en un año. El dueño del Arca de Noé le preguntó si quería dejar una carta para su familia antes de que partiera en barco de regreso. Félix le agradeció su ofrecimiento. Se animó a confesarle que no había tenido suerte con las apuestas durante el viaje. Prefería hacerlo más adelante, cuando estuviera establecido y pudiera enviar dinero. Se despidieron en la estación del tren donde

Félix abordó para ir al encuentro de un futuro muy alejado a lo que aspiró y soñó.

~

Durante el viaje a Toluca, con el movimiento acompasado del tren, Félix cerró los ojos para rememorar a Nazira y a los niños. Abdo, parecido a él, era galante, responsable y trabajador.

«Estoy seguro de que sacará adelante el trabajo y ayudará a su madre y a sus hermanos», pensó.

Luego, imágenes de Columba, de mirada profunda, alegre, inquieta y preguntona, dibujaron una sonrisa en su rostro. Estar con ella significaba estar preparado para responder cualquier cantidad de preguntas, o la misma pregunta cualquier cantidad de veces. El pequeño Hamid, que crecía con rapidez, había mostrado un gran talento vocal. «Y quién sabe —pensó Félix—, tal vez llegue a ser un cantante famoso». Nagyb, cuyo parecido a su madre no era solo físico, también de carácter, era decidido, visionario y comprometido con todo aquello que se proponía.

Sus recuerdos, bañados por un haz de luz, de pronto se ensombrecieron. Regresaba a Toluca. ¿Y la *meqsiqiyi*? ¿Qué habría sido de ella? Salomón le había hecho saber en un par de cartas cómo había reaccionado cuando regresó de las fiestas del pueblo y se encontró con que él ya no estaba. ¿La volvería a ver?

El tren se detuvo en Apizaco y Félix aprovechó para estirar las piernas y pasear un rato en el andén.

El aroma que provenía de una esquina le despertó la memoria a su estómago. El olor a masa de maíz cocida sobre un comal le recordó que debía de ser cauteloso. Decidió entrar a una fonda y comer un caldo de hongo y tortillas recién hechas. Cuando la sirena del tren avisó la salida, se dirigió a su vagón. Durmió el resto del camino a la Ciudad de México y despertó luego de que la máquina se detuvo en la terminal de Buenavista. Descendió del vagón y buscó un cargador que le ayudara con su equipaje para transbordar y dirigirse a Toluca.

La emoción por encontrarse con su hermano lo invadió. Ninguno era el mismo desde que se vieron por última vez. No tenían imágenes de su apariencia actual, pero pensó que sin duda se reconocerían. Sintió frío. La temperatura descendía al ritmo que el tren ascendía hacia las faldas del Nevado de Toluca. El entorno de la estación de ferrocarril había cambiado. El progreso la había alcanzado y estaba rodeada de fábricas que producían tabaco y materias primas. Reconoció que había llegado cuando escuchó al vendedor ambulante en la plataforma de la estación.

—¡Llévele, llévele! Su chorizo para el huevito, para la papa, para el pambazo… ¡Llévele, llévele!

Sonrió. Había olvidado por completo la singular expresión que usaban los nativos para promover sus productos.

Desde Veracruz envió un telegrama a Salomón para avisar de su llegada. Esperaba verlo en la estación, pero no lo encontró en el andén. Contrató un cochero, le indicó la dirección en la calle de Lerdo 34 y se acomodó detrás. Durante el trayecto se dedicó a observar y despertar en su memoria los recuerdos que, escondidos en algún espacio, esperaban ser recuperados. Se desviaron de la calle Riva Palacio porque no se podía pasar cerca del Mercado Municipal. Entonces recordó que era viernes de plaza, algo que no había tomado en cuenta y, sin duda, esa debería de ser la razón por la cual Salomón no estaba en la estación. Al llegar a su destino, advirtió que su cuñada y sus hijos se habían preparado para darle la bienvenida. La casa despedía una fragancia floral que se mezclaba con los aromas de la cocina. Neshme lo recibió con emoción contenida.

—¡*Ahlawsahla*! *Allá yberqaq*. Bienvenido a su casa. Salomón tuvo que ir de plaza, usted ya sabe. Pero me encargó que estuviera al pendiente de su llegada. Siéntese. Ya viene el café. —Neshme llamó a sus hijos—. Niños, vengan a saludar a su tío Félix.

Una joven salió de la cocina con una charola que tenía la jara de café recién hecho y las tazas para servirlo; observaba la jarra y caminaba con cautela para evitar que se derramara. Del otro lado de la sala, salieron corriendo un pequeño de unos dos años de nombre Antonio y su hermana Esther, que lo perseguía. Ninguno de los dos

tuvo en cuenta que Hafisha avanzaba con extremo cuidado y atención plena en la charola para servir el café a su tío. El encontronazo entre las dos hermanas sucedió sin que nadie pudiera evitarlo. El café ardiente cayó sobre la cabeza de Esther y el estómago de Hafisha, que, al sentir hervir su piel, soltó de inmediato la charola. A partir de ese momento todo fue un caos. Neshme gritaba, las niñas lloraban y reclamaban "Socorro, Socorro". Al escuchar el alboroto y enseguida los gritos, las otras hijas de Salomón, Chuya, Chabela y Chata, salieron presurosas de su habitación y a su vez gritaron: "Socorro, Socorro, Socorro".

Al escuchar que la llamaban, Socorro dejó la ropa con jabón en el lavadero y corrió a la sala para ver qué había pasado. Cuando vio las tazas quebradas en el piso y el café esparcido por el tapete, se devolvió de inmediato a la cocina y regresó con dos trapos que había mojado en agua para limpiar el café y un par de platos con clara de huevo para atender las quemaduras.

Neshme y Socorro ayudaron a las niñas accidentadas a llegar a su habitación y las recostaron en la cama. Ambas lloraban y reclamaban la atención de su madre.

—Mamá, ¿por qué primero a Esther, si ella tuvo la culpa de todo? —preguntó, dolida, Hafisha.

Neshme le llamó la atención a su hija mayor y le exigió que esperara su turno. Hafisha lloraba de dolor porque le ardía el estómago y porque le quemaron las palabras de su madre. Socorro, conmovida, se aprestó a atenderla. La blusa de la niña se le había adherido a la piel debido a la temperatura del café y, a pesar de que la levantó con sumo cuidado, no pudo evitar que se le reventara la ampolla que se le había formado. El dolor era tan intenso que la piel se le adormeció, y Socorro comenzó a aplicar la clara de huevo sobre la zona quemada. Un alivio de frescura a Hafisha de inmediato. Lo mismo hacía Neshme con la pequeña Esther. En cuanto la clara cristalizaba, el dolor volvía con intensidad y la operación tenía que repetirse.

—Doñita, sígale ansina con las dos niñas —dijo Socorro—, voy al patio a buscar el *pahtli*.

Socorro salió de inmediato sin darle tiempo a Neshme de preguntarle qué era eso. Cuando regresó con una tabla de madera de la cocina, un cuchillo afilado y una penca de sábila, entendió a qué se refería: traía medicina. Esa mujer no dejaba de combinar sus frases con el náhuatl y el español. Con habilidad, partió la penca a lo largo, extrajo el néctar, lo picó con el cuchillo y luego lo aplastó con las manos para aplicarlo sobre la cara de Esther y el abdomen de Hafisha. El frescor que producía la gelatinosa mezcla logró que el ardor disminuyera casi totalmente. Les dieron a tomar un analgésico y se quedaron dormidas.

Cuando Socorro y su patrona salieron de la habitación de las niñas, encontraron a Félix con la cabeza recostada en el sillón. Sobre la mesilla, descansaba una charola con una jarra de café recién preparado y un par de tasas, una de ellas tenía restos de café. Los restos del accidente habían desaparecido y el tapete estaba limpio. Neshme no quiso molestar a su cuñado y se encontró en la cocina con sus hijas Chuya y Chabela. Las niñas le contaron que su tío quería limpiar, pero no se lo permitieron; ellas mismas se encargaron de recogerlo todo. Cuando terminaron, le prepararon una jarra nueva de café. Neshme abrazó a ambas, les besó en la cabeza repetidas veces, las felicitó y les agradeció todo lo que habían hecho por su tío.

Socorro se encargó de vigilar a las niñas y aplicarles el *pahtli* para evitar que el dolor las molestara. En la cocina, Neshme y sus hijas dispusieron la *mezze* para atender a Félix y esperar a que Salomón y Jorge, el hijo mayor, regresaran de la plaza para cenar en familia.

Si bien Félix no tenía experiencia en la dinámica familiar con tantas mujeres, lo había hecho con hombres, y comprobó que cuando se presenta el caos, la madre es el ombligo de la familia, la que estabiliza: conforta al agredido y reprende al agresor, aunque fuera por una palabra altisonante. Los exhorta a disculparse entre ellos y no se mueve del lugar hasta que lo consigue y la paz vuelve a reinar en el hogar. Confirmó que tanto él como su hermano habían sido bendecidos con muy buenas mujeres, esposas y madres, que hacían de sus casas un hogar.

El encuentro entre hermanos fue silencioso. En la elocuencia de un abrazo tan apretado que la cabeza de cada uno quedaba en el hueco del hombro del otro, ninguno de los dos pudo evitar que rodaran las lágrimas agolpadas en sus ojos. Salomón quiso hacerlo, y no tuvo éxito; se sabía observado por Jorge, su hijo mayor, y se sentía incómodo. Félix quiso apartarse para mirar a los ojos a su hermano menor, pero los brazos de este se lo impidieron.

—Vamos, papá —dijo Jorge al tiempo que daba palmadas en la espalda de su padre—, que yo también quiero saludar a mi tío.

Salomón se hizo a un lado para permitir el abrazo entre su hermano y su hijo. De paso, sacó un pañuelo de la bolsa de su pantalón para sonarse la nariz y secarse las lágrimas, antes de decirle a su hermano:

—Félix, quiero presentarte a mi familia.

Jorge aflojó el abrazo y ambos se giraron hacia la familia. Félix respondió:

—Ya conocí a las accidentadas: Hafisha y Esther, que por ahora han dejado de llorar y se han quedado dormidas. —Salomón miró con sorpresa a su hermano y luego a su esposa, quien se limitó a alzarse de hombros; Félix continuó—: Tus hijas son dispuestas y muy alegres. A Columba le hará muy feliz convivir con ustedes.

Pasaron la tarde hablando sin cesar, mientras que en la cocina se preparaba la *mezze* de esa noche para el *sahriye* de bienvenida. Salomón y su esposa mantenían la costumbre de hablar en árabe frente a sus hijos. Como ellos entendían casi todo, y dejaron los temas que podían herir su sensibilidad para otro momento.

Esa noche llegaron a casa de Salomón algunos de los libaneses asentados en Toluca para darle la bienvenida a Félix. Siempre provocaba alegría abrazar a alguien que aún despedía el aroma de las montañas del Monte Líbano.

La última vez que Félix había visitado el Jardín Madero, en El Oro, Hidalgo, llevaba en la bolsa de su chaleco las dos pepitas de oro recién ganadas a Emigdio. Con el sabor del triunfo en el paladar, y en los labios el de la *meqsiqiyi*, había llegado al mercado Álvaro Obregón. Comió tacos de barbacoa con aguacate y bebió dos tragos de La Chiva, uno para la digestión y otro para la cruda.

Casi quince años después, se respiraba un aroma diferente en el lugar. Ya no era aquel rico pueblo minero, de arquitectura europea, de cuyas entrañas manaban oro y que dio la producción minera más rica en la historia. Las explotaciones eran administradas por El Oro Mining Company y La Esperanza Mining Company, de capital norteamericano.

Cuando se construyó el ferrocarril México-Toluca-Acámbaro, se extendió un ramal al Mineral del Oro para recoger y transportar la producción, lo que dio un importante impulso a la región. Fue de las primeras poblaciones en contar con electricidad y teléfono de larga distancia. En aquellos años, la población de El Oro era superior a la de Toluca, la capital del estado. Félix recordó las épocas en las que viajaba en tren; tenía carro comedor y vagón cantina. Ahí se disfrutaba de un espacio de relajación y se podían beber aguardientes como mezcal o la típica Chiva.

El auge de aquellos días se había esfumado. Las justas revolucionarias y contrarrevolucionarias produjeron un doble efecto. Por un lado, los obreros se liberaron de la explotación y opresión, ya que algunos quisieron o tuvieron que unirse a los combatientes. Por otro, los patrones se vieron afectados por la falta de empleados, lo que ocasionó pérdidas significativas en las empresas extranjeras. El paso de las tropas causó estragos entre la población, ya que hubo revueltas, robos, invasión de haciendas y, lo peor, los suministros alimenticios mermaron. Tiempo después, la epidemia de influenza que azotó la región desencadenó que las empresas declararan que las reservas del mineral se habían agotado. Como consecuencia, suspendieron los trabajos de extracción.

En su segundo viaje a México, Félix reanudó sus actividades como comerciante y, como cualquier lunes de tianguis, llegó a El Oro Hidalgo a muy temprana hora y disfrutó el frescor de la mañana.

Como aún disponía de tiempo para montar su mesa y acomodar su mercancía, se dirigió a la parroquia de Santa María de Guadalupe. Un denso campo de niebla cubría las altas torres del campanario pintadas con llamativos colores, y tuvo dificultad para ubicarla. Llegó en el momento justo en que el sacerdote iniciaba la primera misa del día. Al finalizar la celebración, salió de prisa y caminó por el atrio ajardinado hacia la verja de salida. Alcanzó a escuchar gritos y sonidos secos, como disparos, pensó, y a pesar de eso, continuó su camino hacia la calle. De pronto, un golpe en la cabeza lo desestabilizó. Cuando quiso aferrarse a la reja, sus largas piernas se doblaron y, sin poder evitarlo, se desplomó en el piso; enseguida, un charco de sangre comenzó a formarse debajo de su cabeza.

Como resultado de una gresca, una bala perdida le había pegado en la sien derecha. El autor del disparo, cliente asiduo de Félix con pistola en mano, se le acercó para darle el tiro de gracia, justo debajo de la arcada de forja de la cual pendía un letrero que daba la bienvenida al recinto guadalupano. En el instante en que iba a accionar el gatillo, reconoció al comerciante libanés. Apenas dos semanas atrás, el herido le había condonado parte de su deuda, porque le aseguró que no la podía pagar.

—Es el Turco. ¡Es el Turco! —gritó a sus compinches para alejarse del lugar—. ¡Pélale! ¡Vámonos!

Al oír los disparos y el alboroto, la gente que abandonaba la iglesia corrió asustada hacia el recinto para refugiarse. Luego de un rato de silencio, salieron a ver qué había pasado. Descubrieron al hombre tirado en el quicio de la verja con un charco de sangre bajo su cabeza. Alguien más lo reconoció y pidió ayuda.

—¡Le pegaron al Turco! ¡Le pegaron al Turco! Hay que llevarlo con el doitor.

Horas después, la larga y estilizada figura de Félix yacía en una camilla improvisada en el Centro de Salud. En el registro lo identificaron por su apodo.

—Es el Turco —dijo una voz, refiriéndose al herido como si fuera del todo conocido en el lugar.

Una pareja que se encontraba ahí, al escuchar que nombraron a "el Turco" cruzaron las miradas y sus corazones se agitaron, pero no

por la misma razón. Uno era Emigdio, el capataz, aquel que había perdido hasta la dignidad gracias al Turco años atrás. Perplejo, se sentó despacio. La mujer que lo acompañaba, sigilosa, se acercó a la camilla y, a pesar de que el herido tenía el rostro desfigurado por el dolor y estaba cubierto de sangre, su corazón lo reconoció. Como una película, pasaron por su cabeza, escena por escena, los momentos vividos a su lado, desde que lo conoció aquella noche en la taberna, hasta el día en el que ella volvió del pueblo y supo que se había ido para siempre; sin aviso, sin una nota, sin un recado.

Y ahora, la vida los volvía a reunir.

«¿La vida? ¿Lo volveré a ver con vida?», se preguntó Prieta.

—¿Lo conoces, Prieta? —le preguntó el camillero a la mujer de origen mazahua que se había acercado a verlo.

—Lo conocí. Hace mucho tiempo lo conocí.

Capítulo 28

El mejor regalo

Abdo y Hamid se acercaron a saludar a Jacobo Maclouf y a escuchar lo que le contaba a su madre y a Nagyb.

—Me dijeron que Félix no quiso mandar el dinero por cable para que ustedes no tuvieran dificultades para cobrarlo. Por eso esperó hasta que viniera alguien de confianza para mandarlo.

Nazira asentía y sorbía entre sollozos. Se limpiaba la cara y se sonaba la nariz. Reía y lloraba: Félix estaba con vida y no los había abandonado. En un impulso se levantó y abrazó a Jacobo Maclouf.

—Dispense usted, pero cuando lo vi creí que venía a darme malas noticias. Como nunca viene para acá y casi no sale del taller, me asusté.

—La entiendo, no se preocupe. Sabía que podía causarle eso mismo que usted me dice. Quise venir a dejarle el encargo en persona, y vengo además por otra razón.

Se interrumpió porque en ese momento se acercaba a la mesa Columba con la charola del café y un plato con *macrud* recién hecho.

—Diga usted —lo animó Nazira.

Jacobo le contó a detalle que, durante los meses del verano, y con la ayuda de los monjes del monasterio de San Elías, habían trasplantado las moreras a la colina. Construyeron una pequeña represa para juntar agua del deshielo y así asegurar y controlar el riego. La tierra era tan fértil en esa zona que los huevos producían seda de excelente calidad. Con la voz cortada, dijo que necesitaba ayuda en el taller. Fijó su mirada en Columba y agregó:

—Unas manos firmes y delicadas para deshilar los capullos. —A Jacobo le apenaba ofrecerle trabajo a la hija de su amigo, pero sabía que les vendría bien un dinero adicional.

Nazira lo escuchaba atenta, pero más deseosa estaba de que se fuera para por fin abrir el paquete que les había llegado de parte de Félix. En su apuro para que el buen hombre se marchara le dijo que sí, que Columba iría a trabajar con él al taller. Era buena para aprender y unos francos extras no les caerían nada mal.

—*Shúqran*, *shúqran*. *Allá yberqiq*. Me alegra saber que su hija irá a trabajar al taller. Le pagaré lo mejor que pueda.

Apenas se fue el visitante, se volvieron todos a ver el paquete. Esperaron a que su madre desatara los cordones. Sus corazones latían al unísono. Desdobló el papel y encontró un sobre que contenía el dinero. No recordaba haber visto tantos billetes juntos. Los guardó en la bolsa del delantal. Enseguida encontró un sobre con su nombre escrito en árabe. Parecía la letra de Félix. Se la entregó a Abdo y con un gesto le indicó que esperara para leerla. Envuelto en un papel más delgado, venía otro paquete atado con una nota que decía: "Para Columba, mi tesoro, de papá". Nazira se lo entregó a Columba y ella lo tomó con manos temblorosas. Desató el cordón, y al retirar el papel descubrió la cara de una muñeca hecha de tela. Lucía una expresión singular en el rostro. Dos grandes círculos negros formaban los ojos, y entre ellos, un triángulo rojo que representaba la nariz. Y la boca, con una figura geométrica indefinida, daba al rostro una expresión de felicidad.

Columba correspondió al gesto de la muñeca con una sonrisa, le acarició el rostro y continuó con su inspección. El vestido hecho de tela brillante color morado le cubría el resto del cuerpo y le marcaba la cintura. Lo más singular era el cabello, de gruesas trenzas de estambre negro, atadas con listón de brillante color amarillo. Extendió los brazos con la muñeca mazahua entre las manos para contemplarla. Luego la estrechó con fuerza contra su pecho. La olió y percibió en ella el aroma a su padre; no sabía definir si era la loción, el tabaco o la tierra mojada. Por las mejillas de la niña rodó una lágrima que, al caer sobre la falda de la muñeca, dejó una marca perenne.

—Se va a llamar Kanzi, mi tesoro —afirmó Columba.

—Pero si tú ya no tienes edad para muñecas —aseguró Nazira.

Columba se secó las lágrimas con el dorso de la manga para evitar manchar a su nueva muñeca. La abrazó con fuerza, tan fuerte como los deseos de la joven de sentir el abrazo de su padre. No pudo ni quiso ocultar la emoción que la envolvía. Estiraba los brazos para contemplar el rostro sonriente y ella sonreía a su vez. Enseguida la volvía a abrazar y a dar volteretas con ella. Como si bailara, tal y como su padre solía hacerlo con ella cuando era una niña pequeña. Las lágrimas rodaban por su rostro con una mezcla de sentimientos. Su padre estaba con vida y le mandaba a ella, solo a ella, un regalo especial. Su nuevo tesoro. Su Kanzi.

Nazira, por su parte, salió por la puerta de la cocina hacia el huerto. Confiaba en que sus hijos no hubieran notado su sorpresa, poco agradable, por cierto. Félix lo volvía a hacer, le daba prioridad a la niña. Regresó minutos después con un puñado de ejotes recién cosechados en su delantal. Las huellas de las lágrimas, fundidas con la tierra que se había embarrado en la cara sin querer, la pusieron en evidencia.

Al regresar a la casa, los ojos de sus cuatro hijos se clavaron sobre su madre. La esperaban sentados a la mesa para abrir la carta. Abdo, con el papel en la mano, levantó las cejas y exclamó:

—Mamá, ¡mira cómo traes la cara!

Nazira tomó conciencia de su apariencia y se dirigió a lavarse.

Cuando se sentó a la mesa, asintió con la cabeza y Abdo, que entendió ese gesto como una autorización, leyó en voz alta la escueta carta escrita, en realidad, por su tío Salomón. En pocas palabras decía: "Félix está bien y espera que pronto estén reunidos todos. Les manda este dinero. No pudo juntar más. Les manda su amor y un regalo para Columba".

—Al menos se encuentra bien —dijo Nazira.

Se levantó de un salto y les dio la espalda. Sus emociones la confundían. El dinero mandado no alcanzaría para los pasajes, y ellos no habían ahorrado lo suficiente aún.

Abdo dijo que aplicaría la solicitud de empleado en la KLM. Esperaba que le autorizaran los descuentos tanto para él como para

su familia.

—No sé cuáles son los requisitos ni las condiciones, ¡pero mañana mismo lo investigo!

Todos asintieron con poco ánimo y algo de esperanza. Columba, con Kanzi entre sus brazos, corrió a abrazar a su hermano con emoción.

—Yo también quiero ayudar. Voy a trabajar en el taller de don Jacobo —añadió Columba, orgullosa.

Nazira asintió con un gesto de aprobación al comentario de su hija.

—Todo suma —comentó, y con una escueta sonrisa agradeció su ofrecimiento.

Nazira se turbó. Una vez más le asaltaba el torrente de sentimientos encontrados. Una vez más se sintió culpable. Una vez más sintió celos y una vez más se culpó por ello y, aunque se negaba a verse a sí misma como víctima, no pudo evitarlo. Solo esperaba que nadie se percatara.

Nagyb sirvió *aarac* en tres vasos y agregó un poco de agua y pulpa de durazno. Entregó uno a su madre y otro a su hermano mayor. No era momento de brindar, pero necesitaban relajar la tensión. Después del tercer vaso, lograron el cometido. Abdo andaba alrededor de la mesa con los brazos extendidos.

—De Beirut a México con escala en Ámsterdam. Damas y caballeros, abrochen sus cinturones que ya nos vamos. —Y luego lo repitió en francés.

Reían. Soñaban.

Nagyb, taciturno, evitó hacer comentarios.

A partir de esa noche, leían todas las noches la carta que había enviado Salomón con las noticias de Félix como si fueran novedad, como si al abrir de nueva cuenta el sobre y sacar la hoja, las noticias fueran más alentadoras o al menos fueran escritas de puño y letra de Félix y no redactadas por otra persona. No es que no le creyeran, pero la necesidad de saber de primera mano sobre la salud del jefe de la familia era imperante.

A pesar de la insistencia de Abdo con sus jefes, no logró lo que solicitaba, ni siquiera el descuento sería suficiente para obtener

boletos para su familia. Inclusive él mismo aún no acumulaba la suficiente antigüedad para que se aceptara su propia solicitud. Llegó el invierno sin recibir noticias nuevas de papá.

La ausencia dolía.

Dolía.

La esperanza invernaría, de nueva cuenta, hasta la primavera.

Capítulo 29

Sin ánimo de fiesta

No fue fácil para Nazira convencer a su hija de hacer una fiesta por su cumpleaños.

—Pero, mamá, si apenas cumplo catorce. Mejor a los quince.

—Los quince los celebraremos con tu padre en México, y así tendrás dos festejos.

Aunque la madre de Columba tampoco se sentía con ánimos festivos, sabía que la ilusión de los preparativos haría menos penosas las celebraciones de San Nicolás y del fin de año. Seguían sin recibir noticias de Félix, y si no se ocupaban en algo, la primavera las sorprendería locas de dolor. Nazira esperaba que una semana después, para la Navidad, el ambiente de casa fuera diferente.

Se corrió la voz de los planes, y pronto las vecinas, todas primas y tías, se anotaron para ayudar en los preparativos. Fieles a sus tradiciones, entre todas se organizaron para decidir el menú, el arreglo del salón parroquial y hasta el peinado de la niña.

Jacobo Maclouf le obsequió a Columba un corte de seda para su vestido. Madre e hija eligieron un modelo de la edición especial de Navidad de la revista *Modes et Travaux*. Nazira le enseñó a Columba a usar la máquina de coser y, con satisfacción, aprobó la costura recta que la joven realizó.

—Déjame a mí las alforzas y los detalles —le indicó a Columba.

Cuando Nazira terminó la costura, le pasó a su hija la tarea del bordado, con un hilo de seda muy fino, de unas flores del mismo

tono crudo. Con firmeza sostenía la tela y la aguja, y con suavidad delineaba los trazos para formar ramos de flores en las mangas y el vuelo de la falda.

Nazira se encargó de preparar las bolas de *shanklish* con *zaatar* y bolas de *kibbeh* en aceite. Rose se encargaría de elaborar el *manakish*; Youmina, el *hummus* y el *babaganush*; Saide y Rania, la charola de *kibbeh* y la *makhluuta*, y Jana, el *ahuaymet* y los *graybes*.

Durante esos días, al regresar del trabajo, Abdo se despojaba de su uniforme y, a pesar de lo inusual de la hora, ordeñaba a la cabra. "Mientras más le saques, más te da", decía su madre, y tenía razón.

Nagyb asistía tres noches a la semana a la taberna del puerto. Sami Salami lo acompañaba porque no podía entrar solo por la edad, pero sí se le permitía participar en las peleas a puño limpio. Su espalda era cada día más fuerte y musculosa. Sin descuidar su labor en el campo, donde trabajaba de sol a sol, se sentía el hombre de la casa; sin duda, era un gran apoyo para su madre que, relevada de sus tareas en la huerta, podía dedicar más horas a la costura que a la recolección.



Entre los preparativos de la celebración, la elaboración de los víveres y el bordado del vestido, llegaron y pasaron las celebraciones decembrinas sin lágrimas ni tristeza, aunque la nostalgia flotaba en el ambiente.

El último día del año, Columba celebró su cumpleaños número catorce. Transformada en una señorita alta y espigada, atraía la atención de los jóvenes asistentes al convite. Sus ojos verdes aceituna, con una sombra de *qejel*, lucían más grandes y abiertos, y su mirada, honda y penetrante.

Por tratarse de la festejada, Columba era el centro de atención, y Karim no tuvo reparo en contemplarla.

—¿Dónde estaba yo, que no había visto esta belleza? —preguntó Karim al padre John, invitado a la celebración.

—En el sur, haciendo jabones en Sidón. ¿Te gusta? —increpó el cura.

El joven no respondió con palabras, pero sus ojos lo hicieron.

—Mucho cuidado con esta muchacha —le advirtió su amigo.

Karim se unió al grupo de jóvenes para bailar el *dabke*. Con los viriles movimientos de la danza, Columba se sintió turbada e inquieta, pero devolvió mirada por mirada y sonrisa por sonrisa. No reconocía lo que sentía. Su cuerpo vibraba y el corazón latía al ritmo de las sensuales notas del baile. Karim la tomó de la mano y fue química pura entre ellos. Corrientes eléctricas iban y venían por sus brazos y les recorrían todo el cuerpo. La música se detuvo y sus manos se rozaron una fracción de segundo que bastó para eternizar ese momento.

El resto de la velada, Columba tuvo que bailar con todos los varones que le solicitaron hacerlo. Dirigió el grupo de *dabke* de las mujeres y, a pesar de la nostalgia que laceraba su corazón por la ausencia de su padre, por momentos llegó a sentirse feliz. En un descanso, se acercó al padre Charbel y compartió su inquietud.

—No le entiendo a mi corazón —dijo la joven—. Me siento muy triste y con ganas de llorar porque no está mi papá y al mismo tiempo me siento muy feliz por mi cumpleaños y por todas las cosas que han pasado esta noche.

—Y… ¿Cuáles son esas cosas que han pasado esta noche que te hacen tan feliz? —preguntó el sacerdote.

Columba, ruborizada, no supo qué responder. Aprovechó que su hermano Nagyb estaba cerca para llamarlo a que la invitara a bailar y se alejó sin decir nada.



Al día siguiente, Columba reconoció la voz de Karim en cuanto la puerta se abrió y él entró con su hermano.

—¿Para qué lo trae Abdo? —preguntó a su madre con un fingido tono de molestia—. ¿A qué viene?

Nazira se alzó de hombros y respondió incrédula:

—Dice tu hermano que le ayuda con el francés; yo no entiendo.

La joven aparentó no haber visto al invitado de su hermano y permaneció en la cocina. Ayudó a su madre a picar las espinacas y la cebolla, les añadió la sal y el jugo de limón y las frotó entre sus manos para preparar *ftayer*.

—Con una boca más que alimentar a la hora de cenar, tenemos que preparar suficientes —dijo Nazira.

Enseguida escuchó las voces de Abdo y de Karim, que charlaban en francés. Columba ya entendía muchas palabras, pero como hablaban con términos de aeronáutica, ella no podía seguir el hilo de la conversación. Se dirigió al comedor para colocar los platos sobre la mesa. En cuanto la vio entrar, Karim se puso en pie y la saludó.

—*Qiifiq*, Columba, ¿cómo estás?

—*Qiifaq*, Karim. Bien, gracias —respondió ella sin preguntar a su vez; desvió la mirada y agregó—: Permiso. —Y regresó a la cocina.

Nagyb entró a la casa con leña entre los brazos, seguido por Hamid, que cargaba una cantidad menor. Saludó a Karim, y después de acomodar los troncos en el fuego se volvió para darle un abrazo. Luego le dio una palmada en la espalda a Abdo y dijo en voz alta:

—¿Otra vez hablando de aviones? ¡Tú ya bájate de la nube en la que andas, que la caída va a estar buena!

Karim ya se sentía como parte de la familia por la calidez con la que Nazira lo recibía: "Eres un hijo más en esta casa". No podía dejar de admirar que, a pesar de la tristeza creciente por la ausencia de noticias de Félix, conservaban un dejo de alegría y chispas de buen humor. La camaradería entre Abdo y sus hermanos relajaba la tensión en el ambiente; sin embargo, Columba solía llamarles la atención para que, según ella, dejaran de pelear. A Karim le sorprendía el efecto que la joven tenía sobre sus hermanos. A punto estuvo de decirle a Abdo: "Me gusta esa muchacha", cuando se detuvo en seco. No podía hacerlo, era su hermana. Además, ya le había contado a su amigo de su interés por Martha, la encargada de la tienda del centro. Y así era, pero desde la fiesta, Columba se le clavó en la mente y el corazón. ¿Qué diría Abdo? Y Nazira… ¿Lo volvería a recibir como a un hijo? Se sintió incómodo. Indigno. Culpable. Sin dar mayores explicaciones, se disculpó, se despidió con

prisa y salió de la casa. Se fue directo con el padre John, a quien distrajo de sus oraciones con el repique de la campana en el pórtico de la casa parroquial.

El sacerdote lo recibió gustoso y la vez alarmado por la inesperada e inquietante visita. Lo hizo pasar. Le sirvió un poco de *aarac* con agua y le puso el vaso delante. Karim lo bebió de un sorbo que le quemó milímetro a milímetro de la boca a la garganta, y todo el paso hasta llegar a su estómago. Comenzó a hablar sin parar. Su amigo y mentor lo escuchó sin decir palabra, pero con atención y una mirada paternal. Frente a él y sin recovecos, reconoció que se había enamorado de Columba, que quería verla todos los días y todo el día, que se sentía un traidor con su amigo y debido a la confianza que le habían dado en esa casa, donde lo recibían como un hijo más.

—Pero no soy un hijo —dijo con un nudo en la garganta—. No dejo de pensar en Columba. Esa muchacha me tiene fascinado, embobado. No sé si usted me entienda, padre, si sabe a lo que me refiero.

—Por supuesto que te entiendo. Soy cura, pero también soy hombre, y antes de aceptar la vocación al sacerdocio, tuve novia. Comprendo muy bien tus sentimientos y lo que te sucede.

Con una santa paciencia, el padre John escuchó hasta el amanecer al joven enamorado. Consciente de que el sacerdote debía dirigir los oficios de las Laudes, Karim se despidió de él con un abrazo. Antes de salir, se volvió al padre John para decirle:

—Voy a hablar con su madre para solicitar su permiso. Me quiero casar con ella.

Capítulo 30

Hilando esperanzas

La primera tarea de Columba en el taller de Jacobo Maclouf fue comenzar a conocer a los gusanos para alimentarlos. La condujeron directo a la estantería compuesta de dos cuerpos que albergaban ocho cestas divididas por entrepaños. En cada una de ellas debía colocar, con mucho cuidado, una a una las hojas de las moras tiernas. Le explicaron que los puntos blancos que se apreciaban en ellas eran las larvas, y por su diminuto tamaño había que ayudarlos a comer, para eso era necesario trozar un poco las hojas por el centro. Las primeras dos semanas comían dos veces al día, por lo que Columba tuvo un par de treguas en cada jornada. Completada la primera edad, comerían cada dos horas. Con un apetito cada vez más voraz, los pequeños insectos aumentaban su tamaño día con día.

Con una cadencia que no rompía el ritmo, los gusanos comían sin cesar; sin guardar para mañana, sin reservar para alguien más. Seguros de que no tendrían que pedir ni buscar el alimento, seguros de que este les llegaría hasta que se hicieran crisálidas.

La joven recordó que la primera y única vez que los había visto en su infancia, fijaban su mirada en ella mientras que devoraban sin descanso. Las pesadillas de esa noche se repitieron varias noches, luego semanas, días esporádicos y cada vez con menor intensidad hasta que desaparecieron. Era muy distinto ahora que los veía crecer, desde diminutos puntos blancos en la hoja verde, hasta convertirse en fuertes y gordos gusanos.

Elie Farid, la hilandera del taller, le explicó a Columba que de la calidad y cantidad de hojas que comieran las larvas, dependería la calidad de la seda que obtendrían. Columba aún no imaginaba cómo se convertirían esas voraces lombrices en la fina seda. Ser parte de ese proceso animó a la joven a seguir con la honrosa tarea de tender hojas en las cestas. Cada dos horas era necesario volver a surtir, así que cubrir las cestas se convirtió en una tarea constante, de sol a sol, por las siguientes semanas.

Una vez saciado el apetito, cada gusano se enroscaría sobre sí mismo y se enrollaría en una baba sedosa que saldría por su boca. Al contacto con el aire, la baba se solidificaría y el gusano continuaría así hasta enrollarse por completo.

Dentro del capullo, se llevaría a cabo la metamorfosis, que solo algunos de ellos concluirían para asegurar la reproducción en la próxima primavera. La gran mayoría pasaría por un proceso de selección bajo la escrupulosa mirada de Maclouf, que haría a un lado los capullos manchados.

—Los capullos se guisan en agua a punto de ebullición —dijo la hilandera a Columba, quien había heredado de su madre los secretos del trabajo artesanal—. Se mojan para que se suavicen un poco y que se pueda sacar la seda. La primera se quita para luego amarrar las madejas. La sedera une de doce a quince hilos para formar una hebra. La enhebra en la aguja, pasa por los carretes y se enreda en el torno.

Cuando llegó el momento, Columba, atenta, no perdió detalle del proceso. Para la operación eran necesarias tres personas: la hebrera, la sedera y la tornera. Por ser la más joven e inexperta, Columba daba vuelta al torno; alternaba el brazo para mantener la tensión y descansar uno y otro. La primera vez que realizó esa labor, llegó a su casa con los dos brazos tan adoloridos que fue incapaz de levantarlos para quitarse el vestido y se tuvo que dormir con él.

La exigente clientela de la alta costura de París sabía diferenciar entre la seda artificial de Chardonnet y la natural, por lo que distinguirían la calidad enseguida. Jacobo Maclouf quería devolverle a la seda libanesa el prestigio que tuvo en la ciudad francesa antes de la Gran Guerra.

~

Meses después de trabajar en el taller, Columba había aprendido de su jefe la habilidad de diferenciar los capullos que eran ideales para la reproducción. Cuando lo consideraba una buena oportunidad de negocio, Maclouf vendía crisálidas a otros sericultores para que la calidad de su producción mejorara.

Con sabia mirada, Jacobo conoció los estados de ánimo de su joven pupila.

—No estés preocupada por tu papá. Las malas noticias encuentran el camino de regreso. Ya sabríamos algo —dijo en su tono paternal—. Dicen en el puerto que los barcos no llegan a Veracruz porque hay revuelta en México. Tu padre no tiene nada que ver, así que no pienses en eso.

Jacobo deseaba que sus palabras fueran ciertas. La realidad era que las noticias no llegaban, pero no sabía qué decirle a esa muchacha que cada vez se veía más delgada y ojerosa. Y agregó:

—Ya verás que pronto les manda otro paquete con dinero para que se puedan ir.

Columba recordó el paquete en el que llegó envuelta la muñeca. Había dormido con ella desde la primera noche, la abrazaba y evitaba mancharla con sus lágrimas. Le hacía preguntas que nunca respondía; su mirada imperturbable y su sonrisa estática la enfadaron a tal grado que la arrumbó en la esquina de su cuarto, detrás de la cajonera, donde no le diera la luz ni se pudieran ver una a la otra. Su cara sonriente se había transformado en una mueca de cinismo morboso. Columba se sentía decepcionada y la muñeca le recordaba que su padre se había olvidado de su familia. Esa noche, al regresar del taller, la sacó del oscuro rincón donde la había recluido. La observó largo rato en silencio. Su expresión era diferente, o eso le pareció a Columba. No supo quién comenzó a llorar primero porque, con sus ojos nublados por el llanto, vio también descender lágrimas por las mejillas rosadas de su muñeca. Su muñeca, la *amiirati*. La que estuvo en las manos de su padre antes de que la envolvieran en el paquete. Imaginó la suavidad

callosa de las manos paternas acariciaba el cabello de su muñeca como lo había hecho tantas veces con ella. Sin duda, lloró como aquella vez, como aquel día en que sorprendió a su padre sentado bajo la sombra de la higuera con la carta de su hermano entre las manos. Félix nunca supo que su hija lo había visto derramar lágrimas antes de anunciar a su familia su regreso a México.

Kanzi, su muñeca, había visto a su padre por última vez. Solo ella podría indicarle el camino de regreso. La apretó contra su pecho y sintió la calidez del abrazo, aunque la muñeca no trasmitiera calor alguno. Durmieron abrazadas, envueltas en el sueño de la esperanza.

Capítulo 31

Bendita pesadilla

Una primaveral mañana, Nazira despertó con mucha ansiedad. Se cumplían dos años de que Félix había partido y seguían sin recibir noticias suyas. En sus pesadillas vio a Félix en peligro de muerte. Se sentía fatigada. Ni la doble ración de café que tomó esa mañana la ayudó a despejarse. Le dolía la cabeza, porque su mente no descansó, una vez más, en toda la noche. Le dolía todo el cuerpo, el centro del estómago y el corazón y si se quedaba en casa no dejaría de darle vueltas al mismo asunto sin resolver y sin avanzar.

—Me voy, *emmi*, dame tu bendición —dijo Abdo, inclinándose para que su madre lo persignara—. ¿Me llevo los trajes que ya están listos?

Nazira decidió que sería una buena idea ir ella misma a dejarlos. Le ayudaría a despejar su mente y, de paso, ver cómo exhibían su mercancía y visitar Saint-Georges en la catedral ortodoxa.

—¡*Allá yberqaq*! Los llevo yo. Columba me acompañará más tarde —aseguró—. En cuanto regrese del taller de Maclouf, nos vamos al puerto.

Abdo besó ambas mejillas de su madre y salió, seguido de un fresco aroma a vetiver y con su porte de piloto aviador, a su trabajo de mostrador.

Apenas llegó Columba, ella y Nazira salieron por la vereda al camino principal. El frío aún calaba hondo. Tenían la esperanza de toparse con Sami Salami o algún buen samaritano con medio de transporte que, compadecido de ellas, las dejara en el centro de

Beirut. Cuando llegaron al cruce con el camino a Beit Meri, descubrieron la carreta de Sami Salami a la sombra de una higuera. El hombrecillo, con el cigarro entre los labios y las bridas de Corcel entre las manos, dormía la mona del mediodía. Sus pisadas sobre el camino alertaron al cartero, que se incorporó enseguida. Descendió para ayudarlas a subir a la carreta y se encaminaron hacia el puerto. La conversación giró en torno al clima, a la escasa lluvia y al tamaño de las almendras de plena temporada. Por obvias razones, no se mencionó a Félix ni su falta de noticias. Nazira le pidió que las dejara en la iglesia de las Capuchinas.

—Tengo que pasar a la mercería primero.

Quedaron de verse con él por la tarde para el viaje de regreso montaña arriba.

Luego de salir de la mercería, una taciturna Nazira, seguida de una confundida Columba, se encaminaron en silencio hacia la tienda de Zuhaimir. Entregaron los nuevos trajes y recogieron el sobre con el dinero por la venta de los anteriores, que Martha, con una amplia sonrisa, puso sobre la mano de Columba, y luego de despedirlas, agregó:

—Me saludas a Karim.

Columba asintió en silencio y no dijo nada porque conocía de la atracción que había entre la dependienta y el amigo de su hermano mayor.

Al salir, cruzaron en silencio hacia la Catedral Ortodoxa Saint-Georges. Como no había oficios a esa hora, entraron y se acomodaron en la primera banca. Columba miró de reojo a su mamá porque le dio miedo mirarla de frente. Tenía los dedos tan inquietos entre las manos entrelazadas que le recordaron a los gusanos peleando por devorar las últimas hojas. Sus labios se movían sin cesar y salían de ellos exhalaciones seseantes imposibles de descifrar. Tenía la tez gris. Los ojos parecían salir de sus órbitas como si dieran vueltas hacia atrás. La joven decidió alejarse, se dirigió a la imagen de la Virgen del Perpetuo Socorro y, de rodillas, oró por sus padres: «Por papá, para que esté bien y que nada malo le haya pasado. Por mamá, para que no se pierda dentro de sí misma por el dolor y la tristeza».

Un largo rato después, Columba se sintió invadida por una paz en su interior. Fue en ese momento en el que se percató de que su madre no estaba en la banca delantera. Se preguntó dónde estaría y si sería capaz de salir de ahí sin avisarle o sin jalarla del brazo para que la siguiera. Se alarmó. Se levantó presurosa y, antes de salir, quiso cerciorarse de que no estaba en el lugar donde la había dejado. Se acercó y la encontró, cuan larga era, profundamente dormida.

—*Emmi*… *Emmi*… —susurró y le acarició la cabeza, alisando su encrespado cabello hacia atrás.

Nazira abrió sus redondos ojos lo más que pudo y, al descubrir el bello rostro de su hija, sonrió.

—*Habiibe*, gracias. *Shúqran*, estoy bien. *Allá yberqiq* —dijo, soñolienta, y se incorporó despacio. Se talló los ojos y la cara, llenó de aire sus pulmones—. Vi con mucha claridad a tu padre muy enfermo, sufría y se quejaba mucho… Me asusté. Por fortuna fue un sueño. —Enseguida dudó—. Pero… ¿y si es un mensaje de la Virgen? Vamos, vamos a casa.

Columba no supo qué responder a los comentarios de su madre. Era ferviente devota de *saint* Georges y de la Virgen, así que, si se le metía en la cabeza que podría tratarse de un mensaje divino, nada le sacaría esa idea. Apuraron el paso para llegar al lugar de encuentro, donde Sami las esperaba. Su cigarro estaba encendido; signo de preocupación, pensó Nazira. Pobre hombre, cuánto tiempo llevaría ahí. Como si hubiera llegado sin retraso y a la hora señalada, Nazira subió a la carreta y esperó a que Sami ayudara a Columba a hacerlo. El hombre dio la vuelta y ocupó su lugar.

—Vamos, que ya es tarde —pidió Nazira erguida y con la mirada al frente.

Durante el trayecto a la ciudad, mientras Sami Salami no paraba de hablar, Nazira no había parado de pensar. Veía tres posibles soluciones. Una de ellas y la más deseada era, sin lugar a dudas, imposible de realizar. La suma de dinero requerida para poder viajar junto con sus cuatro hijos retrasaría la fecha de salida, implicaría minimizar sus gastos y tratar de aumentar sus ingresos. No se atrevería a vender la casa sin tener la certeza del futuro inmediato.

Así que esa opción, por lo pronto quedaba descartada. La segunda y menos deseada era no hacer nada y continuar en la espera de noticias y dinero de parte de Félix. La última y quizás más viable era adelantar ella misma su viaje con alguno o algunos de sus hijos y así darle fin a la zozobra que le oprimía el pecho, le hacía perder el equilibrio y le turbaba la razón. ¿Cómo enfrentar esta situación con sus hijos? Con valentía. ¿Cómo elegir quién se quedaría y quién se iría con ella? Se preguntaba y respondía sin lograr concretar una respuesta. Continuar sus vidas y su trabajo hasta que la tristeza los abandonara o se apoderara de ellos por completo. Esa sería su peor pesadilla, y el desánimo la invadió. Su resignación podría no ser la misma para sus hijos, sobre todo para los mayores, ambos de espíritu incansable. Abdo, que desde niño soñaba con ver el mundo desde el cielo en uno de esos aparatos, no descansaría hasta hacerlo realidad. Nagyb ya había encontrado una forma de hacer dinero en menos tiempo que labrando la tierra; seguiría ese camino. La sed de aventura corría por la sangre de sus hijos. El espíritu férreo que se forja en las montañas del Monte Líbano es para águilas, como sus antepasados en Ouadi Qadisha. Más temprano que tarde, los muchachos conocerían otras formas de vida mejor que esa, encausarían sus vidas y quizás, se irían para no volver; lo que la sumiría en una tristeza sin dimensión; más profunda que los peñascos del valle, más oscura que las cuevas y más infinita que la línea que une al cielo y al mar.

Al viejo y cansado Corcel le costaba cada día más tirar de la carreta y, sobre todo, el camino cuesta arriba. Sami, temeroso de que algún día su fiel compañero no respondiera a las riendas y declarara una huelga en la que le sería imposible cumplir sus demandas, era gentil y agradecido con el esfuerzo que su penco hacía. Estaban por llegar a su casa cuando Nazira percibió una sombra que se movió entre los árboles. Por la estilada figura y complexión atlética, le pareció que se trataba de Karim, pero enseguida desechó la idea. El joven era bien recibido en su casa y no tendría por qué ocultarse. Descendieron de la carreta y Sami siguió su camino. Columba se fue directo a la azotea y Nazira, a la cocina. Salió al huerto para cortar calabazas y berenjenas para

preparar la cena. Buscó un lugar donde sentarse. Necesitaba dedicar un poco de tiempo a meditar lo que había sucedido esa mañana en la iglesia. La pesadilla fue horrenda, de no haber sucedido en el lugar que tuvo efecto, la habría tratado de ignorar. Sin embargo, no fue así. Había ido en busca de ayuda, de respuestas, de una orientación porque se sentía perdida. Ella que debería ser la brújula para su familia había perdido el destino. Ahí, cerca de la imagen de la Virgen del Perpetuo Socorro con el Niño Jesús en brazos. Con ellos dialogaba en susurros cuando se reclinó en la banca y, sin darse cuenta, se había quedado dormida. El mensaje era claro: Félix había sido herido o estaba enfermo. De eso no tenía duda, ya que, en su sueño, lo vio postrado. Señal que no podía ni debía desdeñar.

La comida, cada vez más racionada, fue servida por Nazira en porciones individuales. Al terminar, Abdo salió y subió al techo; su hermana lo siguió mientras Nagyb se sentaba en el piso a jugar con Hamid con los soldados de plomo y Nazira regresaba a su costura luego de recoger la loza.

La noche estrellada, de luna llena, iluminaba la penumbra del bosque. Columba y su hermano mayor se sentaron en el suelo uno al lado del otro, con las rodillas dobladas sobre el pecho. Columba reclinó su cabeza en el hombro de su hermano, quien le pasó el brazo por los hombros.

—No vamos a poder viajar en avión —dijo el joven aspirante a mayordomo de la KLM.

Columba no respondió porque no le entendió. No quiso que le aclarara. Presentía que su vida tomaría un rumbo diferente a partir de ese momento. Dio un giro a la conversación, aunque ambos temas tenían tanta relación como las estrellas y la noche.

—Mamá se quedó dormida en la banca de la iglesia y soñó que papá estaba enfermo.

—Tendremos que viajar en barco. Al menos han quitado ya las restricciones militares para que podamos salir Nagyb y yo. No quisiera dejar mi trabajo, pero no veo otra solución.

Permanecieron en silencio. Había poco que decir y ese poco, poco valía la pena.

No supieron cuánto tiempo estuvieron así. La luz de la luna producía un efecto de plata sobre las ramas de los pinos. Al contemplar el astro lleno de luz, Columba sentía avivar su fe y alimentaba la esperanza de que su padre estuviera bien y pronto tuviera noticias suyas. Félix y Nazira habían fundado su familia basados en el amor, ese hondo sentimiento fue el motivo por el cual volvieron a reunirse al regreso de Félix y por el cual decidieron comenzar una nueva vida. El mismo sentimiento que desde el fondo de su corazón tenía Félix por su hermano y su familia, y que transmitía a sus hijos. Esa fraternidad que ni el tiempo ni la distancia hacían mella en él.

Luego de un rato en silencio en compañía mutua, Abdo y Columba descendieron. Al entrar a la casa encontraron a Nagyb, Nazira y Hamid sentados en torno a la mesa. Supieron que los estaban esperando cuando su madre dijo con sequedad:

—Tengo que hablar con ustedes.

La seriedad de sus palabras los inquietó.

Una vez reunida la familia, Nazira hizo un breve resumen de los acontecimientos de los últimos dos años. Si bien no les dijo nada nuevo, sus cuatro hijos permanecieron en silencio en espera de la novedad.

Luego de escuchar las primeras dos opciones, los cuatro hijos de la familia estuvieron de acuerdo con ella. Aunque su deseo era estar y permanecer juntos, la situación económica y patrimonial, por reducida que fuera, representaba todo lo que tenían y de lo que podían echar una mano para disponer de recursos.

La tercera opción era fácil de adivinar.

—Nos tendremos que ir por partes —dijo Nazira, luego de tragar el nudo que tenía atravesado en su garganta y amenazaba con quebrarle la voz.

Columba se removió en el asiento. Dio pequeños saltos y, con sus dos manos entrelazadas, se estremeció por la emoción de ir en busca de su padre, quien le había prometido poner el mundo a sus pies. Nazira adivinó sus pensamientos y con firmeza le dijo, mirándola de frente:

—No, tú no vas. Tú te quedas. —Giró la cabeza y le dio la espalda.

Capítulo 32

Corazón entre espinas

El impacto provocado por la decisión de Nazira se dejó ver en cada miembro de su familia en los días siguientes. Columba reflexionaba y reconocía que la resolución de su madre era la mejor, pero al mismo tiempo no lo era. Estaba enojada. No le parecía justo que la dejara a ella sola con sus dos hermanos mayores. Que además le pidiera que se encargara del huerto para que Nagyb atendiera las higueras, las moras, los olivos y la vid, y Abdo, que ordeñara la cabra, "Se lo recuerdas porque se le olvida". Que ensartara los jitomates y el *bemme*, y los pusiera a secar al sol para hacer conservas y venderlas, y si no se podía, que los regalara. No iba a faltar a quién dárselas entre los vecinos. Que se preparara con tiempo con el trigo, porque "Ya sabes que está escaso". Que reservara el suficiente para preparar el pan que iban a comer durante su viaje. También le encargó preparar las bolas para el *shanklish* con el *labneh* bien seco, para que no se le hicieran hongos, con la consabida recomendación de "No le pongas mucho aceite, pero que queden bien cubiertas". Especial atención puso para encargarle que cosiera con la Singer los trajes de bautizo que le dejaba ya cortados e hilvanados; ya tenían mucho trabajo avanzado como para que se desperdiciaran. Le pidió que no llorara mientras lo hacía porque la seda y las lágrimas no eran una buena combinación: dejaban marcas que ya no se podían quitar y ahora no había perlas para bordarlas sobre ellas.

Sumado a lo anterior, Nazira encargó a Columba el aseo de la casa, preparar la comida antes de irse al taller de Maclouf para que

Nagyb pudiera comer a la hora de su descanso, y tener siempre listas las camisas del uniforme de Abdo. Solo de repasar la lista de encargos, se sentía agotada y agobiada. No podía creer que su madre realizara a diario todas esas tareas.

Abdo compró para su madre y su hermano menor los boletos para su viaje de Beirut a Marsella. Ella debía de comprar su pasaje a América. Abdo había averiguado que los más económicos estaban en los sollados, que contaban con habitaciones para hombres y mujeres. Como Hamid era menor de edad, podía ir con ella, y si decidían dormir en la misma litera saldría todavía más barato.

—Si llevan su propia comida, ahorran más —dijo Abdo—. Si se les termina, pueden comprar en el comedor.

Nazira levantó un inventario de las cosas que tenían en casa. Unas las vendería ella y de otras se encargarían sus hijos. Empezó por su ropa y separó la que estaba en mejor estado para conservarla. Una parte la llevaría al *souk* para venderla y lo demás se lo dejaría al padre Charbel. El resto lo dejó en un baúl. En el invierno servirían como combustible para la leña. Luego, ella y Hamid tuvieron que someterse a los exámenes médicos de rigor. Esperaban que la vacuna no les hiciera un efecto tal que les impidiera viajar.

Mientras que la papelería de migración estaba lista, dedicó buena parte de su tiempo en preparar comida para el viaje. Esperaba a que Columba regresara del taller para que le ayudara en el *tannur* a cocer el pan. Ponía el *teqqeyeh* entre las manos de su hija, y ella, con habilidad, estiraba la masa elástica sobre el cojín hasta hacerla más delgada y voltearla sobre el *tannur*. Columba lo vigilaba hasta el punto en el que estaba listo para darle la vuelta y doblarlo aún caliente para evitar que se arrugara o rompiera. Nazira le enseñó a seleccionar las aceitunas más maduras para ponerlas al sol con la sal suficiente para lograr extraerles los jugos amargos. También le pidió revisarlas a diario para que, una vez quitado ese sabor, las conservara en un frasco.

—Revisa la ropa que van a llevar a México; la arreglas, no quiero que viajen como pordioseros. Como te ven, te tratan —le aseguró—. La que no se pueda arreglar la vendes en el *souk*, pero que no sea

en domingo; esa gente discute el precio hasta que te exprime. Con el dinero que saques compra algo que se vea de ciudad, no de campo.

Y entre una cosa y otra dijo algo que sorprendió a Columba, quien respondió con la cara sonrojada.

—¿Que tenga cuidado de Karim? —preguntó ruborizada—. ¿De qué? Es amigo de Abdo, no es mi amigo.

Nazira pensó en decirle que estaba interesado en ella, pero decidió no hacerlo.

No solo Columba desconocía esa faceta de su madre en la que no paraba de dar indicaciones, la propia Nazira se sorprendía de sí misma y, aunque justificaba el hecho, en el fondo conocía la razón de su sinrazón. Cada vez que estaba a solas con sus pensamientos, sentía que se le encogía el pecho por la falta de aire. Le preocupaban muchas cosas: tomar la decisión de viajar sin la aprobación de su esposo, llevarse al menor de los hijos en lugar de que la acompañara uno de los mayores, encontrar a Félix más enfermo de lo que podría estar o, peor aún, que no estuviera solo. La simple sensación de que se hubiera reencontrado con la *meqsiqiyi* le turbaba el pensamiento, le nublaba la razón y le erizaba la piel. No la conocía. No reconocería su cara si estuviera frente a ella.

~

Nazira salió a colgar los *bemmes* que había ensartado en el hilo para ponerlos a secar y, de repente, apercibió que Karim se acercaba por el sendero que conducía hacia su casa. Se saludaron con besos en ambas mejillas. Comentaron cosas triviales. Cuando Nazira preguntó por Abdo y Karim respondió que no sabía de él, un hueco de aire se le formó en el centro del estómago.

—Vine en persona para hablar en privado. Le solicito su permiso para visitar a Columba. —Hizo una breve pausa—. Mis intenciones son serias, y si ella me acepta, me gustaría formalizar.

—¡Muchacho, qué susto me has dado! —exclamó Nazira con un suspiro de alivio—. Pensé que era otra cosa la que me ibas a decir.

Agradezco que te fijes en la hija de Félix y mía, nos agradaría mucho que ella te aceptara, pero —hizo una pausa en busca de palabras para responder a la solicitud de ese muchacho, que sin duda sería un buen esposo y padre de sus nietos. Lo miró a los ojos mientras lo sujetaba por ambos brazos—… Columba es una niña y, además, pronto nos iremos a México. Ella desea ver a su padre —comentó con dulzura—. No pongas tu corazón entre espinas, ya has sufrido mucho en tu vida.

—Comprendo —dijo, y se despidió, pero no comprendía.

Karim se sentía turbado con lo que acababa de escuchar. Necesitaba desmenuzar, palabra por palabra, lo que acababa de salir del corazón de esa mujer.

Se perdió por la vereda en el ocaso de ese día que partía su vida en dos, una vez más.

Antes de sentarse a la mesa para cenar, Abdo se asomó por la ventana para ver por el camino si su amigo se aparecía. Estaba sorprendido por la ausencia de Karim.

—No va a venir —dijo Nazira—. Lo encontré afuera. Venía a disculparse.

Columba se sorprendió del comentario de su madre. Ignoraba por qué Karim se había disculpado, y aparentó que no le importaba, pero quería saber. Sin embargo, aunque esperó que su hermano preguntara la razón, él no lo hizo, y ella guardó silencio.



Nazira se preparó para hacer el viaje con Hamid. Acudieron al consultorio médico del doctor Khoury para el examen de rutina, se aplicaron las vacunas correspondientes y Abdo les ayudó a llenar todas las solicitudes y formas de salida. Con la ayuda de Columba, Nazira preparó *falafel,* aceitunas, pan en el *jubz saj.* Le aleccionó la mejor forma de cómo usar el *teqqeyeh* para extender la masa y que el pan quedara lo más delgado posible. Le recomendó que cuando ella hiciera el viaje con sus hermanos preparara los mismos platillos, pero en mayo cantidad, ya que comían el doble que ella.

El silencio las acompañaba la mayor parte del tiempo. Más allá de las indicaciones de: "regalas esto", "vendes aquello", "preparas un poco más de lo otro", poco había que decir entre ellas. Columba resentía el hecho de que su madre eligiera solo a Hamid para viajar con ella, pero muy a su pesar reconocía que sus hermanos precisaban de una mujer en la casa que se hiciera cargo de las tareas domésticas. "Una casa sin mujer es como un buque sin capitán", había dicho su madre y no podía negarse a aceptarlo como una realidad; como un hecho contundente y necesario.

Cuando llegó el día de la partida de Nazira y Hamid, tanto Nagyb como Columba y Abdo los habían acompañado a la misa de despedida y luego al muelle. La madre persignó a cada uno de sus hijos y, al final, a Columba le encomendó la casa y a sus hermanos. Ella asintió en silencio, ¿qué otra cosa le quedaba por hacer? ¿Qué le quedaba por decir a su madre en esos momentos? Solo esperaba que el día en el que ella partiera con sus hermanos llegara lo más pronto posible. Estaba dispuesta a viajar en la clase más baja con tal de reunirse con su familia antes de que la soledad pesara demasiado.

—En cuanto llegue a México, le avisaré a Salomón que vamos en camino —dijo Nazira, y se encaminó hacia el Loti.

Columba abanicó con la mano una despedida y esbozó una sonrisa hacia Hamid, no hacia su madre. Lo que sentía por ella en esos momentos no la llenaba de orgullo, es más, la avergonzaba. No estaba bien sentir coraje o enojo por quien le había dado la vida. En cuanto el barco zarpó, se dio la vuelta y se encaminó hacia la carreta de Sami Salami, que esperaba por ella y sus hermanos.



Aunque el cansancio era parte de su rutina, Columba prefirió mantener un ritmo constante, afanarse sin descanso desde el amanecer hasta el momento de irse a la cama. Caía en un sueño tan profundo que al despertar se sentía descansada. Amanecía con ánimo renovado cada día, aunque este disminuyera al caer la noche.

No había pasado ni una semana de la partida de Nazira, cuando llegó Sami Salami sonando con brío la campana de su carreta para anunciar que llevaba noticias. Columba corrió a su encuentro sin alcanzar a quitarse el delantal que le cubría el vestido y sin dar tiempo a que sus hermanos reaccionaran. Con lágrimas en los ojos y un sobre en las manos, entró de nuevo a la casa e ignoró a Karim que, como cada día, los acompañaba esa tarde a cenar. Se la entregó a Abdo, quien había quedado como jefe de la familia por ser el mayor. Con la emoción contenida, este revisó la fecha del sobre sellado en Marsella y lo abrió con cuidado. Sacó un papel doblado como si fuera un periódico francés, lo desdobló y encontró la carta.

Sin hacer ruido, Karim salió de la casa para que Abdo y sus hermanos vivieran ese momento de intimidad como familia, así evitaría que ellos notaran la profunda tristeza que sus planes le causaban. Pensativo, esperó hasta que advirtieran su ausencia y lo invitaran de nuevo a entrar.

Abdo leyó la carta con el tono mandón y cariñoso de su madre. En la misiva le explicaba que había encontrado ayuda entre los paisanos que viajaban con ella y Hamid para que se la escribieran. Al final de una larga lista de recomendaciones, anunciaba la fecha de su partida a México: el 21 de abril. Fecha que en un futuro no lejano sería un nuevo parteaguas en la vida de Columba.

Curándose en salud, Nazira se aseguró de aportar a su familia la mayor cantidad de datos posibles, a diferencia de lo que había hecho Félix, que no les había dejado saber absolutamente nada. Zarparía en el barco Lafayette de la Compagnie Générale Transatlantique, desde el puerto de Saint-Nazaire. Para llegar al muelle de donde zarparía el barco hacia Veracruz, tuvo que viajar en tren. Habían hecho escala en París, pero no vieron nada. Agregó la lista de sus gastos para que sus hijos supieran cuánto dinero iban a necesitar. No dejó ningún detalle al azar ni cabo suelto. El sobre con la carta de recomendaciones contenía el boletín número trescientos, publicado el 15 de abril de 1925. En el folleto se incluían también direcciones y teléfonos en Marsella y en Santiago de Cuba, así como la ruta del barco y las fechas de arribo a cada puerto.

—Ya es hora de cenar —dijo Columba, y sin hacer comentario alguno sobre la carta, se levantó y se fue directo a la cocina a encender el fogón—. Mañana hay que madrugar.

Abdo guardó la carta en el sobre. Nagyb se quedó con el boletín de la compañía naviera, le hizo otro doblez y lo guardó en el bolsillo de su *sherwal*. Se dio cuenta de que Karim no estaba en la casa y lo llamó, seguro de que lo encontraría sentado en la banca de piedra de la terraza.

Mientras comían el *mjadra* y el *labneh* seco con *zaatar* y pan, hacían burla de la lista de encargos que Nazira les había hecho como si fueran niños pequeños y ella no les hubiera enseñado a tomar decisiones y resolver sus propios problemas.

Capítulo 33

Misiva esperada

Sami Salami no anunció su llegada con la campanilla. Al paso lento de Corcel, se adentró por la vereda y notó que nadie se había percatado de su presencia. Tocó a la puerta y esperó. Nagyb se encontró de frente con el cartero que, sin decir palabra, sonrió con el cigarro sostenido entre sus amarillentos dientes. Antes de que Nagyb abriera la boca para saludarlo, invitarlo a entrar o a salir con él rumbo a la taberna, Sami puso frente a sus ojos un sobre de correos con una estampilla postal con sello de México, apenas legible. El joven tomó la carta y cerró la puerta en la misma cara del cartero. Llamó a gritos a sus hermanos, quienes se acercaron presurosos. Con el rostro resplandeciente y el sobre en la mano, sin articular palabra, dijo todo lo que había que decir. Se sentaron en torno a la mesa y Abdo abrió el sobre y extrajo la carta, que enseguida comenzó a leer.

Mis hijos amados:

Les escribo desde México. Ya estamos en Toluca. Tuvimos la suerte de conocer en Veracruz a Domingo Kuri. Él subió al barco y nos encontró a nosotros. Conoce a su padre y al tío Salomón desde la primera vez que vinieron, antes de que Columba y Nagyb nacieran. Nos ayudó a pasar el registro y nos encaminó para llegar a casa. El puerto me recordó mucho

a Beirut con puestos de fruta, verdura y comida regional. Escuché la música jarocha, como me explicó don Domingo. Nunca había visto una marimba y un arpa. No dejen de prestarles atención en cuanto lleguen, porque es música solo del Puerto de Veracruz.

Hemos encontrado a su padre. Estaba tal y como aquella vez que tuve la visión, cuando me quedé dormida en la Catedral Saint-Georges. Estaba postrado y enfermo, y así lo hallé. Ahora ya está mejor de salud, ha podido trabajar y hemos juntado el dinero para los pasajes del barco que les mandamos en esta carta. Espero que con lo que hayan ahorrado tengan suficiente para los tres.

Todavía siento dolor en mi corazón, como si una espada lo hubiera atravesado en el momento en el que nos despedimos. Hubiera querido traerlos también a ustedes conmigo, pero saben que el dinero no alcanzaba para los cinco pasajes.

Antes de llegar al muelle, su hermano y yo pasamos a Saint-Georges. Solo Nuestro Señor Jesucristo sabe si nuestros ojos volverán a ver nuestra amada tierra. Oramos frente al Sagrario de rodillas y le imploramos a Nuestro Padre Dios por su padre, por Hamid y por mí, que viajamos, y por ustedes tres que se quedaban más solos que nunca.

Cuando se vayan a venir, pasen también a la iglesia, den las gracias y despídanse. Columba: ve hacia la Virgen del Perpetuo Socorro, la que está al lado de la puerta de tu lado derecho. Ya sabes cuál, la que tiene el niño en los brazos. Atrás del bulto del florero dejé un ramito de flores azules que recogí cuando pasé por la plaza. Recógelas y dale las gracias por cuidarlas. No le pongas flores nuevas porque no sabemos si podremos irlas a recoger otra vez. Encomiéndense a ella y a

Nuestro Señor Jesucristo, para que los cuide y proteja durante su viaje, y nos permita volver a estar todos juntos otra vez.

Antes de salir de la casa, les encargo que revisen que no quede nada de comida que se pueda echar a perder. Lo que esté bueno llévenlo con la tía Nesma, la de arriba. Ella está sola y la harán muy feliz con lo que le ofrezcan. Que les dé su bendición.

Los utensilios de la cocina y el costurero llévenlos con las religiosas de Santa Inés. El carnero y sus dos crías llévenlos con el tío Pedro. Él se va a hacer cargo de la huerta y la cosecha de las uvas, las aceitunas y los vegetales. Cuidará de la casa en lo que le avisamos si vamos a regresar o si la pone en venta.

Preparen suficiente comida para el viaje. Que no les vaya a faltar ni se les vaya a echar a perder. La comida del barco es escasa y cara para los que viajan en los sollados. Calculen para cuarenta días, para que ustedes coman y no regalen de esa comida. Mejor, si pueden, sí lleven un poco más para regalar. Hay mucha gente que viaja con muy poca comida.

Empiecen a preparar los alimentos dos semanas antes de la fecha en que saldrán en el barco. Es el tiempo suficiente para que las aceitunas se cuezan con la sal. Columba: pon los canastos al sol todos los días y escurre el agua que sueltan. Al otro día les pones más sal y haces lo mismo hasta que queden buenas para comer. Lo mismo haces con los jitomates; los ensartas en el hilo y los pones donde les dé el sol desde la mañana para que queden bien secos. Ponles orégano. Saben mejor.

Recuerda calentar bien la piedra y dejar reposar la masa antes de hacer el pan. Hay que doblarlo mientras esté tibio

para que no se rompa.

En el namliyyeh están los chícharos y los garbanzos secos. Muélelos para preparar el falafel. Eso les va a rendir muy bien para el viaje. Dóralos con poco aceite para no desperdiciar, y los envuelves en el papel café. No los empaques cerca de la ropa porque se te puede manchar.

Nos tocaron unos días muy movidos en los que el mar estaba agitado y vimos gente vomitando por todos lados. El apeste nos daba todavía más náuseas. Para quitarnos el malestar nos frotábamos vinagre en la nariz y en las sienes. Cuando nos sentíamos peor, mordisqueábamos el jengibre. Que no se les olvide llevar para su viaje.

Espero que puedan traer los dos baúles: el negro que dejé al lado de la chimenea y el café que me prestó su tío Pedro y que no quise traer conmigo. Lo dejé para que ustedes guarden todo lo que puedan traer.

Tengan cuidado con sus cosas. No descuiden sus baúles porque les pueden robar. Vi lobos con pieles de oveja. No se dejen sorprender. Busquen a una familia que viaje en el mismo barco y acomódense cerca de ellos. Convivan como si fueran parientes, así se ayudarán unos a otros cuidándose y vigilando sus cosas. Nadie se dará cuenta de que ustedes tres van solos.

Guarden las cosas de oro en las bolsas negras que hicimos juntos. Nadie notará que las llevan amarradas a la cintura. No se las quiten ni para dormir.

Tan pronto lleguen a Marsella, encarguen sus baúles a alguien de confianza. Ahí tendrán que estar unos días para arreglar los papeles antes de tomar el tren que los lleve hasta el puerto de Saint-Nazaire, de donde saldrá el barco, y serán

muchos días en medio del mar. Vayan al hostal de Amal Mura. Caminen hasta encontrar la iglesia de Santa María la Mayor y recen para que tengan un buen viaje y nos encontremos pronto. Luego, pasen a la tienda que está enfrente; es de un paisano de Jounieh, les dará buen precio. Compren dos mudas de ropa sencilla. Al llegar a Veracruz, se ponen una de ellas para que parezcan europeos y no llamen la atención. Ahí busquen a don Domingo Kuri. Pregunten por él. Los ayudará a llegar a Toluca. Ya les dije que para nosotros fue un santo bajado del cielo. Nosotros no lo encontramos antes del registro y tuvimos problemas con el de Hamid, hasta el nombre le cambiaron. Le pusieron "Félix Nazir" y ahora todos lo llamamos "Nacho".

Cuiden su trabajo, sean cumplidos y responsables para que puedan traer un poco más de dinero en oro. Espero que el tiempo vuele como el ave fénix y nos veamos antes de que termine el otoño. Mientras tanto, rezaré de día y de noche por ustedes.

Los saludan su madre y mi prima Latiffe, quien me hizo el favor de escribir la carta mientras yo hablaba.

Con mi bendición,
su madre, Nazira

Enmudecidos, evitaron cruzar miradas. No sabían qué decir. Un par de golpes en la puerta rompieron el denso silencio que se había formado dentro de la casa. Se miraron. Se preguntaron si sería otro sobre. Columba se levantó y abrió la puerta para encontrarse con Karim, quien notó el desconcierto en su rostro. Se disculpó por lo inoportuno de su visita. La joven negó con la cabeza y lo invitó a pasar. Se fue directo a la cocina a preparar la cena. Sirvió *labneh* seco, *manakish* y rebanadas de tomate y pepinillo. Puso los platos al

centro de la mesa. Karim se ofreció a ayudarla y ella negó con firmeza. Luego de bendecir, Abdo le comentó a Karim sobre la carta recién recibida. Entre los tres hombres continuaron los dimes y diretes, y Columba, que seguía en silencio y visiblemente molesta, se levantó. Recogió la mesa, lavó la loza y se fue a su cuarto sin siquiera despedirse.

Capítulo 34

Sorpresa otoñal

El cambio en las tonalidades del paisaje anunciaba la temporada otoñal. A Columba le pesaba la ausencia del resto de la familia y, por otro lado, se había acostumbrado a la presencia de Karim. Le agradaba. Era como un hermano más. Pero no, no era su hermano, porque ella no se sonrojaba delante de Abdo ni de Nagyb, ni le producía un efecto en la piel escuchar sus voces. Se asomó por la ventana con su muñeca entre los brazos. En la negrura de la noche, imaginaba las escenas de encuentro con su padre. Envuelta entre sus brazos, protegida del mundo, del hambre, de la pobreza. Desde que tenía uso de razón, y mientras su padre estuvo en casa, nada le causaba temor. Ni siquiera el día aquel en que había despertado horrorizada porque los gusanos querían devorarla, ni el día en que la horrible plaga de langosta había desnudado la montaña. Mientras estaba papá, no había nada de qué preocuparse, pero desde su partida, todo había cambiado. Ya nada era igual. Estiró los brazos con la muñeca aún entre las manos. Odió su cara de ojos redondos y nariz de triángulo y su sonrisa de labios rojos. La odió porque ella había sido la última en ver a su padre. La última en verlo sonreír. La última en recibir un gesto de cariño. La última a la que sus fuertes brazos habían sostenido antes de empacarla y enviarla como regalo de promesa de volverse a ver y a abrazarse. Estaba a punto de aventar la muñeca lejos de ella cuando escuchó que tocaban a la puerta, y enseguida se abría. Abdo se asomó apenas.

—Columba —dijo con dulzura—, Karim nos pide permiso de ser tu prometido. —Alzó las manos a modo de pregunta y agregó—: ¿Qué le decimos?



Columba se levantó para arreglarse un poco. Se lavó la cara para borrar los restos de las lágrimas, se retocó los ojos con *qejel* y se colocó una discreta peineta de carey para recogerse el cabello en un moño. Revisó que su ropa estuviera libre de manchas o restos de la harina del pan que había preparado para cenar. Se preguntó por qué ahora le importaba su aspecto, si este la tenía sin cuidado apenas una hora antes. Después de que Abdo leyera la carta de su madre, Columba había llorado frente a Karim mientras servía la cena, y se había descompuesto el peinado cuando se limpió la cara con el delantal.

Más que nunca, extrañó la presencia de sus padres y le dolió su ausencia. Mamá le habría dado un sinfín de consejos, y papá… papá le habría dicho: "Eres mi princesa, y para mi princesa quiero el mundo a sus pies". Y Columba reflexionaría sobre los consejos prácticos de una y los románticos del otro. Y entonces habría seguido los latidos de su corazón. Sin embargo, sus padres no estaban, y sabía que su decisión no podía ser sentimental, porque si se daba permiso de enamorarse de Karim, ya no podría convencerse después de dejar de hacerlo. Conocía muy poco su propio corazón porque era muy joven y aún no tenía experiencias de amores; sin embargo, este le aconsejaba que tomara las cosas con calma y le decía que sería imposible tener lo mejor de los dos mundos, y sobre todo con un océano en medio de ellos. Además, Karim reconstruía su casa para vivir con su familia, y estaba solo en el mundo porque sus hermanas estaban lejos y con la guerra había perdido contacto. Eso lo sabían el corazón y la cabeza de Columba, y no podía ignorar a ninguno de ellos.

Félix y Nazira no estaban y no iban a regresar. Sus planes eran ir en busca de sus padres. No había razón para cambiarlos; al menos,

unos minutos antes, no parecía haber razón para hacerlo. Ella ignoraba con toda intención a Karim porque su presencia la inquietaba casi tanto como su ausencia, porque lo echaba de menos si no lo veía. Un dejo de tristeza asomaba a sus ojos si él no se aparecía a cenar por casa o no la sorprendía en el trayecto de regreso del taller de Maclouf y se ofrecía a ayudarle con la bolsa o el cesto que llevaba entre manos. La mirada se le iluminaba cada vez que se lo topaba en el tranvía en Beirut o por la calle y, entonces, ella fingía no haberlo visto. Le enfurecía pensar que a quien buscaba era a Martha, la empleada de la tienda de vestidos. Cada vez que Columba llegaba con los ropones de bautizo, Martha le salía al encuentro, revisaba y guardaba la mercancía. Y al entregarle la nota de recibo, le mandaba saludos a Karim, a lo que Columba respondía: "No sé si lo voy a ver. Casi no lo veo. Ya no va tanto por la casa". No sabía cómo se llamaba ese sentimiento, pero parecían celos. Como cuando mamá le había explicado que Nagyb tenía celos de Abdo por la atención de su padre. Y si ella sentía celos de Martha, ¿era porque quería más atención de Karim para ella?

La cabeza le comenzó a palpitar desde adentro. Si la decisión dependiera de su corazón, se daría una oportunidad, aceptaría a Karim como novio y, si los sentimientos entre ellos crecieran, estaría dispuesta a casarse. La vida no era justa. No lo era para ella. No al menos ese día en que sentía su corazón partirse en dos. Pero ¿y si su corazón se resistía a abandonar a Karim? ¿Y si no estuviera dispuesta a vivir otra separación y otro dolor?

Pocas cosas había tenido oportunidad de aprender a sus escasos años de vida, pero quince eran suficientes para saber que cuando hay que ser valiente, no queda otra opción. A punta de razones acallaba la voz de su corazón que la animaba de una y otra forma, pero, en su buen juicio, la única opción viable era trabajar, ahorrar y viajar para unirse con su familia.

Abrió la puerta con determinación y se dirigió al grupo de varones que, al verla llegar, enmudecieron y se pusieron de pie. Abdo y Nagyb permanecieron expectantes mientras que su hermana le indicaba a Karim que la siguiera con un gesto de cabeza al exterior de la casa.

Los hermanos Anoun Kado no esperaban esa reacción de su hermana menor. En realidad, no esperaban ninguna, como tampoco esperaban que Karim los sorprendiera con esa petición cuando era todo un hecho que dejarían el *bled* para ir a México.

Ambos cruzaron miradas y fue el menor de ellos quien rompió el silencio.

—Te apuesto que no lo va a aceptar.

—¿Cómo? ¿Vas a ser tú quien herede de papá ese mal hábito? —preguntó Abdo, sorprendido, y agregó—: Esas peleas en la taberna y las apuestas en las que te metes dinero a la bolsa te están echando a perder.

—¡Vamos, anímate! Si tú ganas la apuesta, yo ordeño la cabra el día que te toque; si yo gano, lo haces tú —respondió Nagyb, alzando los hombros.

Ambos rieron. Abdo aceptó, pero prefirió dejarlo en un par de liras y zanjar así el asunto.

Cuando la pareja regresó al interior de la casa, sus rostros no resplandecían, a diferencia de lo que esperaban los hermanos. Cabizbajos y silenciosos, se acercaron a la mesa y se sentaron en sillas contiguas. Karim tomó la mano que Columba mantenía en su regazo, y ella, ruborizada, lo permitió.

—Y bueno, ¿qué caras son esas? Dígannos qué han decidido —inquirió Nagyb.

—Espera, hombre —pidió Abdo a su hermano—, no seas tan impaciente. Ya nos lo dirán ellos.

Las mejillas de Columba ardían, todo su rostro enrojeció y una sensación de calor repentina la llevó a tomar un plato de la mesa para abanicarse. Karim apretó la mano de la joven, y cuando respondió no pudo ocultar la felicidad que le había provocado la respuesta de Columba.

—¡Dijo que sí!

—¡Te lo dije! —Abdo se dirigió a su hermano—. ¡Sirve el *aarac*!

—¡No, no, no, no, no! Espera. —Nagyb se dirigió a la pareja—. ¿Por qué aceptaste? No tengo nada contra ti —afirmó, mirando a los ojos a Karim—, es solo que no entiendo. Columba, ¿te vas a quedar aquí?

La joven dejó resbalar las lágrimas contenidas y no pudo evitar los sollozos.

—Tranquila, *habibe*, yo les explico a tus hermanos.

—Hermana, ¡pensé que le dirías que no! —Nagyb, sin temor a decirlo frente a Karim, añadió—: ¡Que tu sueño era irte a México!

—Y no tiene por qué renunciar a él —aseguró Karim, y con firmeza anunció—: He decidido que yo también me iré. Ustedes también son mi familia. Columba está de acuerdo.

—¡Esta sí que es una sorpresa! —se alegró Abdo.

Karim había tomado suficiente tiempo para reflexionar antes de proponerle una relación a Columba. En realidad, la muchacha le gustaba cada día más, al grado de que no concebía pasar el resto de su vida sin ella. Ya estaba listo para casarse. Tenía una casa que ofrecer, una tierra para trabajar en ella y que a su vez fuera su sustento. Sin embargo, las razones para quedarse no eran suficientes. Ni la casa, ni la tierra, ni un futuro valían la pena sin Columba y sin su familia. Por eso era incapaz de impedirle que se reuniera con sus seres queridos en México. Karim era quien había renunciado a su proyecto de vida, ya que, sin Columba, cualquier plan carecía de sentido para él. Por otro lado, no solo pretendía relacionarse formalmente con la joven que aceleraba su pulso, sino con todos ellos. Eran los padres y los hermanos que no había tenido. Y aunque no demostrara, por timidez, lo que la convivencia con los Anoun Kado significaba en su vida, en el fondo de su corazón lo reconocía en cada latido. Aunque por azares de la vida se había relacionado con ellos, ahora no estaba dispuesto a quedarse de nuevo sin familia.

Los hermanos de la joven no ocultaron su alegría y Columba fue abrazada por ambos al mismo tiempo. Enseguida felicitaron a Karim, y Nagyb sirvió tres vasos de *aarac* para cerrar el compromiso y brindar por la felicidad de la pareja.

Luego de felicitarlos, Nagyb se retrajo en sí mismo. Al parecer, todos habían hecho sus planes: su padre, largarse; su madre, seguirlo; su hermano menor, obedecer. Abdo, con su cabeza en el cielo y dentro de poco, de cuerpo entero. Columba, feliz y enamorada. Su futuro cuñado, con familia nueva. ¿Y él? Se

preguntaba si su porvenir debía de depender de las decisiones de los demás o si habría llegado el momento de tomar las riendas de su vida. Se aseguró de llevar en la bolsa de su *sherwal* el boletín de la Compagnie Générale Transatlantique que había llegado con la primera carta de su madre y salió de la casa.

La noche fue muy larga para Columba. La mezcla de sentimientos aún la tenían conmocionada, como si todo lo que había sucedido con Karim se hubiera tratado de otra persona y no de ella. La propuesta la tomó por sorpresa y la llenó de dudas; su corazón la animaba a aceptar, pero su cabeza le gritaba: "¡No! Si lo aceptas, no volverás a ver nunca a tu familia".

Desde que comenzó la adolescencia, se había visto a sí misma con una vida semejante a la de su madre: atendiendo el hogar y a los hijos, casada con un buen hombre quien, de un tiempo a la fecha, imaginaba que podía ser Karim. Sin embargo, cuando su padre tomó la decisión de llevar a México a toda su familia, esa idea se había difuminado. Ella conocía de la vida en la montaña, no en la ciudad; de la vida en el huerto, no en la del *souk*, de las tardes apacibles lejos del bullicio y el tráfico de la ciudad. No, no podía imaginar más que la unión de sus dos mundos, y Karim se lo había hecho muy fácil. Había renunciado a todo por ella para estar juntos. En esos momentos, Columba creyó que el corazón le saldría del pecho porque ya no cabía en ese pequeño lugar.

~

Como era de esperarse, Sami Salami se había encargado de esparcir la noticia del compromiso de Columba y Karim como pólvora. No se presentaban a menudo oportunidades como esa en los últimos años: dos hijos de la misma tierra habían decidido unir sus presentes. El futuro para ellos no estaba en la tierra que mana leche y miel, sino lejos de ella. Una parte de sí mismos permanecería para siempre en una pequeña caja de cedro tallada a mano y enterrada en la tierra del corazón de su hogar.

La noche del 26 de octubre de 1925 se celebraba, en un *sahriye*, la fiesta de compromiso de Columba y Karim en la casa de Ahmed y Rose Anoun, justo frente a la iglesia Saint-Georges en Qsaibeh. La reunión tenía, como siempre, un efecto nutricio entre los participantes. Con ese motivo, se preparó una *mezze*. Cada una de las familias vecinas preparó un platillo modesto. Con *hummus*, *tabbule*, *babaganush*, aceitunas, tomates, hierbabuena, *zaatar*, pan saj y *falafel*. No hubo quejas ni lamentaciones por no disponer de recursos para preparar la variedad de platos fuertes tradicionales con la que les habría gustado agasajar a los novios.

—Lo importante es celebrar el amor y la vida —anunció así su llegada el padre John, quien depositó una canasta con granadas, uvas, higos y manzanas recién cosechados de la huerta parroquial.

Jacobo Maclouf se encargó de llevar el *aarac* para el brindis, y Sami Salami contribuyó con un plato con *graybes*. El novio encabezó el *dabke*, seguido de los varones ahí presentes. Había risas, canto, baile, brindis, abrazos, alegría y enhorabuenas para la pareja.

Mientras tanto, en el puerto de Beirut, el vapor francés Apollon se incendiaba en la bahía. El acorazado francés Livian lo bombardeó hasta hundirlo para evitar una catástrofe mayor; sin embargo, Beirut se vistió de nuevo de luto. Ajenos a la tragedia, los novios eran obsequiados con un *hudbe* en la casa de Ahmed y Rose Anoun. En medio de la algarabía de esa noche en Qsaibeh, unos celebraban jubilosos la vida, y otros, la muerte.

Capítulo 35

Frente al pasado, frente al futuro

A partir de su compromiso con Karim, Columba aspiraba otros aromas, paladeaba otra gama de colores en la naturaleza y la melodía de la voz de su novio la acompañaba cerca del oído. Las facciones de su rostro se afinaron y lucía un nuevo brillo en la piel y en los ojos. El trabajo en casa se convirtió para Columba en una oportunidad de preparación para su futuro matrimonio. Las recomendaciones que su madre le repetía con frecuencia tomaron sentido por primera vez. "Una mujer debe estar lista para casarse, y para eso debe saber cómo manejar con diligencia las tareas de la casa, del huerto y de la familia. Debe ser prudente, debe conservar la ecuanimidad, debe ser muy inteligente, debe saber perdonar". La larga lista de deberes que pesaba en los hombros de Columba se transformó en un querer ser mejor persona para su futuro compañero de vida. Con ese sentimiento, la carga se hizo tan liviana que dejó de ser una obligación.

Ahora ponía más atención a los gustos de su novio que a los de sus hermanos. Ellos lo notaban y se lo dejaban saber de inmediato, para sorpresa de ella, que no creía ser tan evidente. En lugar de molestarse, rezongar y permanecer enojada por varios días, se limitaba a sonreír mientras la cara se le teñía de rojo hasta las sienes, y agregaba un: "No es verdad. Exageran", y de inmediato olvidaba los reclamos fraternos para concentrarse en una nueva tarea y prepararse para el viaje a México en otoño con su novio y sus hermanos.

Si bien Karim y Columba se veían casi a diario, solían ir a Beirut un par de veces a la semana, caminaban por La Corniche, compraban un helado en la Plaza de los Mártires y siempre buscaban el mismo banco para sentarse a saborearlo, admirar la montaña y hacer planes para el futuro. Sin embargo, los detalles de la boda aún no llegaban a la conversación. Por razones que a Columba le parecían obvias, el enlace religioso sería en cuanto llegaran a México y se corrieran las amonestaciones. Con la aprobación de sus hermanos, no tenía duda de que su padre también aceptaría su compromiso con Karim. Al pensar en ellos, recordó los escasos detalles que su madre les había contado en una tercera carta, luego de encontrarse con él en Toluca. "Su padre está bien y ya estamos juntos. *Allá yberqaq*". "Tuvo un problema de salud que ya no tiene". "Estuvo muy bien atendido en mi ausencia".

Abdo y Nagyb, e incluso Karim, querían conocer sobre la enfermedad que había padecido y, sobre todo, las razones por las cuales nadie les advirtió nada. Pero, dadas las circunstancias, lo mejor era optar por lo relevante: Félix se encontraba bien de salud, y Hamid y Nazira estaban con él. Para sorpresa de los jóvenes hijos del matrimonio, en la última misiva no se agregaba dinero. Sabían que no había desaparecido en el trayecto porque Nazira lo aclaraba: "En la próxima carta les mandamos el dinero". Semanas más tarde, ni la carta ni el apoyo llegaron. Si no lo recibían a más tardar en una semana, el invierno y sus abundantes nevadas les impedirían avanzar con los preparativos, y con eso retrasarían el viaje hasta una fecha incierta.

Con el apoyo del padre John, quien le ofreció hospedaje por el tiempo necesario, Karim decidió iniciar cuanto antes la venta de sus propiedades. En poco tiempo encontró a un sericultor sirio que buscaba tierras bañadas por el sol y la brisa del Mediterráneo para mejorar su producción de seda. Maclouf no se alegró con la idea de tener una competencia tan cercana. Sami Salami le recordó que en todo Líbano se producía seda, que el sol sale para todos y se pone por el mismo lado.

Abdo y Nagyb estaban conscientes de que tendrían que buscar dinero extra y sacar el máximo provecho del producto de sus tierras.

Y, sobre todo, ahorrar cuanto fuera posible a fin de poder partir en primavera. Para Abdo era complicado doblar turno o buscar otro trabajo en Beirut sin descuidar el de casa. Decidió dedicar unas horas extras a trabajar en casa por la mañana antes de ir a la oficina del centro de la ciudad. Cosechaba lo más posible de la producción de la huerta, dejaba lo mínimo necesario en casa para consumo y el resto lo vendía a revendedores en el *souk*. Prefería sacrificar la ganancia porque no disponía de tiempo para la venta directa.

Nagyb cuidaba con esmero lo que de la generosa tierra emanaba. Quitaba la hierba, controlaba las plagas con remedios caseros y fertilizaba para multiplicar la producción de moreras, aceitunas y aceite. Una que otra tarde cargaba bultos en el puerto y se ganaba unas monedas, de ahí se iba a la taberna. Una buena noche de pelea le redituaba más que jornadas enteras en el huerto, pero sabía que no tenía otras opciones. A diario estudiaba el folleto que habían recibido con la carta de Nazira. El panorama se abrió ante sus ojos cuando descubrió la cantidad de destinos a los que podía aspirar. México era solo una de las opciones. Y, con la constancia de una hormiga, abonaba a diario a su bote de ahorro en el *abu*.

La venta de la casa de Karim no fue en los términos deseados, pero a final de cuentas se concretó, incluyendo los pocos enseres que tenía dentro. El joven decidió hacer un donativo para la comunidad del padre John, quien lo recibió agradecido. Continuó con sus visitas a la casa de sus amigos. Después de cenar, jugaba *taule* con su novia y luego, si el clima lo permitía, salía con ella a la terraza.

Abdo y Nagyb escuchaban sus risas y sonreían entre sí. Les alegraba que su hermana fuera feliz; Karim era un buen hombre y formaban una gran pareja. Nagyb arremetió contra Abdo en un tema que evitaba a toda costa.

—A ver si ya te animas. Te toca primero, eres el mayor. Por tradición, yo no puedo comprometerme antes —agregó en son de burla.

—Por mí, la puedes romper —se refirió Abdo a las añejas costumbres familiares—. Yo tengo otros planes. —Extendió los

brazos para imitar el vuelo de una aeronave.

—Te vas a caer de la nube —amenazó—. Si sigues volando alto, el golpe será en la cabeza.

Con toda intención, Abdo se dejó caer al piso y simuló que se golpeaba la cabeza. Ambos rieron. Era mejor dar por terminado el tema así que adentrarse en él. A ninguno le interesaba comprometerse, no por el momento.

El último día del año, día del cumpleaños de Columba, la más fuerte tormenta invernal les impidió salir de casa. Tanto el padre John como el padre Charbel celebraron la misa prácticamente sin feligreses. Solo lo hicieron con aquellos que ayudaban en la liturgia y con los que llegaron antes de que les fuera imposible salir de sus casas. Al día siguiente, amainada la tormenta, se dieron cita los parroquianos en su respectivo templo. Para Columba, su cumpleaños fue el peor que pudiera recordar hasta la fecha. Tenía novio y ni siquiera la había podido visitar. Presagió que iniciar el año así no era buen augurio. Trató de desechar ese pensamiento, y en ocasiones lo logró.

Durante el invierno, el trabajo en el taller era mínimo. Mientras esperaba a que Abdo o Karim pasaran por ella al taller, Columba aprovechaba para hojear las revistas de *Modes et Travaux*. Se detenía en los vestidos de novia. La moda había cambiado tanto que le costaba imaginarse con uno de esos trajes sueltos y alargados, esos que no marcaban la cintura, ni tenían una larga cauda ni un largo velo que partía del tocado de la cabeza, tal y como se había imaginado camino al altar del brazo de su padre.

La nueva moda parisina subía el largo de la falda para colocarla entre el tobillo y la rodilla. La línea era recta, por no decir cuadrada; el escote del cuello, redondo, y la manga, larga. Hilos de perlas en caída libre decoraban la parte frontal del vestido. No era de su agrado.

Por consejo de Maclouf, decidió adecuarse a la moda francesa para aprovechar el corte de tela que él le había regalado. Con la experiencia que tenía con la Singer de su madre, el modelo fue fácil de cortar y confeccionar. Enseguida puso manos a la obra. En el mismo taller le ayudaron a tomar las medidas, sacar los patrones y

hacer el corte de la tela. Como no quería ponerse en evidencia con sus hermanos, ni mucho menos con su novio, decidió comenzar a trabajar los bordados y el tocado, nombre apropiado para el gorro, en su tiempo libre en el taller.

Lejos estaba Columba de imaginar que lo que le sobraría para confeccionar su vestido sería tiempo y discreción.



Comenzaba el deshielo cuando Columba quedó helada con la noticia que le dio Karim.

—Tengo todo listo para irme a mediados de abril a Marsella y viajar para zarpar con rumbo a Veracruz el día veintiuno.

—La misma fecha que mamá —recordó Columba, mientras que su mente discernía lo que acababa de escuchar.

—Sí, un año después. Qué coincidencia, ¿no? —preguntó Karim en un intento por reducir la tensión que se había generado entre ellos.

—Todo… ¿listo? —agregó, incrédula.

—Bueno, es un decir, está casi listo.

Karim se dio cuenta de que le ofendía el hecho de no haberla considerado en sus planes. Se sentó frente a ella, le tomó ambas manos entre las suyas, acercó su rostro y le habló con voz suave y la mirada puesta en sus ojos.

—No puedo ni quiero comprometer tu honor si viajamos juntos en el mismo barco, aunque también estén tus hermanos —aclaró con voz grave—. Ni puedo comprometer el mío si voy detrás de ti. Por eso, después de pensarlo mucho, decidí que lo mejor es que yo adelante mi viaje. Así, en cuanto llegue, comenzaré a trabajar para tener algo que ofrecerte. Tan pronto como llegues, formalizamos con tus padres y fijamos la fecha de la boda.

Mientras Columba ordenaba sus pensamientos, rodaban ríos de lágrimas desde sus ojos. Lo que había escuchado de labios de Karim le pareció insólito, nunca se le habría ocurrido a ella. El silencio los envolvió. No podía negar que esas palabras estaban llenas de razón

y de prudencia. Le dolió hasta la entraña aceptar la propuesta de su novio, pero lo hizo.

Entraron a la casa y, sin dilación, le contaron las novedades a Abdo y a Nagyb. Ambos enmudecieron. Abdo se quedó petrificado y Nagyb salió sin decir palabra y dio un portazo. Abdo escuchó a Karim, consternado. Se sintió excluido por su amigo por no haber sido partícipe de sus planes, pero, al final de cuentas, le agradeció su consideración a su hermana.

Columba tardó varios días en asimilar la noticia.



De no ser porque acompañó a Karim a realizar sus trámites, Columba pensaría que estaba atrapada en una pesadilla. El día que acudieron a la cita del doctor, decidió esperar a su novio en la banca acostumbrada de la Plaza de los Mártires, bajo la sombra de las palmeras.

Karim entró al consultorio del doctor Issa El-Khoury, y el hedor a alcanfor lo penetró por la nariz y le llegó hasta la coronilla. Tomó asiento en una desvencijada silla, heredada seguramente de algún cuartel militar desmantelado, y simuló una calma que no sentía. No creía que le negaran el certificado médico, pero desde hacía algún tiempo la incertidumbre flotaba en el ambiente y podían decidir hacerlo. El documento era imprescindible para que se le expidiera el boleto del barco.

Se notaba a simple vista que no padecía conjuntivitis por la claridad y transparencia de sus ojos color miel, y que la vacuna contra la viruela no le había producido fiebre ni se le había infectado. A criterio del doctor quedaba si el paciente tenía algún problema mental, porque no había forma de comprobarlo.

Karim recorrió con la mirada la pequeña sala de recepción del doctor. Se detuvo en un cartel dirigido a los migrantes. La llegada a la isla Ellis, Nueva York, estaba siendo sometida a escrutinio escrupuloso por los agentes migratorios. Toda persona con signos de enfermedad física era puesta en cuarentena antes de salir de la isla,

y aquellas con síntomas de enfermedad mental eran deportadas de regreso en el mismo barco, sin tomar en cuenta otra cosa que no fuera su nuevo reglamento.

Aunque no tenían noticias precisas sobre el proceso de migración en México, por la cercanía con Estados Unidos les recomendaban llevar el certificado médico y evitar riesgos de contagio durante el trayecto para reducir la probabilidad de ser deportados o dejados en cuarentena en las instalaciones del muelle.

Se abrió la puerta y Columba vio salir a Karim con un sobre en la mano. Sintió que el piso se movía bajo sus pies, y apenas logró mantenerse en pie. El sol que asomó entre las copas de los árboles despertó el aroma de las flores de primavera, y un conjunto de mariposas escaparon de su prisión de crisálida para alborotar el atardecer.

Justo en el momento en el que Karim llegó a su lado, un rayo de luz se posó por un instante en la cabeza de Columba para resaltar el plateado hallazgo.

—¡Mujer! Tienes tres canas —le dijo.

«Tres. Ya son tres», pensó Columba.

Quiso decirle que la más reciente era por él, pero las palabras no salieron de su boca. Había descubierto la primera cana después de la partida de Félix. La segunda, cuando su madre había anunciado que viajaría a México. Y ahora, Karim le descubría la tercera. Quién iba a decir que en poco más de diez años, esas tres canas se convertirían en un mechón.

Con vertiginosa rapidez pasaron los días, y llegó para ellos el momento de la despedida. "Será solo por unos meses", decía Karim cada vez que Columba trataba de disimular su tristeza.

«Sí, serían solo unos meses —pensó—, pero serán los más largos y solitarios de mi vida. Despedir a Karim me desgarra por dentro, me descompone. Mis piernas no me sostienen y cada vez que estamos juntos siento que me ahogo, porque quiero gritarle que no se vaya, que no me deje, que espere a que podamos viajar juntos, y el nudo atravesado en mi garganta impide que mi voz pueda salir».

A Columba no le faltaban razones para sentirse así. Primero, su padre; luego, su madre y hermano. En cada despedida sintió que se

desprendía un trozo de su corazón, pero con Karim era diferente. ¿Cómo podría vivir si su corazón entero se iba lejos de ella? Esa noche, después de cenar con un semblante serio, pero con una luz brillante en los ojos, Nagyb enfrentó a su familia con una decisión en la que, por su tono, no admitía contradicción.

—Yo también me voy, el mismo día que Karim.

El silencio se hizo en un instante. El suave sonido del viento entró por la ventana y, enmudecidos, escucharon el relato de Nagyb. El joven agregó que ya tenía listo el certificado médico y un contrato para cuatro peleas en el barco que le dejarían un buen dinero para comprar su viaje a América. Columba, atónita, permaneció inmóvil. Abdo sorprendió a su hermano con su reacción. Se puso de pie y abrió los brazos para recibirlo entre ellos y decirle a viva voz:

—*Ya Rab tnajjiina*, hermano; nos vemos pronto.

Nagyb sabía lo que significaba para Abdo su decisión, y este leyó el dolor en su mirada. Tendría que bajar de la nube sin haberse subido ni una sola vez.

—Ya lo haré yo después —dijo Abdo, que conocía a su hermano como a sí mismo.

Los tres hermanos se abrazaron y lloraron juntos. "Me cuidas a Karim", le advirtió Columba a Nagyb. Este tomó el rostro de su hermana entre sus manos y la besó en la frente.



El alba despertó triste, como cada mañana en la que se despedían en el puerto a compatriotas que se hacían a la mar. Una multitud, cada vez más reducida, se reuniría para la despedida en el muelle. El barco zarparía a las cuatro, y después de navegar cuatro noches llegaría a Marsella al amanecer del quinto día. Karim tomó a Columba de la mano para cruzar la calle hacia la Plaza de los Mártires. Sortearon carros y tranvías, y caminaron por la plaza hasta llegar a la banca de sus recuerdos, de sus nostalgias y sus secretos. Se sentaron de modo que pudieran mirarse a los ojos. Frente a Karim estaba su futuro, su razón de vivir y de partir. Detrás de

Columba, enmarcando su silueta, la montaña que guardaba para siempre su raíz y su historia. Columba tenía frente a sí su presente y todo lo que le importaba. Detrás de Karim, el bullicio del puerto de Beirut, y al fondo, el SS Pierre Loti que esperaba, meciéndose en el agua, a los forjadores de sueños, a los valientes surcadores del mar que ese día emprenderían una aventura más en sus vidas. Tal vez la última, quizás la única.

Se tomaron de las manos con fuerza y recorrieron los huecos y las callosidades que sabían de memoria. Contuvieron las ganas de perderse en un abrazo, se miraron en silencio. Discretos espectadores fueron los fresnos y las palmeras que nunca confesarían de lo que esa mañana fueron testigos. Rompieron el silencio al mismo tiempo. Dijeron algo que ninguno entendió y rieron nerviosos.

—Dime.

—Mejor dime tú primero.

—Está bien, yo primero —dijo Karim—. No tengas miedo. El tiempo pasará de prisa. Ya verás que, entre los preparativos de tu viaje, tu trabajo en el taller de seda y cuidar de Abdo y de la casa, agosto llegará muy pronto.

Columba no pudo contener las lágrimas. Las mariposas que revoloteaban por el parque se posaron en las ramas del fresno, temerosas de interrumpir el momento con su aleteo.

—¿Agosto, pronto? ¡Falta un siglo para agosto! —chilló Columba como una chiquilla. Se había comportado tanto tiempo como una mujer, que se había olvidado de que tenía apenas quince años.

Las mariposas se lanzaron al vuelo, Columba las vio perderse en el azul del cielo. Secó sus lágrimas y con un suspiro trató de alcanzarlas al exhalar.

Una corriente de aire meció levemente a las palmeras para pasar entre ellas y llevar, a todos los rincones del puerto, los sonidos del bronce de los campanarios de las iglesias y de los minaretes de las mezquitas, que llamaban a su pueblo a unirse para la despedida. La patria gritaba al aire; hijos de sus entrañas dejarían su seno en un parto con dolor. Como si se tratara de un diálogo, el SS Pierre Loti

respondía con el sonar de su sirena, recreando en el ambiente un ensordecedor gemido de despedida.

Columba y Karim acudieron al llamado de las campanas de la Catedral Ortodoxa Saint-Georges. Caminaron envueltos en la elocuencia del silencio. Doce meses antes, Karim y sus hermanos la acompañaban a despedir a su madre y a Hamid. Este día, Columba se quedaría sola en el muelle y levantaría su brazo para decir "Hasta agosto", y se aferraría a la baranda para alargarlo más allá de lo posible y tratar de impedir que el barco se alejara sin lograr detenerlo. Entraron en la antigua catedral por la puerta del costado. Eligieron una banca apartada y se postraron ahí. Se arrodillaron muy cerca uno del otro y rozaron sus brazos para grabar en su recuerdo la textura y el calor de la piel. Así permanecieron hasta que se abrieron todas las puertas y las contraventanas de madera. El sol atravesó por los vitrales y formó un mosaico de colores que se alargaba desde el piso hasta el iconostasio, resaltando los detalles del retablo dorado con luces y sombras. El calor del sol encendió el aroma de las flores colocadas en macetones, que perfumaban el ambiente y las transformaban en arreglos multicolores. Abdo y Nagyb se colocaron cerca de ellos. La celebración de despedida fue como las anteriores: solemne. Los celebrantes entraron en procesión ataviados con sus ornamentos de fiesta entonando cantos, himnos y letanías. El incienso inundaba el lugar en una nube aromática que elevaba las plegarias a Dios. Durante la predicación, el patriarca les auguró éxito a todos los que viajaban durante esa semana. Les recordó que todo libanés es libanés sin importar dónde viva; que fueran agradecidos con el país que los recibiría y que recordaran sus raíces, tan hondas y profundas como las del cedro, símbolo de su identidad, de la bandera y de la patria que, con la ayuda de Dios, alcanzaría su independencia. Columba, que había escuchado la misma predicación otras veces, sintió que cada palabra se clavaba como una daga en su corazón y en su estómago. Karim, sentado a su lado, lloraba para adentro. Ella también mantenía encarceladas sus lágrimas. Serían sus prisioneras hasta que llegara el momento de ponerlas en libertad. Que sería pronto, muy pronto.

Terminado el servicio, despidieron a Karim y a Nagyb y los siguieron hasta perderlos de vista para luego aparecer en la baranda con los brazos extendidos hasta el cielo. Uno decía adiós. El otro, hasta pronto.

En pocos años, la vida le había enseñado a Columba que para sanar una herida es necesario asearla primero. Que el dolor con el dolor sana, y que impedir sentirlo es un esfuerzo inútil que desgasta, atropella e imposibilita. Que la vida tiene que seguir su curso, como lo hace el hielo al convertirse en agua al principio de la primavera, y llega a los manantiales, luego al río y finalmente al mar.

Capítulo 36

Félix y Nazira, el encuentro

Nazira temía el nuevo encuentro con su esposo. La ausencia de cartas con noticias suyas podría significar muchas cosas, o quizás solo una: la había olvidado. Con una o con otra *meqsiqiyi*, le daba lo mismo, o ¿quizás no? Prefirió no pensar y disfrutar el viaje por tren. El paisaje era cautivador y le recordaba, en algunas secciones, a su tierra natal. Del otro lado del mar quedaba Baskinta y sus manzanas, aceitunas y vendimias. Lejos quedaba Qsaibeh, su hogar, sus ilusiones y sus hijos. Desprenderse de ellos había representado el dolor más profundo jamás sentido. No se comparaba con el dolor que había sentido con la confesión de infidelidad de Félix, su esposo, el amor de su vida. Abdo, Nagyb y Columba provenían de sus entrañas y en ese profundo lugar se localizaba su dolencia actual. Esperaba sin dudar que Dios les concediera reunirse de nuevo.

Nazira pensó en escribir a sus hijos, de nueva cuenta, una carta con las recomendaciones. Sin duda la esperaban. En cuanto quedara instalada, buscaría ayuda para que estuviera legible. Esperaba, con todo su corazón, que el tiempo pasara como en un abrir y cerrar de ojos. No pudo evitar pensar en Karim. Ese muchacho se había convertido en un hijo más en su casa. Le daba pena que se hubiera interesado por Columba. Sin duda sería un buen marido para ella, pero evitó darle falsas esperanzas. Era mejor que no se encariñara con ella y buscara a otra mujer para instalarse en la casa de sus padres. El silbato del tren la volvió a la realidad. Habían llegado a la

estación de Balbuena y debían transbordar el tren. Hamid dormía recargado en su brazo.

—*Habibe*, *habibe* —dijo Nazira con suavidad—, despierta, ya llegamos.

Hamid se desperezó y estiró los brazos. Se llevó las manos al estómago y advirtió a su madre:

—Mamá, tengo hambre. ¿Qué hay de comer?

—Ahora buscamos —respondió y se puso de pie.

La recomendación del señor Kuri de alejarse de las grasas y picantes estaba presente en la mente de Nazira. Descendieron del tren y entregaron una hoja de papel al guardia de la estación. El señor Kuri había escrito en español que les ayudaran con el equipaje. El guardia juntó dos dedos, los puso entre sus labios y emitió un sonoro silbido. Enseguida apareció un hombre con una carretilla. Se encargó del equipaje y los condujo a una fonda para que compraran algo de comer. Eligieron una torta de tamal sin chile, platillo muy típico del centro del país. El aroma los envolvió y les abrió el apetito.

—Puede más el hambre que las ganas de comer. —Así, Nazira animó a su hijo a comer.

Cuando quedaron satisfechos, siguieron su camino por el andén. Descubrieron una nueva variedad de colores, formas y aromas de los productos que se ofrecían a la venta, distintos a lo que habían visto a su llegada a Veracruz. Nazira pensó que era igual que en Líbano. Según la zona, la pluralidad de platillos variaba. Las diferencias que apreció a primera vista fueron: el idioma, la comida y los sombreros de los hombres. Hamid practicó durante el resto del viaje la forma de silbar del guardia hasta llegar a Toluca. En su último intento, antes de que la máquina se detuviera por completo, lo logró.

—¿Papá viene a recogernos? —preguntó curioso.

—Yo creo que sí.

Nazira no se atrevía a asegurarlo y en el fondo prefería no tener un encuentro en ese lugar.

Al descender del vagón, se encontraron con Salomón y un par de hombres que les ayudarían con el equipaje. Se sorprendió de que Félix no estuviera con él, pero, en el fondo, se alegró. El cálido

recibimiento de su cuñado logró calmar su ansiedad y no pudo evitar preguntar por Félix. Salomón le indicó el camino de salida y agregó:

—Vamos, en el camino te cuento. Neshme y los niños nos esperan a comer.

Frente a la estación se acomodaron en un carruaje tirado por dos mulas. Los cargadores acomodaron los baúles en la parte de atrás, los sujetaron con una cuerda y fueron a la parte del frente. Bajaron por el Barrio de Huitzila hasta la avenida Independencia. Hamid, atraído por la gente en la calle, su indumentaria, gestos, voces y gritos, miraba por la ventanilla; intuyó que algo estaba por suceder. El ambiente se podía cortar con cuchillo. Nazira miraba en silencio a Salomón, que se frotaba las manos y luego pasaba las palmas por la tela del pantalón. La frente de su cuñado se perló, a pesar de que no hacía calor, y se llevó la mano a la boca, como si la limpiara, hasta la barbilla. Nazira estuvo a punto de preguntar qué pasaba, pero decidió esperar a que él estuviera listo para decir lo que no se atrevía. Ella también se dispuso a afrontar lo que fuera. Avanzaron en su trayecto envueltos en un denso silencio, hasta que Salomón lo rompió con la mejor noticia que Nazira pudo escuchar:

—Félix no está bien; mejor dicho, Félix está muy mal. —Miró a su cuñada quien, enmudecida, palideció.

Nazira se llevó la mano al pecho, lanzó un suspiro de alivio y le obsequió una amplia sonrisa.

«Está vivo», pensó.

Eso era lo más importante, lo había deseado con todo su corazón. Había rezado a la Virgen del Perpetuo Socorro encontrarlo con vida y se lo había concedido. Del resto se encargarían ambas.

Salomón, conmocionado por la reacción inesperada de su cuñada, la puso al tanto de los sucesos desde la llegada de Félix a Toluca. Narró que su hermano le había confesado que había hecho algunas apuestas durante el viaje, y como no había tenido suerte, prefirió no escribirle a su familia. Luego de unos días de haber llegado, retomó la ruta que tenía como vendedor ambulante.

—Siempre fue muy bueno para vender, pero malo para cobrar; aunque parece un mal chiste, eso mismo le salvó la vida —agregó Salomón.

Y continuó ante el silencio expectante de su cuñada y sobrino. Ambos lo urgían con la mirada para que contara los detalles del suceso.

—Según lo que me contaron, hubo una balacera y resultó herido. Antes de darle el tiro de gracia, lo reconoció alguien como el Turco. Eso le salvó la vida —hizo una breve pausa antes de seguir—. Y en el centro de salud, unas personas que lo conocían de antaño se hicieron cargo de él hasta que se recuperó y lo trajeron a Toluca.

—¿Balacearon a mi papá? —preguntó Hamid con un nudo en la garganta.

—Fue un accidente, según me contaron.

Fueron los mismos vendedores ambulantes quienes lo habían puesto al tanto cuando le devolvieron la mercancía de Félix. En cuanto pudo, Salomón viajó al Oro unas cuantas veces para cerciorarse de la mejoría de su hermano y hacerse cargo de los gastos. Aún estaba convaleciente, pero en condiciones de tolerar el viaje cuando lo trasladaron a Toluca.

—Nos acompañó la Prieta, así le llaman —aclaró Salomón—. Félix necesitaba muchos cuidados y ella se ofreció a atenderlo. Neshme lo habría hecho, pero está embarazada y no se siente bien. Dios ya nos ha bendecido con siete hijos.

Nazira pensó que Salomón había pasado el trago amargo de ponerla al tanto de la situación, pero de pronto continuó con las malas noticias:

—Después del incidente de la bala, cuando pensamos que ya se estaba recuperando… sufrió un coma diabético —añadió Salomón—. Para fortuna de Félix, ya estaba en Toluca y le dieron atención médica inmediata, aunque tardó un par de días en salir del coma. Nos dijo el doctor que el accidente aceleró su diabetes.

Nazira permanecía en silencio, con el nudo en la garganta y los ojos secos con deseos de llorar. Hacía mucho que no lograba producir una sola lágrima.

«Ya he llorado suficiente» pensó, y animó a su cuñado a continuar.

—Ahora tiene que cuidar mucho su alimentación y estilo de vida para mantener su nivel de azúcar estabilizado. Para eso se tiene que

hacer exámenes de sangre cada vez que lo pida el médico.

Nazira quedó conmocionada. Se sentía aturdida y parpadeaba como si con ese movimiento lograra acomodar toda esa información en su cabeza y en su corazón. Salomón se compadeció de su cuñada, tomó entre sus manos las de ella y trató de consolarla.

—Siento mucho darte tan malas noticias. Juntos lo sacaremos adelante.

Con un movimiento de cabeza, Nazira le dio a entender que no se preocupara por eso y esbozó una mueca en señal de agradecimiento. El carruaje se había detenido. Habían llegado a un edificio en la calle Nigromante. Nazira titubeó ante el tamaño: ¿Era la casa de Félix?

—Es una vecindad —aclaró Salomón.



Félix había rentado una vivienda de varios cuartos en la segunda planta para prepararse y recibir a su familia. Después del accidente, Salomón y otros paisanos lo habían apoyado con el pago de la renta.

Descendieron sin prisa, alargando el tiempo, para retrasar el momento del encuentro. Nazira lo vería, sin duda, pero ¿en qué condición? Cruzó el umbral y entró al patio. Paneó con la mirada el edificio a su izquierda, la escalera que conducía a los dos pisos superiores, las puertas y ventanas sucedidas una de la otra como si se tratara de una sola vivienda. Las macetas del corredor rompían la monotonía y, por el cuidado y atención de las plantas, hablaban por sí mismas de sus habitantes. Jaulas colgantes albergaban pajarillos de diversos colores y tamaños y su trino incesante envolvía el ambiente matinal. Su nuevo hogar en el segundo piso era el número 16. Levantó la cara. ¿Cuál de ellas sería? Los cargadores que llevaban los baúles se adelantaron y así, le indicaron el camino. Tocaron sobre el vidrio de una de las puertas, esperaron una señal, abrieron, entraron cargados y salieron con las manos vacías. Nadie se asomó.

El corazón de Nazira se aceleró. Hamid le mostró a su tío que había aprendido a silbar. Su madre se lo agradeció. No tenía apuro por llegar. Tenía miedo, las dudas la asaltaban, los celos la turbaban. La imagen amada y tantas veces recorrida de la fotografía familiar se perdía en su memoria. ¿Qué encontraría? Se lo preguntó y no supo qué responderse. Subió un peldaño, dos, tres. Volvió la mirada hacia la puerta, a la espera de que Félix saliera, de que fuera él a quien viera primero, de que no captara su sorpresa. Pero nadie salió, la puerta permaneció entreabierta. Los cargadores se retiraron. Hamid y Salomón continuaban en la acera, los escuchaba hablar en árabe. El chico quería aprender español. Su tío respondió, pero no la acompañó.

Subió otros peldaños: cuatro, cinco, seis, siete, ocho. Se detuvo y respiró hondo; le faltaba el aire. Continuó y llegó al descanso, tres o cuatro pasos antes de continuar su ascenso. Como si subiera al monte Hermón en el Antilíbano, le costaba respirar, pero siguió: nueve, diez, once. Nadie se asomaba a la puerta. ¿Nadie la esperaba? ¿Félix estaba peor de lo que Salomón pensaba? Siguió: doce, trece, catorce, quince; uno más y estaría en el segundo piso. ¿Estaría peor de cuando lo había visto derrumbado tras el paso de la langosta? Esperaba que no; sin embargo, en aquellos días no tenía diabetes. Sin duda estaba peor, pensó. Se armó de valor. Subió el último peldaño, se paró frente a la puerta, respiró hondo y la abrió con suavidad.

Su hombre estaba frente a ella, sentado en un sillón, pero ¿era él? Nazira sintió que el golpe de los años se le venían también a ella. Su propio cabello había encanecido, lo notó esa noche, pero no supo si había ocurrido durante el viaje o en cuanto vio a Félix envejecido, delgado y soñoliento, con la tristeza asomando desde el fondo de sus ojos. Se detuvo en cuanto lo vio. Parecía un niño en busca de protección.

De un cuarto posterior salió una mujer que, en árabe, le dio la bienvenida. Nazira supuso que se trataba de la Prieta, como la había llamado Salomón, y le sonrió, agradecida. La mujer se despidió con un "Mañana vuelvo a ver qué se le ofrece". Su acento no era muy bueno, pero Nazira entendió lo que había querido decir.

Dio un paso y luego otro. Despacio, se acercó hasta que estuvo frente a él. Félix no levantó la mirada y ella se puso de rodillas en el piso para mirarlo de frente. Él volvió su cara hacia ella y musitó:

—¡Nazira! Estás aquí… ¡Gracias!

Se veía tan desvalido que no pudo evitar abrazarlo. Félix no logró reunir las fuerzas suficientes para levantar los brazos.

Parte Cinco

Capítulo 37

Metamorfosis

Para Abdo y Columba, el viaje a México debería ser una realidad antes del invierno. Columba comenzó a seleccionar aquello que podrían vender y lo que iban a regalar, según las recomendaciones que su madre les había indicado en su carta. Resuelto, Abdo renunció a su puesto en la agencia de KLM y salió de ahí sin mirar atrás. Aunque agradecía la gran oportunidad que Dios le había brindado, la tristeza lo invadió. Su sueño de la infancia era ver el mundo desde arriba, y estaba a punto de lograrlo, pero tenía que hacer lo que más había temido desde que consiguió el trabajo: renunciar a él. Ahora, llegaba el momento de solo ver hacia adelante, el resto ya era parte de su pasado.

De camino al taller, Columba tenía tiempo de pensar, a veces demasiado tiempo, por eso prefería irse un poco más temprano para caminar junto con Abdo. Rumbo al mercado, reían y hacían planes de lo que harían con el dinero que conseguiría su hermano con la venta de las berenjenas recién cosechadas. Columba le hacía encargos de las cosas que faltaban en casa: "¿Me puedes traer del *souk* El Tayeb jabón, trigo, habas y *tahini*, porque voy a preparar *falafel* y *hummus*?".

La silueta de Abdo, de buena estatura y brazos fuertes, se perfilaba a los ojos de Columba con la salida del sol. Para ella, era demasiado bueno como para que se fijara en alguna muchacha que no fuera digna de él, alguien incapaz de hacerle daño ni a un gorrión, un hombre trabajador que se levantaba al alba para hacer

sus deberes en la huerta o en la granja para luego asearse y salir con ese porte de piloto aviador, un hermano tierno y cariñoso con ella desde que tenía uso de razón. Cuando la tristeza la invadía, Columba podía llorar en su hombro y sentir en él el calor del consuelo y la fuerza necesaria para seguir adelante, para no flaquear y resistir un poco.

Solo un poco cada día.

Como ese día. Y el peor de todos: el día en el que despidió a su novio en el muelle de Beirut, y los días de soledad que vinieron después. De no ser por Abdo y la esperanza de encontrarse en otoño de nuevo con Karim y su familia, hubiera muerto como el gusano de seda: dentro del capullo y sin haber desplegado sus alas.

Solía regresar sola del taller después de la jornada, pues no tenía horario fijo para salir. Uno de esos días, caminó entre las piedras hasta llegar a su casa con los pies adoloridos, los brazos entumecidos por el esfuerzo con el torno y el alma arrugada. El sol de la tarde anunciaba su despedida y teñía el horizonte de rojos, dorados y azules. Las nubes, como olas del mar, cubrían la hondonada de Ouadi Qadisha y chocaban contra los peñascos de la montaña. Columba contempló la postal que la naturaleza le regalaba una vez más. Respiró hondo hasta llenar sus pulmones y se tomó un momento para orar, se sentía bendecida. Agradeció por su vida, tan corta y llena de incontables experiencias; por su familia, que, a pesar de la separación, la sentía más unida que nunca; por la montaña: tan remota y cercana como encrespada y apacible a la vez.

Por la escalera exterior subió al techo de su casa. Se sentó a contemplar el atardecer por encima de la higuera. Su madre la había plantado desde que inició su vida con Félix, antes aun de que su hermano Abdo naciera, en el tiempo aquel en el que todavía no cruzaba por la mente de su padre salir de Líbano y buscar fortuna lejos de su hogar. Desde que Columba tuvo edad y fuerza suficiente para treparse al árbol, lo hacía cuantas veces podía.

Era inevitable estar ahí y no recordar las tardes de tertulia entre su padre y sus hermanos. Sentados bajo su sombra, bebían café y untaban *hummus* en el pan recién cocido sobre piedra. Saboreaban

tanto la comida como la conversación que, por cierto, era sobre temas de hombres, como decían ellos. Sin percatarse de la presencia de Columba, oculta entre las ramas del árbol, se abstraían en sus charlas mientras se perfumaba el ambiente con aroma a tabaco que su padre fumaba en el *arguile*. Que si los turcos habían aumentado los impuestos. Que si a uno le confiscaron su cosecha. Que, si a otros les pegó una plaga, perdieron sus moras blancas y ahora cómo le iban a hacer, porque cumplir con las exigencias de la casa del gobierno del *mutasarrif* Ohannes Pasha era una obligación para todo libanés, musulmán o católico de cualquier comunidad.

Sumida en sus recuerdos y con el sol frente a ella, Columba recordó cuando Jacobo Maclouf, Sami Salami y su padre hablaban de los Jóvenes Turcos, y un estremecimiento le recorrió la espalda. Siempre lo hacían en voz baja, en susurros, como si temieran que alguien los escuchara. En aquel entonces, era muy pequeña para entender que el ejército turco vigilaba toda la zona y se movía sigiloso entre valles y montañas para sorprender a simpatizantes del grupo de disidentes que planeaban, desde el exterior, la disolución del Imperio otomano. Años después, ella supo y entendió que susurraban para evitar ser sorprendidos por los soldados del sultán.

Columba aprendió a observar y a escuchar aun sin entender, y a escuchar y a entender aun sin observar. Era una niña, pero sentía la frustración y la impotencia de los dos amigos y su padre. La dejaban correr en sus largas conversaciones bajo la higuera como el agua lo hacía por el río: inevitablemente.

Los últimos rayos del sol interrumpieron sus pensamientos. Como postal de despedida, Columba contempló el panorama y despidió al sol, al paisaje y a los recuerdos. El momento de la melancolía terminaba y era hora de cocinar; Abdo no tardaría en llegar.



Columba cubrió las pequeñas larvas con las grandes y frescas hojas verdes. En pocos minutos, devoraban las hojas y se hacían espacio para volver a la luz, a la superficie, a ser vistas para ser alimentadas.

Y, de pronto, deseó ser una larva y quedarse cubierta por las hojas, alimentarse sin que nadie se percatara de ello, solo para poder crecer y crecer, cambiar de piel y seguir comiendo y creciendo para poder emitir el fluido sedoso, para escupir desde dentro y envolverse en el dolor de la ausencia. Después, daría vueltas y vueltas hasta perder el piso y la noción de la realidad, se cubriría por completo y viviría su metamorfosis dentro del capullo. Ahí, cerraría los ojos y no los abriría. No sabría de la realidad, ni de la casa vacía de sonidos, ni del corazón lleno de tristeza.

Si en ese momento ella fuera una crisálida, Jacobo la separaría del resto. Por diferente. Porque inspiraba tristeza, dolor, pena. Porque así no sería capaz de resistir el cocimiento y, mucho menos, la tensión del torno.

Colocó otra capa de hojas sobre los gusanos. De nuevo hubiera deseado ser uno de ellos y quedarse oculta para siempre. Ninguno se daba por vencido. No dudaban de que el proceso no se detendría, de que la comida llegaría y crecerían lo suficiente para completar su misión en la vida luego de formar la crisálida; ya fuera como hilo o para cumplir el ciclo vital de nacer, aparearse para reproducirse y morir. Lucían confiados y abandonados a la Providencia. Columba no recordaba haberse sentido así nunca. Durante su infancia, confiaba en sus padres y ellos en Dios. Se preguntaba si acaso era posible un total abandono en Dios, en su sabiduría, en su cuidado. De reconocer, asumir y hacer Su voluntad. Si su madre hubiera entrado en su mente, la tacharía de sacrílega y hereje. "De Dios no se duda, en Dios se confía", serían, con certeza, sus palabras, su reclamo, su consejo. Y estaría de acuerdo con su madre, solo que ahora, en este día en que todas sus seguridades se le habían ido de las manos casi sin darse cuenta, se preguntaba: ¿Qué era confiar en Dios? ¿Cómo se sentía estar abandonada? ¿Existiría Dios? Sus pensamientos la hicieron ruborizarse.

«Vaya ideas que se me ocurren a estas alturas», pensó, y continuó con su tarea de colocar hojas.

Igual que el gusano rumiaba la hoja por la orilla, así comenzaron a roerle esos pensamientos. Cada uno de ellos comía y emergía de entre las hojas. ¿Por qué no se daban por vencidos? ¿Por qué

comían y crecían si desconocían su destino? Una nueva capa de hojas los cubrió y, sin descanso, comieron de nuevo. Con diminutas mordidas marcaban la periferia de la hoja que desaparecía entre sus imperceptibles dientes. Algo en ellos los hacía perseverar y no dejarse vencer, de sol a sol.

Al salir del taller, se encontró con Sami, que iba a buscarla para entregarle dos cartas de Karim; una tenía sello de Marsella, y la otra, de Toluca, México. En casa, abrió la que provenía de Marsella. En ella, Karim le relataba con detalle su llegada, el bullicio en el puerto francés y la gran cantidad de personas que transitaban por ahí. Nagyb y él se habían alojado en el hostal recomendado por su madre. Habían paseado un poco por la Joliette y entrado a una taberna en la que Nagyb se enfrentó en una lucha concertada ahí mismo y de la que no salió bien librado, pero que le había dejado unos francos en la cartera. Al amanecer tramitaron su viaje a América. Les hicieron los mismos exámenes médicos que en Beirut y les advirtieron que, de infectarse en el barco, se quedarían en cuarentena o serían enviados de regreso.

"Nagyb decidió irse a Nueva York", había escrito Karim a su novia, porque no se atrevía a ocultárselo, aunque su hermano lo hiciera. "El boleto hacia allá es un poco más caro, así que se quedará a trabajar en los muelles hasta juntar el dinero necesario".

Columba suspendió la lectura de la carta de su novio y la leyó de nuevo. ¿En qué momento su hermano había decidido irse a Nueva York? Continuó, temerosa de encontrase con que también Karim le hubiera dado un giro a su decisión: al día siguiente viajarían juntos un tramo del recorrido en el tren hasta Burdeos. Si todo salía de acuerdo con los planes de Nagyb, este zarparía el 6 de mayo hacia Vigo, y si el clima era favorable, el 18 llegaría a Nueva York. Karim le había suplicado a Nagyb que le escribiera a la familia en cada puerto al que llegara, y se comprometió a hacer lo mismo. Sin embargo, no fue así, ninguno de los dos lo hizo.

Aunque ardía en deseos por abrir la segunda carta de su novio, Columba tuvo miedo de que otra mala noticia apareciera por ahí. Ya se daba cuenta de que Karim no había tenido reparos en contar, en

pocas palabras, las novedades de Nagyb. ¿Qué le contaría de su padre?

Cuando Abdo llegó a casa, fue sorprendido por la pregunta de su hermana:

—¿Sabías que Nagyb se iba para Nueva York?

—¿Nueva York? Por supuesto que no —respondió Abdo y balbuceó—: Pero… ¿Cómo? ¿Por qué? ¿se peleó con Karim?

Columba no supo responder a las interrogantes de su hermano. ¿Cómo hacerlo, si ella misma buscaba respuestas?

Caída la noche, intentó dormir, pero no dejaba de pensar en Nagyb y en su nuevo destino. Aunque ella no tuviera los conocimientos de geografía que tenía Abdo, sabía que estaba muy distante de Toluca. Vencida por la curiosidad y la falta de sueño, decidió abrir la carta que Karim le había enviado de Toluca.

Karim comenzó a contar los detalles de su salida del puerto de Saint-Nazaire y de las pernoctas en el barco en Bilbao, Guijón y La Coruña, en España. Después fueron días de navegación en los que no se veía otra cosa que no fuera agua. Lo único que lo mantenía animado eran las deliciosas viandas que Columba le había preparado para la travesía, sobre todo el *falafel* y las aceitunas, y los recuerdos de sus conversaciones en el banco de la plaza y de las noches de convivencia con su novia y sus hermanos. Llegó a La Habana el 3 de mayo, y cuatro días después, a Veracruz. Ahí durmió una noche por invitación de Domingo Kuri, quien lo recibió, tal y como se los había dicho Nazira, como si fuera un hijo. Cuando llegó a Toluca se fue directo a casa de sus padres, quienes lo recibieron con mucho cariño y lo hospedaron ahí mientras encontraba un lugar donde acomodarse. Unos días después, consiguió un cuarto en la misma vecindad que ellos.

Lo que Karim evitó contarle fueron las condiciones en la que encontró a Félix. Nazira le pidió que no lo hiciera porque esperaba que la salud de su esposo tuviera una mejoría antes de que sus hijos llegaran.

Al terminar de leer la carta, Columba quedó sorprendida y le enfadó que Karim le contara tan pocas cosas del encuentro con sus padres.

«¿Por qué no lo hizo? —se preguntó—. Él sabe que muero por tener noticias de mi papá, de su aprobación a nuestro compromiso, de la fecha de la boda. ¿Por qué es así conmigo?».

El anhelo de Columba por viajar en la fecha esperada debió de posponerse. La primera dosis de la vacuna contra la viruela le provocó dolor en el brazo, al grado que le costaba moverlo, además de un gran malestar en el cuerpo y mucha fiebre. Por las noches, la temperatura aumentaba a tal grado que Abdo se levantaba a ponerle paños húmedos en la cabeza para lograr que el cuerpo se le refrescara. Tuvieron que esperar hasta que la joven se recuperó por completo, lo cual retrasó también su llegada al destino final.



Columba besó la imagen de su padre en la foto familiar y colocó el marco en el fondo del baúl; encima puso un trozo de cartón para protegerla. Luego acomodó, una a una, las seis hojas de morera que había cortado esa mañana. Con suavidad, las alisó y las cubrió con otro trozo de cartón. Tomó el fino vestido de seda para guardarlo. Lo miró con orgullo.

Imaginaba su vida al lado de Karim y puntada a puntada había llenado las horas de soledad. Sin evitarlo, dejó rodar sus lágrimas y permitió que se confundieran con las gotas de cristal cosidas a la prenda.

Al bordar, tomaba la tela con la misma delicadeza con la que había tomado cientos de capullos para desenredar el hilo con el que se habían envuelto. Recordó con agradecimiento al dueño del taller de seda, el cariño reflejado en su mirada cuando le obsequió el corte de tela. Era un buen patrón; más que eso, era una gran persona. Muchas veces la había conmovido su mirada paternal. Columba desconocía los detalles de su vida familiar, pero podía apreciar el dolor en el fondo de sus ojos.

Dobló el vestido, lo envolvió en papel de arroz, lo metió en la bolsa en la que había bordado sus iniciales y lo acomodó en una esquina del baúl con la ilusión de usarlo casi enseguida de llegar a

México, sin saber que esa prenda no llegaría a cumplir con su destino.

Del otro lado del baúl guardó cuatro mudas de ropa, las mejores que tenía, unos *shaals* para la cabeza, los indispensables delantales y dos pares de zapatos; los más gastados los llevaría puestos. Compraría dos cambios de ropa en Marsella con el dinero que habían logrado juntar después de vender algunas de las cosas de la casa y luego de comprar los pasajes. Recordó la recomendación de su madre: "Al llegar a Veracruz, se ponen una de ellas para que parezcan europeos y no llamen la atención". "Tengan cuidado con sus cosas. No descuiden sus baúles porque les pueden robar. Vi lobos con pieles de oveja. No se dejen sorprender. Busquen a una familia que viaje en el mismo barco y acomódense cerca de ellos. Convivan como si fueran parientes, así se ayudarán unos a otros cuidándose y vigilando sus cosas. Nadie se dará cuenta de que ustedes tres van solos".

Columba había leído tantas veces la carta, que casi la sabía de memoria. Era como un mosquito zumbándole en el oído. ¡Extrañaba tanto a su madre! Pronto estarían juntos nuevamente. Volvería a ver a su padre; hacía tanto que no lo veía, que le costaba recordar su voz. Columba disfrutaba cuando, sentada a sus pies y frente al fuego, le relataba anécdotas de su viaje a México. No contaba mucho sobre la travesía en el barco, pero sí de su llegada a La Habana y luego a Veracruz. A Félix le gustaba recordar su origen fenicio, lo hacía intrépido, aventurero y con una gran visión para el comercio. Con la misma facilidad intercambiaba comida, alfarería o retos para una apuesta. Uno de sus relatos favoritos era el de las escalas en el puerto de Marsella. Se sentía fascinada y transportada por el aire de la burguesía francesa. Su padre le decía palabras en francés que ella traducía al árabe. Si bien había iniciado como un juego, eso aumentó su vocabulario; tras aprender a pronunciarlas, aprendió a escribirlas.

Dejó el baúl abierto en caso de que fuera necesario guardar algo más. En otro más pequeño empacó las provisiones. "Que no les vaya a faltar ni se les vaya a echar a perder", había encargado Nazira en su carta. Las aceitunas, el *falafel*, el *manakish* y el pan debían de

alcanzar hasta el último día. Las frutas y verduras frescas serían su alimento los primeros días, principalmente en el trayecto a Marsella y quizás en el tren hasta el puerto de embarque. Dos botellas de *aarac* y, hasta donde fuera posible, la conserva de tomate y el *bemme* secado al sol. Cerró ese baúl porque no había nada más que agregar de provisiones.

La casa había quedado prácticamente vacía. Quedaban pocos parientes o vecinos a los que les pudieran interesar las cosas viejas de otra casa. Algunos, porque también se iban; otros, porque sus hijos se habían ido y llevado con ellos las ilusiones.

Capítulo 38

Las raíces de la tierra

El día amaneció igual que Columba: triste, lloroso y abatido. El agua que caía de las nubes invisibles formaba una cortina ligera. Agradeció que la lluvia desdibujara la casa abandonada, solitaria y vacía de afectos, pero también la odió por difuminar los espacios amados y conocidos desde que tuvo uso de razón, por no permitirle registrar en la memoria el momento de la despedida, con la casa cerrada y las luces y el *tannur* apagado. Columba pensó que al menos las berenjenas, las granadas y las calabazas recibirían con agrado la humedad para no morir también de tristeza el mismo día de la partida. Los altos pinos piñoneros, ocultos por las nubes grises, tampoco serían testigos de ese adiós, de ese "No sé cuándo volveré, no sé si acaso pisaré esta tierra una vez más". Decidió que solo mantendría en sus recuerdos la misma postal, pero de un soleado día de verano.

Sami Salami y Jacobo Maclouf los esperaban en el pescante de la carreta. Abdo subió a la parte de atrás con el equipaje. Antes de subir, Columba se acercó a la morera truncada en la que su padre había depositado la caja con su ombligo, su centro, su raíz. Se agachó para tomar unos puños de tierra seca que guardó en la bolsa que usaban para secar el *labneh*. Llevó su mano hasta la nariz para aspirar profundo el aroma de la tierra en la que había habitado desde su primer aliento de vida. Ahora esa tierra habitaría en ella, dentro de su mente y de su corazón, llena de momentos con la familia: de alegría, contando papas; de preocupación, con el gato

trepado en el árbol; de miedo por la llegada de la langosta y, luego, al ver a su padre como un muerto en vida; de esperanza, con las moras con retoños; de pena por las ausencias; de sentimientos encontrados, con la muñeca entre sus brazos; de enojo y frustración al asumir responsabilidades que no debía tener; de vigorosas pulsaciones en el corazón ante la fuerza arrasadora de experimentar el amor por primera vez; de terror de que no llegara el día de su partida, y también de angustia porque llegara, ya que ella sería la última en salir de la casa y cerraría la puerta para no volverla a abrir.

Aspiró de nuevo la fragancia que emanaba de la tierra y la hundió hasta lo más profundo de sus pulmones para que ahí permaneciera para siempre. Al sacudir sus manos, un "*shúqran, shúqran, shúqran*" salía como un susurro de sus labios. Enjuagó el remanente del lodo en un charco. Sus manos quedaron limpias, su bolsa, llena de tierra y su corazón, contrito. Así subió a la parte posterior de la carreta con la ayuda de Abdo.

Montaña abajo, el paisaje permaneció indiferente, insensible. El cielo no mostró otra cara que no fuera la misma que al salir de Qsaibeh. Podía ser que el clima tuviera la culpa de que las familias no salieran a la vera del camino a despedir a los viajeros. Pudiera ser que eran tan pocos o tan viejos los que quedaban, que optaron por no salir a despedir a los jóvenes hijos de Félix Anoun y Nazira Kado. En el puerto no fue distinto. La lluvia era copiosa, por lo tanto, la gente se resguardaba en los pocos techos o paraguas, mientras que los viajeros se adentraban a la estación del puerto para abordar la embarcación rumbo a Marsella. Beirut lloraba por despedir una vez más a sus hijos, a los hijos de su tierra, de sus entrañas.

Sami Salami detuvo la carreta frente a la entrada principal. Jacobo Maclouf tomó de la mano a Columba para ayudarla a descender. Cuando sus pies tocaron el piso, ella le rodeó la cintura y se abrazó a él, y así permanecieron largo rato. La fuerza del abrazo contenía las palabras. Abdo y Sami descendieron en silencio.

El cartero mordisqueaba su inseparable cigarro encendido. El humo disimulaba el agua en sus ojos que se limpiaba con presteza. Él no era hombre de lloriqueos. Había despedido a un sinnúmero de amigos y no iba a ser la primera vez que llorara por un par de

chavales. Lo cierto era que cada vez quedaba menos gente por despedir. Con una mano y luego con la otra, se apartaba las gotas que se le salían de los ojos sin parar.

—Tranquilo, Sami —dijo Abdo, que ya lo conocía suficiente—. Todo va a estar bien.

—¡¿Que va a estar bien?! —Sami se alzó de hombros—. Estará bien vacío porque cada dos por tres se va la gente, y de volver, ¡nada! ¡Ya no vuelven!

Abdo palmeó la espalda de su amigo y sonrió. No había nada que pudiera agregar sin contradecir al buen Sami. Esperaron en silencio a que Columba se soltara del abrazo de Jacobo para poderse despedir a su vez, pero este se resistía a soltar a la hija de sus amigos, a quien veía, también, como a una hija. La cercanía que ambos tuvieron desde que la niña había ido a trabajar al taller de seda confirmaba sus sentimientos hacia ella. No solo reconocía sus habilidades manuales y el esfuerzo que hacía por aprender todas las labores para extraer la seda, también distinguía en Columba una natural disposición a hacer bien cualquier tarea que le fuera encomendada.

Al principio, Maclouf había notado que acercarse al canasto de los gusanos a poner las hojas le producía una especie de repulsión, pero luego de unas semanas descubrió que ella pasaba minutos observando el quehacer de los machos y las hembras en un metódico y ordenado conjunto de actividades que repetían de generación en generación.

—Ellos saben lo que tienen que hacer —le decía Jacobo a la curiosa Columba cuando los miraba, impresionada—. Nadie se los dice, solo lo saben —agregaba mientras ambos eran testigos del riguroso orden que seguía el gusano negro al devorar las hojas.

Sami y Abdo bajaron los baúles de la carreta. Un par de cargadores los llevaron con agilidad sobre sus hombros a la entrada del muelle de abordaje. Columba se despidió de Sami con un apurado abrazo, temía no poderse soltar. Abdo y Jacobo, como dos hombres maduros, aunque de distinta edad, se abrazaron y las sonoras palmadas en la espalda ahuyentaron a una gaviota que picoteaba unas migajas en el piso.

—*Allá yberqaq* —se desearon uno al otro la bendición de Dios.

Abdo y Columba, tomados por la cintura, caminaron hacia su nuevo destino. Luego de unos pasos se volvieron con la certeza de que sus acompañantes seguían ahí. Levantaron el brazo libre para despedirse de ellos, de su patria, de la tierra que los vio nacer. Dieron media vuelta y se perdieron entre la niebla para entrar al edificio de la aduana, protegidos de la humedad y la soledad del puerto que, sin vítores, sin música y cargado de tristeza, despedía a los hijos de su tierra.

Sami y Jacobo vieron sin quererlo que los jóvenes hermanos se alejaban. Con ellos se iba parte de su historia, de su vida. Sabían que no se volverían a ver y esa certeza les dolió. Se despidieron con un "Hasta pronto, no se olviden de nosotros", "Vuelvan a casa, aunque sea de visita".

Solo uno de los dos hermanos volvería para encontrarse con su pasado.

~

Abdo y Columba caminaron hasta integrarse en la fila de abordaje. Frente a ellos avanzaba una familia. La peculiar pareja estaba formada por una mujer menuda, de baja estatura, que lucía aún más pequeña por su avanzado estado de gestación. El hombre a su lado, gallardo, fuerte pero esbelto, casi le doblaba la altura. Llevaba en brazos a una niña de rizos color cobrizo dorado que vestía un desgastado abrigo rojo. La pequeña descansaba la cabeza, confiada y segura, en el hombro del hombre alto. Columba pensó que debería ser el padre de la niña. Sintió un piquete en el centro de su estómago.

«Curiosa combinación de pareja», se dijo Columba.

El hombre era alto, rubio, de tez blanca y ojos profundamente azules; ella, de tez aperlada, cabello y ojos negros como la noche y de muy corta estatura.

«La suerte está de nuestro lado», pensaron los hermanos sin compartir sus pensamientos. La recomendación de su madre, la de

mantenerse cerca de una familia, estaba frente a ellos. Ni siquiera tuvieron que buscarla. Si los acompañaban, la convivencia comenzaría de manera natural.

Cada persona interesada en viajar debía cumplir previamente los requisitos y llevar dos testigos de valor, o sea, personas que los conocieran de toda la vida o de al menos quince años. Sami Salami y Jacobo Maclouf testificaron a favor de los hermanos Anoun. Ninguno de los dos practicaba la mendicidad, no presentaban enfermedades contagiosas ni padecían enfermedades mentales; nunca fueron perseguidos por la ley ni se dedicaron a profesiones deshonestas, y mucho menos eran bolcheviques o anarquistas, ni habían sido expulsados de Francia.

La cita con el doctor en medicina, Issa el-Khoury, debía hacerse con al menos un mes de anticipación. En el certificado médico expedido por el galeno constaban los aspectos de salud más importantes: no tener síntomas de locura, no tener tracoma y haber recibido la vacuna contra la viruela.

A pesar de que todos cumplían con esos requisitos, que ya habían sido dictaminados por el cónsul y el médico especialista asignado, la fila de abordaje avanzaba con lentitud porque los papeles de cada uno de los viajeros eran revisados con detalle.

Cuando al fin subieron por la escalerilla del barco, Columba y su hermano se abrieron paso entre la gente y se acercaron a la baranda. Querían grabar en su mente el recuerdo del mar y del cielo azul que tantas veces habían contemplado desde la terraza de su casa, en las montañas del Monte Líbano. Querían levantar sus brazos como señal de un "Hasta pronto" con sabor a "Adiós", "Hasta nunca" y "Hasta siempre". Y así lo hicieron, pero en el muelle no quedaba nadie. A la distancia divisaron la carreta del cartero, tirada por Corcel, que se perdía entre la bruma. Las montañas, cubiertas de grises nubarrones, eran el reflejo fiel de la aflicción de los hermanos Anoun, que sentían una opresión en el pecho y sobre sí mismos, y un deseo casi incontenible de vaciarse hacia afuera. Las fuertes tonalidades grisáceas del mar eran el perfecto recuerdo que no querían conservar.

Sin ponerse de acuerdo, ambos cerraron los ojos y recrearon para sí mismos un día soleado, un muelle repleto de gente, un grupo de amigos que danzaban *dabke* al son del *derbake*. Brazos levantados, manos agitándose en el aire con pañuelos blancos y gritos sordos de "Nos vemos pronto", "No se olviden de volver". Y así, con los ojos cerrados, Abdo tomó por los hombros a su hermana menor y dieron la vuelta sin mirar atrás, bajaron las escaleras un piso y otro y otro, hasta que encontraron su lugar. Sus baúles estaban colocados debajo de la cama de Columba, Abdo ocuparía la litera de arriba. Se acostaron y cerraron los ojos y no los abrieron hasta que la sirena del Loti anunció el inminente inicio del viaje.

Apenas el SS Pierre Loti se alejó de la costa, un tenue rayo de sol entró por la escotilla, y Columba decidió salir a cubierta. El cielo despejado enmarcaba la cordillera del Monte Líbano, mientras que el sol comenzaba a ocultarse tras ella tiñendo el cielo de tonos dorados, naranjas y amarillos. Las majestuosas Rocas de las Palomas se revelaban frente a ella como un pequeño broche de joyería que une todas las piezas.

Los escasos minutos de contemplación fueron suficientes para que la joven grabara en su mente y en su corazón esa postal perenne. Volvería a ese recuerdo, sobre todo en los días de tormenta. La seguridad de que el sol brillaría de nuevo, aunque fuera en el ocaso, alentaba su esperanza.

Columba sacó de su bolso de mano la muñeca, la *amiirati*, le sonrió antes de acercarla a su pecho. Se quedó estática hasta que el sol se ocultó detrás de la montaña y en el cielo brillaron más estrellas de las que había visto jamás.

~

A media mañana, Columba se topó de repente con la peculiar pareja y la chiquilla, que entonces lloraba inconsolable. De pronto se calló, se limpió los mocos, que escurrían de su nariz por la comisura de la boca, con la manga de su abrigo rojo desteñido, y el resto de la cara con la mano, y sonrió. Mostró sus menudos dientes, abrió más sus

grandes ojos claros, y su cara se iluminó. Entonces, Columba supo que no la observaba a ella, sino a su muñeca de ojos vivaces, y se sintió amenazada. ¿Qué pensaría esa criatura, que acaso por mirarla como lo hacía le iba a regalar a su *amiirati*? ¿Que se iba a desprender del único recuerdo que tenía de su padre?, ¿del último regalo que había recibido de él? Que volteara para otro lado. Que se fijara en alguien más, porque, aunque esa niña pensara —o toda la gente del barco o del mundo entero pensara— que ella ya no tenía edad para andar con muñecas, no se la daría.

«Es mía y de nadie más», pensó resuelta.

Desde que la había recibido de manos de Jacobo Maclouf, su *Kanzi* se había vuelto su fiel compañera. Al verla, veía el rostro de su padre, algo que le provocaba mucha risa porque no tenían nada en común. Por las noches la había acomodado a su lado y, en silencio, le contaba sus miedos de dejar el *bled*, la tierra que la vio nacer; de dejar su casa, las montañas, el huerto, los animales, el cielo y el mar; de ir lejos y perder el camino de regreso. En secreto, le revelaba sus sueños de la boda con Karim. Le contaba de los pinchazos en los dedos cuando bordaba los encajes en su vestido de novia. Cuando la frustración la invadía y no quería verla más ni contarle sus cosas, la guardaba en el fondo de un baúl y ahí la dejaba en señal de castigo; de autocastigo, también. Sin embargo, ni por un momento pasó por su mente abandonar ni dejar en el olvido a la muñeca de trapo de vivos colores que su padre le había hecho llegar. Sería su compañera de viaje. La abrazaría con la misma intensidad con la que ella deseaba ser abrazada por su padre. La llevaría a su lado como compañera inseparable y vínculo de esperanza y unión. La llevaría entre sus brazos, sostenida, protegida, tal y como ella quería sentirse. Por la noche, en su litera, la sacó de nuevo del baúl y la puso al tanto de todo lo que había pasado desde que la había metido ahí. Y así, entre suspiro y sollozo, se quedaba dormida, y sus lágrimas resbalaban por el satín del vestido de la *amiirati* de trapo.

Recordó la imagen de la pequeña y su desteñido abrigo rojo embarrado de mocos, y sintió náuseas y ganas de vomitar. Deseaba que el barco se dejara de mover, que esa niña dejara de verla como

un hambriento que saliva frente a una hogaza de pan. No soportaba ver el rostro de la pequeña que, como un libro abierto, le dejaba saber su deseo por tener a la muñeca. Decidió ignorarla y giró su cuerpo de lado para no toparse con la mirada de la niña. Sintió envidia de ella, que estaba rodeada por los fuertes brazos de su padre. De nuevo, un piquete de ardor en el estómago confirmó esa sensación. Odiaba a la niña por tener a sus padres con ella y por desear a su muñeca.

Capítulo 39

La muñeca

Columba sirvió a su hermano aceitunas, pan y dos ciruelas. Ella comió solo las ciruelas. Temía no saber administrar las provisiones y llegar al último día con el baúl vacío. Comieron en silencio y al oscurecer se fueron a dormir. El cansancio del día les ayudó a conciliar el sueño.

A la mañana siguiente, muy temprano, Columba paseaba por la cubierta. Iba cabizbaja, con la muñeca entre sus brazos. De pronto tropezó con la diminuta persona que vestía un largo abrigo rojo y llevaba el cobrizo cabello en caireles recién peinados. Se detuvo en seco. Supo de quién se trataba en cuanto reconoció la cabeza colorada. Quiso huir, pero ya era tarde. Habían sido descubiertas ella y su muñeca por la pequeña que, luego de un hondo suspiro, soltó un llanto, dio media vuelta y se echó a correr hacia su padre para abrazarle las piernas. Lloraba y señalaba a Columba, que se había quedado petrificada. El hombre le regaló una sonrisa a la dueña de la muñeca, tomó a la niña en brazos y le dijo:

—Ven, Wadette, vamos a buscar a mamá. —Y se alejó del lugar.

Por un momento, Columba creyó que el hombre y la niña caminarían hacia ella para pedirle la muñeca. «¿Qué les voy a decir?», pensó, y cuando vio que se alejaban se sintió aliviada. No quería deshacerse de la *amiirati*, era el lazo de unión entre su padre y ella. Ya se las arreglaría para evitar a la mocosa. Serían solo unos cuantos días antes de llegar a Marsella y luego, quién sabe, quizás

ellos tomarían un barco a otro destino y podría viajar con su muñeca sin despertar la codicia de nadie. Sería más precavida en adelante.

Cuando se reunió con Abdo para comer, evitó hacerle comentarios de lo acontecido esa mañana porque era cosa de niñas, o de niña y de mujer; después de todo, ella pronto se casaría, tendría sus hijos y se encargaría de enseñarles a no codiciar las cosas de otros.

—Esta noche habrá pelea en una bodega del barco y voy a ir a ver.

—No se te ocurra ponerte a pelear —advirtió Columba con severidad—. Recuerda cuando dejaron a Nagyb como Santo Cristo.

—Ya sé, mujer, no te preocupes. Yo no soy de pleito —dijo con suavidad mientras sonreía a una joven de cabellos dorados que le sonreía a su vez—, ya me conoces.

—¡Claro que te conozco! A ti te gustan las faldas. —Levantó las cejas y meneó la cara hacia donde la rubia se encontraba—. ¡Ten cuidado también con eso! ¡Pueden ser más peligrosas que una ronda de pelea! —le advirtió con el dedo índice.

Mientras comían unos dátiles, Abdo le contó que su familia adoptiva del barco también se iba a México. Se llamaban Marin y José, venían de Antaurín, un pueblo del norte cerca de Edhen y Zgharta. Ellos viajaron a Beirut en los transportes Nairn porque no había salidas de barco desde Trípoli. Al llegar, se irían a un pueblo minero en las montañas, cerca de la capital, donde tenían familiares de apellidos Bulos y Murillo. La peculiar pareja dispareja y su niña de rizos cobrizos serían sus compañeros durante toda la travesía. A pesar de que Columba lo había considerado al principio, ahora esperaba que no sucediera eso. Era como una pesadilla. ¿Cómo le haría para lidiar con la codicia de esa mocosa del abrigo rojo desteñido? Y ¿cómo le haría ella para evadir la envidia que la niña le provocaba? La imagen de la pequeña en brazos de su padre le removió los momentos de su infancia en los que no había nada de qué preocuparse porque papá estaba ahí y pondría el mundo a sus pies. El sentimiento de nostalgia le encendió algo en la boca del estómago, una rabia sorda contra la niña de cabellos cobrizos a quien llamaban Wadette y que deseaba no volver a ver. No tendría

más de tres o cuatro años, pero Columba sentía que la mirada de esa niña la perseguía por todas partes. En cubierta, en el comedor, en el pasillo, entre las literas, afuera del baño mientras esperaba turno para entrar o cuando estaba sentada sobre el baúl. La sentía penetrante, silenciosa, suplicante. Apenas la niña se alejaba con su padre de la mano, Columba la seguía de reojo y luego la miraba, atenta. Félix la había llevado infinidad de veces entre sus brazos, la había acurrucado en su pecho para dormirla, la había consolado de los regaños de mamá y de las burlas de sus hermanos.

—Duérmete, Wadette, acomódate en las piernas de papá.

Columba volteó al reconocer las voces detrás de ella.

La niña acomodó su cabeza en el brazo fuerte de su padre, quien la sostenía con delicadeza mientras le examinaba con ternura y limpiaba con un pañuelo su pequeña cara manchada. Esa imagen le ablandó todo el cuerpo. Ojalá que durmiera todo el viaje y se olvidara de su muñeca mexicana.

Columba esperaba que la familia originaria de Antaurín descendiera en Puerto Saíd o en El Cairo para quedarse allí, pero no fue así. Durante la etapa más larga de la travesía evitó encontrársela. Abdo le traía novedades de cuando en cuando. Solo salió del camarote en el momento que pasaron por el estrecho de Sicilia para contemplar el paisaje, pero de inmediato volvió a encerrarse en él. Acostada en la cama, con la muñeca entre los brazos, la sorprendió al amanecer la llegada al puerto.



En Marsella todo era agitación. Debían desembarcar con sus pertenencias y volver a pasar por la seguridad del puerto. El barco a Veracruz zarparía unos días después desde otro puerto al norte de Francia. Por recomendación de Nazira, buscaron el hostal de Amal Murad para hospedarse por unos días. Ahí se encontraron con connacionales de otras partes de Líbano, de Siria y de Palestina. Unos irían a Colombia, otros a Buenos Aires, algunos a Nueva York, y la mayoría a La Habana y a México. Esa noche, en la penumbra de

su cuarto, Columba sacó de su bolsa la arrugada carta de su madre. Extendió la mano para entregársela a Abdo para que la leyera de nuevo. Al día siguiente, lo primero sería ir a la iglesia de Santa María la Mayor y luego a comprar la ropa. Durmieron con la tranquilidad de haber realizado todas las tareas que Nazira les habías encargado.

Temprano por la mañana tomaron café y comieron *manuushi* de carne y queso despacio, paladeando cada bocado, con la zozobra de no tener certezas futuras. Pidieron indicaciones y salieron a la calle. El sol de septiembre aumentaba la temperatura. Caminaron en silencio, admirando las construcciones, algunas de ellas parecidas a las de Beirut. Llegaron a la explanada ubicada entre los barrios del Puerto Viejo, Le Panier y La Joliette —nombre que grabó Columba en el centro de su corazón—. Cuando estuvieron frente a la iglesia, el tamaño del edificio causó una gran impresión a los hermanos; lo único que habían visto semejante en tamaño era verde y estaba repleto de coníferas o de nieve en el invierno. Santa María la Mayor… Se preguntaron si el nombre se debía a sus dimensiones. Las franjas horizontales de toda la fachada, y en el interior los tonos verde y blanco, eran algo nuevo para ellos. Estando el templo de cara al mar Mediterráneo, se cuestionaron cómo era posible no haberla visto al llegar al puerto. La respuesta era obvia: desde las sucias escotillas poco se podía apreciar.

—Ni aunque se juntaran las catedrales contiguas de Saint-Georges, la maronita y la ortodoxa en Beirut, serían de este tamaño. No cabría en Harissa, ni en toda la bahía de Jounieh —aseguró Abdo maravillado.

Columba le chistó para que callara y le hizo un gesto con la cabeza, los ojos muy abiertos y los hombros diciendo: "¿No te das cuenta dónde estamos?"

Aún no iniciaba la celebración matutina, así que recorrieron e inspeccionaron toda la catedral. No sabían hacia dónde dirigir su mirada: si a las esculturas, que debían ser Jesús y sus apóstoles, si al lustroso piso blanco de mármol o a la espectacular cúpula, que era imposible ver sin terminar con un fuerte estirón en los músculos del cuello. Los mosaicos formaban delicadas figuras, como filigranas

multicolores. El altar estaba abierto y se podía ver por todos lados, contrario a la iglesia del pueblo y la catedral de Beirut.

Tan pronto entró la procesión, supieron que el servicio estaba por iniciar. Se sentaron en una banca. Aunque el rito de celebración era diferente al ortodoxo que ellos conocían, se sintieron en casa y comprendieron la predicación que el sacerdote recitó en francés. De regreso al hostal, compraron la ropa; de segunda mano, sí, pero de estilo europeo. En la mente de Columba aún rumiaba el pensamiento de la existencia de Dios. Se respondió que, si no existiera, no le harían iglesias y catedrales tan grandes y espléndidas.

Al finalizar el recorrido por la ciudad, Abdo y Columba se presentaron en la Comisaría Especial del Puerto y Emigración para que les expidieran el certificado gratuito a los emigrantes. Sellada la fotografía y estampadas las firmas, los hermanos Anoun contaban con los requisitos necesarios para tramitar su boleto trasatlántico. Aunque a ambos les sorprendió no encontrarse con la pequeña y sus padres, no mencionaron nada entre ellos.

Capítulo 40

De niña a mujer

Al entrar al hostal, se encontraron con la familia de Antaurín. José, de espaldas, sostenía en brazos a su pequeña hija mientras conversaba con una persona desconocida para ellos. Columba quiso pasar de largo, pero la mirada de la mujer embarazada que estaba postrada en un sillón la hizo volver. Había en sus ojos una súplica de atención. A su pesar, Columba se acercó a ella, se inclinó y le tomó la mano. Las lágrimas contenidas por Marin fluyeron hasta mojar el cuello del vestido.

—Tengo sangrado —dijo con voz baja.

—No se preocupe, va a estar bien —aseguró la joven sin certeza de lo que debía decir. Y le apretó ambas manos entre las suyas.

—¿Puedes llevar a Wadette afuera? Necesito hablar con el doctor. Aunque apenas tiene tres años, es lista y se da cuenta de todo —suplicó Marin con una voz que apenas pasaba por el nudo en su garganta.

—No tenga pendiente —aseguró Columba para tranquilizarla—, yo la llevo.

Se levantó e invitó a la niña a salir con ella.

—Vamos a cortar flores para mamá.

De inmediato le dio la mano y salieron al patio del hostal. Mientras la niña cortaba algunas flores, hablaba en voz muy baja, pero como si estuviera acompañada. Columba recordó sus juegos de la infancia, cuando hablaba con una amiga imaginaria o con su gato o las flores del campo.

—Estas son pada ti. —Wadette extendió la mano izquierda hacia Columba, quien no pudo evitar sorprenderse.

—¿Para mí? Están hermosas. ¡*Shúqran*! ¿Las otras son para mamá? —preguntó, al tiempo que pensaba qué otra cosa podría hacer para distraerla afuera.

—¡No! Son pada tu *amiilati*, está muy bonita.

Columba tomó las flores que la niña le ofrecía y besó sus diminutas manos para luego rodearla con sus brazos.

—A Kanzi le van a gustar mucho. —Sonrió—. ¿Vamos a buscar las flores para mamá? ¿Cuáles te gustan?

—¡Esas! —Señaló las amarillas—. Y ¡esas! —Señaló las blancas.

—Pues vamos a cortarlas.

En eso estaban cuando Abdo se asomó por la puerta y se dirigió a su hermana.

—¡Columba! Vengan adentro.

Entraron, y Wadette corrió hacia su mamá y le entregó las flores con el pecho erguido de orgullo y la mayor de sus sonrisas dibujada en su rostro. Había elegido las mejores. José tomó a la niña por debajo de los brazos y la sentó en sus piernas. Ella de inmediato se acurrucó en su pecho. Columba sintió compasión por ella.

—No podemos viajar, tenemos que esperar a que Marin dé a luz —explicó José a sus compañeros de viaje—. Dice el doctor que el riesgo para ella y para el bebé es muy alto. Iremos tan pronto podamos. Vamos a esperar a que Wadette conozca a su nuevo hermanito. —Sonrió a la pequeña—. Mañana parten en tren a Saint-Nazaire. Les deseo muy buen viaje.

Al anochecer, mientras Columba guardaba sus compras en el baúl, se topó con la muñeca. Sacó de la bolsa de su vestido el ramillete de flores que Wadette había cortado esa mañana para ella. Tomó a la muñeca y se encaminó al cuarto de sus amigos. Tocó a la puerta. José abrió en mangas de camisa. Estaba en penumbra. La joven pidió permiso para ver a la niña; mostró lo que llevaba en las manos.

—¡Mira quién viene a visitarte! —dijo Columba a la niña, que estaba en pijamas y lista para dormir en una improvisada cuna al lado de la cama de sus padres—. Kanzi viene a darte las gracias por las flores—. Sacó la mano que llevaba detrás de la espalda y le extendió la muñeca que, sin vacilación, Wadette abrazó, feliz—. ¿Me la cuidas unos días? Ella tampoco puede viajar, ¿sabes? Tiene que quedarse y no quiere estar sola. —Se sentó en la cama para estar a la altura de la niña—. ¿Se puede quedar contigo?

Wadette asintió con firmeza y con los ojos muy abiertos.

—Yo da cuido. Da voy a dolmil comigo y, y, y la voy a tapal pada que no le de flío. Y mañana la voy a peinal.

Columba extendió los brazos y Wadette se puso en pie con la muñeca en la mano. Se fundieron en un abrazo y permanecieron así hasta que Columba la separó un poco. Y con los ojos aceituna licuados, miró fijo a la pequeña y con dulzura le advirtió:

—No le gusta que le quiten los listones. Se pone muy triste.

Wadette asintió con seguridad y, con esos ojos dorados enormes, le confirmó que no se los quitaría. Por supuesto, Columba no lo creyó. Ella había sido niña y sabía que quitarles la ropa y los listones a las muñecas era asunto de la edad.

Acostó a la pequeña en su cuna improvisada, colocó la muñeca a su lado, las cubrió a ambas con la manta y las persignó.

«No podías quedar en mejores manos, querida Kanzi. Te voy a extrañar», pensó Columba.

En pocas semanas ella se encontraría con Félix, su padre, no como una niña, sino como una mujer.

~

Temprano por la mañana, José y la pequeña Wadette despedían a los hermanos Anoun Kado de Qsaibeh, en la estación del tren. La pequeña del abrigo rojo desteñido abrazaba con fuerza a su nueva *amiirati* que, a petición de Columba, conservó el nombre de Kanzi, mi tesoro. Los abrazos de "hasta pronto" se convirtieron en

esperanzas de vida para la familia de Antaurín, que debía esperar la llegada de su segundo hijo.

—Será una niña —aseguró Columba— y traerá buena fortuna a su familia.

—Ojalá nos podamos ver en México —se despidió José.

Y se vieron muchos años después, y no una, sino muchas veces.

Abdo y Columba tomaron el tren en la estación central de Marsella. Pasaron por París, pero no se detuvieron ni vieron nada de la "Ciudad de la luz" que el joven añoraba conocer primero desde el cielo, a bordo de una aeronave de la KLM.

Después de años de arduo trabajo, logró cumplir su sueño de visualizar la famosa Torre Eiffel desde el aire, pero como pasajero.

Capítulo 41

Nuevas experiencias

Nazira y Hamid llegaron a Toluca cuando el menor de la familia recién había cumplido los once años. La nueva etapa de Hamid comenzó cuando se convirtió en hijo único para su madre y luego para ambos padres. No se debió a que se hubieran olvidado de sus hijos mayores, sino a que él era el único que estaba con ellos.

Este cambio en su estilo de vida se sumó al más trascendente: su cambio de nombre como resultado de una negligencia de las autoridades migratorias del Puerto de Veracruz.

Cuando trató de decir entre señas, un precario francés y muy poco español que era hijo de Félix y Nazira Anoun Kado y que se llamaba Hamid, el malhumorado agente notó que al chico le intimidaba su presencia, le alzó la voz y, como ya no tenía humor para tratar con más "turcos analfabetas", como él los llamaba, asentó en el acta: "Félix Nazir Anoun Caido, nacido el 20 de febrero de 1913. Originario de El Ksavhe, Mte. Líbano y con referencias de Nemer Sarrag". Le entregó a Hamid la hoja con el sello del registro y llamó al siguiente de la fila.

Cuando madre e hijo se encontraron con don Domingo Kuri, le entregaron los registros para que los revisara.

—Nazira, no sabía que eras de Baskinta. ¡*Ahlawsahla*! —Se volvió al joven y le preguntó—: ¿Cómo prefieres que te llamen: Félix o Nazir?

Sorprendidos por la pregunta del Cónsul, respondieron a la vez:

—Se llama Hamid.

—Me llamo Hamid.

—Aquí no dice eso —aseguró Domingo Kuri y extendió la hoja del registro a Nazira.

Trataron de resolver la situación antes del salir del todo del área, pero no les permitieron regresar, a pesar de que, conocido como era, Domingo Kuri intentó usar sus influencias para hacerlo.

—Ya se jueron todos, patrón —dijo el oficial que resguardaba la puerta y señaló el lugar—. Aquí ya no hay naiden. Rigresan en, pos, como en tres o cuatro días que se asome otro barco por aquí.

Con pesar por el error cometido en el registro del joven, Domingo Kuri les tradujo lo que el guardia le había dicho.

—¿Esperar tantos días para cambiar este papel? —inquirió Nazira y enseguida se lamentó—. No queremos que usted se tome más molestias por nosotros, además de que ya quiero llegar a ver mi marido. —Jaloneó a su hijo por la manga del saco e ironizó—: Este como quiera no hace caso. Ya lo veremos después.

Nazira creyó que no pasaría mucho tiempo antes de que pudieran corregir el nombre de su hijo; sin embargo, tanto la familia como los compañeros de la escuela, y por ende los vecinos, comenzaron a llamarlo Ignacio.

—"Nazir" se traduce como "Ignacio" —explicó Salomón a la familia—. De cariño te vamos a decir "Nacho".

Así fue como quedó rebautizado el hermano menor de Abdo, Nagyb y Columba: sin pila bautismal, sin ropón blanco, con la ausencia de sus hermanos y la presencia de su padrino Salomón.

La nueva identidad de Nacho se sumó a una larga lista de circunstancias a las que debía adaptarse. Por un tiempo, sus padres lo siguieron llamando por su nombre de pila, pero después de un tiempo les insistía:

—Nacho, *emmi.* Nacho, *abi*. Necesito que me ayuden.

Como sus padres no ayudaban lo suficiente, Nacho solía aislarse en su cuarto. Traía muchas cosas que le quitaban la paz y muchas preguntas sin responder. ¿Por qué sus primas eran más altas que él? ¿Por qué desentonaba cuando cantaba? ¿Por qué no les preguntó a sus hermanos cuándo les había salido la barba y el vello en el cuerpo? ¿Estaba bien que le gustara una de sus primas, o eso era

pecado? Convivía más con ellas que con sus primos. Jorge era mayor que él, como sus hermanos, y Antonio era muy pequeño aún.

Dejó de usar el pantalón corto porque no iba de acuerdo con la imagen que quería proyectar en el Instituto Científico y Literario, donde se inscribió para aprender español. Una vez que logró el nivel suficiente, se matriculó en Matemáticas, Historia y Canto. Decidió ser espectador en las actividades tradicionales del fin del ciclo escolar: la elección del Rey Burro y la quema de libros. También observó el desfile de carros alegóricos, donde jóvenes portaban ingeniosos y creativos disfraces para amenizar el ambiente. En el último carro, cerrando el desfile, aparecía el ganador de las votaciones.

Cuando su padre recuperó el ánimo y mejoró su salud, lo acompañó de plaza. Le explicó que eso consistía en llevar su mercancía a diferentes pueblos, diferentes días de la semana.

—Por ejemplo —decía Félix—, en Toluca, el tianguis es los viernes, y en Metepec, los lunes.

Así fue como empezó Nacho su vida de estudiante y comerciante en Toluca. Socializaba con sus compañeros del instituto, con jóvenes de origen libanés y con sus primas. De cabello crespo, ojos verdes, figura atlética y poseedor de una voz bien timbrada, amenizaba los *sahriyes* semanales en casa de su padrino Salomón. Mientras mudaba de voz, tocaba el *darbuka* o lideraba el *dabke*.

Dejó de ir los domingos a misa con sus padres a la Santa Veracruz para ir con los jóvenes al templo del Calvario. Un día, a la salida, les entregaron a hurtadillas un panfleto de la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa. Se trataba de una invitación a participar en un boicot nacional, ordenado y pacífico. Creada en Jalisco por el profesor Anacleto González Flores, la LNDLR llamaba a los laicos a la acción con la finalidad de presionar al gobierno para que se derogara la ley emitida por Plutarco Elías Calles.

Con el propósito de romper con el Vaticano, Calles había autorizado la fundación de la Iglesia Católica Apostólica Mexicana, luego de que el sacerdote cismático José Joaquín Pérez Budar, autonombrado patriarca, tomara con violencia el templo de la Soledad en el barrio de La Merced en febrero de 1925. Entre las normas de esta nueva congregación, se contaban la abolición del

celibato sacerdotal, el uso del español en la celebración litúrgica y la obligación para los sacerdotes de tener un empleo como cualquier ciudadano.

El tema del boicot estuvo presente en uno de los *zahriyes*. Nacho mostró el panfleto que le habían dado. Entre los presentes, unos dijeron que también se los habían recibido en el Templo del Carmen, otros, en la Santa Veracruz, y unos más, en El Ranchito.

—¡Tenemos que apoyar! —dijo el impetuoso Nacho—. Pero con discreción, o también a nosotros nos aplican el 33 —recomendó.

Capítulo 42

Al otro lado del mar

Al amanecer del 21 de septiembre, Abdo y Columba llegaron a Saint-Nazaire. Abdo se encargó de contratar un coche para que los trasladara al muelle. El abordaje fue fluido a pesar de la gran cantidad de gente que hacía fila. La sirena del barco anunció su partida, y horas más tarde llegaron a Bilbao para pernoctar. No quisieron descender y tampoco lo hicieron en La Coruña, última parada del SS Lafayette antes de adentrarse en la inmensidad del océano. Largos fueron los días en los que no veían otra imagen que no fuera la del Atlántico. Columba nunca imaginó que pudiera existir un horizonte inalcanzable hasta ese momento, porque la línea frente a sus ojos unía el cielo y el mar sin que nada se interpusiera en la perfecta unión que formaban. Largas noches transcurrieron en espera de amanecer con algo que no fuera agua a su derredor.

Según las cuentas que Abdo había hecho frente a ella, faltaban dos días para llegar a La Habana. Ansiaban pisar tierra firme y que sus pensamientos tuvieran un algo donde construir las imágenes que borrosas iban y venían por su mente. La primera vez que Columba vio a su padre vestido con ropa de ciudad fue cuando se habían tomado la foto en el estudio de Nasser, por eso no le costaba imaginarlo vestido así, pero los lugares a los que irían o la casa en la que vivirían no tenían fondo ni forma para la joven. Le gustaba imaginarse vestida de camino al altar del brazo de su padre, pero después de conocer Santa María la Mayor, en Marsella, no sabía cómo serían las iglesias en México. Tal vez solo se pondrían de

espalda, como lo habían presenciado en la iglesia del puerto francés. Imaginaba a Karim de pie en el altar, ansioso por recibirla con la bendición de sus padres, a Abdo sentado en la primera fila, junto a sus padrinos de bautizo —a quienes no recordaba— apadrinando su matrimonio con Karim, y a Dios bendiciendo su unión. Y volvería a creer en Él, en su existencia, en su amoroso corazón lleno de misericordia.



La mañana del 3 de octubre, el SS Lafayette llegó a La Habana. En cuanto Columba descendió se sintió mareada, como si no pisara tierra firme. De no haber sido porque caminaba tomada del brazo de su hermano, se hubiera ido de lado o trazando eses por la banqueta. El alegre colorido de la isla, el aroma de las flores y los ritmos musicales —nuevos para ellos— despertaron sus sentidos. Comieron, en una de las fondas frente al puerto, el plato del día: arroz con frijoles y plátanos fritos. Era un platillo con aromas, sabores y colores inéditos, pero que también les recordaban a su *mjadra*, que llevaba lentejas en vez de frijol. El sol abrasador le quemaba el cuello a Columba, que no llevaba sombrero para protegerse de los intensos rayos del mediodía. Entraron a un local a comprar uno. En un rincón del lugar había dos personas: un hombre y una mujer que, con hábiles y ágiles manos, trenzaban las hojas de palma para tejer los sombreros. "Es lo más fresco y original que encontrará en la isla", aseguró el dueño en perfecto francés mientras colocaba uno de ala ancha sobre la cabeza de la joven con almendrados ojos.

Protegida del sol y del calor por su nuevo sombrero de palma, Columba arrebató algunos suspiros y comentarios a su paso. Abdo sostenía la mano de su hermana, que lo tomaba por el brazo. Caminaba erguida, pero sin altivez. De movimientos refinados, era elegante y sencilla al mismo tiempo. Abdo sabía que ella era bonita, pero en ese momento se hizo consciente de la belleza que la joven proyectaba a su paso. Sus ojos verdes aceituna, de mirada profunda

y apacible, enmarcados por unas cejas de suave arco descendente, le daban un aire de sofisticación y misterio.

Los hermanos Anoun continuaron su recorrido. La similitud que había entre los diferentes puertos que habían conocido era singular. Había frutas y verduras frescas de diferente variedad y colorido exhibidos en mesas sobre barricas de vino desvencijadas o sobre mantas en el piso. Olía aromas propios de las tradiciones culinarias de la región que hacían aletear sus fosas nasales y salivar por la boca, aunque el sabor fuera desconocido. Pasaron cerca de ellos cargadores que sostenían sobre un hombro, entre sus dos brazos o colgados de su cabeza la preciada mercancía que transportaban, y notaron a gente que caminaba con prisa hacia un lado y al otro. Gritos, voces, sirenas y campanas se mezclaban en el ambiente.

Cansada y abrumada por el calor y la proximidad de su destino, le pidió a Abdo que la llevara de regreso al barco. Había pasado varias noches sin poder conciliar el sueño y, por lo tanto, amanecía mareada y con problemas de concentración. Era tan poco el tiempo que les faltaba para llegar a Veracruz, que sentía que el corazón estaba a punto de salirse de su pecho. Se mordisqueaba las uñas, tamborileaba con los dedos de la mano y le costaba mantener sus pies bajo control. ¿Por qué el tiempo corría tan lento? ¿Por qué le costaba respirar? Pronto llegarían a la nueva tierra mexicana que la recibiría igual que a sus padres, ahí se unirían pasado y presente para prefigurar sus sueños y proyectos de futuro. Ahí podría encontrarse con su padre y abrazarlo con sus brazos de mujer adulta, verlo de frente para reclamarle su abandono, el tiempo que no había estado cerca para verla crecer y bailar con ella en sus fiestas de cumpleaños. Pero, sobre todo, para exigirle ese mundo de amor y de familia que él había prometido que pondría a sus pies. Cuando pensaba en todo lo que quería decirle a su padre, se sentía ingrata y se arrepentía. Ansiaba solo abrazarlo y decirle: “Gracias, gracias Dios porque estamos juntos de nuevo”.

Se acostó en la litera del camarote y dio vueltas tratando de encontrar una posición cómoda; como no lo logró, Columba salió a caminar por el barco. Los accesos a las clases superiores estaban abiertos. Miró de un lado al otro, buscando a algún oficial para

solicitar el paso. No vio a nadie y aprovechó para dar un recorrido. La diferencia entre los pisos superiores y los sollados era notoria. Como si dos mundos, contrarios entre sí, partieran del mismo puerto, navegaran el mismo mar y compartieran el mismo anhelo de llegar sanos y salvos. La tienda estaba cerrada y se detuvo a ver, desde el aparador, la variedad de productos y mercancía que ofrecían a los pasajeros que viajaban en primera y en segunda clase. Había cosméticos y perfumería francesa, joyas y relojes, ropa elegante, pero también deportiva. La imaginación de Columba no tenía el alcance suficiente para justificar que tales productos se ofrecieran a la venta en un barco. Atrajo su mirada una caja labrada. Era o parecía de plata, no podía estar segura, y en la cubierta alcanzaba a ver el relieve de un barco con las velas desplegadas y entre las olas del mar. Si la tienda hubiera estado abierta y ella hubiera tenido los francos suficientes, la habría comprado.

En la noche, mientras cenaban de los pocos víveres restantes, Columba le contó a su hermano su aventura de esa tarde. Como ya era su costumbre, Abdo se despidió de ella para ir a dar una vuelta por ahí. A la mañana siguiente, puso el preciado objeto de plata entre las manos de su hermana, quien acarició el relieve y levantó la tapa. Por dentro estaba forrado de una tela aterciopelada y oscura. Cerró el alhajero y entre lágrimas quiso saber cómo lo habría conseguido. Abdo negó con la cabeza y antes de salir del camarote dijo:

—No preguntes.

«Sin duda gastó parte de sus ahorros para comprarla», pensó Columba. Y tuvo razón, pero Abdo no había dudado, ni un segundo, en desprenderse de parte de su dinero con tal de ver dibujada esa sonrisa en el rostro de su hermana.



Tres días de intensa lluvia mantuvieron a tripulantes y pasajeros del SS Lafayette bajo cubierta. Los pensamientos de Columba eran interrumpidos por una sinfonía entre los truenos, el viento y la

incesante lluvia que golpeaba con fuerza, y a veces con suavidad, la cubierta del barco. "¿Qué va a pasar?", "¿Cuándo va a dejar de llover?", le preguntaba a su hermano, y él se alzaba de hombros en señal de no tener respuesta.

Sin mayor explicación, los aglutinados pasajeros de los sollados supieron lo indispensable: que habían llegado a su destino, pero no podrían acercarse al muelle para desembarcar hasta que las autoridades marítimas del Puerto de Veracruz lo autorizaran; que mantuvieran la calma. Tras decir estas palabras, el oficial del barco dio media vuelta y salió apresurado sin dar tiempo a que empezara ahora la otra lluvia, la de preguntas.

Columba miró a su hermano con la esperanza de que él contestara sus interrogantes. Quería escucharlo decir "No pasa nada", "Todo está bien". Abdo la condujo hacia el lugar donde tenían sus pertenencias para reacomodar lo que llevaban en sus dos baúles. De seguir así, el agua alcanzaría a entrar a los camarotes, y no querían correr el riesgo de que se mojaran sus pertenencias. Pusieron un baúl encima del otro. En el de arriba dejaron las fotos, los documentos importantes, el vestido de novia de Columba y la bolsa que contenía la tierra de su origen. Columba la abrió y aspiró el aroma que le llenó de recuerdos todos sus sentidos. Contaron la comida que les quedaba y la racionaron para los siguientes cuatro días, por si acaso; después de eso, no habría más.

El olor a humedad dentro de las galeras era más tolerable que el hedor de los baños y las letrinas. No había forma de respirar aire fresco sin acabar empapado. El combustible de las calderas se había agotado o estaba tan húmedo que no se podían encender para secar el ambiente o las ropas mojadas. Los niños lloraban sin cesar, estornudaban y aventaban mocos verdes y espesos por la nariz. Las mujeres rezaban solas o en grupos pequeños, en voz alta o en silencio, mientras los hombres se reunían para plantear soluciones al problema actual, sin llegar a ninguna conclusión.

Al amanecer del cuarto día, un tenue rayo de luz entró por las escotillas al mismo tiempo en el que la sirena del barco se anunciaba, a la vez que emergía un rugido desde el fondo del mar.

—¡Están levando anclas! —gritó un oficial de la tripulación en francés.

Como si se tratara de una escena en cámara lenta, uno a uno, los pasajeros se incorporaron, estiraron el cuerpo entumecido por la falta de movimiento y tomaron sus pertenencias. Caminaron despacio y salieron a cubierta, cegados por unos rayos de sol que apenas asomaba en el horizonte.

Desde ese punto, en los sollados era imposible alcanzar a ver el puerto y lo que sucedía ahí, pero a quienes sí veían eran a las personas que viajaban en clases superiores salir a las barandas de los pisos de arriba.

—Qué bueno que ya vamos a desembarcar. Si la comida se hubiera acabado, nos hubiéramos comido unos a otros, y yo empezaría por ahí. —Abdo señaló a una joven mujer recargada en la balaustrada de arriba.

Columba movió la cabeza. No aprobaba el comentario de su hermano, pero le reconocía su buen gusto. Si no lograba comérsela, al menos lo intentaría. Abdo pasó el brazo por los hombros de su hermana y ella recostó la cabeza en el hueco.

Cuando les llegó el turno de descender, un par de muchachos de baja estatura, piel amarillenta y pecho lampiño se ofrecieron a ayudarles a bajar los baúles a tierra. La imagen del festín de colores y algarabía que su madre les contó que había visto al llegar fue sustituida por calles lodosas, palos encimados y palmeras dobladas hasta el suelo. Árboles arrancados de cuajo desde la raíz entorpecían los accesos al muelle. En lugar del sonido de la música de bienvenida con la marimba y el arpa que su madre había descrito en su carta, fueron recibidos por el ruido de las palas y carretillas que retiraban el lodo y el escombro del lugar.

Para avanzar, saltaron entre palos, ramas y cascajo para evitar los montones de barro y basura pestilente que aún no retiraban del camino. Las mesas de registro, lugar en el que los esperaría don Domingo Kuri para ayudarlos a llegar a Toluca, fueron sustituidas por un tablón de madera improvisado. Del señor Kuri, no supieron nada.

Capítulo 43

El encuentro, la frustración y la esperanza

Columba y Abdo, que habían conseguido tramitar en Beirut su papelería oficial en francés, tuvieron menos complicaciones en migración, porque al menos era legible para efectos del registro. Sus nombres completos, su lugar de origen en Qsaibeh, Monte Líbano, y el nombre y domicilio de a quién referirse en caso necesario: Nemer Sarrag, de Capuchinas número 134, fueron anotados en el libro de registro. Mientras que Abdo averiguaba cómo llegar al Arca de Noé, la tienda de Domingo Kuri, Columba se dedicó a observar a su alrededor. Lo primero que llamó su atención fue un numeroso grupo de clérigos.

«Son demasiados», pensó.

No recordaba haber visto a tantos hombres agrupados, vestidos en sotana negra. Algunos llevaban bonete, otros no. Unos eran más jóvenes que otros, y algunos, muy mayores. La joven se preguntó si llegaban o se iban, porque era difícil descifrarlo en medio del barullo en el andén del puerto. Minutos más tarde, los vio ascender por la escalinata del mismo barco del que ellos habían descendido un par de horas antes. Cuando dicho grupo despejó el área, quedó a la vista de Columba un cartel adosado a la pared en el que resaltaba la imagen de un cuello que le recordó al de los sacerdotes. Como la leyenda estaba en español, no pudo leer que decía: "Si quieres casa segura, no dejes entrar al cura". Columba interpretó eso como un reconocimiento a la labor pastoral de los sacerdotes, aunque el dibujo le pareció grotesco. Semanas más tarde, conocería el

verdadero significado de esa imagen y de la partida forzosa del gran número de sacerdotes que vio abordar el barco. No pudo comprenderlo, y mucho menos justificarlo.

A señas y como pudo, con el escaso español que había aprendido con el padre John, Abdo entendió las indicaciones que le dieron para llegar a la calle de López Rayón, esquina con Xicoténcatl. Contrataron un carro que los llevó con su equipaje al Chalet Josefita, con la esperanza de encontrarse con el señor Domingo Kuri en su casa, ya que "el cajón", como llamaban a su negocio, estaba cerrado a esa hora.

Los recibió la esposa de Domingo, Consuelo Adam, quien les explicó que, debido a la demora del barco, su esposo no había podido esperarlos. "Diles que me disculpen, que tuve que ir a la capital, pero que ya saben dónde encontrar al Turco y a su familia", le había pedido a la esposa. Abdo y Columba decidieron aceptar la invitación de su anfitriona de dormir una o dos noches ahí, con el fin de asearse, descansar un poco y organizar el viaje en tren a Toluca. Antes de partir, avisaron por medio de una operadora a la casa del tío Salomón el día y el horario en el que calculaban su llegada.



Después de varios días de lluvia persistente, era de esperarse que la gente estuviera deseosa por salir a la calle; removían el lodo frente a sus negocios, sacaban sus muebles y ropas para que se secaran al sol. Carretones de frutas, verduras y hierbas, jalados por mulas, se detenían en la calle para vender su mercancía a los transeúntes que no esperaban a que estos llegaran a acomodarse en los puestos del mercado o tianguis. Los lugareños que cargaban sus baúles les hicieron entender, a señas, que compraran algo ahora que tenían la oportunidad, y así lo hicieron.

Abordaron el tren en el Puerto de Veracruz a las tres de la tarde. Les tomaría casi dieciocho horas recorrer los cuatrocientos veintitrés kilómetros que los separaban de la ciudad capital. Una vez que llegaran a la estación de Buenavista, tendrían que buscar la ruta

México-Manzanillo que los llevaría a Toluca. Calcularon llegar ya entrada la tarde. Ubicados en su asiento de primera clase, cortesía del Cónsul por medio de su esposa, Columba acomodó su cabeza en el hombro de Abdo y cerró los ojos. Se sentía cansada. Esperaba que sus padres tuvieran noticias de Nagyb y de su llegada a los Estados Unidos. Durmió un buen rato, y en cuanto despertó, el tren estaba detenido en la estación Paso del Macho. Contempló por la ventana el horizonte. La vegetación era frondosa y de tonos multicolores en una gran variedad de matices verdes; era muy diferente a lo que había visto en su natal Líbano, donde proliferan los pinos, algunas palmeras de dátiles y árboles frutales, pero no tan exuberantes. Al llegar a Orizaba, descendieron un rato a estirar las piernas. La variedad de aromas y colores en la comida les resultó asombrosa a los hermanos recién llegados. Al primer silbato de la máquina, regresaron a sus asientos con fruta y pan dulce que saborearon durante el trayecto. Al llegar a la estación de Maltrata, apreciaron que sobresalía del paisaje una montaña de extrema altura, cubierta de nieve en todo el pico. Abdo preguntó con señas y su pobre español el nombre de la montaña al revisor de boletos, quien le respondió con sequedad:

—Es el volcán Citlaltépetl, pero está dormido. Lo conocen también como el Pico de Orizaba. —Y continuó con su labor.

Si bien Abdo había entendido poco o casi nada la respuesta recibida, comentó con su hermana sobre la semejanza con el Monte Líbano, aunque podría ser que el de su patria no fuera tan alto. Ambos se sintieron nostálgicos y no perdieron de vista al volcán dormido hasta que oscureció y cerraron los ojos. Despertaron con la llegada a Apizaco. Seguía oscuro, debían de ser las tres o cuatro de la mañana. Muchos pasajeros descendieron en esa estación para hacer transbordo a Puebla, destino final de ese ramal. Ellos continuaron su viaje.

Cuando los rayos del sol traspasaron la delgada piel de sus párpados, Columba despertó. Se restregó los ojos con los dedos para acostumbrarse a la luz. El panorama había cambiado por completo. Una extensa llanura se abrió frente a ella; esa imagen le recordó el tránsito entre Marsella y París.

«No es que sea igual», pensó, pero se lo recordaba.

Descendieron en la estación de Apan, donde bebieron un jugo de naranja recién exprimido. La suavidad y dulzura del zumo refrescó sus labios y gargantas secos; tan secos como el paisaje.

Deambularon por la estación y un peculiar aroma, desconocido para ellos, los atrajo. Se trataba de tortillas. Estaban por descubrir la versatilidad de un producto tan sencillo. Sentadas o acuclilladas en el piso, con un anafre frente a cada una, una tercia de mujeres elaboraba diversos productos con la misma masa. La habilidad con la que trabajaban le recordó a su madre enrollando las hojas de parra o preparando los *cacubes*. Una de ellas preparaba tortillas sobre un comal, las apilaba, las envolvía en papel café y las vendía por docena. La segunda tenía un comal especial donde en el centro vertía aceite. Preparaba las tortillas, les ponía queso rallado y una cucharada de un guiso, ya fuera flor de calabaza o huitlacoche. Las cerraba en forma de empanada y las metía en el aceite caliente; una vez doradas, las retiraba y dejaba que escurriera la grasa. La tercera de ellas usaba de la misma masa, la trabajaba con las manos pellizcando la orilla y formaba un borde; eran de mayor tamaño que las tortillas y de forma alargada. Abdo escuchó que les llamaban "huaraches" y, decidido como estaba a aprender la que sería su nueva lengua, repitió la palabra a su real entender. La mujer sentada frente al brasero, que preparaba uno y otro con maestría, soltó una carcajada.

La primera experiencia con la salsa de chile fue desorbitada. Columba gritó como si el fuego le quemara la boca, la garganta y las entrañas. Ante tal espectáculo, Abdo prefirió no probar la salsa de inocente aspecto. La puestera, que sintió compasión por la blanca joven de llorosos ojos aceitunados que se habían tornado color fuego, le ofreció un par de quesadillas con frijoles. Ante este gesto, Columba comprendió el mensaje que quiso darle y se sintió agradecida y confortada.

De regreso al andén, Abdo reía sin parar por la reacción de su hermana menor. Ella, que aún sentía los labios hinchados y ardorosos, lo llamó cobarde por no atreverse a probar ninguna de las salsas y, altiva, abordó y tomó de nuevo su asiento. El silencio los

envolvió de nueva cuenta. Pronto se encontrarían de nuevo con su familia, con su pasado, con aquellos que habían representado su sostén y guía. La escasa información de Nazira y de Karim respecto al estado de salud de Félix los inquietaba. Un velo de misterio arropaba sus escuetos mensajes. Confiaban en que al verlo, todo quedaría aclarado, pero, al mismo tiempo, tenían dudas. Tenían miedo.

Por la ventana, Columba avistó unas edificaciones de piedra muy diferentes a todo lo que pudiera haber visto antes. Años más tarde supo que se trataba de las pirámides de Teotihuacán, construidas antes de la llegada de los españoles a México, tiempo en el que Líbano aún respiraba bajo el yugo otomano. Adentrada en sus pensamientos, la joven no se percató de que habían entrado a la ciudad más grande de todo su recorrido. Era la capital, y lo supo en cuanto el revisador anunció la llegada a la Ciudad de México. Le recordó su paso por París, donde solo conoció el edificio terminal, pero las construcciones palaciegas se avistaban por doquier. Antes de las nueve de la mañana, habían llegado ya. Columba sintió un vacío en el estómago.

La bulliciosa estación de Buenavista los recibió con la algarabía rutinaria. Abdo contrató a un par de cargadores para que se hicieran cargo de los baúles y los bultos de su equipaje. Tomaron una carreta de transporte que los condujo a la estación Colonia, cerca del Paseo de la Reforma. Una fotografía de la fachada de la estación la mostraba parcialmente destruida. Según datos al pie de la misma imagen, un disparo de artillería la había destruido durante la Decena Trágica, en 1913, pero no pudieron leer el texto en español.

El tren hacia Toluca partiría un par de horas más tarde. Dejaron el equipaje en consigna y se fueron a comer algo sólido con el cuidado de no añadir ninguna salsa, por inofensiva que pareciera. En el baño, Columba se mojó la cabeza y se lavó la cara, las manos y las piernas. Quitó el lodo de sus zapatos. Se aplicó *qejel* en los ojos y rubor en las mejillas. No sabía a quién esperaba ver con más ansiedad, si a su padre o a Karim. La imagen del espejo le reflejó su tez sonrojada. El solo pensar que pronto vería a Karim provocaba en ella un calor que le subía y le bajaba por el cuerpo.

El nuevo recorrido no resultó ser tan cómodo como el anterior. El tren de vías angostas era, a su vez, más estrecho que el que habían tomado desde el puerto. El júbilo de Abdo no se vio afectado y confesó a su hermana:

—Unas horas de incomodidad bastarán para llegar a ser de nuevo una familia.

Cuando al fin llegaron a su destino y salieron del tren, los gritos de su madre al reconocerlos les devolvieron el aliento de vida que necesitaban para continuar. Columba corrió a su encuentro y ambas se unieron en un fuerte abrazo. Sin soltarla, Nazira besaba a su hija en el rostro, en el pelo, en las orejas. Las piernas de la joven flaquearon, pero los fuertes brazos de su madre la sostuvieron. Se sintió culpable. Culpable de haber llegado a pensar que su madre la odiaba, que no la quería desde el día en que nació, y le pidió perdón. Una y otra vez repitió:

—*Afwam*, *afwam*, *emmi*, *afwam*.

Esas mismas palabras de disculpa debían de haber salido de la boca de Nazira, ella lo sabía, pero no tuvo el valor y las cambió por besos.

Abdo abrazó a su madre, y Nazira notó el cambio en su hijo mayor. Esta vez no la levantó en vilo ni dio dos vueltas con ella al aire antes de permitirle que tocara con sus zapatos nuevos el piso, como lo había hecho en su casa de la montaña. Abdo ya no era el mismo. Se separó de su madre y saludó a su hermano con el gesto acostumbrado: le picó las costillas para que se doblara, y enseguida le asestó un suave golpe en la cabeza. Mismos gestos que su hermano menor había hecho con él.

Columba se volvió a Hamid, lo recorrió de arriba a abajo y no ocultó la sorpresa que le causó ver de nuevo a su hermano menor.

—Has crecido mucho, Hamid —aseguró Columba. Enseguida lo abrazó, y con un gesto de cariño en la cabeza lo despeinó y añadió —: Y estás guapísimo. *Allá yberqaq*.

Los recuerdos de su infancia pasaron frente a Nacho cuando su hermana lo llamó por su nombre de pila, con el que había sido bautizado por el padre Charbel. Le dio la espalda a Abdo para que no notara su emoción y se burlara.

—Vaya, vaya —dijo Abdo, y con fingida seriedad agregó—: Ahora hay que cuidarse del enano.

—No soy ningún enano. Además, ahora me llamo Félix Nazir Anoun Kado y todos me dicen Nacho.

Los hermanos recordaron que Nazira les había dicho eso mismo por carta.

—Su padre y yo ya nos acostumbramos —terció Nazira y enseguida musitó—: aunque a veces este muchacho, de todos modos, no hace caso cuando le hablo.

Todos rieron con el comentario de Nazira, excepto Nacho, ya que a su madre le había dado por repetirlo una y otra vez. Columba alargó el cuello en busca de su padre y, por supuesto, de su novio. Nazira esquivó su mirada. Sabía que era necesario, y hasta un gesto de caridad con su hija, advertirla de la situación en la que encontraría a su padre y las novedades con la boda, pero no se atrevía a hacerlo. Nacho adelantó el paso con su hermano mayor y lo puso al tanto de la situación y del estado de salud de su padre. Prefería que fuera Abdo quien notificara a Columba. Los dos hermanos se encargaron de contratar el carro que los llevaría a su nuevo destino.

Capítulo 44

Herencias desiguales

Entre la terminal y el centro de la ciudad, a donde se dirigían, Columba no pudo menos que encontrar las grandes similitudes entre Beirut y Toluca: tenderos en las banquetas, comerciantes que a gritos buscaban atraer a sus clientes cargadores de hombro, de dos brazos y de cabeza, frutas y legumbres multicolores y objetos artesanales tejidos en palma como cestas, canastos y tapetes. Aunque en ambas culturas protegían sus cabezas del sol, los mexicanos lo hacían con un sombrero de palma con una circunferencia que rebasaba en dos o tres tantos el tamaño de la cabeza de quien lo portaba: para el gusto de Columba, resultaban demasiado grandes. En su patria, los hombres usaban el *kafiya* a forma de turbante o sujetado con un cordón llamado *agal*, o el *tarbuush*. La necesidad era la misma, la forma de satisfacerla, diferente. Por lo demás, salvo el idioma, el color de la piel y la vestimenta, Columba se sintió como en casa.

Tan pronto llegaron al domicilio, mientras Nacho se hacía cargo del equipaje, Abdo tomó a Columba por el codo y la apartó. Era necesario advertirla de la situación en la que encontraría a su padre. Ella escuchó en silencio a su hermano; su tez palideció. Su frente se perló y le sudaron las manos. Le faltó aliento y sintió que las piernas no la sostenían. Se recargó en el fuerte brazo de su hermano, que colocó su palma sobre la mano de ella. La impresión fue tan imponente que no pudo llorar, y eso que aún no veía a su padre. Alzó la cabeza, respiró hondo, sin reproche buscó a su madre con la

mirada y, cuando la encontró, le sonrió; Nazira hizo lo mismo. Columba se volvió y dijo a su hermano con firmeza:

—Está vivo y estamos aquí. Eso es lo que importa. —Dio media vuelta, siguió a su madre dentro del edificio de la vecindad marcado con el número 16 de la calle Nigromante.

En la planta alta, con sus temblorosas manos sobre el barandal, Félix aguardaba a su familia. Las lágrimas que resbalaron por su rostro cayeron hasta el patio central. Columba alzó la cara y lo vio. Su corazón lo reconoció de inmediato, aunque su aspecto era totalmente diferente. Subió tan rápido como pudo y se abalanzó hacia él con los párpados apretados. Cuando sus brazos lo rodearon, temió romperlo. La fragilidad del cuerpo de su padre contrastaba con la fuerza con la que él la abrazaba a ella. Con los ojos anegados por el llanto, se separó de él y con dulzura le reprochó:

—Dijiste que el mundo estaría a mis pies. —Escudriñó dentro de los ojos de su padre—. Y ya estoy aquí para que cumplas tu promesa.

Félix solo acertó a asentir. De ahora en adelante, no podría negarle nada a su princesa convertida en una hermosa mujer.

—¡Estás preciosa! —se maravilló Félix, la besó en la frente y la envolvió en sus delgados brazos.

Nazira notó que el encuentro de su esposo con la hija de ambos fue menos doloroso para ella de lo que había pensado. Los sentimientos que otrora le provocaba la relación fraternal habían quedado en el pasado. Con el abrazo que se habían dado ambas en el andén, todo quedó saldado para Nazira. Se acercó a ellos y advirtió:

—Karim no tarda en llegar. —Se adelantó para abrir la puerta de la vivienda y con un gesto los invitó a pasar—. Voy a preparar café —indicó y se dirigió a la cocina.

Columba siguió a su madre, recorrió los cuartos que se comunicaban entre sí y prefirió no hacer ningún comentario. Por sobre todas las cosas y adversidades que hubieran pasado, estaban juntos y no volverían a separarse jamás. Convencerían a Nagyb de que se reuniera con ellos; también en México había aventuras suficientes para él.

Abdo abrazó a su padre, quien lo besó en ambas mejillas, y se percató de que tenía que inclinarse para hacerlo. Si bien había heredado su estatura, no lucían la misma gallardía. Los sentimientos se encontraron entre sí. Félix sentía orgullo por el hijo, y este, pena por el avejentado estado en el que encontró a su padre. Entraron a la casa y el aroma del café los transportó a sus tertulias en la montaña. Se sentaron alrededor de la mesa a disfrutarlo con unos *graybes* preparados por Nazira. No tenían prisa por ponerse al día. Eso vendría con el paso de los días. Columba se reservó de preguntar si Karim ya había hablado con ellos respecto a la boda y si la fecha estaba ya definida. Notó que su madre evitaba estar a solas con ella, y sus temores la condujeron a preguntar:

—¿Está todo bien con Karim?

—¿Qué va a estar mal? Se fue a la venta a Metepec —respondió Nazira, para tranquilizar a su hija, en un tono poco alentador—. Al rato viene a cenar. Ya sabe que lo esperamos.

Columba y su familia regresaron a la tertulia de contar los relatos de unos y otros arrebatándose el turno y las palabras entre sí. Félix no podía sentirse mejor ni más feliz. Hubo un silencio pesado cuando preguntó por Nagyb. La realidad era que ni Columba ni su hermano mayor supieron cómo responder a su padre ni a la mirada interrogante de su madre. Había salido del *bled* con Karim y todos habían asumido que juntos llegarían al puerto mexicano, pero parecía que el segundo de los hijos de la familia había actuado en un momento en el que nadie pudo hacer nada. No hubo nada que el futuro hermano político de Nagyb pudiera hacer para disuadirlo. Solo les quedaba aceptar las decisiones de su hermano.

—Odio decirlo —reconoció Nazira y miró a su esposo—, pero… ganaste la apuesta.

Columba, Abdo y Hamid, ahora conocido como Nacho, quedaron mudos. ¿Una apuesta? ¿Y su madre lo aceptaba?

Nazira adivinó las preguntas en el rostro de sus hijos y se adelantó a responder.

—Su padre me aseguró que el espíritu de Nagyb era demasiado aventurero —dijo, y continuó con voz entrecortada—, y aseguró que no vendría. Esperamos noticias de él en estos días.

Félix asintió y, con una sonrisa que mostraba el desgaste prematuro de su dentadura, agregó.

—Estaba tan seguro que por eso aposté.



Oscureció a eso de las siete de la tarde. A Columba le llamó la atención no haber escuchado las campanas del templo de La Santa Veracruz, que su madre le había contado que estaba cerca de la casa. La joven pensó que quizás no había puesto la debida atención cuando llamaron a misa y que por eso no se había percatado del sonido.

Lejana estaba Columba de conocer la verdadera razón por la cual, ni ese día ni los siguientes, escucharían campanas para llamar a los servicios religiosos. Lejanos estaban ella y su prometido de los motivos por los cuales su boda no se celebraría como lo había soñado la joven. Lejanos estaban Columba y su familia de comenzar a vivir los ritos religiosos en su nueva patria, muy distintos a los acostumbrados por ellos en la iglesia ortodoxa. Lejanos estaban todos los mexicanos de volver a vivir su religiosidad y sus tradiciones, de visitar a la Virgen de Guadalupe o realizar las danzas prehispánicas con los matachines que Columba tardaría años en conocer por vez primera.

Tocaron a la puerta y el corazón de Columba saltó; pensó que era Karim. Nazira invitó a la persona que estaba afuera a pasar.

Entró una mujer desconocida para ella, cargaba con ambas manos un cesto con ropa limpia y recién planchada.

—Básalon, Brietas, básalon bara que conozcas mes hejos —pidió Nazira a la recién llegada.

—Aquí está su ropa, seño Nazira. —La mujer paseó su mirada por la sala—. Ya no quedó nada en el tendedero.

Nazira agradeció con un español muy forzado, tomó el cesto y se fue a la recámara a guardar la ropa.

—Buenas tardes, don Félix —dijo Prieta con una media sonrisa—. Qué bonita su familia. El joven se parece a usted. Y la niña, muy

bonita su niña.

Félix tradujo a sus hijos las palabras de Prieta; ellos le dirigieron una mirada y agradecieron con un gesto de la cabeza en el momento en el que Nazira se reunía de nuevo con su familia.

—Mushasha Brietas, mushas gracias tengalón austed. —Nazira la rodeó con sus brazos y añadió—: Este bobres majer extranjera sin saberlon hablar al español lo agredece dasdel curazón.

Félix también le agradeció y le aseguró que nunca en la vida olvidaría todo lo que había hecho por él. Los ojos de Prieta se llenaron de lágrimas y las dejó correr.

—Yo tampoco lo olvidaré nunca —dijo con dificultad y mirándolo a los ojos. Tomó aire para continuar—. Gracias a Dios usted está vivo y ahora está con toda su familia. Eso es lo más importante. Yo regreso a La Huaracha, con Emigdio. —Y cerró con la primera palabra que había aprendido en árabe—: *Shúqran*.

Shúqran respondieron todos casi al unísono y la vieron secarse las lágrimas antes de salir.

Desde la cocina, Nazira escuchó que Abdo y Félix salían a tomar aire y a Columba decirle a su padre, sonriente:

—Se ve muy buena persona, parece que te cuidó muy bien.

—Mejor, imposible —aseguró Félix, y murmuró—: ¿Sabes?, se llama Columba, como tú.

Prieta salió de la casa y de la vida de Félix sin mirar atrás y sin destino. Inevitable fue para ella recordar el último encuentro con Emigdio, quien la había echado fuera de su vida de forma definitiva:

—Si te vas, aquí nomás no regreses. —Y enfurecido, masculló—: Lárgate de mi vida; maldigo el día y la hora en la que te perdoné. Te vas de nuevo con el Turco y aquí está tu pendejo… ¡Lárgate y olvídate de mí!



Entrada la noche, Karim llegó a la casa de sus futuros suegros. Saludó a Abdo con un fuerte abrazo y sonoras palmadas en la espalda correspondidas a plenitud. Aguantó los deseos de abrazar y

besar a su novia y se limitó a apretar y a besar su mano; absorbió de ella todos los aromas.

Cenaron las viandas que Nazira tenía preparadas para su familia. Una mezcla de comida mexicana con *mezze* libanesa. Aunque el latido del corazón de Columba invitaba a abordar el tema de la fecha de la boda, sus padres y su novio evitaron adentrarse en esa conversación. Rehuían su mirada. Sabía que algo no estaba bien, así que se dispuso a averiguarlo con prudencia. No se atrevía a confrontar a ninguno de ellos cara a cara. Prefirió observar y escuchar, algo que no era usual en ella, pero que a partir de ese día comenzó a serlo.

Al final de la cena, el menor de la familia propuso a sus hermanos ir a Los Portales a comprar churros y chocolate. Todos aceptaron con gusto y Columba fue a sacar el abrigo del baúl. En cuanto lo abrió, el aroma de la tierra que ahí guardaba le dilató las fosas nasales. Aspiró hondo, sacó la bolsa de yute donde había guardado la del *labneh*, la abrió y notó las esporas que, debido a la humedad y la poca ventilación, lucían en la superficie de la tierra. Sabía lo que podría sucederles a sus pulmones si la aspiraba en esas condiciones.

—Nada es para siempre —se lamentó en voz alta.

—Solo Dios es eterno.

La voz de su madre la hizo girar hacia ella. Extendió las manos con el saco de tierra mientras que las lágrimas rodaban por sus mejillas.

—Es nuestra tierra, la tierra que nos vio nacer, y yo dejé que se echara a perder. ¡Es mi culpa! —estalló en llanto.

Nazira tomó la bolsa. Tardó en entender a lo que se refería Columba y, cuando lo hizo, trató de tranquilizarla.

—Servirá de abono para el orégano. —Dejó la tierra sobre la cómoda, tomó las manos de su hija y sus miradas se encontraron—. Tengo una maceta en el corredor.

Le sonrió a Columba, le limpió la cara con un pañuelo y le recordó que la esperaban para ir a Los Portales. Cuando la joven estuvo lista, su madre le aseguró:

—Ahora, nosotros habitamos esta nueva tierra. Este será nuestro hogar. —Reflexiva, añadió—: Pero nuestra tierra habitará en nosotros para siempre.



Rumbo a Los Portales, Columba tomó a Karim por el brazo y musitó:

—¿Qué pasa? ¿Por qué nadie habla de lo nuestro?

—No te preocupes, *habiibe*, habrá boda. Sin duda alguna habrá boda —terminó, titubeante.

Tomó la mano que descansaba sobre su brazo y la besó.

Columba no supo definir qué era, pero intuyó problemas en su futuro próximo. Confió en las últimas palabras de su novio.

Después de limpiar la cocina, Nazira fue al sillón y se sentó al lado de Félix.

—A pesar de todo —dijo Nazira, y ambos sabían a lo que se refería—, somos de nuevo una familia, y eso es lo importante. Nagyb pronto estará con nosotros.

Félix esbozó una sonrisa y palmeó la mano de su esposa mientras le aseguraba:

—Nagyb heredó tus ojos, pero el espíritu de aventura, ese… se lo heredé yo.

Nazira asintió y sonrió. Descansó su cabeza sobre el hombro de quien, a pesar de todo, aún daba sentido a su vida.

Epílogo

Este libro termina aquí, pero la historia de la familia Anoun Kado continúa.

Es octubre de 1926, y el anhelado sueño de Columba no podrá hacerse realidad. Félix, su padre, no la llevará del brazo hacia el altar, y Karim no la esperará al final del pasillo.

En México, desde el primero de agosto de 1926, fueron suspendidos todos los servicios religiosos en el país, y el Santísimo Sacramento, retirado de los sagrarios, donde se colocó un letrero que rezaba: "Está vacío". La noticia fue tan abrupta para los recién llegados que les resultó difícil de comprender. Pasados los días, Columba se enteró de lo sucedido. La confusión creció en su mente porque aún nadie explicaba la famosa Ley Calles, que había llevado al pueblo mexicano a esa situación.

Ella había dejado atrás una tierra en la que convivían con relativa armonía personas de muy diversas religiones. Una tierra que habitaría en su mente y corazón hasta el final de sus días.

Desde que había pisado tierra mexicana, Columba aceptó que México sería su nueva patria, su propio *bled*. ¿Era acaso posible que en esa tierra de católicos no se permitieran celebraciones religiosas? ¿Acaso no podría ser bendecida su unión por un sacerdote o pastor?

Mientras caminaba por las calles de Toluca, descubrió que en el atrio de las iglesias había personas sentadas en los escalones para prevenir que los soldados entraran con sus caballos y profanaran el

lugar. No se escuchaban las campanas, y la ausencia del tañido dolía. En casa, le preguntó a su madre entre sollozos: "¿Dónde está Dios?". Nazira la abrazó y acarició su cabeza. Las palabras de consuelo no salían de su boca. No sabía qué decir. Deseaba, con toda la fuerza de su corazón, que su hija pudiera ser llevada al altar del brazo de su padre, pero no podía asegurar que así sería.

Columba y Karim podrán llevar a cabo sus planes de matrimonio y su unión será bendecida. Quedará por siempre, en el fondo de su corazón, el deseo de hacerlo frente al altar.

Aclaraciones y agradecimientos

Esta novela no es ni pretende ser una biografía de la vida de mis abuelos y bisabuelos. Sin embargo, está inspirada en ellos, en las anécdotas que yo recuerdo de viva voz de mi abuela y en las que me compartieron algunos de mis familiares.

No busqué esta historia para contarla, sino que ella misma me salió al paso. En mi actividad como escritora de artículos de opinión, entré a un taller con la finalidad de adquirir mayor destreza y "soltar la pluma". Debido a un afortunado error, no me percaté de que se trataba de un taller literario, así que acudí con la tarea que me encargaron para la primera sesión y, tal cual mi costumbre, la desarrollé en dos mil quinientos caracteres; ni uno más, ni uno menos. Sofía Segovia, quien aún no publicaba *El murmullo de las abejas*, estaba a cargo del taller. Desde esa primera sesión me invitó a investigar sobre mis antepasados y a escribir una novela en lugar de un reducido artículo.

Antes de recorrer este camino, le pedí autorización a mi mamá, Carmen Naime, para hablar de sus antepasados. Se alzó de hombros y me dijo: "No veo por qué no. No hay nada malo que puedas decir de ellos". Atesoro los momentos que pasé con ella y sus hermanos: Elías, Juliette y José. La luz que iluminaba sus ojos y el nudo que se hacía en su garganta cuando me platicaban alguna anécdota eran tanto o más elocuentes que sus palabras. Al día de hoy, lamento no haber tenido la habilidad para preguntar más detalles, ahondar en sus recuerdos y escudriñar en ellos. Siento profunda pena de que ninguno de ellos viva para ver esta ilusión como una realidad; me habría gustado y sé que a ellos también. Si bien no es un relato biográfico, espero que mis familiares contemporáneos y nuestros

descendientes alcancen a tener una idea de cómo pudieron haber sido las situaciones que nuestros antepasados vivieron.

He sido migrante dentro de mi propio país al menos un par de veces, y las dificultades con las que me he enfrentado no se equiparan al hecho de migrar de un lado del mundo al otro, de un idioma a otro, de una cultura a otra. La capacidad de adaptación depende de factores imposibles de enumerar y que sólo tendrían sentido para aquellos que hemos migrado.

A Sofía Segovia va mi principal y más profundo agradecimiento. Esta historia no sería hoy una realidad sin la sabiduría de sus consejos, la calidez de su acompañamiento y la infatigable pluma roja en sus manos.

Mi cariño y agradecimiento a las "Señoras Lindas", que me abrieron las puertas para formar parte de su círculo de lectura, en especial a Cecilia Lankenau, Hilda Villafuerte y Luz Aurora Fierro con su apoyo como lectoras beta. Sus observaciones y comentarios me ayudaron a enriquecer mi historia.

Una mención especial para Rona Estefan, libanesa por nacimiento, por su apoyo en la traducción y escritura de las palabras en árabe coloquial y en caracteres latinos. *Shúqran*.

El diseño de la portada de esta novela surge de la creatividad de Gibrana Rivas Naime, a quien agradezco su paciencia ante mis pliegos petitorios y cambios constantes. El resultado final, sin palabras, con imágenes y pequeños detalles, refleja el contenido de la obra.

Agradezco a mi querida editora Yolanda Chapa, de 42 Líneas, por el entusiasmo con el que me acompañó durante la última revisión de la novela. Su capacidad de asombro y deseo por adentrarse en la cultura de Medio Oriente me cautivaron desde nuestro primer encuentro. A Paloma Sánchez de la Barquera, de 42 Líneas, por la calidad y calidez en su revisión editorial.

El más importante de todos mis agradecimientos es para Dios: por la vida, la familia, los valores y los dones necesarios para poder concretar este proyecto, finalmente impreso. En mis manos y en las tuyas, querido lector.

Glosario

Aarac: Bebida de uva, anís y alcohol que se toma con la comida.

Abu: Bodega o resguardo para animales en una cueva natural.

Afwam: Perdón.

Agal: Cordón que se utiliza para sujetar el *kayifa*.

Ahlawsahla: Bienvenido o bienvenida.

Ahuaymet: Dulce de masa y levadura hecho en pequeñas bolas que se fríen y se bañan con miel.

Allá yberqiq: "Dios te bendiga", dirigido a mujeres.

Allá yberqaq: "Dios te bendiga", dirigido a hombres.

Amiirati: Muñeca.

Arguile: Pipa para fumar, compuesta de un vaso lleno de agua perfumada y de un largo tubo flexible en el que se quema el tabaco y a través del cual se aspira el humo.

Babaganush: Pasta hecha a base de berenjena cocida y salsa de ajonjolí.

Baklawa: Pastel elaborado con una pasta de masa filo rellena de pistachos o nueces trituradas, y bañado en almíbar o jarabe de miel.

Bathenjan: Berenjena.

Bemme: Vegetal conocido también como ocra o angú. Cocido tiene una textura gelatinosa.

Bled: El país de origen, la patria (Líbano).

Burgul: Trigo cocido y quebrado para preservar.

Cacube: *Kibbeh* hecho en forma de bola alargada y hueca. Puede o no llevar relleno.

Dabke: Danza folclórica tradicional de Líbano y Medio Oriente.

Derbake: Instrumento de percusión parecido a un tambor en forma de copa.

Emmi: Mamá.

Falafel: Croqueta hecha a base de garbanzos o habas, verduras y algunos condimentos.

Ftayer: Empanada rellena de espinacas y cebolla en forma de triángulo.

Graybe: Galleta tipo polvorón de forma alargada que lleva un piñón o almendra al centro.

Habiibe: Mi amor.

Hudbe: Fiesta en la que se celebra el compromiso matrimonial de una pareja.

Hummus: Pasta hecha a base de garbanzo y salsa de ajonjolí.

Huwaara: Arcilla.

Jubz saj: Comal cóncavo de lámina delgada para cocer el pan saj, pan plano y sin levadura.

Jurn: Mortero de piedra para moler carne.

Kafiya: Pañuelo que usan los hombres para cubrir la cabeza.

Kanzi: Mi tesoro.

Kibbeh: Platillo tradicional libanés preparado con carne machacada, con *burgul* y otras especias. Se puede comer horneado o frito.

Kibbeh nayyeh: Platillo tradicional libanés preparado con carne cruda machacada, con *burgul* y otras especias.

Labneh: Leche fermentada similar al yogur a la que se le ha retirado el suero.

Ma'amoul: Galletas parecidas a los polvorones que se rellenan de dátiles, pistachos o nueces.

Macrud: Dulce tradicional.

Macsiquen: Gentilicio masculino singular para los originarios de México (mexicano).

Mahhdale: Rodillo de rueda oscilante que se usa para aplanar el techo.

Makhluuta: Sopa de lenteja con frijoles y arroz. Se le pone suficiente comino para que no produzca gases.

Makli: Se refiere a todo lo que es frito.

Manakish: Pan de levadura aderezado con *zaatar*. Plural.

Manuushi: Pan de levadura aderezado con *zaatar*. Singular.

Manziliyyi: Molino casero de piedra giratorio que se usa para moler el trigo.

Marhabá: Hola.

Mawqade: Chimenea de leña.

Meghli: Pudín de arroz con piñones, pistaches y coco.

Meqsiqiyi: Gentilicio femenino singular para las originarias de México (mexicana).

Mezze: Variedad de alimentos que se sirven como botana, puede incluir frutos secos, verduras frescas, empanadas, *hummus*, *babaganush*, *labneh* y pan, entre otros.

Mjadra: Sopa de arroz con lenteja.

Mouneh: Preparación de conservas para el invierno.

Mutasarrif: Autoridad otomana que gobernaba un territorio autónomo.

Namliyyeh: Despensa que se cuelga de una viga para evitar que las hormigas y las víboras la alcancen.

Qabquubeh: Albóndiga de carne de cordero y trigo *burgul*. Se le da la forma de un huso y se fríe.

Qejel: Delineador de ojos.

Qiifaq: Saludo "¿Cómo estás?", dirigido a hombres.

Qiifiq: Saludo "¿Cómo estás?" dirigido a mujeres.

Riq: Instrumento de percusión parecido a un pandero.

Sahriye: Reunión familiar entre la tarde y la noche, cuando empieza a oscurecer.

Sajtéin: Buen provecho.

Shaal: Pañuelo que usan las mujeres para cubrir la cabeza.

Shanklish: *Labneh* muy seco en forma de bolas, revolcadas en *zaatar* y conservadas en aceite de oliva.

Shawarma: Carne cortada en rodajas finas, apiladas en forma de cono y asadas en un asador vertical que gira lentamente. Puede ser pollo o carne.

Sherwal: Pantalón para hombre, de pierna ancha y entrepierna caída, ajustado a los tobillos.

Shúqran: Gracias.

Shish barak: Sopa de *labneh* caliente, tipo caldo, con bolas de masa fresca rellena de carne.

Souk: Mercado.

Tabbule: Ensalada fresca preparada a base de trigo, perejil, yerbabuena, tomate y cebolla. Ocasionalmente lleva pepino. Está aderezado con aceite de oliva virgen y especias y gotas de limón. Se acompaña con hojas de lechuga fresca.

Tahini: Pasta que se elabora con semillas de ajonjolí y se utiliza en muchas recetas como el *hummus* o el *babaganush*, entre otras salsas.

Tannur: Horno de leña con un comal redondo y cóncavo en la superficie.

Tarbuush: Gorro turco de forma cónica, hecho de fieltro y teñido de color carmesí.

Taule: Juego de mesa con dados en una caja de madera, también conocido como *backgammon*.

Teqqeyeh: Cojín para extender la masa del pan saj.

Villayet: Plural de villa.

Ya Rab tnajjiina: "Que Dios aleje de nosotros este peligro".

Zaatar: Mezcla de especias de Oriente Medio. En Líbano es orégano, ajonjolí, *zumaac* y sal.

Zaffa: Procesión nupcial que incluye antorchas con fuego. Los jóvenes bailan con espadas, se tocan tambores y flautas para anunciar la entrada de los recién casados.

Zajal: Tipo de poesía semiimprovisada, semicantada o declamada.

Índice

Parte I

1. La apuesta
2. La sospecha
3. Eso no se hace

Parte II

4. La víspera
5. La Nochevieja
6. Ganar y perder
7. Raíces en la tierra
8. De contrastes

Parte III

9. Intuición femenina
10. Salvado por la campana
11. Intercambio justo
12. Con la esperanza viva
13. La sombra del desierto en la montaña
14. Despojados del pudor
15. La plaga del desierto
16. Con el alma talada
17. Tradición milenaria
18. Hambruna y esperanza
19. Reencuentro inesperado
20. Oro para recomenzar

Parte IV

21. Cielo y tierra
22. Dos vidas, dos continentes
23. Mujer emprendedora
24. Una luz de esperanza
25. La evidencia en fotografía
26. Sin noticias

27. Vuelve el Turco
28. El mejor regalo
29. Sin ánimo de fiesta
30. Hilando esperanzas
31. Bendita pesadilla
32. Corazón entre espinas
33. Misiva esperada
34. Sorpresa otoñal
35. Frente al pasado, frente al futuro
36. Félix y Nazira, el encuentro

Parte V

37. Metamorfosis
38. Las raíces de la tierra
39. La muñeca
40. De niña a mujer
41. Nuevas experiencias
42. Al otro lado del mar
43. El encuentro, la frustración y la esperanza
44. Herencias desiguales

Epílogo

Aclaraciones y agradecimientos
Glosario
Martha Salim Naime
Editorial 42 Líneas

Martha Salim Naime



Martha Salim Naime nació en Chilpancingo, Guerrero, y pasó su infancia en Pachuca, Hidalgo. Es licenciada en Administración de Empresas por la Universidad de Monterrey. Es consultora familiar con posgrado en Ciencias de la Familia y Tanatología por el Instituto Juan Pablo II.

Inició su carrera como escritora publicando artículos de opinión en el periódico El Norte, de Grupo Reforma, y en la página Sexenio Nuevo León. Es coautora del libro Cosas de Familia (Azul Editores, 2016).

Descendiente de libaneses e inspirada en algunas anécdotas y acontecimientos familiares, decidió escribir esta novela.

@ Martha Salim Naime

Editorial 42 Líneas

La casa que no llora de María Teresa Martínez (2025), poesía
Gobernar para servir de Rogelio Montemayor Seguy (2025), biografía
Awart: Nuestro reflejo a través del arte de Mayela García (2025), crecimiento personal
La vieja Labios Carmesí de Christian Almada (2024), novela
Un cadáver bajo el sol de Miguel Reynoso (2024), novela
Fábulas del poder de Christian Almada (2024), literatura
Almas entrelazadas de Natalia Treviño (2024), poesía
Elixir de sangre de Verónica Urrechaga (2024), novela
Guía práctica del Derecho de los Negocios de Ricardo González (2024), negocios
Autorretrato en el Infierno de Jorge Casas (2024), poesía
Ensayo sobre mi muerte de Mayra García (2023), novela
Ágata ya nació de Vivian Toussieh (2023), infantil
Autobiograjúa y anecdotaconario de Eulalio González Ramírez "El Piporrro" (2023), biografía
Miradas postreras de Roberto Gómez Junco (2023), novela
Abrir los ojos de Carol Padrón (2022), novela
La era de Los Razonables de Héctor Melicoff (2022), novela
Serendipia de Esther Cohen Camhi (2022), novela
Náufragos de Eugenia Pozas (2022), poesía
Poemario informal de Alejandro Sánchez (2022), poesía
El jardín de senderos que se bifurcan de Lucrecia Solano (2022), ensayo
Método Mayim de Anita Rubinstein y Vivian Toussieh (2021), crecimiento personal
La muerte de Venustiano Carranza de Lucrecia Solano (2021), ensayo